

Plataforma
Ficción

STEN NADOLNY



LA DICHA
DEL MAGO

La dicha del mago

Sten Nadolny

Traducción de José Aníbal Campos



Título original: *Das Glück des Zauberers*, originalmente publicado en alemán, en 2017, por Piper Verlag GmbH, Alemania

© 2017 by Piper Verlag GmbH, München / Berlin

Primera edición en esta colección: mayo de 2018

© de la traducción, José Aníbal Campos, 2018

© de la presente edición, Plataforma Editorial, 2018

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-17114-97-8

Diseño de cubierta:

Kornelia Rumberg

www.rumbergdesign.de

Adaptación de cubierta:

Ariadna Oliver

Fotocomposición:

Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo

públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

«Los magos no lo tienen fácil cuando les ponen las cosas difíciles.»

Kurt Kusenberg (1904-1983)

La carta adjunta de Rejlander

Estocolmo, 28 de julio de 2017

Querida Iris, querido Stephan:

Pahroc ha dispuesto que sea yo quien se encargue de sus papeles póstumos. Os envío aquí, confidencialmente, las doce extensas cartas que escribió a su nieta Mathilda, con algunas interrupciones, entre 2012 y 2017. ¡A la futura Mathilda adulta, se entiende! Porque, cuando él redactó la primera carta, ella tenía tres meses, y cuando escribió la última, que hubo de dejar inconclusa un día antes de su muerte, la niña había cumplido cinco años y medio.

De modo que, tal como ha dispuesto Pahroc, estas cartas no le serán entregadas a Mathilda hasta el año 2030, o quizá más tarde, tal vez incluso en forma de libro. Sois vosotros, aparte de Waldemar III y Waldemar IV, los últimos asistentes de Pahroc, los únicos a los que ahora doy a leer copias de estas cartas. El motivo por el que os hago partícipes es que estáis entre las personas que habéis entendido mi historia con ese hombre, y me gustaría poder hablar con vosotros sobre él y sus misivas.

Él mismo me contó cómo empezó a escribir estas cartas, y si algún día hiciera una película sobre su vida, esta empezaría con ese día. Y con Mathilda:

Una bebé duerme bajo la mirada atenta de un anciano que ha acercado una silla a la cuna solo con ese propósito. Sus ojos no se desvían ni a la derecha ni a la izquierda, parecen esperar a que la niña despierte. En la vivienda reina el silencio, solo se oye el tictac de un reloj de péndulo en la pared y, de vez en cuando, las murmuraciones del anciano, que, con tono jovial, parece preguntarle algo a la niña. Pero ¿qué respuesta podría darle una bebé? Ese día, a finales de marzo, Mathilda ha cumplido tres meses. Ha nacido en Nochebuena, lo que, como augurio de buena fortuna, es bastante limitado, ya que los niños nacidos ese día reciben la mitad de regalos, debido a la coincidencia del día de su cumpleaños con el de Navidad.

El anciano tiene el pelo muy blanco y algo revuelto, y la cara surcada de arrugas. Son arrugas afables, no hurañas, por lo visto el viejo no ha desaprendido el arte de reír. Su cuerpo es delgado y ligero, y muestra una postura erguida, con la espalda recta. Observa, murmura y sonríe, parece lleno de curiosidad, pero no está impaciente.

El apartamento es grande, en él vive una familia con varios hijos, y es un piso caro, amplio, luminoso, situado en la parte alta de la ciudad. A través de las ventanas se ven los tejados a dos aguas y, a lo lejos, una torre de transmisiones. Hasta allí no llega el ruido de la calle, solo de vez en cuando se oye el estruendo de un avión. En ese momento, el reloj de péndulo chirría y deja oír doce campanadas. La niña se mueve. ¿Se despertará? La pequeña abre un ojo, y la manita derecha se desliza por debajo de la manta, se agita rápidamente, y luego permanece quieta. Ha vuelto a dormirse.

Al anciano se le han caído las gafas de la nariz al suelo. El hombre se agacha con un gemido y ve que han perdido un cristal. Eso no parece incomodarle, al contrario: ríe para sus adentros con expresión divertida. Entonces se levanta e intenta encontrar el cristal, pero solo descubre dónde

está (o mejor dicho: dónde estaba) al oír el crujido. Riendo todavía, el anciano amenaza con el índice a la niña y le dice:

–¡Te he pillado! Te reconozco. ¡Yaces ahí, delante de mí, como un libro abierto! –A continuación, se acerca un poco más a la cuna, le acaricia la cabecita a la niña y susurra–: ¡Diablilla! Tienes mi bendición... Y la de Emma.

El anciano va hasta la cocina en busca de un pequeño recogedor y una escobilla con los que reunir los trozos de cristal de la alfombra. Camina a lo largo de un extenso pasillo en cuyas paredes cuelgan certificados de premios y retratos. Ninguno lo muestra a él, sino a un actor que interpreta diferentes papeles de cine o de teatro, un tipo viril de mentón muy pronunciado, mirada fría y nariz como la de un cacique indio. «John Parrock», dice uno de los diplomas. Estamos, por lo tanto, en la casa de una familia que se apellida Parrock. El anciano entra en una habitación pequeña que parece ser la suya y que también está repleta de fotos, pero en ellas se ve sobre todo a una mujer sonriente que aparece casi siempre junto a él cuando era joven. El anciano se sienta delante de un secreter *biedermeier*, cuyo tablero para escribir está protegido de miradas indiscretas por una persiana con cierre. El hombre la levanta y pulsa con los pulgares dos puntos próximos a la pared trasera, y de pronto se abre un compartimento secreto. Se ve entonces el destello de una pequeña botella de *whisky*, y él la aparta para acceder a lo que hay debajo: un gran sobre del que extrae una carta de varias páginas. Lee la primera página, que se inicia con el siguiente encabezamiento: «Johann, querido hijo mío». A continuación abre el tintero y estira la mano para coger una pluma que hay en una taza. Sí, este hombre escribe con tinta y pluma, como se enseñaba en las escuelas públicas hace cien años. Su primer trazo es para tachar el antiguo encabezamiento, encima del cual escribe: «Mi querida nieta Mathilda». Luego añade en el margen: «Cuando leas esto, yo habré muerto hace mucho

tiempo. Tal vez hace tanto tiempo que ni siquiera te acuerdes del abuelo Pahroc». A continuación, corrige un poco la frase, dibuja una flecha para insertar el texto escrito al margen debajo del nuevo encabezamiento y continúa leyendo lo escrito para ver si es necesario suprimir o añadir alguna cosa más.

Entonces recuerda algo importante. Cierra la persiana de madera sobre la mesa del secreter, se levanta, vuelve al pasillo y se pone un grueso abrigo, porque ese mes de marzo ha sido el más frío en muchas décadas. El abrigo es como una espaciosa y protectora casa de piel con capucha, una trenca. El anciano se contempla en el espejo situado junto a la puerta y queda satisfecho. La trenca y la boina vasca: solo por esas cosas adora el invierno. «Trevor Howard», murmura complacido. Sí, su memoria sigue siendo muy buena. Hace sesenta años no se le habría ocurrido comprarse un abrigo como ese de no haber visto al policía británico de *El tercer hombre* llevando uno igual. Sin esa película jamás habría tenido lugar el éxito mundial de la trenca. «El mayor Calloway», dice mientras se pone la boina vasca. Luego sale del piso, baja en el ascensor y abandona el edificio. Tener un solo cristal en las gafas apenas constituye para él un impedimento. Por el camino, se compra un periódico.

En el tranvía tiene que viajar de pie. Hoy en día nadie levanta el trasero del asiento para cedérselo a un anciano centenario, pero eso no lo apena. Que se queden sentados esos debiluchos quinceañeros, no va a ser él quien pretenda que se levanten para verlos luego renquear por el excesivo esfuerzo. Él, en cambio, puede pasar horas de pie o caminando. El trecho de la parada del tranvía al cementerio es, para él, pan comido; lo es incluso cuando la nieve se ha endurecido por las pisadas y se ha convertido, en muchos sitios, en placas de hielo. Aunque faltan quince días para Semana Santa, sigue nevando. Cuando el anciano llega a la tumba, quita la nieve del pequeño banco y

extiende su periódico sobre el asiento... Bueno, no todo el diario, solo la parte de los anuncios, que, sin embargo, tiene el grueso suficiente. Entonces se sienta y contempla la lápida. Bajo la foto de marco ovalado pone: «Emma Pahroc, de soltera Von Schroffenstein, maga eternamente amada, 1912-1955».

Puede que, en efecto, así haya sucedido todo un día de marzo de 2012, es decir, hace cinco años y medio. Así podría empezar también el filme, con un enigma. Luego vendría el gran *flashback*, en el que quedaría claro por qué este anciano reescribe y continúa escribiendo una carta que había dirigido a su hijo y comenzado en 1955, y por qué casi sesenta años más tarde la dirige a su nieta recién nacida, todavía una niña, y añade otras cartas.

Resulta dudoso que estas cartas puedan publicarse en el futuro en forma de libro. Pahroc las escribió solo para Mathilda, y será ella quien decida sobre esta cuestión cuando alcance la mayoría de edad y pueda leerlas. Que ahora os las dé a leer es algo que debe quedar entre nosotros. Os hago partícipes también por otro motivo: en caso de que a mí me sucediera algo (o de que le sucediera al manuscrito original), os ruego que os ocupéis de Mathilda y que le entreguéis su ejemplar en el momento previsto. Además, vosotros disfrutasteis de Pahroc cuando estaba vivo, y estoy segura de que también podréis disfrutar de estas cartas. Al menos yo adoro todo cuanto en ellas hay de verdadero y de invención.

Algunas cartas estaban en el ordenador, otras fueron escritas a mano. No me resultó fácil descifrar del todo estas últimas y copiarlas. Pahroc no empleó ninguna escritura secreta, pero su caligrafía Sütterlin solo pueden leerla los que, como yo, la han aprendido con esfuerzo. Se supone que ahora todas las cartas han sido reproducidas del modo correcto. Yo, por supuesto, no he añadido nada de mi cosecha ni he hecho aclaraciones, salvo una. Donde

Pahroc, por ejemplo, rehúsa mencionar por su nombre a personajes históricos, he respetado su decisión.

Como sabéis, él jamás usó su nombre de pila, por eso tampoco podrá encontrarse en el manuscrito, y en mi opinión no hace falta añadirlo.

Aunque lo conocisteis, quizá no sepáis nada sobre su origen: pues os diré que Pahroc nació en 1905 y que era hijo de John Pahroc, un indio payute naturalizado alemán en 1899, descendiente de la tribu de los pahranagat, en Nevada, y de una berlinesa llamada Marianne. John llegó a Berlín en 1890, como jinete y bailarín en un espectáculo sobre el Oeste, el *Buffalo Bill's Wild West Show*, y se enamoró de la joven, que, según la leyenda, quiso aprender de él la danza de la guerra, a cambio de lo cual ella le enseñó a bailar el vals. Según parece, el hombre aprendió rápido. Por lo visto, la danza espiritual de los payute es una buena base de partida para los bailes tradicionales europeos. Cuando Marianne obtuvo una pequeña herencia, se casaron y se mudaron a Pankow, cerca de Berlín, donde, en 1902, en los locales de un antiguo restaurante con salón, fundaron una escuela de baile. En ningún otro sitio de Alemania se bailaba entonces con mayor entusiasmo y ahínco que en Pankow. La empresa fue adquiriendo éxito y funcionó de maravilla hasta que estalló la Primera Guerra Mundial. La familia vivía en la distinguida y burguesa Hartwigstraße, y el matrimonio tuvo cuatro hijos, de los cuales nuestro Pahroc fue el más pequeño. Su infancia, al parecer, fue feliz: sus padres eran personas tranquilas y bondadosas, y él tenía algunos amigos en el barrio con los que jugar; entre ellos se encontraba el pequeño Schneidebein, que, como Pahroc, estaba siempre dispuesto a hacer travesuras. En el caso de Schneidebein, como ahora se sabe, aquel fue el comienzo de una infausta carrera, y sobre ello puede leerse algo en estas cartas.

En ellas está todo lo relacionado con su biografía, y también con su retiro, que tuvo lugar hace casi cincuenta años y que no podría definirse como de

reposo. Vosotros mismos, a partir de aquel encuentro en Glasgow en el año 2012, vivisteis algunos de sus capítulos. Fue en esa ciudad donde lo conocí y donde aprendí a quererlo. Vosotros estabais allí, y vuestra historia empezó ese mismo día y en el mismo hotel. Pahroc también escribe sobre ello en una de sus cartas. Ya por entonces su edad rondaba los cien años. ¡Bueno, los «rondaba» desde la perspectiva de los doscientos, porque ya tenía ciento siete! Recuerdo que tocó para mí una pieza de Chopin y me asombró lo bien que lo hizo. En la década de 1930 aprendió a tocar un poco el órgano, pero no fue hasta los noventa que empezó con el piano.

A finales de 2011 vino al mundo Mathilda, la hija menor de su hijo John y de Adele Reuter. Ella fue la última nieta de Pahroc, y llegó cuando este ya tenía varios bisnietos dispersos por el mundo. A la edad de tres meses y medio la pequeña le rompió unas gafas, pero con ello se ganó del todo su corazón. La carta que, en 1955, estando gravemente enfermo, escribió para su hijo pequeño, la reescribió entonces para Mathilda, y junto con las numerosas cartas que le siguieron ha surgido este extenso manuscrito. Su último asistente, al que conocéis con el nombre de Waldemar IV, me lo entregó a mí, y soy yo la encargada de entregárselo a Mathilda cuando cumpla dieciocho años. Ahora tiene cinco y medio, y hasta que sea mayor de edad pueden pasar muchas cosas.

En su larga vida (¡ciento once años!), Pahroc no siempre se comportó de manera razonable. Aparte de sus actos punibles –aunque todos, a mi juicio, disculpables–, actos que lo llevaron a prisión, era, en el sentido burgués, un hombre recto y especialmente discreto. Lo que de él quedará en el recuerdo será sobre todo su largo y feliz matrimonio con Emma; también su extraordinario don para hacer florecer a las personas, y, en tercer lugar, su viva imaginación. De sus escritos, lo único que perdurará probablemente sean las cartas a Mathilda, pero solo lo harán si ella decide publicarlas.

Sin embargo, supongo que una película sería más fácil de entender que un libro. Vosotros, como gente del ramo, veréis confirmado durante la lectura lo que quiero decir: cuando, aunque sea una vez, se ve el encuadre con el anciano que escribe junto a la niña, resulta fácil darse cuenta de que fue él quien escribió todas esas cartas que cuentan su vida, mientras se dirige a la persona adulta que la niña llegará a ser algún día. Con la lectura del libro, en cambio, muchos se preguntarían si en algún momento se producirá un diálogo con Mathilda.

Pero todas estas cuestiones podemos analizarlas en detalle más adelante. Tal vez lo único que quede sea una película, y si en el año 2030 aún estamos vivos, entonces tú, Iris, te encargarías del maquillaje, Stephan sería el técnico de sonido y yo asumiría la dirección, como siempre.

Y ahora me despido con un abrazo. Mañana temprano vuelo a Reikiavik para asistir al 75º cumpleaños de Waldemar III y aún no he preparado la maleta. Él también os ha invitado, pero, por lo que he oído, no podéis ir. Una lástima. De todos modos, ¡nos vemos pronto de nuevo en Berlín!

Afectuosamente,

Rejlander

PRIMERA CARTA

El brazo largo

Marzo de 2012

Mi querida nieta Mathilda:

Cuando leas esto, tendrás dieciocho años o más, correrá más o menos el año 2030 o 2031, y yo habré muerto hace mucho tiempo. Tal vez hace tanto tiempo que ni siquiera te acuerdes del abuelo Pahroc. A partir de hoy, te escribiré algunas cartas que no recibirás de forma sucesiva, sino todas juntas, en una carpeta, cuando seas adulta. Bueno, me corrijo: ya las habrás recibido. Ahora estás mirando la primera página e iniciando la lectura. Lo que pretendo contarte aquí son las experiencias más importantes que he tenido con la magia. Por eso cada carta tendrá como tema una modalidad de ese arte.

Hoy, un día de marzo de 2012, tú, que apenas tienes cuatro meses, has estirado el bracito, lo has sacado del moisés y, con un golpe, me has derribado las gafas. Estoy inmensamente feliz por ello. A eso lo llamamos el «brazo largo», y gracias a ello puede reconocerse el talento de alguien para la magia desde que es un bebé. Ahora ha ocurrido de manera inconsciente, en un estado de somnolencia, y más tarde se pierde, pero regresa al cabo de cinco o seis años. Tú, sin duda, no serás una excepción. Espero que Waldemar, tal como le he encargado, te ponga en contacto con mi colega Rejlander. Entonces sabrás cómo preparar estas técnicas. Mientras escribo

esto, Rejlander es ya, a pesar de su corta edad, toda una maestra. Yo aún no la he conocido en persona, pero, si mis fuerzas me lo permiten, iré a visitarla este verano y le pediré encarecidamente que se ocupe de ti. Según dicen, además, es una buena directora de cine.

No pretendo escribir aquí nada sobre técnicas de magia, por si cae en las manos equivocadas. Por otro lado, la manera exacta de proceder ha de ser transmitida siempre personalmente por un maestro, los escritos solo sirven de complemento. Sin embargo, es probable que ya hayas aprendido a concentrarte en la imagen central de una idea determinada y, al mismo tiempo, sumirte en un mágico estado de somnolencia: la magia, precisamente, no solo es fruto del talento, requiere de cierta intervención habilidosa. Supongo que eso ya lo sabes y que, en cierto modo, dominas desde hace ya un tiempo los trucos que pueden aprenderse a edades tan tempranas. En ese caso, puedes saltarte esta carta, y seguramente también las que la sigan. O tal vez quieras leerlas para enterarte de cómo me ha ido a mí con todo ello (así conocerás a tu abuelo).

Una cosa es cierta en todos los casos: ¡tómate tu tiempo, Mathilda! ¡No esperes un ascenso inmediato hasta la maestría en este arte! Que no te entristezca que mañana no puedas hacerte invisible o atravesar paredes, por no hablar de otros trucos que pertenecen al armamento pesado de la magia. Es así: las técnicas más avanzadas solo podrás realizarlas poco a poco, se te irán revelando a lo largo de las distintas fases de la vida. Para un adolescente son del todo inalcanzables, por talentoso que este sea. Yo, por ejemplo, solo supe crear dinero al instante cuando tenía más de cuarenta años. Y, a pesar de que uno lo haya ejercitado y lo domine, el consejo de un anciano nunca debe desdeñarse.

Cuando yo era adolescente, tuve la inmensa suerte de que, frente a nuestro edificio, en la Hartwigstraße, viviera el mago Schlosseck, que habitaba la

tercera planta, junto con su auxiliar. Schlosseck se convirtió en mi primer maestro.

No puedo saber con exactitud en qué situación leerás esto ni qué conocimientos poseerás. Siempre habrá frases que, al principio, te resulten incomprensibles. En algún momento lo entenderás todo. Eres una maga.

También tienes una pequeña parte de sangre india, pero tus dotes como maga nada tienen que ver con eso. Mi padre John era un auténtico indio. Podía cabalgar a pelo, sabía usar el arco y la flecha y danzar como una deidad. Pero ¡no sabía nada de magia! De niño yo ignoraba que sí sabía o que llegaría a saber algún día, pues no hubo nadie que me lo dijera. Mis hermanos y mis padres no tenían idea de todo esto. Yo solo notaba que no era un niño normal, y sufría por ello. Era un poco introvertido y fantasioso, aunque dócil y obediente, pero me olvidaba al instante de todo lo que me recalaban o encargaban, y lloraba muchísimo cuando oía los reproches.

Mis padres no eran excesivamente severos. Aunque cometiera algunas faltas, podía contar con su afecto. Me querían, y notaban que tenían que ayudarme cada vez que me sentía un perdedor. A menudo era blanco de las burlas de otros niños, porque yo era raro. Los pequeños magos siempre se interponen en el camino de alguien, y uno nunca puede fiarse de que miren hacia donde deben mirar. A menudo me pasaba varios minutos inmóvil sobre un prado, o entre unos matojos, contemplando algún ave o algún insecto, estudiando el movimiento de las hojas y de las briznas de hierba mecidas por el viento. A veces no oía a alguien llamarme, y entonces me increpaban por terco. Lo cierto es que en esos momentos yo no mostraba terquedad, sino ausencia. Concentrarse implica olvidarse de todo, incluso de lo que «está por hacer». Cuando centro la vista en una cereza situada a tres metros de distancia y la arranco del árbol sin dar un solo paso, no soy capaz de percibir

otra cosa, tampoco el dolor. Por entonces yo ni siquiera sabía que aquello era magia; estaba demasiado concentrado como para reflexionar sobre mis actos.

Y aunque luego uno va vislumbrando poco a poco que tal vez sea mago, ello no es precisamente causa de regocijo. Es probable que tú también lo hayas experimentado. ¡Tales dones te distancian de los demás, de tus compañeros de colegio, de tu grupo, de tus mejores amigos! ¿Y con quién vas a hablar de ello, sino con otros magos? Porque hay algo que nosotros comprendemos de inmediato: la magia es un arte que debe permanecer en secreto.

En nuestro barrio había otro niño con genes de mago. Su nombre era Schneidebein. Pronto sospechamos que teníamos algo en común, así que, más tarde, solíamos jugar mucho juntos y, sobre todo, hacer travesuras. Una vez en la escuela, por ejemplo, a Schneidebein se le ocurrió usar la técnica del brazo largo para abrirles los botones de la bragueta a otros chicos, a los que luego les gritaba: «Oye, ¡cómo vas por ahí de ese modo!». Yo me reía con sus bromas, y también con otros trucos suyos más próximos al maleficio, con los cuales rompía floreros o levantaba pelucas. Sin embargo, a pesar de lo inseparables que parecíamos entonces, Schneidebein reveló ser, en el último momento, más un competidor que un amigo. De niño me alegraba que él existiera: un niño necesita secretos que solo pueda compartir con muy pocos. Pero cuando Schneidebein visitó a mi maestro Schlosseck para pedirle consejo, el maestro lo rechazó. Le dijo que ya tenía demasiados discípulos y que estaba muy ocupado. Sin embargo, yo sabía que a Schlosseck no le gustaba mi compañero de juegos; en realidad, había mucha gente a la que no soportaba, entre ellos muchos magos. Yo intenté que cambiara de parecer:

–Schneidebein es un poco distinto porque su padre le pega todo el tiempo.

Eso era cierto: la fusta del campesino Schneidebein no solo bailaba sobre el lomo de su caballo, que era el que menos la padecía. Los Schneidebein se

habían enriquecido vendiendo tierras al ayuntamiento de la ciudad, y sus prados y campos de cultivo eran ahora campos de drenaje y depuración de aguas; pero aquel dinero no había traído demasiadas cosas buenas: la familia era bastante sombría.

A pesar de ello, Schlosseck no estuvo dispuesto a enseñar a alguien que le parecía sospechoso. Al joven Schneidebein aquello le dio rabia, y empezó a descargar su enfado conmigo. Más de una vez me puso en peligro de forma consciente. Le divertía mostrarse como un tipo peligroso. Tal actitud puede acabar mal, y, en efecto, así ocurrió. Más tarde se afilió a un partido que gobernó en solitario –cosa muy del gusto de las personas que disfrutaban siendo peligrosas– y se despeñó con ese partido en el abismo. Pero de ello te hablaré en detalle más adelante.

Había otro compañero de juegos y un verdadero amigo: el pequeño Jakob de la Eintrachtstraße, un chico mucho más simpático e incluso más inteligente que Schneidebein. Pero no sabía hacer magia.

Nosotros, los magos, no somos, por lo general, más malvados que otras personas, y de ningún modo somos mejores. Entre nosotros hay ancianos muy prudentes y buenas madres, pero también malvados compulsivos y auténticas harpías. Las «brujas», en cambio, no existen, ya que no hay un diablo que las lidere.

Cuando John Pahroc, mi padre –que para entonces se sentía alemán–, tuvo que marchar a la guerra, mi madre lloró. Él, en cambio, no lloró. Los indios, como se sabe, nunca lloran. Aunque seguramente ganas no le faltaron cuando, tras haber intentado alistarse en la caballería, lo asignaron a un regimiento de infantería. Por lo general, nadie lloró, al menos no los hombres. Yo sí lloré, y sentí vergüenza. Los magos suelen tener intuiciones muy precisas. Yo entonces no lo sabía, solo percibí una leve sensación de malestar. Ello es siempre el primer síntoma de una intuición precisa, pero,

para determinarlo, uno tiene que mirar después más detenidamente en su interior.

Mi padre me enseñó a bailar, a usar el arco y a cabalgar. Teníamos un caballo en el establo, muy cerca de nuestra calle, cerca del palacio de Niederschönhausen. Me contaba historias de su pueblo en Nevada, los payute, y de su tribu, los pahranagat. Llegó a revelarme su verdadero nombre indio, pero era muy difícil de pronunciar. Por esa razón Buffalo Bill lo llamaba simplemente «Pahroc», por la cordillera al pie de la cual viven los pahranagat, y «John», porque todas las listas de personas exigen un nombre de pila.

Por esa fecha mi padre era un alemán entusiasta. Se había propuesto ser más alemán que los alemanes, cosa que nunca consiguió. En cualquier caso, era algo así como una celebridad: un artículo publicado en el *B. Z. am Mittag* hablaba de él («El indio prusiano») y permaneció muchos años enmarcado en la pared. Su alemán era un tanto especial, pero siempre se le entendía con claridad, y su visión de los alemanes, a pesar de la admiración, era divertida, aunque no precisamente cuando estos hablaban de «ser consecuentes»; entonces sentía miedo. Y todo eso se transfirió a mí.

En su regimiento llegó a ser mensajero, ya que un indio era bastante apropiado para tales labores: sus superiores habían leído demasiado a Karl May. Allí trabó amistad con un pintor que, unos años antes, tras asistir a uno de los espectáculos de Buffalo Bill, había pintado un cuadro con indios a caballo. Mi padre contaba en una de sus cartas que había visto una foto del cuadro. Él, Pahroc, podía reconocerse claramente montado en un caballo. El tal August –como llamaba mi padre al pintor– debió de ser una persona amable y llena de ideas. En septiembre de 1914 lo mataron de un disparo en Perthes-lès-Hurlus, y a mi padre en el verano de 1916, en el frente de Douaumont. ¿Qué te parece mi memoria?

Más tarde mi madre vendió la escuela de baile en condiciones muy poco favorables, sobre todo porque –como circunstancia menos favorable de todas– nunca recibió la suma de la venta.

Pero volvamos al truco del brazo largo. Digamos que es la más temprana de nuestras dotes en el arte de la magia, y responde muy bien a lo que a cualquier niño pequeño le gusta hacer y, de hecho, hace: tocar algo, agarrarlo, si es posible metérselo en la boca, jugar con ello o, simplemente, tenerlo y conservarlo. Es bueno que la habilidad del brazo largo desaparezca cuando uno supera la edad de la lactancia. De todos modos, siempre regresa en algún momento y puede ser empleada de manera consciente, y entonces nada estará a salvo. Cuando cumplí once años, en plena Gran Guerra, el truco supuso grandes ventajas, porque pasábamos hambre.

Especialmente mala fue la situación durante el llamado «invierno de nabos», en el que casi solo hubo para comer esos sosos tubérculos, y todos los berlineses viajaban a las regiones aledañas para conseguir comida en las granjas de los campesinos. En aquellos viajes de rapiña y acaparamiento¹ yo siempre tenía mucho más éxito que mis hermanos, aunque no se me daba bien mendigar: simplemente, echaba mano de lo que me encontraba y me lo metía en la mochila: panes, patatas, jabón, huevos... Una vez, incluso, hasta un enorme jamón ahumado. Por supuesto, los demás no debían saber nada de mis artificios de mago, así que respondía a sus comentarios admirativos con un simple: «Lo he encontrado por ahí». En una ocasión, estando en Stahnsdorf, uno de los campesinos se dio cuenta de lo que ocurría. El hombre tal vez sabía que había magos con las manos muy largas y sospechaba que yo, aquel rapaz, era uno de ellos. A punto estuvo de ensartarme con una horqueta, y como entonces yo no dominaba ningún otro truco, corrí para salvar la vida. Tuve que dejar tirada la mochila, con todas sus exquisiteces; había en ella cinco excelentes velas de cera que necesitaba para leer por las

noches. No fue hasta que tuve más de veinte años cuando aprendí a ver en la oscuridad; más tarde aprendí incluso el llamado truco de la iluminación, con el que consigues que también otras personas puedan ver.

Para referirse al robo existen varias expresiones que le restan importancia: apañar, mangar, birlar, ratear o «tener las manos largas». Schlosseck me dijo algunas cosas al respecto después de que le contara el incidente con la horqueta.

—¡Cuando tienes hambre y no dispones de dinero, está permitido emplear el llamado «hurto famélico»! En estos casos, los dueños también se enfurecen, pero da igual, porque casi siempre se muestran furiosos. Pero tú tienes derecho a sobrevivir —me dijo, y añadió—: Como mago, para ti es más fácil birlar cosas, y admito que las ganancias derivadas del hurto pueden proporcionarnos un placer enorme. Pero ¡atente a las reglas! Y la regla principal se llama justicia. Eso no significa que siempre debas atenerte, con alma de esclavo, a las leyes de los propietarios, ni siquiera a las del propietario de todos los propietarios: el Estado. Pero, en esencia, ¡sé justo!

A fin de explicarme mejor el asunto de la justicia, Schlosseck empleaba también la palabra inglesa *fairness*. Resulta difícil de traducir a otros idiomas, pero mi padre la utilizaba, por eso sé lo que significa. «Ser *fair*» viene a decir que quites a otros solo lo que estos tengan en exceso, no cosas imprescindibles para vivir ni nada por lo que hayan tenido que trabajar mucho tiempo. Y nunca destruyas las oportunidades de otros con el fin de mejorar las tuyas. La tentación de robar es a menudo fuerte, sobre todo si uno es lo suficientemente listo y rápido, pero resístete a ella si el resultado no es justo, si es *unfair*. Y volviendo al ejemplo de los viajes de rapiña: no quites a los que también buscan comida lo que estos han conseguido con esfuerzo, da igual si lo han mendigado o encontrado. De hacerlo, uno se siente luego —con

muy buenas razones— un ser mezquino, y llega incluso a odiarse, se lo confiese o no.

Mis habilidades en el latrocinio jamás hubiesen bastado para alimentar a mi familia, y sin Schlosseck nunca lo hubiésemos conseguido. Él siempre nos traía una cesta enorme cargada de víveres. Era rentista, poseía varios edificios y terrenos en otros lugares y le contaba a mi madre (rogándole siempre la máxima discreción) que, parapetado tras unos altos muros, se dedicaba a cultivar en secreto frutas y hortalizas. Afirmaba incluso que criaba gallinas. Pero en realidad no necesitaba nada de aquello, pues era capaz de hacer magia. Ello quedó demostrado también años después, ya terminada la Primera Guerra Mundial, durante la época de la inflación, cuando las sumas de dinero alcanzaban una décima parte de su valor en apenas unas horas. Recuerdo todavía las lágrimas de mi madre un día en que tardó algo en ir a hacer la compra. El dinero con el que todos pensábamos llenarnos la tripa no había alcanzado ni para un cuarto de litro de leche. Aún veo al tío Schlosseck en la cocina, un poco cohibido, metiendo la mano en el bolsillo y sacando mil millones de marcos:

—Vamos, vuelva al mercado, da la casualidad que he vendido unos terrenos.

De niño yo era un entusiasta aficionado a las manualidades y a los inventos. En una ocasión en que Schlosseck quiso sacarse de la manga una casita para su perro —un pastor llamado Ulf—, protesté:

—¿No puedo hacerlo yo? ¡Por favor, señor Schlosseck!

—¡De acuerdo! Ahí tienes suficientes tablones.

Hice unos croquis y encontré la sierra y el martillo, pero me faltaban los clavos.

—Es tu problema —me espetó mi maestro—. Has asumido la tarea, así que resuélvelo.

En las ferreterías resultaba bastante complicado aplicar el brazo largo para abrir cajones y sacar las puntillas. Los ferreteros son gente especialmente desconfiada. Recordé entonces que, en la Königsplatz, delante del Reichstag y muy cerca de la Columna de la Victoria, habían erigido una estatua de madera en honor del general Hindenburg y cuyo propósito era reunir dinero para otros empeños bélicos. Todo el que clavara una punta en la madera (no importaba en qué parte del cuerpo) tenía que comprarla antes por un marco. Había millares de clavos sueltos en cajas pequeñas, y una de ellas estaba abierta. El martillo colgaba de una larga cadena –todos conocemos a los berlineses–, pero yo solo necesitaba los clavos. Una semana después, el perro pastor pudo echarse cómodamente en una casita impecable, y las puntas prestaron allí un mejor servicio que en aquel Hindenburg de madera.

De Schlosseck te contaré muchas más cosas, así que, a través de mí –de ese atajo que ahora represento–, sacarás también provecho de sus consejos.

Él me había identificado cuando yo era un bebé y me observaba desde el otro lado de la calle cada vez que sacaban mi cuna al balcón. Le había llamado la atención que, estando yo medio dormido, estirara el bracito y arrancara las petunias de las macetas, pues un niño normal no hubiera podido alcanzarlas. En los años siguientes se ocupó de mí y me mostró, cuando yo ya sabía algunas cosas, un par de pruebas de su gran arte.

Schlosseck fue el más conservador de todos mis maestros. Estos fueron en su mayoría gente cosmopolita por convicción, pero limitada en comparación con Schlosseck, que era un auténtico filósofo. Estaba trabajando en la creación de un imponente sistema de ideas sobre la magia no solo en relación con todo el planeta, sino con el universo. Probablemente entendía algo de curvaturas del espacio-tiempo y de cambios en las sumas de ángulos, de modo que ayudó a Albert Einstein a crear cierta teoría. Sobre esto no sé nada en detalle, era imposible que me enseñara todo lo que sabía.

Schlosseck tenía en su tejado un asta de bandera enorme que utilizaba los días del cumpleaños del káiser y en otros festivos. Un día de 1916, estábamos juntos en el jardín y oímos uno de los muchos partes sobre alguna victoria: la voz del vendedor de periódicos en la Breite Straße nos llegó hasta allí. Mi maestro soltó entonces un suspiro, pues se sintió obligado a subir al techo del edificio para izar la bandera. En ese momento apareció una paloma que fue a posarse en la punta del asta. Los ojos de Schlosseck brillaron y se achicaron en un gesto de concentración sobrehumana, convirtiéndose en dos ranuras, y al cabo de diez segundos la paloma había desaparecido: se había transformado en una enorme bandera de guerra y ondeaba ahora, segura de su victoria, como todas las demás.

–¿Le ha resultado muy difícil? –le pregunté, a lo que mi maestro respondió:

–Con una paloma sí.

Algo más sobre el brazo largo: los que no son magos apenas lo notan, pero sí la gente de mirada rápida, por eso es tan importante esperar el momento adecuado y pasar inadvertido. Ahora bien, el brazo, precisamente por ser tan largo, no tiene una fuerte musculatura. Es delgado, ligero y rápido, pero basta con que pretendas mover con él cargas más pesadas o con que el objeto esté demasiado lejos para que se vuelva irritantemente lento. A los trece años intenté apagar desde el balcón la farola de gas de la acera, pero diez metros eran demasiados. Mi mano no consiguió llegar hasta el objetivo y cayó sobre el jardín delantero. El brazo largo, además, no es incorpóreo. Eso significa que puede quedarse trabado. En determinadas circunstancias resulta vergonzoso, y sé de lo que hablo. Yo, por ejemplo, solía subir al tranvía y arrebatarse a alguien algún billete ya perforado por el controlador justo en el momento en que la persona pretendía guardarlo. El truco me funcionó la mar de bien hasta un día en que el tren estaba demasiado lleno y me costó

recuperar la mano entre la muchedumbre. Lo conseguí, pero sin billete, y tuve que pagar. A menudo la gente se mueve de forma increíblemente rápida. De pronto, dos personas pueden caer fácilmente una encima de la otra o darse un abrazo espontáneo. ¡Y nuestra mano se queda aprisionada justo en el medio! También hay que ser muy cuidadoso con las puertas que se cierran, sobre todo las giratorias y las oscilantes. ¡Espero que este consejo no te llegue con años de retraso y que tus brazos estén intactos!

Schlosseck me daba clases particulares, pues yo estaba demasiado ocupado aprendiendo trucos de magia como para destacar por mis notas en la escuela. Comprendió que debía apoyarme para que no tuviera que repetir un curso. Tras ciertas dudas, me enseñó también algunos trucos con los que podía copiar en los exámenes. No le gustaba enseñar estas cosas, pero él también había conseguido aprobar el examen escrito de Griego con la técnica de mirar de reajo: es decir, copiando con maestría. Por mucho que viviera para preservar sus principios, de vez en cuando hacía una excepción conmigo, cosa por la que siempre le he estado agradecido. Sin Schlosseck hubiera suspendido el examen final del bachillerato, sin el cual nunca habría obtenido un puesto de trabajo en Telefunken.

Sin embargo, su legado más importante fue animarme, al tiempo que me mostraba la satisfacción que él mismo sentía haciendo magia; también me dio consejos muy valiosos sobre los distintos métodos.

Asimismo, estuvo a mi lado durante mis primeros intentos de flotar en el aire y volar por encima de ciertos obstáculos. Si yo no hubiera adquirido cierta habilidad en esas artes, me habría quedado atrapado en el cerco en Stalingrado y probablemente hubiese muerto allí, a la edad de treinta y seis años, y ni tu padre ni tú habríais existido, o al menos no serías Mathilda. Pero de todo lo relacionado con volar te hablaré más adelante.

Es importante ver en persona lo que hacen otros magos experimentados. Como nosotros, por desgracia, también debemos morir en algún momento – en eso no somos diferentes a las demás personas–, deberías hacer todo lo que esté a tu alcance para ver a algún par de ancianos famosos en acción. No hay que olvidar que nosotros, con nuestro arte, reposamos sobre los hombros de los grandes muertos. Y te mencionaré solo a Gaspar, Melchor y Baltasar, los tres magos de Oriente. Estos no siguieron el rumbo de la estrella polar, como siempre se afirma, sino que la arrastraron consigo como una cometa de papel, sin ayuda del viento ni de ningún hilo. Más tarde, el cristianismo convirtió a esos tres fenomenales artistas –algo apocadamente– en «reyes», aunque es obvio que ellos no contaban con séquito alguno. Pero ¡dejemos que la gente siga celebrando tranquilamente la «Noche de Reyes»! ¡A fin de cuentas, sigue siendo nuestra fiesta! Ese día, Emma y yo siempre nos hacíamos regalos: en secreto, porque para los niños solo estábamos celebrando las Navidades. Para ello fue de ayuda el hecho de que yo, como tú, naciera en la llamada Nochebuena, al igual que otros magos importantes de la historia. ¡La verdad es que esa fecha tiene su encanto!

Si ahora pudiera viajar atrás en el tiempo y recorrer distintas épocas – algunos de nosotros pueden; yo, por desgracia, no–, me presentaría en Múnich en casa de Bachstelz, al que ahora llaman el Gran Bachstelz, uno de mis antepasados por parte de madre, natural de Suabia. Y si estuviera a comienzos del siglo XIX, viajaría a Suecia para visitar a Arfwedson, que no solo sabía hacer magia, sino que también descubrió el litio, un elemento sin cuyo efecto medicinal yo no habría llegado hasta los años setenta. O le llevaría un ramo de flores a Fatma Pertschy, el hada legendaria nacida en el seno de una familia austro-otomana que inventó mucho más que el cruasán de vainilla. También visitaría, sin falta, a Racing Turtle, el único indio auténtico en el Motín del Té de 1773, quien más tarde dejó de ser amigo de

los blancos y se convirtió en un gran médico. Y me encantaría ver de nuevo a dos colegas excelentes que intentaron insuflar un poco más de magia al socialismo, pero este –el socialismo– nunca pudo perdonarlos. Pero eso es una historia trágica.

¡Querida Mathilda, ten paciencia durante el aprendizaje! Toda destreza se presentará en algún momento por sí sola si perseveras en ensayarla. A menudo pasa cierto tiempo y uno no nota progreso alguno, pero de repente todo aparece, como un regalo. Hasta que llegue ese momento, disfruta todo lo que puedas y no te amargues echando de menos lo que todavía no puedes hacer. En la magia, la ambición no tiene ningún valor. Los accesos a ella se abren o no, pero no puedes forzarlos. De todos modos, no podemos aprender todo lo que sería posible. De miles de trucos, uno cuenta con apenas veinte o cincuenta variantes estándar, pero, al mismo tiempo, hay otras tantas exóticas, a las que tienes que añadir todas las que van apareciendo mientras vives. En mi caso, conozco más de doscientos. Es cierto, son muchos, con lo que estoy muy por encima de la media; sin embargo, algunos ya no consigo hacerlos con la misma destreza que antes. Me he vuelto más lento.

En la vida, cuando uno ha llegado lo suficientemente lejos y ve que un nuevo campo de la magia se le ha abierto –cosa de la que te darás cuenta–, debe leer todo lo que le caiga en las manos sobre el tema. Pero eso jamás podrá reemplazar la iniciación personal, por ejemplo, con la ayuda de una maestra como mi colega Rejlander. Indaga en los libros de la biblioteca de Rejlander, tal vez encuentres allí, incluso, algunos ejemplares de mi biblioteca. Por cierto, detrás de ciertas materias inofensivas podrás reconocer las obras más antiguas con contenidos sobre la magia, y lo harás por el olfato: todas tienen un olor casi imperceptible a gorgonzola.

En cuanto a la lectura, es aconsejable no ponerse las cosas fáciles. Es cierto que existe el truco de colocar dos dedos de la mano derecha en el lomo de un libro y, al cabo de un minuto, saber todo lo que este contiene. Algunos emplean para ello, incluso, el brazo largo, y adquieren dichos conocimientos mientras permanecen tumbados en el sofá, pero a mí me parece un hábito especialmente pernicioso. El saber se procesa mejor en movimiento, y en general, para nosotros, los magos, la pereza representa un peligro serio. Cuando puedes proporcionarte cualquier cosa con tan solo estirar el brazo, en algún momento dejas de levantarte. Adquiere la costumbre de levantarte e ir hasta la estantería. Una vez allí, puedes usar el brazo largo para depositar el libro junto a tu sillón y luego volver a acomodarte. Así que: ¡muévete aunque no necesites hacerlo, mueve los brazos y las piernas, agradece todo rodeo y procúrate ciertos obstáculos! Lee los libros página por página, salvo si te ves ante una emergencia. Y, al escribir, no uses la magia para llevar textos al papel. ¡Escribe o teclea con esfuerzo cada letra, y luego, ante cada palabra, medita si es necesario! Todo lo difícil, como la fuerza de la gravedad, te depara fatigas, pero también te proporciona seguridad. Asimismo te escribiré algunas cosas sobre el tema de volar.

Al Gran Bachstelz, por cierto, lo llamaban en sus últimos años –para gran disgusto suyo– el «cerdito», ya que, por falta de movimiento, había engordado muchísimo. Ese mago tan talentoso murió prematuramente, ya que a su corazón le costaba mucho lidiar con tanta grasa, así que se negó a seguir prestándole sus servicios. ¡La de cosas que habría podido enseñarles aún a los más jóvenes!

¡Lee también, por favor, libros que no traten de magia! ¡Lee mucho, léelo todo, lee novelas! Leer desarrolla la capacidad de separar la paja del trigo. Quien ha leído mucho puede distinguir, al cabo de pocas páginas, si aparta un libro a la primera o lo hace más tarde.

Hay otro asunto del que debo hablarte: ¡el miedo! Es algo que también los magos sienten. Apenas uno ha empezado a percibir su talento, teme no estar a la altura y la vergüenza que ello implica. A eso se añade la preocupación por llamar la atención, por despertar la envidia, por quedarse demasiado solo o porque a uno lo persigan. O el miedo a hacer el mal, sencillamente por el hecho de que resulta muy fácil y las tentaciones son muchas. Todos esos temores debes de haberlos vivido ya. El miedo no es malo si no dejas que se convierta en un depredador; entonces puede deformarte el espíritu. Quien siempre tiene miedo, en algún momento empieza a odiar a la gente que no lo tiene. Pero nunca imagines que estás exenta de él. Déjalo vivir, resérvale un rincón y mantenlo como a un animal doméstico. Permítele que de vez en cuando gruña o arañe, pero ponle límites, no lo malcríes ni lo cebes. Solo entonces podrá serte útil e impedirá que subestimes los riesgos. Eso sí, deberías prohibirte toda suerte de pánico, aun cuando la muerte te tenga en su mirilla. En ese caso, mírala a los ojos y mantén la calma, piensa en qué jugadas son todavía posibles y permanece abierta para lo que te regale el azar.

El valor es algo que necesitas a toda costa. Y lo tienes, de eso estoy seguro. Por algo somos parientes. Pero ese valor no debería degenerar en excesos (porque entonces también se convertiría en un depredador). Aunque a veces, ciertamente, puede acelerar un poco las cosas. Sin esa dosis de valor, yo no habría podido abordar por primera vez a Emma, a pesar de que ya entonces dominaba lo suficiente el truco para hacerme atractivo y generar deseo. Me di cuenta de que solo podría plantarme ante ella sin emplear trucos. Necesité valor, por lo tanto, para declararme a ella. Y a veces las personas mostramos ese valor en el momento preciso. De algún modo sentimos que lo que debemos hacer a continuación no es un riesgo asumido a la ligera, sino un paso necesario, sentimos que dar ese paso con resolución no es un acto precipitado, sino lo correcto. Nos anima a hacer de tripas corazón y, cuando

invocas tu valor, ¡zas!, este aparece. Distingues de inmediato cuándo te has armado de un valor positivo y fresco. ¡En ese caso, pon manos a la obra, actúa, habla! No le hagas esperar demasiado, porque se esfuma.

Emma y yo queríamos tener un niño capaz de hacer magia. Cosa que, por demás, no es obvia, ya que esa habilidad no se hereda, sino que emerge de forma imprevista de la tierra de nadie de la genética. Pero, aun así, deseábamos tener un pequeño mago y nos esmeramos para engendrarlo. Cuenta a todos tus tíos y tías y te harás una idea de nuestro empeño. En una ocasión, cuando tuvimos a nuestro último hijo, todo pareció indicar que había llegado el momento: fue con tu padre Johann, el mismo que hoy se hace llamar John.

En 1955 yo tenía la certeza de que él llegaría a ser un mago, ya que, cuando llevaba solo tres meses en este mundo, me sacó el reloj de bolsillo. Hoy sé que fue Emma la que le estiró el bracito: tras ese último parto estaba gravemente enferma, pero seguía dominando la magia como siempre, y quiso proporcionarme por un momento la esperanza de que por fin teníamos un hijo con dotes para la magia. Yo me lo creí con sumo gusto, sobre todo después de que, tras la muerte de Emma, yo también enfermase. Sin embargo, Johann nunca llegó a ver la carta, ya que, en primer lugar, conseguí curarme; y, en segundo lugar, porque en algún momento quedó claro que él había nacido para ser actor, no mago. ¡Mi maravillosa Emma! ¡Cuánto me hubiera gustado perdonarle ese último truco! Quien hace trampas por amor ama de verdad.

¡Pequeña Mathilda! ¡Cuántas cosas me gustaría transmitirte! ¡Y es que cuando leas esta carta ya serás toda una mujercita! Espero poder escribirlo todo. Ahora tengo ciento seis años. A la muerte no la detiene ningún truco de magia, aunque algunos colegas sospechan que es lo que vengo haciendo desde hace varios años. Solo Pospischil, la colega de Viena, es mayor que yo, pero aun así sigue siendo una mujer bella. De ella también te hablaré.

Todavía disfruto de estar vivo. Es cierto que ya no me llega correspondencia de mucha gente que conocí y con la que me gustaba reunirme, incluso alguna a la que quise, pero, cuando lo hermoso escasea, se hace aún más valioso. De todos modos, no estoy solo. Hablo mucho con tu madre, con mi actual asistente, Waldemar IV, y con el antiguo, Waldemar III, dedicado ahora a escribir libros. Y también hablo con tu padre, al menos cuando no está en algún rodaje.

Conservo las libretas de direcciones de todas las etapas de mi vida. Las que son de papel y fueron escritas a mano ahora solo contienen nombres envueltos en un círculo con una raya vertical fina y otra más gruesa. Es la doble barra que marca el final de toda música. ¡Nunca dibujo cruces en una libreta de direcciones! A fin de cuentas, muchos de mis muertos son musulmanes o judíos.

Asimismo, desde hace algunos años borro de vez en cuando de mis dispositivos electrónicos y teléfonos móviles a la gente a la que ya no puedo localizar. Eso me entristece, porque sé que olvido con más facilidad los nombres borrados electrónicamente que los marcados con el círculo.

Pero eso es lo hermoso de la vida: siempre aparecen personas nuevas, las hay a montones moviéndose por ahí y, con un poco de suerte, uno puede llegar a trabar amistad con ellas, a pesar de ser demasiado viejo.

Mientras te escribo esto, tú eres la personita más joven que se mueve entre nosotros. Iré a verte dentro de un momento, pero, por si acaso, dejaré mis nuevas gafas encima del escritorio.

Tu abuelo Pahroc

SEGUNDA CARTA

Hacerse más bello, ser otro

Abril de 2012

Querida Mathilda, eres mi nieta preferida. Por eso te deseo una vida larga, completa y llena de belleza, y te deseo también que seas una muchacha hermosa. Aunque, si no lo fueras, tampoco me preocupa: ¡eres maga!

He estado reflexionando sobre las disciplinas de nuestro arte de las que debo hablarte a continuación. Intentaré mantener un orden y mostrártelas tal como estas se te van revelando a lo largo de la vida. Pero incluso en esto hay diferencias. Conozco a un colega al que, después del brazo largo, ya no le funcionaron las cosas con la belleza ni con el amor: en su caso, pasaron años sin que sucediera nada nuevo, pero luego le llegó la magia de la educación. La educación de los niños es uno de los trucos más difíciles que existen, apenas hay nadie que lo haga bien. Otro colega desarrolló muy pronto la magia de la credibilidad: no podía transformarse ni hacerse invisible ni volar, pero sabía hablar de ello de un modo brillante, así que la gente creía cuanto decía. Ese artificio no se nos da a todos, y puede llegar a ser polémico. Algunos lo llaman «mentir mejor». Yo, personalmente, nunca lo aprendí, por lo que estoy obligado a decir siempre la verdad.

Empezaré con la belleza (si ya sabes lo más importante sobre esto, pasa las páginas). Existen dos técnicas muy distintas relacionadas con la belleza: una

es la creación real de belleza objetiva y la otra es el embeleso de observadores concretos. Con una de las técnicas te transformas tú misma, con la otra, solo al que te observa.

En mi época, los magos adolescentes estaban casi siempre más interesados en embelesar a las chicas que los miraban, mientras que las jóvenes magas, por el contrario, buscaban tener el aspecto de Greta Garbo para todos los ojos, lo cual no es sencillo y, sobre todo, resulta muy fatigoso.

Un niño pequeño aún no sabe lo que es la belleza. Las primeras personas bellas son mamá y papá, y aparte de ellas, durante mucho tiempo, no aparece nadie más. Mientras tanto, uno ve cómo se tilda de «bello» todo lo imaginable: cualquier persona joven oye esa palabra sin cesar. Un cuento, el día, un caballo, un día sin clases en la escuela o cuando uno contempla un paisaje desde una terraza. «Todo es bello» quiere decir que todo eso es bienvenido, que nos gusta. Y con la belleza de la persona parece ser igual al principio: no se trata de un montículo solitario con espacio para muy pocas personas, sino de un aspecto que gusta porque nada lo perturba, porque las medidas y las proporciones se corresponden con el arquetipo ideal. Se considera feo todo lo que rompe la regla. Un bebé es bello, bonito, lindo, aun cuando su aspecto sea como el de cualquier otro bebé (y, como cualquier otro, chille en toda regla, patalee de forma normal y se haga linda caquita en sus lindos pañales). Por el contrario, a un adulto que tuviera el aspecto de un bebé gigantesco se lo consideraría feo, ya que la regla para los adultos es otra. Que una cara sea bonita depende de las medidas ideales en vigor. Cuando no hay nada de más ni de menos en ninguna parte, hablamos de una belleza impecable. Y más aún, lo cual me parece conmovedor: la gente muestra su entusiasmo usando palabras como «divino» o «diva». Alguna gente cae en una especie de rígido arrobamiento que, dicho sea de paso, nadie debería confundir con la alegría o con el amor. La mayoría de las personas,

jóvenes o viejas, mujeres u hombres, sean bellas o no, quieren ser amadas, y el amor a veces se relaciona con la belleza, pero en realidad se trata de una magia muy distinta.

La uniformidad (lo que, al referirnos a un rostro, llamamos proporcionalidad) no tiene necesariamente encanto por sí solo. Para no aburrirnos de inmediato, necesita de un par de fallas que sirvan de condimento: un lunar, una insolente separación entre los incisivos, una nariz rara o un ligero estrabismo. Si Nefertiti no tuviera un ojo ciego, la gente no se quedaría tanto tiempo contemplándola. La belleza ideal hace a la gente indistinta. En las películas que veo en la televisión, solo consigo diferenciar a las jóvenes con mucho esfuerzo, y me alegra encontrarme con alguna feúcha, ya que a esa nunca la olvido.

Se dice que juventud y belleza casi son la misma cosa. Pero esto solo es cierto en la medida en que una cara joven aún no lleva marcadas todas las cosas que nos vuelven feos: el embotamiento, la codicia, la arrogancia, la pedantería o la enfermedad psíquica. Todo eso puede haber empezado a destruir un rostro, pero no lo notamos. Existen, por el contrario, caras viejas que en su juventud no llamaron la atención y que de pronto parecen bellísimas. En esto obran otras fuerzas: la integridad, por ejemplo, el sentido del humor o tener un buen corazón.

Schneidebein era un hombre atractivo: altísimo, rubio y de ojos azules. Yo lo notaba, y me parecía injusto que él fuera atractivo y yo no. Porque su alma era fea. Y eso lo comprendí porque él se pasaba todo el tiempo haciendo comentarios sobre mis defectos físicos. Sí, mis defectos estaban a la vista: una nariz demasiado grande, piernas demasiado cortas y, para colmo, un poco torcidas. En una ocasión me llamó «Estatua ecuestre sin caballo». Yo le respondí: «¡Eso te ha quedado bien! Pero, dime una cosa: ¿a quién se le ocurre un nombre tan idiota como Schneidebein, el Cortapiernas?». Pronto el

intercambio no se limitó a las palabras; en algún momento intenté, con un golpe directo, quitarle al rostro de Schneidebein un ápice de su proporcionalidad. Por desgracia, no lo conseguí; sus dotes en la magia no eran tan buenas como las mías, pero boxeaba mucho mejor.

Después de haber descubierto, siendo adolescente, la belleza como un acontecimiento de la vida, una sensación, empecé a admirar tanto a la gente bella que a veces me olvidaba hasta de respirar. Yo mismo me asombraba: ¿a qué se debía aquello? ¿Solo porque las medidas y la simetría coincidían en una figura esbelta, en una cara alargada, porque los labios eran pronunciados, el pelo abundante, los ojos grandes y las pestañas largas? Si alguien me hubiese preguntado entonces lo que todo aquello provocaba en mí, yo, probablemente, me habría ruborizado y dicho algo relacionado con el «amor». Pero la belleza es un poder en sí mismo que no solo despierta amor: puede convertirse en cadena, puede humillar o esclavizar incluso. En especial, los hombres se muestran dispuestos a «servirla» de algún modo, y bastante a menudo. Ese poder se ejerce sobre cualquier cosa: las chicas guapas reciben mejores notas de los profesores, salvo cuando estos quieren demostrar que son justos, y entonces reciben muy malas calificaciones. Seguramente nada de esto es nuevo para ti. A una persona bella se la cree capaz de muchas más cosas (salvo que se demuestre lo contrario). La eligen, por ejemplo, como portavoz de la clase (¡como a Schneidebein!), o alguien desea pintarla desnuda. También funciona a la inversa: no hay certeza alguna sobre el aspecto de Jesús, pero a nadie se le ocurre la posibilidad de que fuese un tipo feo.

Toda admiración puede tornarse en odio y envidia: la belleza está injustamente repartida, y eso puede contrariar a algunos. Sin embargo, es imposible repartirla de manera justa, como pudiera hacerse con los bienes, y

apenas cabe la esperanza de obtenerla en el futuro, como la suerte o el buen juicio.

La tarde que me peleé con Schneidebein le pregunté a Schlosseck cómo podía alargar y rectificar la forma de mis piernas. Para achicarme la nariz – según creía entonces– habría tiempo. Él no se mostró nada entusiasmado con mis deseos.

–Se puede hacer, pero tienes que practicar durante muchas semanas. Pero ¿y luego? ¿Qué crees que sacarás de ello? Nada de eso dura.

Solo de mala gana me enseñó cómo funcionaba el truco. Estuve practicándolo con disciplina, a menudo incluso durante el horario escolar, y un mes después lo conseguí por primera vez: las piernas se alargaron y aumenté algo de estatura. Quise salir de inmediato a la calle para exhibirme. Pero, al haberme concentrado demasiado en la curvatura de mis piernas, estas tenían ahora una ligera forma de X. Con la prisa, la rodilla derecha se quedó trabada en la corva de la pierna izquierda, y caí de plano contra el suelo. Me sangró una rodilla, y también la nariz. Regresé donde el atónito maestro y le pregunté por el truco para hacer invisibles las heridas.

–¡Vaya tontería! –murmuró, y me pegó a la rodilla algo llamado «Hansaplast», el último grito del mercado en el ámbito de los primeros auxilios. Sin embargo, me negué a llevarlo en la nariz, así que yo mismo aprendí a embellecerla. Lo logré enseguida: se hizo más pequeña, y al momento el rasguño desapareció. Entonces salí para verificar de nuevo el efecto. Mis vecinos y compañeros de colegio, al verme, me reconocieron, pero Schneidebein, que también era mago, se dio cuenta de que mi figura y mi nariz habían sido retocadas. Los otros no lo notaron, porque consideraban imposible la transformación. La imagen habitual ejercía un efecto más potente que los nuevos hechos. ¡Qué decepción! Por lo demás, rápidamente comprobé que había puesto demasiado empeño en mi nariz y desatendido las

piernas. Ahora estaban tan rectas como siempre, pero habían vuelto a encogerse.

En fin, es cierto que podemos conseguir que unas orejas muy prominentes se encojan durante un par de horas; podemos hacer desaparecer algunas verruga o lunares o rectificar una nariz demasiado chata. Esa magia de corrección es ardua, ya que el nuevo aspecto sigue estando muy próximo al antiguo, y es fácil que todo vuelva de pronto a su estado original. Ni siquiera un mago bien entrenado aguanta demasiado tiempo esa prueba de fuerza. Además, con la edad, estos trucos de embellecimiento resultan más difíciles y empiezan a volverse innecesarios. A uno le da pereza hacerlos. Yo, por ejemplo, hace veinte años que desistí de hacer desaparecer mis arrugas cada día para recibir a la cartera.

Si uno cree que debe hacerlo, resulta más fácil provocar una metamorfosis total, convertirse en alguien completamente nuevo, ya que ese artificio puede mantenerse durante más tiempo. Pero quien puede conseguir la belleza solo por corto tiempo decepciona a todos los que lo observan durante un periodo más prolongado. Embellecerse uno mismo solo tiene verdadero sentido en un caso: cuando quieres irritar a alguien que te desea el mal: por ejemplo, a tus rivales.

En cambio, en la mayoría de los casos resulta mejor ser bello de la manera más normal del mundo: pienso, por ejemplo, en intentar tener movimientos gráciles y una postura erguida, salvo que, por hacerlo, se te marque demasiado la papada. Una sonrisita también ayuda bastante. Casi todas las personas a las que toman una foto saben cómo verse un poquito más atractivas. Y luego están los recursos consabidos: el lápiz de labios, el maquillaje, una ropa bonita y elegante, tacones altos... Nada de eso cuesta demasiado esfuerzo, de modo que puedes acudir a otras personas y ejercer esa otra magia de la que te hablaré de inmediato. Cuando todo el mundo sabe

cuál es el origen de tu belleza, cuando sabe que te has puesto una ropa elegante y te has maquillado para ella, celebra tu aspecto y el esfuerzo que te has tomado. El resultado, en todos los casos, es conmovedor.

Hoy en día, muchos jóvenes magos en formación preferirían hacer desaparecer durante unas horas sus aparatos de ortodoncia. Eso, por desgracia, no es posible, porque tales aparatos no forman parte de tu cuerpo, como no lo son los yesos ni las esposas de la policía. Para hacerlos desaparecer se necesitarían otros trucos que solo se aprenden mucho más tarde. Me encantaría hablar algún día con la persona que controla todo este complejo aparato de la magia y los milagros: tal vez haya para ello un dios o una diosa. En ese caso, le comentaría el enojoso retraso con que se presentan algunas artes mágicas. Algunas se te revelan únicamente cuando ya no las necesitas. También aprovecharía para hablarle de esos chismes de ortodoncia.

Es probable que ya puedas transformarte en una persona totalmente distinta si conoces el truco y lo has practicado. El problema consiste en que, para ello, siempre necesitas un modelo real. No puedes meterte en la piel de una persona inventada por ti, ya que a esa criatura siempre le faltaría algo en lo que no has pensado. Pero, en fin: personas reales hay suficientes por ahí. A Schlosseck le encantaba ir de compras bajo la figura del emperador Guillermo. El káiser todavía vivía, pero estaba lejos, en su exilio en Holanda, lo cual estaba bien. Lo decepcionante para Schlosseck era que en la lechería nadie tomaba nota de la presencia del emperador, pues este se parecía demasiado a un zapatero de la Florastraße.

El que sabe transformarse puede tirarse buenos faroles. Schlosseck me contó una vez el modo en que había salvado a un comunista. Alguien le había disparado al hombre cuando intentaba huir en dirección a la estación de cercanías. Entonces él, Schlosseck, se había transformado en un tipo grandote de mentón saliente, vestido con una chaqueta de cuero negra, y con voz

tronante gritó: «¡Alto el fuego!». Por esa época todos obedecían de inmediato a esas órdenes tronantes, y también lo hicieron en esa ocasión.

Schlosseck también solía despertar a algunos muertos y devolverlos a una vida aparente. Se iba al zoológico convertido en Gottlieb Daimler o iba hasta la Biblioteca del Estado transformado en Karl May. Podía incluso convertirse en un animal. Una vez me salió al paso en su jardín transformado en un cocodrilo. Por supuesto, lo reconocí:

–¡Buenos días, señor Schlosseck! –le dije.

–Hola, Pahroc –me respondió el cocodrilo, mostrando una larga hilera de dientes–. Hoy tienes un aspecto muy apetitoso.

Schlosseck se había ocupado de que nadie, salvo yo, lo reconociese, lo cual implicaba que hubiese podido devorarme. Pero podía fiarme de él, y eso, entre magos, es muy importante. Debes saber que otros no abusarán de sus habilidades.

Yo le respondí, con toda tranquilidad:

–Es usted un cocodrilo bellísimo, de postal, señor Schlosseck. ¡Mis respetos!

Él se limitó a sonreír. Resulta increíble en cuántos puntos de su enorme boca puede sonreír a la vez un cocodrilo.

Ahora bien, Mathilda, cuando te transformes, sopesa siempre los riesgos. ¡Nunca crees un estado de magia que no puedas revertir cuando tú lo decidas! Ser forzosamente un cocodrilo o un Karl May durante mucho tiempo es poco grato, y, si tuvieras que transformarte en una rana, los besos de los príncipes no podrían poner fin a tu estado, eso solo pasa en los cuentos. Y, por favor, recuerda también que no podemos pasarnos años ocultos tras otro personaje ni siendo invisibles. Al cabo de unas pocas horas todo resulta demasiado arduo, y nadie ha logrado estar en ese estado de metamorfosis más de dos

meses, ni siquiera teniendo algunas breves pausas para recuperarse. En caso de que el asunto se prolongue, recuerda que en algún momento tendrás que volver a ser tú, y eso sucederá de repente, tal vez en el instante menos oportuno.

Otra cosa: ¡si te presentas como otra persona concreta, esta no debe estar cerca de ti en ese momento! Si la copia y el original se hallan muy próximos, la magia de la transformación se viene abajo, y de pronto te verás en ese sitio con tu propia identidad, obligada a responder a preguntas incómodas. La persona original siempre será más fuerte que tu magia, por eso procura mantener una distancia de seguridad en relación con ella. ¡También son muy peligrosos los fotógrafos, porque documentan tu metamorfoseado aspecto! Aléjate de ellos cuando hagas magia.

Los tiempos de los que te hablo no eran demasiado propicios. A pesar de que la guerra había terminado, había muchos asesinatos. Se mataba, sencillamente, por odio. Había hordas de manifestantes en las calles, gente con conciencia de clase que quería luchar por un mundo más justo para todos. Y había otros, los nacionalistas, que preferían uno más injusto. En este último solo le iría bien al propio país.

Hubo incluso una huelga general por culpa de la cual los berlineses tuvieron que trasladarse a pie ese día, incluido yo, ya que por entonces todavía no podía volar. Todos los grupos políticos estaban divididos, se combatían los unos a los otros. En las pancartas, la única gente bella era la del grupo propio, los enemigos tenían las piernas cortas, eran gordos o tenían la nariz torcida.

Por entonces apenas había alguien que no se sintiera ofendido o herido por algo: estaban quienes habían regresado escuálidos o mutilados de la guerra, los que habían perdido todo su dinero y buscaban trabajo en vano, quienes estaban convencidos de que Alemania estaba siendo humillada al tener que

pagar injustamente por todas las reparaciones de guerra, o quien había perdido un hijo. Casi todas las personas eran presa entonces de algún tipo de exaltación o de desespero, y muchas acudían a las asambleas políticas en busca de gente que padeciera los mismos estados exaltados o desesperados. Yo asistía a menudo a esas reuniones, aunque me provocaban un leve horror. Pero eran el contexto ideal para mis ejercicios, ya que nadie en ellas me conocía ni sospechaba que yo pudiera estar allí. Transformaba mi rostro y mi nombre y me mezclaba con todos los partidos, aunque en algunos grupos los gestos eran algo acartonados o se debía saludar de determinada manera. Aunque con frecuencia me «olvidaba» de llevar mi carné, siempre me regalaban alguna cerveza o una sopa de lentejas con salchichas. Luego, de inmediato, desaparecía, ¡y hasta nunca!, ya que por alguna parte estaba la persona que me había servido de modelo, alguien con el mismo aspecto pero con otro nombre, que podría demostrar (al menos eso espero) que jamás había estado en esa central del partido. Admito que actuaba algo irreflexivamente, pero, por aquella época, no lograba saciar el hambre. Otros magos se metían en asuntos mucho más graves. Un colega mío algo mayor que yo, Blüthner, se hizo fotografiar una vez en bañador tras haber adoptado la figura del presidente del Reich. Fue un duro y doloroso golpe para la joven democracia, porque el auténtico presidente era muy poco atlético, y al menos eso le sería difícil desmentirlo. Más tarde Blüthner se avergonzó de su trastada, pero siguió amando la costumbre de presentarse en forma de otras personas. En eso se parecía a Schlosseck.

Por cierto, para toda metamorfosis es importante tener en cuenta una cosa: un mago puede adoptar el aspecto de una mujer, y una maga puede adoptar el de un hombre, cambiar el tono de la voz, pero lo que nunca conseguiremos, ni a corto ni a largo plazo, es cambiar de sexo. ¡Ni siquiera con magia! Para pesar de muchos colegas de ambos sexos que, a lo largo de la historia de la

humanidad, lo han deseado fervientemente. Lo mismo vale para la transformación en animales: cuando Schlosseck se transformaba en un cocodrilo, siempre era un cocodrilo macho. En ese punto, la ley fundamental de la magia del universo no admite discusiones.

Existe –y ya lo he comentado– un segundo truco de embellecimiento, pero es algo que, en el fondo, no nos proporciona belleza como tal, sino que solo nos hace atractivos y, a la larga, también más felices. Me asombraría muchísimo que no lo conocieras ya, pero no tengo dudas de que puedes dominarlo. Pertenece al ámbito de las influencias, y nos lleva a menudo, aunque no siempre, al universo de lo erótico. Con este truco te haces simpática a ojos de un ser humano muy concreto, de modo que el posible embrujo en el que envuelvas tu persona no está destinado a todos los ojos, solo sirven para cautivar a esa criatura en concreto. En primer lugar, uno debe sentirse atractivo, o por lo menos gustarse; de lo contrario, se carece de un elemento importante de ese carisma. De hecho, la mayoría de la gente, cuando está de buen humor, se siente «bien parecida», al menos más atractiva de lo que muestra el espejo.

De modo que entonces imaginé ser un chaval cautivador, y, en combinación con la magia, conseguí que otra persona me viera del mismo modo. ¡Que de verdad me viera! No fue una cuestión de fe, sino un hecho. A Schlosseck le parecía que yo tenía un talento especial para hacer que las chicas se interesaran por mí. Se dio cuenta cuando yo todavía jugaba con ellas en el jardín que había delante de nuestra casa.

El erotismo es una fuerza poderosa a la que es posible dar un pequeño impulso por medio de la magia, pero que ejerce su pleno poderío por sí sola. Cuando una persona desea a otra, la belleza pasa a ser de inmediato solo un ornamento. Para mí, la primera vez no tuvo nada que ver con la magia; sencillamente, quisimos besarnos y lo hicimos, aunque el parque del palacio

de Niederschönhausen estaba lleno de gente que paseaba con los ojos muy atentos. La chica se llamaba Wiltrud, era la hija de un hostelero de Pankow y al principio se mostró tímida. Y se mostró aún más tímida al darse cuenta de que, al abrazarnos, algo se interponía entre nosotros.

–¡Vaya con este! –exclamé–. No es más que un pequeño mago, y los magos siempre están atravesados.

La explicación pareció tranquilizarla. Además, aquel personajillo consiguió ocultarse de nuevo.

Hubiera podido quedarme más tiempo junto a aquella joven dama, una chica franca y divertida que me quería tal como yo era. Pero no su padre, el hostelero. Para él yo no era lo suficientemente atractivo, o lo era de la manera equivocada: un aspecto demasiado extranjero, demasiado indio, con ojos pardos en lugar de azules. El caso es que le prohibió a su hija tener trato conmigo en adelante. Mientras estoy aquí sentado escribiendo esto, y mientras tú succionas satisfecha tu chupete, llegan a Alemania multitudes de personas que han huido de países sumidos en guerras o contiendas civiles. Muchas son atractivas. Y alguna gente se siente torpe y fea en su presencia. Tal vez le pasara lo mismo al padre de Wiltrud, el corpulento hostelero, cuando me veía.

Mi aflicción no duró mucho tiempo, y, además, yo no tenía una tendencia muy marcada a la fidelidad. Y como en esa época Schlosseck se empeñaba en que yo refinara mi arte de conquistar a las chicas, me busqué nuevas compañeras y practiqué con disciplina los trucos correspondientes. Schneidebein, al que en ese asunto le tocó varias veces ser mi rival, se vio en desventaja muy a menudo. O mejor dicho: las chicas se fijaban primero en él, pero luego me encontraban más interesante, cosa en la que me ayudó enormemente mi magia erótica. De modo que tuve varias veces la gran satisfacción de quitarle a Schneidebein su amor más reciente. Para errores, se

bastaba él solo: aunque tenía buen tipo, en sus encuentros con las muchachas siempre quería ser mucho más atractivo, mostrarse irresistible. Por lo tanto, pasaba todo el tiempo ocupado en mantener en pie cada uno de sus trucos de corrección, lo cual tenía efectos negativos. Se concentraba tanto que perdía el encanto. Por cierto, Schneidebein era de esas personas que no saben sonreír con franqueza. Solo torcía un poco el rostro y mostraba sus numerosos dientes blancos. Los músculos y los dientes sonreían, pero los ojos no. Era una sonrisa rígida de vencedor que a nadie satisfacía.

Yo, en cambio, cosechaba éxitos, pero aún no sabía cómo deshacer el magnetismo surgido. Eso es algo que, en el fondo, solo el tiempo consigue. De manera que durante un par de años fui un rompecorazones e hice derramar mares de lágrimas, algo que más tarde yo mismo lamenté. Existen, por cierto, trucos para aliviar cualquier separación, y uno debería aprenderlos a la par.

Acabo de recibir un fax con la invitación para viajar a Glasgow, a un «jolgorio» (o más bien al primero de varios), ya que pretenden celebrar que han terminado la mitad del rodaje. Rejlander es la directora (allí la conoceré), y tu padre interpreta el papel de un gran estadista y lord. Es magnífico que existan todavía las películas, yo conozco y adoro unos cuantos centenares, quizás hasta millares. Por cierto, es la tercera vez que tu padre interpreta el papel de hombre sabio y entrado en años. Yo lo intento todo el tiempo, pero no tengo tanto éxito como él.

Quién sabe si cuando leas esto habrá todavía aparatos de fax. Tal vez para entonces hayan desaparecido hasta los *smartphones*. Me gusta imaginarme el futuro, aunque a veces me incomoda hacerlo, porque me imagino a la gente, por ejemplo, con un chip universal instalado en el cerebro, un chip capaz de hacer más cosas que el cerebro normal de un adulto. Para entonces, si uno

quiere hablar con un amigo que vive en Nueva York, se pondrá a hablar sin más, no será necesario llevarse nada al oído: uno accionará un botón en el reloj de pulsera y podrá empezar a hablar. Casi puede decirse que la magia solo se diferencia de la tecnología en que en la magia no hay botones que pulsar ni interruptores que accionar.

Schlosseck ya previó que la tecnología intentaría sustituir a los magos. Sin embargo, no creía en su marcha triunfal, sino en su fracaso; le parecía, además, que todo lo técnico era feo, en especial los automóviles. Yo tenía otra opinión en estos aspectos.

Si me preguntases, querida Mathilda, a qué me dedicaba todo el día cuando tenía diecisiete años, te aseguraría que no me pasaba el tiempo ocupado con chicas o con la magia: lo que de verdad me volvía loco era la técnica. Leía sobre ella todo cuanto podía conseguir, inventaba aparatos, trasteaba con tornillos y soldaba contactos. Y todo para gran disgusto de Schlosseck, que hacía una mueca con tan solo oír la palabra «logro», alzando los ojos al cielo en busca de ayuda y diciendo cosas como:

–La tecnología es la hermana pequeña de la magia, la que está dispuesta a practicar cualquiera de las variantes de la prostitución.

O esta otra:

–La tecnología no es más que el intento de los que no son magos por imitar nuestro arte con la ayuda de máquinas.

Yo trataba de defenderme.

–La tecnología es útil. Me parece que los lentos y los que no saben hacer magia deben tener algo que sea como esta última y los ayude a mantener el ritmo de quienes sí saben.

–¡Parecen las palabras de un socialdemócrata! –gruñía Schlosseck.

–¡Además, los coches son bonitos!

–¡Son una epidemia!

–Pero todos esos aparatos ayudan a ampliar nuestras posibilidades. ¿Por qué no vamos a querer tenerlos?

–Bueno, está bien. Podemos protegernos de los agresores y también del hambre y del frío. Ya no tenemos que viajar a pie, lo que tampoco está mal. Pero ¿por qué con el tren de vapor, que ya empieza a corromper hasta la música con el traqueteo de sus ruedas contra los rieles? ¿Por qué esos automóviles que tanto ruido generan, aparte de propagar un aire apestoso? Los coches tirados por caballos son más bonitos, ¡y lo agradable que suena el saludo de un cartero, no ese sonido sordo que produce la cápsula del correo neumático!

A mí me entusiasmaba toda la tecnología, y esas palabras me enfurecían. Aún recuerdo aquel diálogo, como si lo hubiéramos tenido esta mañana:

–¿Es preferible entonces que las calles permanezcan a oscuras, que el agua no nos llegue a través del grifo? ¿Debe mi madre acudir a pie hasta alguna de las fuentes que hay en Pankow? ¿Debemos talar los bosques para usarlos como combustible, ya que las briquetas estarían prohibidas?

Schlosseck alzó la mano indicándome que parara.

–¡De eso podemos hablar! Pero la tecnología sirve también para propósitos superfluos que solo crea ella. ¡Y eso no debe seguir así! La magia, por el contrario, sirve a la belleza del mundo tal como es.

–¿Cómo que «tal como es»?

–Como era en los comienzos. A ese hechizo que todo comienzo... –Sí, entonces soltó su célebre sentencia: «Todo comienzo tiene su hechizo». Schlosseck era un hombre sabio con muchos conocimientos, pero eso no le impedía añorar la época de los druidas, quienes con su arte intentaban mantener la desgracia lo más a raya posible de sus hordas. La magia y los milagros tienen menos que ver con la física que con el alma de la gente, por eso Schlosseck creía que muchos escépticos hombres modernos soñaban, en

el fondo, con ellos. La frase sobre el hechizo y los comienzos la decía y escribía con bastante frecuencia. Más tarde, un escritor llamado Hesse se la birló y estuvo dando la nota con ella.

Por entonces, en casa éramos pobres, mientras que Schlosseck era rico. Eso no nos molestaba ni a nosotros ni a él, porque nos ayudaba. Se sentía a gusto conmigo, y también le caía bien mi madre, porque era valiente y honesta, y siempre se mostraba amable. A partir de 1924 ella y yo, su hijo más joven, vivimos en Wedding, donde trabajaba como costurera. Sin el apoyo de mi hermano mayor, que era maestro cervecero, no habríamos podido salir adelante. Tampoco sin Schlosseck.

A mí este último me caía muy bien, y me gustaba ser huésped en su casa, sobre todo a última hora de la tarde, cuando su asistente Vladimir encendía las velas, mientras fuera la torrecita con el asta de la bandera brillaba todavía bajo el sol del atardecer. La casa era preciosa. La había construido en 1906, si bien la pequeña torre se había adosado después. Por la ventana de su escritorio, situado en la tercera planta, podía ver la antigua casa de mis padres, y ya entonces lo supe: alguna vez quería volver a vivir allí, aunque hasta que eso ocurrió tuve que vivir treinta años en el campo. En realidad, hubieron de pasar noventa años, pero a cambio ahora tengo ascensor.

En algún momento le pregunté a Schlosseck si había maestros que fueran mejores que él haciendo magia. Él asintió:

–Hay uno, sin ninguna duda.

–¿Cómo se llama?

–Babenzeller.

–¿Dónde vive?

–No se sabe con exactitud. Nunca lo he conocido personalmente. Dicen que es insoportable, pero interesante.

–¿Y qué sabe hacer?

–Matar. Los magos no pueden matar con sus artes, nos les está permitido. Pero él, por lo visto, puede hacerlo y se le permite. Algunos dicen que Babenzeller es malvado.

–¿También puede matar a otros magos?

–Por lo que he oído, sí.

–¿Y por qué mata?

–¿Cómo voy a saberlo? Tal vez le divierta.

Me propuse entonces apartarme cuanto pudiera del camino del tal Babenzeller. Pero yo era joven, tenía muchas otras cosas en mente. Además, ¿a quién le gusta pensar en la muerte? Cuando más tarde conocí en persona a aquel mago con tan mala fama, casi había olvidado su nombre.

Mi madre no sospechaba que Schlosseck fuera mago.

–¡Saluda de mi parte al profesor! –me decía cada vez que yo salía rumbo a su casa.

Mi madre tampoco sabía nada de mis habilidades. Me quería con todos mis devaneos de chico soñador y, a veces, también con mi rebeldía; sin ella quizá me habría convertido en un mal tipo, aunque tuviera aquel don raro, o tal vez precisamente por tenerlo. Hablábamos a menudo de mi padre, cuya foto colgaba encima de la máquina de coser. Él tampoco supo nunca nada de mi coqueteo con la magia. Bueno, tal vez lo sospechara, porque un día, mucho antes de que tuviera que marchar a la guerra, me contó algo acerca de un gran peñasco en Nevada, en la cordillera llamada Pahroc Range, en la que unas escrituras indias predecían el futuro de su tribu. Y allí, me dijo, había un símbolo que señalaba hacia mí. Indicaba que yo tendría una vida larga y que escribiría un libro. Todo eso estaba en aquella roca. Yo le creí. Y le creo todavía. Tal vez, cuando haya acabado de escribirte todo lo importante, me marche a Nevada y le pida a algún indio que me explique ese símbolo. Creo

que allí encontraré también un símbolo para ti, Mathilda. Las personas que saben hacer magia se anuncian siempre en alguna parte.

TERCERA CARTA

Flotar y volar

Agosto de 2012

Toda acción de volar, Mathilda, es una rebelión contra la autoridad de la fuerza de gravedad, o sea, una insolencia, pero legítima desde el punto de vista de la magia. Este arte se nos presenta cuando tenemos entre quince y dieciocho años; en tu caso, ya habrá sucedido o está a punto de suceder.

En mí, los primeros síntomas de habilidad para volar se manifestaron en los días prenavideños de 1923. Tenía entonces casi dieciocho años, y Schlosseck me había enseñado cómo lograr pesarme en una buena pesa, bien calibrada, y pesar menos de lo normal. Fue prudente, y aún no me habló de volar, sino de mediciones al servicio de la medicina convencional, ya que en la repartición de cupones de comida era ventajoso que a uno lo consideraran desnutrido. Memoriqué la manera de concentrarse para hacerse uno más ligero y lo probé con la pesa, pero, a pesar de mis esfuerzos, seguí pesando, como máximo, solo cuatro libras menos.

–¡Ya lo conseguirás! –me animó Schlosseck.

Poco tiempo después hice una excursión a Reinickendorf, al lago Schäfer, con un grupo de escolares de Pankow. El propósito era patinar, o al menos probar unos nuevos patines que le habían regalado a Schneidebein. La capa de hielo todavía era demasiado fina, solo él y yo nos atrevimos a pisar el

hielo. Schneidebein lo intentó con la velocidad: pasaba volando con sus patines por encima de las grietas que ya empezaban a abrirse, pero luego, al oír los crujidos cada vez más frecuentes del hielo, sintió miedo y se retiró a la orilla. En mi caso fue distinto: yo pesaba menos que él. Bajo mi cuerpo, la superficie de hielo solo crujía muy tenuemente. Pero, de repente, me hundí y sentí cómo el agua helada se me colaba dentro de uno de los zapatos. En realidad, es casi imposible aplicar un truco de magia recién aprendido cuando se es presa del terror, pero, por una fracción de segundo, conseguí mantenerme en el aire por encima de la superficie del agua ahora al desnudo, apoyar un pie en el borde todavía firme del agujero y, con el impulso, escapar por los pelos de aquella trampa. Nadie vio cómo ocurrieron las cosas.

Me sentí sumamente orgulloso de aquella incipiente habilidad y empecé a practicarla cada vez que podía. El mejor modo era ayudándome de una escalera, oculto en el retrete, el cual se hallaba, a su vez, en el rellano. Por él transitaban dos plantas del edificio, pero al menos podía cerrarse por dentro. Coloqué la escalera junto al retrete y empecé a ascender por ella, flotando. Si la fuerza vacilaba o cedía, podía agarrarme a ella rápidamente. Por fin llegué hasta el techo sin emplear las manos ni los pies. Que me fuera al retrete con una escalera generó ciertos comentarios mordaces. Para acallar a los críticos, hablé de unas telarañas que no habrían podido retirarse de otro modo.

La rápida disminución del peso corporal es útil para varias cosas, aun cuando no se pueda, todavía, emprender el vuelo. Si tropiezas, por ejemplo, y estás a punto de caer, puedes amortiguar la fuerza del golpe o «salir planeando» mientras otros «caen de plano». También pude hacer uso de la nueva habilidad en las peleas del patio del colegio: quien ataca y golpea necesita peso, pero quien recibe el golpe debería poder aligerar su peso por una fracción de segundo, reduciéndolo al de la pluma de un edredón, con lo cual evita heridas y contusiones. El gran Muhammad Ali se aproximaba

mucho a esta técnica, pero, a pesar de todos los rumores, no era mago. Al ser una chica, confío en que no tengas que imponerte en combates físicos, pero la ligereza espontánea puede ser de provecho en otras situaciones. Pienso en el día en que tal vez un novio –cariñoso, pero no especialmente atlético– tenga que cargarte delante de todos y cruzar contigo el umbral de una casa; entonces podrías serle de mucha ayuda. Ahora bien, recuerda que debes dosificar: siempre ha de quedar un peso discreto. Donde todo se vuelve verdaderamente problemático es en el deporte. En 1926 yo era el mejor en salto de longitud en el club deportivo de Telefunken, y todo porque, en el último tercio del salto, me hacía más ligero, de modo que permanecía en el aire más tiempo, durante un ínfimo segundo. Solo la toma de una cámara hubiera podido desenmascaramme, o algún colega mago que estuviera observándome, pero este no habría dicho nada. Hoy me avergüenzo de las medallas que me embolsé.

En cuanto sepas elevarte y flotar, ve al bosque, donde nadie te vea, y practica. Si hubiese demasiado viento, átate a una cuerda larga. Y nada de euforias: presta atención a los cables de la electricidad, a los molinos de viento y a todo aquello de lo que pudieras quedarte colgada. ¡Y lleva pantalones! Si alguna vez te vieras obligada a huir de alguien que te persigue, no intentes el rápido vuelo en vertical si aún no dominas esa técnica. No hay nada más vergonzoso que alguien te coja por los pies y tire de ti hacia abajo. ¡En ese caso, sería preferible que te convirtieses en una atleta y echases a correr!

Sobre los modos de favorecer la concentración a la hora de alzarse en vuelo hay opiniones divergentes. A algunos les ayuda un batir de brazos, como si tuvieran alas. A mí me gustaba tirarme de la nariz con la diestra. Mi gran colega Münchhausen hacía lo mismo, pero se alzaba tirándose de los pelos. Schneidebein no tenía talento para el vuelo. Por mucho que batiera

brazos o tirara de donde tirara, apenas conseguía alzarse en el aire, perdía altura y caía en picado, como se dice en el lenguaje de los pilotos.

Antes de entrar en el vuelo como tal, insisto encarecidamente en un consejo: mantén en secreto tus poderes mágicos. O más exactamente: ¡mantén siempre en secreto que has sido tú quien ha hecho algún truco de magia! No hagas excepciones. No se lo cuentes a nadie, por amiga que sea una persona, a menos que estés muy segura de que es maga o mago. ¡No dejes que te pillen! En el caso de los trucos para corregir tu belleza, hazlos de un modo casi imperceptible. Si en algún momento quieres demostrar tu superioridad, sé otra persona, sé la mujer bella y desconocida que luego nadie consigue encontrar. Y, a la hora de hacer el brazo largo, busca siempre un momento en que no te observen, nunca flotes delante de espectadores, y solo vuela en noche cerrada o cuando tengas la certeza de que puedes hacerte invisible.

Por supuesto, podrás aparentar caminar sobre la superficie del agua, pero es un espectáculo superfluo y, además, muy difícil, ya que, mientras avanzas flotando, tienes que fingir que caminas. Resultado: la gente te identificará como maga, así de sencillo. No hay nada como hacer pequeños milagros de vez en cuando. Pero ¡nunca exageres! Obviamente, en años posteriores podrás hacer llorar a una virgen o devolverle la vista a un ciego, pero, por favor, ¡mantente en un segundo plano! La gente no debería adorarte como a una santa practicante, basta con que se imaginen cómo sería todo si existieran los milagros: esa es la dosis adecuada para su salud espiritual, y también el único motivo razonable por el que procurar de vez en cuando algún que otro «milagro».

Cuando la humanidad estaba todavía en pañales y prestaba atención a lo que hacíamos, no era necesario que nos escondiésemos. Dábamos nuestros consejos en público, curábamos y consolábamos, hasta guiábamos a tribus

enteras. Una palabra nuestra y se acababan las riñas, salvo cuando estas eran inevitables. Por entonces los cerebros de los hombres estaban configurados de otro modo, había poco sitio para la autodeterminación. Cando había que hacer algo, la gente escuchaba solo lo que les decían sus propios cuerpos o sus chamanes, y nos seguían como siguen los rebaños a sus pastores. Que la magia no era más que un talento raro lo supimos camuflar desde el principio, afirmando, por ejemplo, que contábamos con un saber especial sobre los anhelos «de los espíritus». También suministrábamos pócimas mágicas. Puro curanderismo. En cualquier caso, esos fueron los comienzos de la medicina. También mascullábamos conjuros mágicos, lo cual solo servía para cuidar la imagen: en el fondo basta con que nos concentremos en la idea que es objeto de magia, no hace falta que la gritemos a los cuatro vientos. Esto último puede ser, incluso, un obstáculo.

Más tarde empezamos a aparecer también en los cuentos de hadas, nos presentábamos cargados de instrumentos mágicos, de técnicas milagreras, por así decir: lámparas, anillos, sombreros, mesas que hacían aparecer comida, espíritus encerrados en botellas, varitas mágicas, todas esas patrañas simpáticas. Y lo de las alfombras voladoras solo existe si, al alzarle por los aires, te llevas contigo una alfombra. La mayoría de la gente, en cambio, sigue creyendo en la magia de las cosas (es lo que la incita a comprar más cacharros de los que necesita). Sin embargo, existe en el mundo un solo objeto verdaderamente mágico: el edredón, que es capaz de retener a las personas contra una voluntad varias veces declarada mucho después de que haya sonado el despertador.

Nosotros actuamos en lo oculto, y a día de hoy no nos queda otro remedio. Por eso, querida Mathilda, cuando hagas magia no llames la atención hasta el punto de que otros te reconozcan como la causante de algo paradójico. Lo que hagas ante los ojos de todos no debería irritar el sano juicio humano.

Todo debe parecerle explicable a un estudiante de Física de nivel medio. Cuando no sea posible, trabaja a puerta cerrada o en la oscuridad. Y nunca te dejes arrastrar a competiciones de magos. Te vuelven incauto, uno se olvida con facilidad de que tal vez están observándolo o de cuántas personas podrían estar haciéndolo. ¡Si alguna vez debes entrar en prisión –cosa que puede pasar– y ya dominas el arte de volar por encima de los muros o atravesarlos, hazlo solo durante la noche y regresa por la mañana, obedientemente, a tu celda! Algunos colegas míos que sufrieron persecución política estuvieron años moviéndose libremente por el mundo a pesar de estar presos, sin que los guardias se enteraran. Ejercitaban la paciencia y trabajaban para alcanzar su puesta en libertad con trucos más refinados. Esos trucos podían llegar incluso a provocar el derrocamiento de un gobierno, que sigue siendo el recurso más fiable para poner fin a una pena de cárcel.

Y ya que hablamos de ello: no solo es necesario, sino muy positivo, llevar una existencia cívica que no levante sospechas. Yo mismo desempeñé con mucho entusiasmo todas mis profesiones, que no eran más que puro camuflaje. Quien, a ojos de sus vecinos, es alguien y sabe hacer algo, puede poseer cosas caras y hacer viajes de placer a países lejanos sin levantar sospechas. Basta con tener una profesión normal que te proporcione ingresos y para la que no se necesiten habilidades especiales. No me gusta admitirlo, pero cuando una persona posee el don de la magia verdadera (y no me refiero a esas payasadas que se hacen sobre un escenario), por regla general no es genial en ningún otro ámbito, por ejemplo, como artista o científico. Solo muy pocos de nosotros hemos sido inventores: el famoso Biró inventó el bolígrafo y el tubo de desodorante, yo inventé el schacktógrafo y el sistema de navegación por satélite (ambas cosas te las explicaré más adelante). Sin embargo, a menudo nos hemos convertido en empresarios de éxito, y pienso, por ejemplo, en la colega Clicquot-Ponsardin de la Champaña. Por lo general,

la regla es que nosotros solo podemos hacer magia, y eso es de por sí un don suficiente. Para ser una estrella ante las cámaras sirve más bien la gente normalita.

También ahora, siendo un jubilado, sigo haciendo algo paralelo que (supuestamente) me proporciona dinero y me sirve para explicar mis costosas excursiones en crucero: llevo una de esas pensiones llamadas B&B, con alojamiento y desayuno. La verdad es que me reporta sobre todo alegría, porque ¿cuándo un hombre de más de cien años tiene la oportunidad de conocer a tanta gente joven? Y he tenido algunos clientes encantadores, hasta una maga llegada de China y un prometedor colega de Venezuela, lugares donde se vive ahora con tanto peligro cuando uno se convierte en un enigma para las autoridades. Al joven pude enseñarle algunos trucos útiles. Por ejemplo, el del cambio rápido de ropa cuando a uno lo persiguen a pie por plazas muy concurridas. Yo sabía hacerlo ya a los dieciséis años: de repente, otro lleva puesta tu ropa y tú la suya. Los esbirros arrestan a la persona equivocada y luego tienen que soltarla. Y la mejor parte: empiezan a desconfiar de su propia mente.

Schlosseck me inculcó que un mago verdadero necesita un asistente que sepa algo de magia, pero que no tenga talento para ella, es decir, que no se convierta en su competidor. En cierto modo, se necesita una «segunda figura», alguien que proporcione el material y con el que se pueda debatir. Tales personas se encuentran raras veces, ya que todo el mundo quiere ser siempre el número uno. Schlosseck llamaba a todos los espíritus a su servicio «Vladimir». Yo he llamado a todos mis ayudantes «Waldemar». Uno de ellos, Waldemar III, hasta escribió una novela sobre marinos. Sobre los verdaderos nombres de mis Waldemares puedo decirte que los he «olvidado», es decir, que guardaré silencio sobre ello.

Pero volvamos a la capacidad de volar: en cuanto sepas flotar, debes prestar atención al lado del que sopla el viento. ¡Eso, por favor, verifícalo siempre con anterioridad! No te dejes sorprender, como me sucedió a mí en mi primer intento. Me ejercitaba una mañana de marzo, cuando aún no había amanecido, pero necesité demasiado tiempo hasta poder alzarme un poco del suelo. Entonces, mientras aclaraba por el este, en el oeste empezó a formarse una tormenta, cosa que no noté, pues estaba concentrado en mis ejercicios. ¡Quién cuenta, además, con una tormenta a una hora tan temprana del día! De pronto se alzó una ráfaga de aire y, para mi espanto, me levantó hacia lo alto del cielo, arrastrándome varios kilómetros en dirección al sureste. Las casas que estaban debajo de mí empezaron a achicarse cada vez más y más, y entonces vi el centelleo del Weißensee bajo la luz del amanecer. En vano intenté ganar peso, el viento siguió arrastrándome como a una hoja de papel. Justo encima del lago me agarró una corriente de aire descendente, y tal vez – aunque con retraso– surtiera algún efecto mi concentrado deseo de aterrizar. El caso es que caí en picado sobre la superficie de agua y, al parecer, perdí el conocimiento durante la caída, porque no recuerdo ni el chapoteo ni la sensación de haber estado en el agua. Solo sé que en algún momento dos brazos fornidos me alzaron hacia un bote. El socorrista de aquel balneario, que aún no estaba abierto, se había levantado temprano, había visto la caída y, a pesar de la tormenta, había soltado las amarras a su barca.

–¿Cómo llegaste hasta aquí, en un zepelín? –me preguntó, mientras remaba en dirección a la orilla. Yo vacilé y eludí responder de inmediato castañeteando los dientes. Porque, Mathilda, ¡es muy importante pensar a tiempo en explicaciones para cualquier cosa, previendo todo lo que puede pasar!

–¡Fue un torbellino! –dije por fin, temblando–. ¡Me sacó del balcón y me llevó!

–¿Dónde?

–En casa.

–Eso está claro, chaval, pero ¿dónde queda tu casa?

Me decidí entonces por Berlín-Tegel. En ese momento me pareció un buen lugar para iniciar un vuelo. Lo que no quería era que nadie se pusiera a hacer averiguaciones sobre mí en Pankow, pues tal vez me habrían encontrado. Además, tenía ganas de alardear un poco y agrandar aún más la sensación de haber volado por primera vez. Pero aquello no fue muy inteligente.

–¡Es algo digno de los periódicos! –exclamó el salvavidas, y de inmediato quiso llamar al *B. Z. am Mittag*.

Luego me dio una toalla y un albornoz y me dijo que iría hasta la cabina telefónica. «¡Rayos, que no llame al periódico!» Debía largarme. Pero aquel buen hombre tenía bien claro su objetivo: me había encerrado con llave. De todos modos, había dejado puesta la llave, y se trataba de una puerta de rejilla: ningún problema para mi brazo largo. Apliqué entonces la técnica del cambio rápido de ropa y durante un cuarto de hora me transformé en un repartidor de periódicos del Weißensee. Con paso moderado, me alejé de allí. Por desgracia, a pesar de mi aspecto distinto, la magia no sirvió para que mi ropa se secase, así que seguí empapado. De todos modos, llovía a cántaros. En la calle me tropecé con el socorrista, que regresaba a su caseta; lo saludé amablemente y le entregué un chorreante *Berliner Morgenpost*. Nunca olvidaré su cara.

Necesité una hora para llegar a mi casa, pero me sentía feliz, lleno de confianza. No solo me había levantado del suelo, sino que había volado por encima de la ciudad, había visto desde arriba la vida de la gente. Todo el que experimenta algo semejante empieza a forjar planes de alto vuelo.

Pero volvamos a lo práctico: volar vale la pena realmente solo cuando sabes mantener el rumbo. ¿Cómo hacerlo? Bueno, desde luego no como un

avión, ni tampoco como lo hace Dumbo, ese elefante que usa sus enormes orejas como alas y como timón para cambiar de dirección. En nuestro caso, funciona de un modo bien distinto. Lo primero es elevarte en vertical tanto como puedas, a un máximo de cuatro mil metros, por ejemplo; las aves suelen elevarse mucho más. Luego te dejas caer, con lo cual tu cuerpo entra en la horizontal, y entonces has de concentrarte en lo que vean tus ojos, porque operas con el magnetismo surgido entre tus ojos y lo que ves. Y eso, lo que veas, será siempre la siguiente meta. Es un vuelo guiado por la visión. Claro que puedes dejar vagar la mirada, enfocar otros objetos, pero siempre mirando hacia la meta. Cuando estés cerca de ella, buscas otros objetivos hacia los que puedas navegar. Mantén las manos como lo hace el saltador de esquí, como si fueran pequeñas alas. No lo son, claro, ni lo serán, pero cualquier manoteo, cualquier gesto sería un estorbo.

Cuando ya sepas quedar suspendida y navegar, pero todavía no puedas aplicar la técnica (¡en realidad es muy difícil!) de concentrar la mirada en tu meta, debes hacer escalas, descansar los ojos y, más tarde, volver a alzarte en vertical. Resulta difícil decir cuánto necesitas para llegar de un punto A a otro B. De Berlín a Múnich, calcula unas buenas tres horas sin escalas. Y piensa siempre que una persona volando llama mucho la atención. Si, por lo tanto, todavía no dominas el arte de hacerte invisible ni puedes reducirte al tamaño de un pájaro, vuela de noche. Recuerda, además, que los demás magos se dan cuenta de que andas por ahí volando, y si te conocen personalmente, podrán reconocerte por el eco que produce tu vuelo: todo mago posee el suyo. Si tienes a algún mago por enemigo, mientras estés volando correrás peligro: si no andas demasiado lejos, él podrá localizarte.

Algo más sobre los objetos que quisieras transportar: estos no se pueden reducir, se mantienen tal cual. Los medicamentos, los teléfonos móviles, los víveres, todo eso tendrás que elevarlo contigo, así que decide con tiempo qué

es lo que necesitas con urgencia. Si tienes que proveer a alguien de herramientas o de armas, no te sobrecargues, es preferible que hagas el vuelo varias veces y que transportes siempre una de esas cosas. ¡Intenta no llevar nada para ti! Cuando, durante la guerra, levanté el vuelo y pude escapar de una trampa mortal a orillas del Volga, ningún avituallamiento hubiera podido salvarme, todo lo contrario: si hubiese llevado una carga adicional, no habría podido vencer aquellas distancias, así que me vi obligado a proveerme de lo necesario durante el viaje. Además, a causa del frío, no pude elevarme demasiado. No obstante, esa posibilidad de alzar el vuelo, el poder partir hacia el espacio constituyó uno de los momentos de libertad más importantes de mi vida. Estrellas, nubes, bosques, animales, y también la esperanza de encontrar gente que me ayudase: todo aquello fue para mí como salir del infierno y entrar en el paraíso. Pero la sensación de dicha no duró demasiado, ya que de inmediato el frío empezó a colármeme en los huesos. Más tarde, durante el vuelo a casa, perdí años de mi vida debido a un salto en el tiempo como el del monje de Heisterbach. Se trata de un percance inexplicable que puede sucederles especialmente a los magos durante el vuelo. Es muy poco frecuente, pero, aun así, no puedo dejar de mencionarlo. Ocurre que, en medio del vuelo, nos vemos fuera del tiempo: este último sigue su curso sin nosotros, y quedamos a la zaga, despojados de la percepción, como en un largo sueño. Cuando uno vuelve en sí, han ocurrido muchas cosas, también con nosotros mismos, pero sin que hayamos estado presentes ni haberlas experimentado. Te hablo de meses, de años y, en casos muy extremos, hasta de siglos. Uno no reconoce el mundo y el mundo no lo reconoce a uno. Yo salí muy bien parado, pues fueron dos años. Schlosseck conocía ese peligro, lo llamaba «efecto del monje de Heisterbach», a partir de un poema del romanticismo que le encantaba recitarme de memoria. Yo, por cierto, tengo una teoría sobre cuándo y por qué puede ocurrir este percance, pero te la

contaré cuando hablemos de la guerra, ahora prefiero detenerme un tiempo más en los años veinte, cuando yo era tan maravillosamente joven como la chica que ahora lee mi carta.

Volar provoca una inmensa sensación de libertad, hace realidad uno de los más grandes sueños de los seres humanos. Salir volando es algo que no solo desean las personas que están encerradas tras unos muros o unos alambres de espinos, sino que es el sueño de los jóvenes que desean dejar atrás la casa paterna, porque hace tiempo que se sienten ágiles para volar, como pichones robustos. En mi época, los chicos se mostraban más enérgicos en su deseo de partir de la casa paterna, casi siempre debido a las diferencias de opinión con el padre. Tal vez eso haya cambiado.

Mi padre murió antes de que yo entrara en la edad rebelde. Pero mi madre tuvo que aguantarme muchas cosas, a pesar de que siempre intenté ser un buen hijo. Los jóvenes magos, y –por lo que sé– también las jóvenes hadas, tienen a menudo caracteres difíciles, sobre todo porque no pueden comunicar lo que los hace especiales, ya que con ello sumirían a sus padres en un estado de pánico, al pensar que su hijo se ha vuelto loco.

Recuerdo con gratitud a mi padre indio. Él era muy distinto a los demás padres. Deseaba que yo fuera independiente, quería que su hijo supiera arreglárselas y que no tuviera que preguntar a nadie qué hacer para luego, si las cosas salían mal, culpar a otros. Recuerdo lo que hizo para enseñarme a nadar: me sostuvo un rato sobre la superficie del agua y al cabo de un rato me soltó. Cuando empecé a gritar y a patalear, él se alejó nadando de espaldas y empezó a mirarme con cara seria. No podía hundirme, ya que tenía un cinturón hecho de corcho que me rodeaba el pecho. Además, se mantuvo cerca. No obstante, mi miedo era enorme, pero entendí lo que quería decirme aquella mirada suya: «A veces no tienes a nadie y debes arreglártelas tú

solito, y en esos momentos te sentirás como ahora. Aprende a vivir con eso. ¡Aprende a nadar!». No necesitó decírmelo, claro, todo estaba contenido en aquella mirada firme y amable. Me convertí, por cierto, en un buen nadador, jamás tuve que sacarme de la manga un salvavidas invisible. En ese aspecto, Schlosseck no pudo enseñarme nada, pues le temía al agua más que un gato. Ni siquiera se metía en ella cuando se transformaba en cocodrilo.

Antes de comenzar con la siguiente carta y de que te hable del amor, quisiera insertar un par de cosas más sobre la manera de reconocer a los colegas. Mantener en secreto nuestro arte es y seguirá siendo una medida necesaria, ya que el Estado nos persigue y nos vigila a través de métodos cada vez más sofisticados. Pero eso también nos dificulta, por desgracia, entrar en contacto con los nuestros.

Hay un par de cualidades y costumbres –incluso manías– que son comunes a los que hacemos magia. Pienso en cerrar los ojos casi cada vez que giramos la vista o en la aversión a la nuez moscada. Sin embargo, como rasgos para reconocer a un colega esas dos cosas no bastan. Nadie puede ahorrarse el trabajo de, en cada caso concreto, averiguar activamente si alguien es o no de los nuestros. Puede hacerse con pequeños trucos que solo nosotros percibimos, ya que nuestro lado más fuerte es, a fin de cuentas, la atención. A un mago no se le escapa nada: por ejemplo, cuando la azucarera de repente está medio centímetro más cerca de tu taza. La gente normal cree en los lapsus sensoriales, y su cerebro relega de inmediato lo que ha visto el ojo. Pero si la otra persona es mago o maga, te responderá con otra pequeña señal. Te echará un poco de crema en tu café sin inclinar la jarrita. Lo importante es que ninguna de las señales se repita. ¡Invéntate siempre una nueva! Cuando la policía nos busca, se muestra obsesiva con las listas y solo reconoce lo que hay en ellas. Las cámaras de vigilancia pueden ser un inconveniente, pero solo cuando el material es examinado con suma minuciosidad, imagen por

imagen. Eso no sucede, en cambio, cuando tus señales mágicas son diminutas, inapreciables. No intentes en ningún caso impresionar a tu interlocutor con un truco sensacionalista, eso siempre podrás hacerlo más tarde, cuando estés muy segura de ti. Una vez que los dos colegas se hayan reconocido como magos, apagad vuestros móviles y dad un paseo. Uno de los sentidos profundos de un parque metropolitano es que allí uno puede hablar libremente.

No sé si ya te he mencionado el lugar llamado San Policarpo. Bueno, ahora no me apetece echar una ojeada a todo lo escrito. Perdona, por lo tanto, si ya te lo he dicho. A veces soy un poco distraído. En fin: en ese lugar había un monasterio con una biblioteca en la que se hallaba un departamento muy famoso solo con libros de cocina. Dichos libros contenían recetas antiquísimas y secretos que, fuera de allí, nadie conoce. Ni sospechas la revelación que puede llegar a ser un bizcocho como el *Gugelhupf* o un plato como el *Tafelspitz* preparados según las recetas de Bachstelz en *Instrucciones completas sobre el arte de la cocina para la mesa señorial y la mesa de la alta burguesía*, publicado en Múnich en 1858. Lo más interesante de esos libros de cocina es que entre líneas, para que solo nosotros podamos leerlas, contienen las instrucciones sobre magia más precisas, además de otra cosa: uno encuentra en ellos las experiencias y los experimentos que han tenido o hecho otros colegas a lo largo de los siglos. Existe algo así como unos estudios sobre la magia, y todo sencillamente porque los mejores entre los nuestros siempre han intentado averiguar si era posible hacer trucos más potentes. De modo que en el libro de cocina de Bachstelz, si uno sabe leerlo, hallamos también sus reflexiones más importantes sobre la posibilidad de cambiar con magia todo el curso de la historia. ¡Aunque –*nota bene*– solo a toro pasado! Uno puede rechazar tales ideas: también la modestia es algo que

se las trae. Pero Bachstelz, disfrazado de cocinero de cabecera, hombre poco llamativo y diligente en la corte del rey de Baviera, ocupaba, en su condición de mago y filósofo, una posición que hoy calificaríamos de *Think Big*, y se atrevió con algunas cosas. De todos modos, deberías leerlo. En mi opinión, resulta muy difícil cambiar siquiera algunos detalles de la historia. Y estoy bastante seguro de que ni siquiera viviendo más tiempo el Gran Bachstelz lo hubiese conseguido.

Querida Mathilda, como ves, he vuelto a retroceder en el tiempo. Mis advertencias y recomendaciones son algo abundantes, pero te ruego que tengas paciencia conmigo. Escoge entre ellas las que puedas necesitar; el resto, contéplalo con humor. Las cosas son simplemente así: un día llegarás a ser una mujer competente en el siglo que te toque vivir –al cual, quizá, llegues a poner tu sello–; en ese momento, a mí, aunque esté muerto, me gustaría estar presente con un par de consejos útiles.

Acabo de regresar de Escocia, donde he conocido por fin a la colega Rejlander, que está rodando una película con tu padre en el papel protagónico, aunque eso ya te lo he escrito. Su nombre como directora es otro. Es la mujer más inteligente con la que he hablado nunca, aunque en esa cuenta no incluyo a mi madre ni a Emma. Es, además, bellísima, hasta su voz me ha entusiasmado.

El productor invitó a todo el equipo de filmación a un restaurante en Glasgow, y también a mí. Me tocó sentarme con Iris, la maquilladora, y con Stephan, el técnico de sonido, que parecen estar enamorados desde hace muy poco. Yo, por el contrario, no le quitaba la vista de encima a Rejlander, y creo que estoy algo así como enamorado. A los ciento seis años se considera poco habitual, pero ¿qué sabe la gente acerca de los magos?

Cuando Waldemar III nos presentó, me dijo:

–Usted ya ha visto a esta pequeña alguna vez, señor Pahroc.

¿La pequeña? Yo no entendía nada, pero la propia Rejlander acudió en mi ayuda:

–Cuando lo conocí, usted era el tío Bumbum.

A finales de la década de 1970, Rejlander, siendo una niña, había participado como actriz en una película berlinesa en la que yo me ocupaba de la pirotecnia empleada para crear el ambiente adecuado para la Primera Guerra Mundial.

Le había oído decir a Waldemar III que yo había aprendido a tocar el piano a los noventa años, por eso me pidió que tocara algo para ella. En el hotel había incluso un piano de cola bien afinado. Ella se mostró maravillada, y creo que la impresioné un poquito. Luego hablamos largo y tendido sobre ti, ya que ese era el propósito del encuentro.

En fin: en algún momento Rejlander viajará a Berlín para verte. Tú aún no te enterarás de mucho, pero más tarde la reconocerás y seguramente también aprenderás a quererla. Ella ha prometido instruirte en cuestiones de magia, y todo eso estará ya en marcha cuando leas estas cartas.

Hice el viaje a Glasgow en avión, pues no pienso agobiarme volando en solitario por encima del mar. ¡Que lo hagan esos magos locos del deporte, como el viejo Henry Grund! Solo me pregunto de quién esperaba elogios por tales cosas: nunca sale en los periódicos por sus hazañas, a pesar de haber conseguido cruzar volando todo el Atlántico.

CUARTA CARTA

Encontrar el amor

Enero de 2013

Lo que más he amado en la vida (¡aparte de tu abuela, claro!) ha sido la electricidad. Desde que era joven mostré casi más interés por su aprovechamiento y su estudio que por la propia magia. En realidad, quien sabe hacer magia no necesita de otros muchos medios mecánicos auxiliares. Pero a mí me cautivaba cualquier nueva tecnología. A ello se sumaba mi tendencia a las ideas socialistas. Me imaginaba un mundo en el que la tecnología hiciera superfluas las guerras, que uniera a los pueblos y desterrara buena parte de la miseria. Pero el apetito por el progreso tecnológico me duró más que el que sentía por una sociedad sin clases.

Hoy, por poner un solo ejemplo, agradezco el aparatito para oír que llevo dentro de la oreja y que me permite diferenciar las eses de las efes. No me hace falta poner la mano detrás de la oreja ni mantener en pie un truco de magia durante un concierto para poder oír bien. Y, mejor aún, no tengo que irritarme usando uno de esos enormes tubos para escuchar. De esos hubo hasta el segundo periodo de la posguerra: eran unos embudos de latón que captaban lo dicho y lo conducían hasta el oído.

En fin, que tengo muchas razones para estar agradecido a la tecnología, en especial a los aparatos eléctricos, y no entiendo a la gente que usa todos esos

medios auxiliares y al mismo tiempo afirma hoscamente que antes todo era mejor.

Las máquinas, los motores, los coches, los aerostatos, los aviones, la telegrafía, todo lo eléctrico era entonces el nuevo mundo, representaba un futuro mejor. Nosotros, los hombres jóvenes, estábamos poseídos por la tecnología, también Jakob, que vivía en la Eintrachtstraße, pero sobre todo yo. La profesión de mis sueños era ser «electricista». El propio término suena de maravilla, muy prometedor. Yo solía explicarle a todo el mundo –quisiera escucharme o no– lo que era la ley de Ohm, las diferencias entre tensión e intensidad de la corriente, entre corriente débil y fuerte, entre corriente directa y alterna, y era precisamente al bueno de Schlosseck al que intentaba ganar para el potencial mágico de la radiotecnología: le hablaba de los tubos de rayos catódicos, de la amplitud modulada, de Thomas Alva Edison y de Estados Unidos, el país de las posibilidades ilimitadas. Pero en algún momento él llamaba al perro, no para azuzarlo contra mí, sino para lanzarle una pelota, al tiempo que no paraba de alabar a Ulf con una reverencia cada vez que el animal se la traía de vuelta. Lo hacía para no tener que escucharme.

Mientras aprendía el arte de la magia se me fueron abriendo otros ámbitos, por ejemplo, el del truco de la credibilidad, bastante contrario a mis principios, ya que no concebía poder sentirme a gusto mintiendo, aunque me creyeran. Ocurre mucho en la juventud, por eso sería preciso conservarla durante el mayor tiempo posible.

Tras acabar el bachillerato, fui aceptado en Telefunken para hacer prácticas. Recibí primero una formación básica que yo, para entonces, apenas necesitaba, pues había aprendido por mi cuenta a soldar, encablar y verificar. Después de recibir varias descargas eléctricas, había aprendido incluso a desenchufar un aparato antes de ponerme a trabajar con él. Una experiencia

nueva y muy agradable fue trabajar en una cadena de montaje: es cierto que ese trabajo no se correspondía con mi noción de una persona libre, pero abrigaba todavía la esperanza de ganarme con mi trabajo un puesto en otros departamentos en los que hubiese mayor demanda de ideas. Tras acabar la jornada y durante las noches me convertía en electricista por cuenta y riesgo propios, o más bien en ingeniero: construí una radio a galena con la cual escuchar lo que llegaba del ancho mundo. Con una lámpara de baterías que fabriqué leí todo lo que pude sacar de la biblioteca municipal de Pankow en torno a electrificación, tecnología de radio y de transmisiones y a muchos otros temas técnicos. En aquella época me vino muy bien haber aprendido con Schlosseck a leer libros con mayor rapidez que por vías normales y sin perder nada del contenido, colocando dos dedos en el lomo.

También experimenté con algunos inventos. A diferencia de otros magos, no necesitaba muchas horas de sueño. En realidad, me gustaba quedarme por las mañanas tumbado en la cama, elucubrando alguna cosa. Ello me transportaba a menudo hasta el reino de los sueños, por lo que, en la empresa, entre todos los practicantes, me tenían por el más impuntual, aunque también por el más aplicado en el aprendizaje y el de entendederas más rápidas. Ese fue el motivo por el que no me echaron, y pronto estuve haciendo las labores de un ingeniero de pruebas. Pasaba el día revisando gramófonos y discos que acababan inflamando también mis sueños. Los discos se hacían entonces de goma laca, y esta, a su vez, se producía a partir de la secreción de unas cochinillas originarias de las Filipinas. Jamás había podido imaginar que unos bichos tan diminutos secretaran la materia prima para millones de discos, que esos insectos existieran en tal cantidad y que, además, hubiera personas suficientes para recolectar aquel menjunje. Las cochinillas se me aparecían en sueños, tenían el tamaño de bueyes y cagaban laca sin parar.

Fue grato aquel tiempo trabajando en Telefunken, donde se me estimaba. La empresa me apoyó incluso para que fuera a estudiar a la Escuela Técnica Superior. ¡Aquellos sí que eran empresarios! Por cierto, «Diplomado en Ingeniería» es el único título que realmente me he ganado trabajando a lo largo de mi vida, aunque para obtenerlo necesité muy poco tiempo. Todos los demás títulos los obtuve gracias a la magia.

Mi permanente inclinación a trabar conocimiento con nuevas chicas fue disminuyendo de forma considerable debido a mi afán de aprendizaje diurno y nocturno. En 1926 no tuve ni una sola novia. El único lujo que me permitía, aparte de mi pasión por aprender, era la música, sobre todo cantar con otros: en el parque de Niederschönhausen había conocido a un joven al que encontré una vez sentado en un banco cantando canciones rusas. Había venido a Berlín con una muchacha llamada Alissa, pero por lo visto no eran pareja, sino solo amigos. Lo que tenían en común era que ambos habían pertenecido a la clase equivocada en la Rusia revolucionaria. A los padres de Serguéi los habían fusilado, a los de Alissa los habían expropiado y expulsado del país. Residían en la Neue Schönholzer Straße, muy cerca de mi antigua escuela, y cantaban juntos canciones rusas y alemanas. Alissa tocaba además la balalaica. Yo también aportaba algo: dado que lo sabía todo sobre grabaciones eléctricas, pude reparar para ellos un tocadiscos y me ocupé, con mi brazo largo, de crear un fondo básico para la colección de discos de Serguéi. Por entonces aún no sabía leer partituras tan bien como hoy, pero tenía buena voz y buen oído. Me ponía algunos discos una y otra vez y luego intentaba cantar sus canciones. La que mejor se me daba era «Beso su mano, Madame». Serguéi todavía no sabía demasiado alemán, pero Alissa lo hablaba a la perfección. En una ocasión nos pusimos a hablar de política, pero el tema se agotó enseguida. Por entonces yo todavía simpatizaba con

una frase de Lenin: «El comunismo es el poder soviético junto con la electrificación de todo el país», pero preferí callármelo delante de Alissa, que era una víctima de la Revolución.

Una tarde de verano, caminaba yo con Alissa, Serguéi y Jakob –que ya no era tan pequeño y había dado un gran estirón– y salíamos de la Eintrachtstraße para ir a bailar (aunque yo apenas bailaba) a la glorieta del Bürgerpark. Allí nos encontramos con Schneidebein, que había venido acompañado de una chica pelirroja muy joven. Su nombre era Emma von Schroffenstein, pertenecía a la antigua nobleza y, de un modo pertinentemente noble –bah, ¡de un modo eterno!–, era muy bella. Parecía salida de un cuadro del Renacimiento. Me pregunté cómo Schneidebein podía tener acceso a una criatura como aquella. Pero Schneidebein era un fan de la aristocracia, y ya por entonces (y también más tarde) hacía cualquier cosa por cultivar los contactos con ella. Probablemente ni él mismo supiera por qué. Por otra parte, se dedicaba a coleccionar chicas bonitas como si fuesen trofeos. Con la ayuda de la magia se había embellecido cuanto le había sido posible, y al principio no lo reconocí. Sin embargo, bailaba que era un horror. Con el vals aún se defendía, pero con el charlestón parecía alguien que necesita ir al retrete con urgencia. Me pasé la velada hablando sin parar y con pasión sobre América, el país de los grandes sueños tecnológicos, que, por si fuera poco, era también el país de mi padre. Es posible que con mi entusiasta parloteo reafirmara en Alissa su intención de marcharse a América. Más tarde trabajó en Hollywood como guionista, se casó con un estadounidense y llegó a ser una escritora sumamente famosa. Aquella tarde en la glorieta me preguntó con tono severo si yo solo sabía hablar y no quería bailar.

Como estábamos sentados a la misma mesa, le pedí una pieza a la acompañante de Schneidebein. Era muy joven, por lo menos cinco años menor que yo, y sus movimientos resultaban agradables. Pero lo único

realmente notable era su voz. ¡Era increíble, arrolladora! ¡Al menos para mí! Es curioso: una voz puede electrizar a un hombre como ninguna otra cosa, y no tiene por qué ser una voz que todos consideren «bonita», ni tener ese tono aflautado u oscuramente atractivo, no. Puede tratarse de una voz aguda y, al mismo tiempo, ser la que crea la resonancia adecuada en ese único ser humano. La persona entera le parece de pronto sincera y generosa, su sonrisa es franca y cautivadora. Y entonces resulta inevitable que esa persona quiera estar cerca de la otra para siempre. ¿Emma era hermosa? Para mí, sí, y también para Schneidebein. Pero fue su voz la que me llevó –o más bien casi me obligó– a desatenderlo todo por ella. Al principio no quería, y hasta intenté mirarla lo menos posible, pero su atractivo era ya para entonces más fuerte que mi capacidad de resistencia.

Resultó fácil birlarle la chica a mi antiguo rival. Ella ya se había dado cuenta de que no era para él sino otra pieza de su colección. Schneidebein se enfadó muchísimo conmigo, pero no me importó lo más mínimo. Al cabo de pocos días, Emma y yo éramos inseparables, queríamos envejecer juntos, pero empezar con este último proceso lo más tarde posible. ¿Por qué?, te preguntarás. Pues porque el amor no necesita motivaciones.

El padre de Emma, el conde Von Schroffenstein, se había casado con una mujer de la burguesía, Dorothea Haidle. Tal vez por ese motivo se mostró comprensivo cuando, de la noche a la mañana, nos convertimos en pareja. Mi origen indio le pareció interesante, y yo le caí simpático. Gracias a eso, un buen día me explicó en detalle el árbol genealógico de los Von Schroffenstein, para, acto seguido, contarme también el de los Haidle, en el cual me tropecé con un nombre familiar para mí: ¡Bachstelz! Emma no solo era vástago de una familia de caballeros suabos, sino también del cocinero de la corte real en Baviera, Bachstelz, con el que yo también estaba lejanamente emparentado a través de Marianne, mi madre. Te cuento todo esto porque

debes conocer a los pocos magos que hubo en la familia: es decir, Bachstelz, Emma, yo y tú misma. No son más, la lista se mantiene dentro de límites abarcables. La habilidad para hacer magia no se hereda en las familias, simplemente te llega volando como un periquito que se ha escapado de otro lugar.

Por cierto, entonces yo aún no sabía que Bachstelz había sido mago. Y mucho menos que Emma también lo era. Solo sabía que su singular voz de pajarito provocaba en mí grandes sensaciones. Pronto amé esa voz más que cualquier otra cosa llegada a través del éter, más que las palabras y los sonidos que arribaban de noche a través de las ondas cortas, largas y medias desde otros centros de la radio en la época, como la Casa Vox de Berlín, Nauen o Norddeich. Ni siquiera los pronósticos del tiempo para la navegación en Terra Nova me cautivaban de igual manera.

También tu voz provoca en mí algo, aunque de otro modo. ¡Porque tú, Mathilda, tienes la voz más bonita desde Emma y Rejlander! Ayer dijiste «abu», con lo cual me revelaste que eres inteligente y que sabes muy bien quién puede enseñártelo todo. Son tantos los nietos que me han llamado «abu» que ya no puedo acordarme de ninguno por separado. Pero, al venir de ti, la palabra me llenó de ternura, fue expandiéndose en mí de tal modo que ni siquiera tomé el ascensor, bajé por las escaleras saltándome dos escalones a la vez. ¡Y eso no lo había hecho desde hacía décadas! Ello pone de manifiesto un tipo de magia que se presenta sin mi intervención. Es decir, algo grande.

Hace poco intenté escribir con la ayuda de una aplicación de reconocimiento de voz, ya que me torcí la mano derecha mientras instalaba una antena parabólica. Yo dictaba, y el aparato iba escribiendo lo que entendía. Sin embargo, nada de lo que allí podía leerse tenía mucho sentido, así que no pude parar de reír... Entretanto he vuelto a escribir con la mano.

Cuando seas adulta, estos programas funcionarán mejor. Habrá infinidad de cosas nuevas, claro, y me encantaría conocerlas. Hace poco aterrizó en Marte la nave Curiosity, que tomó fotografías del lugar. Me gustaría ver si en realidad surgen en Marte asentamientos humanos, pues se calcula que ello sucederá hacia el año 2036. Y me encantaría también poder disfrutar de unos paneles solares que produzcan cien veces más energía que los de hoy, o acumuladores más ligeros y con mayor capacidad que los de ahora. Me encantaría saber, asimismo, cuál será el grado de desarrollo que alcanzarán los procesadores, la velocidad que podrán desplegar los chips. En tu época, Mathilda, la vida será más fácil, inimaginablemente más fácil para nuestros conceptos de hoy. Hace pocos años averigüé cómo funcionaba técnicamente la World Wide Web, y hace muy poco vi una impresora en tres dimensiones: todavía me resulta inquietante, pero la verdad es que me fascina. Mucha gente se pierde este placer, ni siquiera sabe lo que ocurre dentro de un televisor, pero considera la digitalización, en general, obra del diablo. Tampoco sabe lo que son los algoritmos, una nube. *Terra incognita!* Y cuando un control médico a distancia de su cuerpo puede mantenerlos con vida, lo primero que preguntan es si eso es legal. Son demasiados los que intentan mantenerse a la altura de la civilización tecnológica despreciándola e ignorándola. Pero te digo algo: ¡aplícate todo lo posible en aprender cuanto esté a tu alcance, en manejar esas tecnologías, en entenderlas y experimentar con ellas! Si después encuentras algo que objetar, al menos esas objeciones estarán bien argumentadas.

Yo adoro la tecnología, aun cuando vea que por ella hacemos sacrificios y que, debido a ella, tenemos que decir adiós a muchas cosas que nos son familiares. Me he vuelto más escéptico, eso es verdad, pero sobre todo en relación con la estupidez y con las fechorías, que también abundan en medio

del brillo de lo innovador. Ya no tengo tanta fe en la tecnología como cuando era joven, pero eso, más bien, está relacionado con la guerra.

Pero entonces, en los años veinte, yo era un misionero de todo lo técnico en cualquiera de sus formas. A los padres de Emma, el matrimonio Von Schroffenstein, intenté hacerles comprender, durante las comidas, la dicha que proporcionaría el método de las tarjetas perforadas de Hollerith: toda la administración experimentaría una revolución. Y cuando vi que eso no despertaba en ellos un desaforado entusiasmo, les expliqué el funcionamiento de la radio: qué era un rectificador de corriente, una resistencia, un transformador o un condensador variable. No tuve éxito hasta la llegada de los postres, cuando empecé a hablarles de las técnicas de señales en los ferrocarriles. Con eso, al padre de Emma se le ocurrió permitirme reparar el timbre con el que se llamaba a la criada en su casa. Lo solucioné en un minuto, a raíz de lo cual me ofrecieron puros, coñac y hasta el tuteo (su nombre de pila era, como seguramente sabes, Pankraz). A fin de brillar un poco más, después de haber bebido el coñac le conté que en ese momento me apasionaba la idea de fundar una empresa: como la voz de Emma me parecía tan hermosa, me habían entrado ganas de grabarla por un método electrónico parecido al del fonógrafo de Edison, pero por medio de un disco aún intacto de cera endurecida (por entonces no había cintas magnetofónicas, mucho menos grabaciones digitales). Sí, ese sería el primer paso para iniciar una producción masiva. Tenía ya hasta un nombre para el aparato: el «schallógrafo» (por *Schall*, de sonido). En realidad, trabajando de noche había logrado crear un prototipo que a veces funcionaba. No había en mi invento nada nuevo, pero con él conseguí abrir bien los oídos y el corazón del conde Von Schroffenstein.

—¡Grabar tus propios discos! ¡Eso podría ser un negocio excelente! Los amantes querrán guardar para toda la eternidad la voz de su amada; los

jóvenes padres, el primer chillido de su hijo o hija. ¡Ese invento promete ser todo un éxito! ¡Es comparable al de la fotografía!

Me contó que le gustaría fundar de inmediato una empresa con ese fin... ¡Si tuviera el dinero! Por desgracia, la antigua estirpe no protegía de la pobreza. Desde que había comenzado la inflación, los Von Schroffenstein estaban prácticamente en la ruina. Pero me pondría en contacto con otro conde, de la estirpe de los Schack von Wittenau, que aún tenía fortuna y que seguramente querría entrar en el negocio, tal vez con la condición de que el aparato no se llamara schallógrafo, sino schacktógrafo. Yo estuve de acuerdo, aunque, en honor a Emma, había pensado en llamarlo emmógrafo.

A mí todo me parecía bien con tal de poder seguir trasteando aparatos y, encima, presentarme ante los Von Schroffenstein como un hombre con perspectivas de futuro. Porque había algo que tenía ya claro desde hacía tiempo: quería vivir con Emma y, para ello, necesitaba poder proporcionarle el sustento necesario. Todavía quedaba un largo trecho hasta conseguir una sólida plaza de ingeniero en Telefunken, así que preferí darme esperanzas –y dárselas a otros– con un futuro brillante como industrial.

También tengo que contarte cómo Emma y yo nos identificamos como magos, algo que no sabíamos en la primera época. Un buen día tropecé en la oscuridad con la raíz de un árbol. Emma, asustada, soltó un grito e intentó evitar mi caída sosteniéndome por la pretina del pantalón. Pero yo, con tal de amortiguar la caída, había aligerado mi peso en cincuenta kilos. Por eso, Emma no solo consiguió preservarme de la caída, sino que, para su propio asombro, me levantó por los aires y me depositó luego en el suelo como una pequeña caja de cartón vacía. De inmediato pensé: «Ahora se asustará de mí, me tendrá por un tipo inquietante». En un primer momento, continuamos caminando pensativos y en silencio. Entonces ella dijo:

–¡Yo también puedo hacerlo!

–¿Qué es lo que puedes hacer?

En lugar de responderme, tomó dos pasos de impulso, dio un gran salto y se agarró a la rama de una haya situada a unos tres metros de altura. Vi claramente que el salto se había transformado en un vuelo en suspensión. Entonces se balanceó en la rama un par de veces, se soltó y me cayó, ligera como una pluma, en los brazos extendidos.

–¡Rayos! –exclamé.

–Es bonito –dijo ella.

–¿Qué?

–Pues que ahora podemos hablar del tema.

–¡Es maravilloso!

Ella recuperó su peso normal y continuamos andando en silencio, siguiendo el camino del bosque, a sabiendas de que nunca tendríamos una vida aburrida.

Por esa época, los tiempos no eran en absoluto aburridos, pero, por desgracia, tampoco eran pacíficos. La gente bailaba y escuchaba *jazz*, investigaba y polemizaba por medio de bromas. Pero, a muchos, aquello no les resultaba lo suficientemente interesante, querían más guerra. Había mucha gente que casi reventaba de ganas de pelearse, siempre ansiosa de más jaleo del que ya había. En sus discursos, esos tipos hablaban siempre de la culpa o, mejor dicho, culpaban a otros de todo. La culpa por el comienzo de la Primera Guerra Mundial, la culpa por el desenlace de esa guerra, la culpa por el inicio de la siguiente. Se oía hablar a cada rato de deshonra, la «deshonra de los padres», que era preciso eliminar y vengar. Pero ¿con quién vengarse? Pues con cualquiera que no perteneciera al propio partido. Con cualquiera que, aun perteneciendo a tu partido, fuera un «traidor» a él. Se pretendía poner a girar hacia atrás la rueda de la historia, algo que, en todo caso, pueden hacer los magos, y solo tras largas cavilaciones. Esos hombres

repletos de odio, tanto jóvenes como viejos, creían que ellos también podrían hacerlo. ¿Cómo? Pues multiplicando las armas, cosa que hacían con una fe especialmente fanática. Por entonces oí por primera vez la expresión «victoria final»: significaba que la perdida Primera Guerra Mundial podría revocarse con una segunda cuyo desenlace fuese victorioso si, en esa siguiente contienda, la gente creía con más firmeza en la victoria. Sin embargo, no era la inmensa mayoría la que pensaba así. Esa mayoría aceptaba con gusto todo lo que fuera gratis, pero la guerra y la muerte no estaban entre esas cosas.

A mí y a Emma el asunto apenas nos preocupaba. Cuando había mucho griterío en la calle, cerrábamos las ventanas y nos íbamos a ese sitio cuya magia es más fuerte que la de cualquier alboroto: la cama.

El amor se resiste con astucia a formular la pregunta sobre los porqués (razón por la cual nunca será posible digitalizarlo). Quien desee describir por qué ama a otra persona se pone a tartamudear. Yo ni siquiera lo intenté. Los magos saben lo que no pueden hacer, y los electricistas se mantienen a distancia de todo lo que no sea lógico. Por entonces yo solo sabía que quería oír la voz de Emma a lo largo de toda mi vida y observar sus gestos y movimientos cada día. ¡Verla sirviendo un té, levantando algo del suelo o bajando del tranvía! Solo me viene a la mente la palabra «garbo»: porque es poco habitual, y para describir a Emma únicamente cabe considerar las palabras más raras. El garbo es un tipo de magia al que las palabras no le llegan ni al tobillo. Ninguno de los poetas que, aun así, han intentado emplearla conoció a Emma.

He leído que los peces y las aves tienen un órgano para poder coordinar sus movimientos cuando nadan en manchas o vuelan en una bandada. Dado que en mis buenos tiempos me transformé a menudo en un ave gregaria, puedo confirmarlo. El amor se ocupa de algo muy parecido: es un lazo

invisible, y tal vez funcione por vía eléctrica de un cerebro a otro. Yo siempre supe de inmediato lo que Emma quería decir. Por supuesto, nunca la interrumpía, porque amaba su voz. Si nuestras respectivas voces no hubieran sido para nosotros como la música más pura, apenas habríamos tenido que hablar entre nosotros: nos adivinábamos casi todo sin necesidad de palabras.

En fin, si esperabas que en esta carta tratara algún principio mágico especial, una especie de magia de búsqueda con la que pudiera encontrarse el gran amor de un modo fiable, debo darme por derrotado. No quisiera hablarte de cosas que no existen, sería muy poco serio. Tampoco sirve de nada poner en juego todo tipo de criterios a fin de ir destilando a la persona ideal. El que busca raras veces encuentra lo adecuado, porque nunca podrá dejar de seguir buscando. La persona dotada para encontrar, por el contrario, apenas busca, por lo menos no lo hace durante mucho tiempo. El amor va hacia ella, y ella lo reconoce.

Es cierto que hay actos de magia que se pueden aplicar en algún momento en torno al amor: algunos ya los conoces desde hace tiempo, pero ellos no te acercan necesariamente a tu gran amor.

La mujer o el hombre para toda la vida: esos son regalos que llegan de un lugar donde nosotros apenas tenemos nada que decir. Por eso el amor consigue lo que ningún mago: hacer mejor a las personas. Puedes transformarte a ti misma o transformar a otro en un cocodrilo, pero no en una persona buena o siquiera fiable. El amor sí que lo hace, porque quien recibe en abundancia devuelve también algo con gusto a todos los demás.

Todos, o casi todos con los que hablas, podrían ser ese regalo, el más importante. ¡No excluyas a nadie! El amor, cuando es verdadero, barre con los criterios preconcebidos. Y presta atención a la voz de una persona. No es

necesario que sepa cantar; también los que no tienen oído para la música, y los reconocidamente ineptos, tienen un gran amor.

En la primavera de 1931 nos mudamos a un ruinoso apartamento de la Breitenbachplatz que acondicionamos nosotros mismos. Yo me ocupé de la electricidad, de la fontanería y del cierre de la puerta. A Emma le habría gustado ponerse a tapizar y a pintar, pero, como estaba muy avanzada en su embarazo, sacó a relucir sus artes y acondicionó las paredes con mucha habilidad, acabando antes que yo. Me dijo que podía enseñarme ese truco y explicármelo con más detalle, y eso hizo. Tales artes no podían aprenderse con Schlosseck, ya que él no las empleaba ni le gustaban. Le apasionaba ofrecer trabajo, era el «empleador» nato: llamaba a los obreros, se acomodaba en una silla y los observaba trabajar. Si alguno dejaba caer una herramienta, la agarraba rápidamente por medio de su brazo largo y se la devolvía al perplejo dueño con palabras como: «¡Otra vez la fuerza de la gravedad!». Luego continuaba observándolos y se regocijaba ante cualquier error. Cuando experimenté eso, supe por qué en su momento se había transformado en un cocodrilo: ¡él era un cocodrilo! Para mí, el animal más entrañable y servicial entre los vertebrados.

Había un punto en el que Emma y yo jamás coincidíamos en nuestra opinión y en el que, a pesar de todos los intentos por llegar a un acuerdo, nunca conseguíamos alcanzar la paz: para ella la temperatura de la habitación estaba siempre demasiado baja; para mí, en cambio, estaba siempre demasiado alta. Cuando yo padecía por el calor, ella se moría de frío. Cuando ella sentía el calorcito suficiente, yo salía huyendo. Pero como, para ella, yo era como un hornillo, siempre me seguía y buscaba mi proximidad física. Su necesidad de abrazos era ilimitada, algo propio de los reptiles. También en el

cine permanecíamos abrazados, y no solo en una película como *S. O. S. Eisberg*, donde uno sentía escalofríos de tan solo mirar.

Íbamos al cine tres o cuatro veces por semana, y sin decirnos palabra sabíamos exactamente al unísono si una película nos gustaba o si debíamos largarnos. Pronto conocimos tantas películas inolvidables que algunas noches nos poníamos de acuerdo en un algún título concreto y nos sentábamos juntos a repasar el filme entero en nuestras mentes. No era necesario que charláramos, lo único que se oía era nuestra risotada conjunta o alguna frase como: «¡Un momento, has omitido el ataque de los indios!».

La ceremonia de nuestro compromiso oficial nunca tuvo lugar, porque yo la declaré un acto feudal, burgués, superfluo, ilógico y, para colmo de colmos, contrario al espíritu de los indios.

–¡Cualquier cosa, menos reaccionario! –dije.

Emma me secundó, pero no porque pensara que debía obedecerme. Su manera de pensar era muy moderna y progresista, tal vez, precisamente, porque había visitado una escuela para amas de casa y no el bachillerato de Humanidades. Papá Von Schroffenstein tenía en mente casarla con alguien de buena familia. Eso es normal entre los aristócratas, sobre todo entre los que son pobres. Por eso no tuvo nada que objetar a nuestro amor. ¿Cómo iba a hacerlo? Era un hombre muy supersticioso y creía en los milagros, de modo que a mí, gracias a mi schacktógrafo –el cual todavía no existía, por cierto–, me veía como un futuro y adinerado industrial.

A Emma le encantaba contemplar cosas bonitas. Adoraba las vajillas de porcelana, las joyas, los cofrecillos nacarados, los recipientes de latón, todo lo que tuviera detrás un buen trabajo de artesanía y muchos ornamentos. Aunque yo apenas tenía dinero, le compré a Serguéi el samovar que había

traído de Rusia, un dinero gracias al cual mi amigo pudo marcharse a Francia: en lo político, ya no se sentía tan a gusto en Berlín. Emma adoraba aquel samovar, pero decía que cuando los tiempos mejoraran tendríamos que devolvérselo a Serguéi, porque era, a fin de cuentas, la única pieza que conservaba de sus padres.

La vida entonces no era fácil, ni siquiera para personas con nuestras habilidades. Por desgracia, yo todavía no sabía fabricar dinero de la nada, cosa que, a decir verdad, nos habría ayudado bastante. Emma era más joven, de modo que estaba aún mucho más lejos que yo de esa posibilidad. Me parece injusto que esa habilidad se manifieste tan tarde en nuestras vidas. El dinero se necesita sobre todo cuando uno empieza a formar una familia. Pero, bueno, todavía teníamos al viejo Schlosseck, que nos ayudaba del mismo modo en que había ayudado a mi madre. Para entonces era yo quien tenía que visitarlo, ya que no salía de su casa; por culpa de la «plebe», como él decía. En Pankow, como en todas partes, había desfiles. La democracia, que tenía que enfrentarse a los que desfilaban, se había ido volviendo cada vez más antidemocrática. Sus enemigos, unos tipos casi siempre gordos con pantalones de montar, pero que jamás se las habían tenido que ver con un caballo, se mostraban mucho más brutales de lo que podía serlo el Estado democrático, que, aunque con sumo esfuerzo, se consideraba el garante de la ley. De modo que la democracia seguía allí en todo su desamparo prescrito, mantenía cierta dignidad, pero daba los últimos coletazos.

Cerca de nosotros vivía un joven doctor en Historia del Arte de nombre Kusenberg con el que trabajamos amistad. Escribía ocasionalmente para los periódicos sobre exposiciones y subastas. Conocía casi todos los nombres de quienes alguna vez habían pintado un cuadro, y también se dio cuenta de que éramos magos; la verdad es que no sé cómo lo hizo, porque él no lo era. En

todo caso, en una ocasión en que vino a nuestra casa a tomar el té, escribió una historia muy verosímil acerca de una disputa entre dos magos: Pahroc y Schneidebein, y una semana después nos la leyó en voz alta. En un primer momento me asusté mucho, pues sabía que yo no le había hablado de magia y solo había mencionado a Schneidebein en su condición de antiguo compañero de colegio. La historia me gustó, sobre todo porque en ella Pahroc era descrito como el mago más simpático y amable de los dos. La idea de que llegara a publicarse me entusiasmaba. No obstante, le pedí que no lo hiciera, y le expliqué por qué podría perjudicarme: se había acercado demasiado a la realidad. Entonces se lo conté todo, y pude hacerlo porque él venía de un mundo completamente distinto y era una persona muy digna de confianza. Un par de años después lo animé a que recogiera ese texto en su libro, porque quería irritar a Schneidebein. Kusenberg lo hizo, pero cambió mi nombre un poco y le dio a la historia un final conciliador.

De manera indirecta, contribuyó a que yo intentara aprender la magia de borrar nombres. Lo que busca ese tipo de truco es que los otros se olviden por completo de tu nombre. Si te lo preguntan y tú se lo dices, lo olvidan al momento. Más tarde lo apliqué a mi nombre de pila, cosa que los magos hacen a menudo. Hoy nadie en este planeta puede decir cuál es mi nombre de pila. Es cierto que aparece en mis documentos, en mi testamento, en todas partes. Cualquiera cree conocerlo, pero basta con que alguien se lo pregunte. Si tuviera que decirlo o escribirlo, ¡desaparece!

—¿Y su nombre de pila era...? ¡Mire, mejor escríbalo usted mismo!

Lo he escrito de puño y letra en miles de formularios y listas. Porque los ordenadores o bien no reaccionan a la magia, o bien se colapsan, razón por la cual hoy mi nombre me pone en menos peligro que nunca. Me encantaría saber qué esculpirán en la lápida de Emma y en la mía en el cementerio, el

Luisenfriedhof. Algunos hechizos tienen vigencia más allá de la muerte del autor; otros, por el contrario, no. En mi caso, no estoy seguro.

Schlosseck empezó otra vez con la letanía de que debía emplear a un auxiliar. Hacer magia era una labor ardua, decía, y aumentaba la necesidad de sueño; además, uno se mostraba a menudo ausente. Por eso era preciso que hubiera una persona leal en la que delegar ciertas tareas cotidianas, cosas que no era posible pedirle a una esposa, mucho menos si esta era maga. Un buen ayudante servía de parapeto al maestro, pero este último también ofrecía protección al primero. El buen auxiliar nunca traicionaba, siempre lo contemplaría con admiración y humildad, renunciaría a muchas cosas por él, resolvería cualquier inconveniente, lo sabría todo y lo haría todo, y a cambio sería amado de manera distante, pues la relación debía mantenerse en un plano desapasionado. No cabían ni las emociones ni las rivalidades, que eran un veneno. Un auxiliar que no soportara ese papel de servidor y ocultara envidia o incluso odio tras sus maneras serviles constituiría un peligro, no una ayuda.

Yo no veía por ninguna parte a nadie que cumpliera con todos esos requisitos. Kusenbergr no podía asumir la posición, aunque estaba al tanto de nuestra magia y era una personalidad de carácter muy independiente. Pero estaba enamorado de Emma más de lo que a él mismo le gustaba admitir. ¡Inconcebible un auxiliar de mago que tuviera todo el tiempo en su cabeza a la mujer de su amo! Habría sufrido. Y nosotros también. Vino bien que nos faltara el dinero, porque a un auxiliar hay que pagarle.

Finalmente nos casamos para que nuestro hijo naciera dentro del matrimonio. Este punto de vista me parecía enojosamente burgués, pero Emma consideraba que no podríamos eludir siempre ese aspecto: de lo contrario,

nos pasaríamos la vida explicándoles a los demás los motivos de las cosas que hacíamos. La boda fue una ceremonia muy religiosa, muy aristocrática y horriblemente cara, pero para todos yo era entonces un ambicioso joven empresario y un buen partido. Mi madre estaba más entusiasmada con nuestro amor que con la fiesta, pero cuando el conde Von Schroffenstein llamó a su consuegro John Pahroc un «patriota alemán» que había caído en la batalla de Douaumont, al que sin duda le habría gustado estar allí ese día, ella lloró y rio al mismo tiempo. ¡Mi querida y grandiosa madre! Ni ápice de miedo mostró ante toda aquella gente distinguida. A ella, que no había temido casarse con un indio bailarín, tampoco podían asustarla unos aristócratas sentados ante un banquete de bodas. La mayoría le pareció «gente en el fondo muy simpática», aunque no podía decirse que bailara mejor que la gente común. Con Emma estaba fascinada, sin peros ni excusas, y le daba consejos que eran recibidos con tacto. Por ejemplo, tras haber bebido su primera copa de champán, le reveló que yo, con una mano inteligente que me guiara, era un buen muchacho.

Entre los invitados a la boda estaba también Schlosseck, que habló poco; solo se detuvo a charlar algo más con el conde Schack von Wittenau, y precisamente sobre tecnología. Debe de haber sido lo que hoy en política se conoce como «una conversación muy franca», es decir: una charla en la que el rechazo mutuo va en aumento. Schlosseck prefirió bailar con la novia, a la que yo le había presentado poco tiempo antes, y mientras lo hacía se dio cuenta de que ella también era maga. Emma, por supuesto, sabía por mí que él era mi maestro. Más tarde, mientras yo bailaba con mi madre, se sentaron juntos. Poco después supe por Emma lo que él le había dicho: que yo, con una mano inteligente que lo guiara, era un buen chico, y que él esperaba que el amor hiciera esfumarse cierto entusiasmo dudoso por la electrotécnica.

Después de la boda, se me acercó y me dijo de Emma: «¡Es fantástica!». Le gustaba también que leyera tanto y con gusto, y que prefiriera leer del modo normal, no con dos dedos en el lomo de un libro. En esa ocasión me animó de nuevo para que buscara un auxiliar. Le respondí que estábamos en medio de una crisis económica, que me habían echado de Telefunken y que no avanzaba con mi invento, pues todos estaban en la ruina. Mi única fuente de ingresos eran entonces las reparaciones de algunos aparatos de radio. Él negó con la cabeza:

–¿Quieres ser mago o no? Sin un auxiliar tendrás que resolver por tu cuenta las cosas más banales, eso ya lo has visto. Haz algo para ganar dinero, vende tu mano de obra a los que ahora son ricos y se hacen cada vez más ricos. Vende ideas, escribe un libro, un éxito de ventas como los de Karl May o Karl Marx. ¡O imparte clases de vuelo!

¡Clases de vuelo! ¡Eso me pareció una buena idea, porque era algo técnico! Aprendí entonces todo lo relacionado con el pilotaje de aviones, aprobé todos los exámenes y pronto estuve paseando a un multimillonario de Düsseldorf por los aires, un tipo que, con mucho dinero, quería ayudar a crear una Alemania tan nueva como antigua. Por suerte, nunca habló conmigo sobre política.

De modo que gané el dinero necesario para poder costearme un auxiliar, y encontré a un chico inteligente y modesto llamado Waldemar, el cual me inspiraba confianza. Pude incluso comprar una casa en Frohnau, en la que más tarde pretendía acoger también a mi madre.

A menudo me pasaba días separado de Emma, pero ella no se preocupaba. Sabía que yo sobreviviría a cualquier caída. En una ocasión, en efecto, el aparato se cayó: una falla material en uno de los cables de sujeción del ala, pura mala suerte. Para colmo, mi paracaídas no se abrió, pero eso fue irrelevante. Me quedé flotando un rato hasta que atisbé un carro de paja

cargado hasta los topes. Lo necesitaba para poder explicar después a cualquier testigo por qué estaba vivo tras «impactar contra el suelo». El millonario también estuvo flotando durante un rato mientras descendía: su paracaídas había funcionado.

Sí, a principios de la década de 1930 nos fue más o menos bien durante un tiempo. Y el joven Waldemar significó una gran ayuda, ya que conocía muchos aspectos legales, sabía preparar las declaraciones de la renta y era, en general, un embustero aceptable. A mí no me mentía, por supuesto, solo a mis enemigos. Había comprendido de inmediato lo importante que era para un mago mantener el secreto y contar con una tapadera, sobre todo en aquellos tiempos.

Me di cuenta de que Schneidebein también tenía un ayudante desde hacía algún tiempo. Contaba incluso con varios. Dado que ahora ganaba mucho dinero trabajando en la dirección de ese partido cuyos miembros se saludaban con el brazo levantado, tenía tres auxiliares. Los tres se parecían mucho, un hecho subrayado, además, por el uniforme de color pardo mustio, y porque sus nombres empezaban todos con H. Por eso renuncié a considerarlos tres criaturas diferentes, y me refería a ellos como al Ham-Ham-Ham de Schneidebein.

El partido de Schneidebein había sido votado recientemente por una cantidad horrible de electores. Él me recomendó que ingresara en la organización, diciéndome que así él podría interceder por mí, que los suministros no estaban nada mal, gracias a los muchos donativos del sector industrial. Desde hacía un tiempo, él, Schneidebein, era muy útil dentro de sus filas, pues hacía las veces de sabueso con muy buen olfato. Sus compañeros, por supuesto, no sabían nada de sus habilidades ocultas. Noté que lo que le interesaba era Emma, tal vez quisiera ganarse de nuevo sus

favores, aunque, en primer lugar, ahora estuviera casada, y, en segundo lugar, ya no fuera aristócrata. Su belleza lo atraía, y, también, por supuesto, que hiciera magia. Creo que le hubiese gustado cargar con ella, incluido nuestro hijo. Por entonces ya existía nuestro pequeño Félix, tu tío (al que ya no podrás conocer, porque murió hace doce años). En una ocasión Schneidebein le pasó la mano por la cabeza al pequeño y lo despeinó. Al niño no le gustó nada y empezó a llorar. Por lo demás, Schneidebein hablaba como una cotorra acerca de la nueva Alemania y del objetivo de «sintonizar» a todas las empresas, las asociaciones y autoridades.

–¿A qué te refieres con «sintonizar»? –le pregunté.

–Bueno, ¿quién es aquí el electricista? –preguntó él en respuesta–. ¡Tienes que saber lo que es una «sintonización»!

–Jamás lo había oído. ¿Te refieres a un circuito paralelo o a la conversión de corriente alterna en corriente directa?

Se puso de muy buen humor y murmuró algo acerca de mezquinas objeciones. En realidad, lo querían todo: pretendían unir el partido con el bien común. Añadió que todavía podía hacerme miembro, que cuando alcanzaran el poder todo se haría más difícil.

–Bah, olvídalo, Schneidebein.

–Escúchame, ¡con eso ayudarías a salvar a Alemania!

–Me gustaría, de todo corazón, poder salvar a Alemania, en serio.

–¡Pues entonces!

–Pero por el momento me gustaría más bien salvarla de gente como vosotros.

–¡Ah, eso es interesante! ¡El señor tiene algo en contra de que saquemos este carro de la mugre! ¡Se siente a gusto en el antiguo lodazal y en toda esa suciedad! ¡Allá tú! Solo pretendía ayudarte, pero no habrá una segunda oferta. ¡Puedes estar seguro!

Entonces se puso de pie, entrechocó los talones de las botas y alzó el brazo. Yo permanecí sentado y lo miré con toda la amabilidad de la que fui capaz.

–¡Ludolf, te lo agradezco! –le dije–. ¡Te agradezco tu buena voluntad, en serio!

Lo había llamado por su nombre de pila, cosa que los magos no hacen nunca entre ellos, a lo sumo cuando son niños. Ello no ocurrió sin motivo: a partir de ese momento, había dejado de respetarlo como colega. Intenté ocultárselo, pero él lo había comprendido de inmediato y, por desgracia, se lo grabó para siempre.

Cuando le hablé a Schlosseck de esa conversación, hizo un mohín de repugnancia.

–Tiene prisa por hacer causa común con esos corruptos mozos de cuadra –dijo–. Yo ya lo preví desde que él tenía diez años.

¡Corruptos mozos de cuadra! Algo así solo podía decirlo una persona muy conservadora, pero era un magnífico insulto.

Yo tampoco soportaba a los del brazo levantado, y me preocupaba que su ídolo, el hombre del bigotito cuadrado, pudiera llegar a ser canciller. Y eso fue lo que ocurrió: el presidente del Reich, Hindenburg, que se parecía bastante a aquella estatua de madera en la Königsplatz –también en el interior de su cabeza–, nombró jefe del gobierno a aquel gruñón. Un buen día tuve que llevar a mi millonario hasta Potsdam, porque debía participar allí en un acto solemne de carácter nacional. Quiso que yo lo acompañara, lo que significaba un honor, por dudoso que fuese. El punto culminante de aquel acto llegó cuando el viejo gigante de madera bajó solo a la cripta de los Hohenzollern para mantener una conversación con el espíritu de Prusia. No hubiera podido hacerlo de otro modo, ya que Prusia se había disuelto políticamente hacía unos meses. Tras una breve y seguramente agitada

conversación, el anciano volvió a subir y saludó a algunos señores importantes. El nuevo canciller se dispuso a hacer lo propio. Recordé entonces las travesuras de Schneidebein en la época de la escuela y trabajé con el brazo largo tan rápidamente que nadie pudo notar nada. Cuando fue a producirse el apretón de manos entre aquellos dos hombres, se oyó el siguiente diálogo:

–Hombre, ¡vaya facha que lleva usted!

–¿Por qué lo dice, señor presidente?

–¡Pues mírese usted!

En ese momento se oyó el clic de una cámara fotográfica. Seguramente encontrarás esta célebre fotografía en los libros de la escuela o en internet. Lo que no muestra, por supuesto, es la verdadera infamia que habría de asociarse indisolublemente con ese hombre oscuro y con el llamado «Día de Potsdam»: llevaba el botón de la bragueta abierto. Por si acaso, durante el resto de su vida, aquel hombre procuró siempre colocar sus manos justo delante del fatídico botón en los actos oficiales.

Yo estaba demasiado seguro de que nadie notaría mi jugarreta. Pero cuando volví a abrir los ojos –había camuflado mis conjuros con un estornudo fuerte– me topé con una mirada severa: Schneidebein estaba allí y se había dado cuenta de todo. Quizá por eso no me arrestaron de inmediato, ya que, como mago, no podía denunciarme sin descubrirse él mismo. Por lo visto, lo que hizo fue sembrar cizaña contra mí ante aquel millonario, pues este me despidió de un día para otro con un pretexto miserable.

Schlosseck tuvo que procurar que nadie lo viera. Él, decían los fanáticos, pertenecía a una raza infame. Lo mismo le hicieron saber a Jakob, el de la Eintrachtstraße, aunque este medía dos metros y era irremediabilmente rubio.

Yo trabajaba de nuevo como ingeniero eléctrico en la Dehomag, la Deutsche Hollerith Maschinen GmbH, con sede en el este de Lichterfelde. Era una empresa norteamericana. Para disimularlo, la manera de dirigirla se regía por el llamado «nuevo estilo»: con entrechocar de talones, saludos briosos y un tono cuartelario en las reuniones de la empresa. Lo que imperaba era esa «sintonización» política con la que tanto había fanfarroneado Schneidebein.

Yo sentía un entusiasmo enorme por la tecnología y por el método de las tarjetas perforadas y leía todo cuanto podía sobre eso, también sobre sus inicios y sus inventores. Una vez, en la revista *Hollerith-Mitteilungen* leí esta frase: «La labor mental del hombre habrá llegado a su fin en cuanto se empiecen a producir las tarjetas perforadas. Entonces intervendrá la máquina». La frase era correcta, pero me hizo sospechar que el sistema también entrañaba peligros. Podía convertirse en un arma que, sobre todo, sabría defenderse a sí misma de la amenaza de la «labor mental del hombre».

No me molestaba tener que hacer todos los días el largo recorrido de ida y vuelta de Frohnau al este de Lichterfelde: de hecho, me encantaba viajar en el tren de cercanías. De vez en cuando, durante el camino a casa, visitaba al amigo Kusenberg, que entretanto se había casado con una mujer muy inteligente a la que llamaba Grete, aunque su nombre tal vez fuera otro. Gracias a esas constantes redenciones, Kusenberg iba creando el mundo en el que se sentía a gusto. Cuando le preguntaban cómo le iba, respondía: «No puedo quejarme». Más tarde pensé que con ello quizá solo pretendía decir: «Carezco de la capacidad para quejarme»; que no supiera quejarse, del mismo modo que otros no sabían bailar o cocinar.

Emma y yo sabíamos hacer de todo: bailar, cocinar y, cuando era preciso, hasta quejarnos, pero éramos felices juntos. Sea cual sea la forma en que los filósofos definen la felicidad, para mí es sobre todo un estado de suma

tranquilidad que provoca un suave tirón en medio del sistema nervioso (creo que el lugar del cuerpo se llama «plexo solar») cuando estás tumbado al lado de otra persona y, con un estremecimiento de bienestar, la oyes respirar. Así la experimenté yo, y sospecho que así la experimentan todas las personas, sean magos o no, cuando se sienten felices. Por otra parte, no estábamos tranquilos todo el tiempo, queríamos tener otro hijo y abrigábamos la esperanza de que este, por fin, supiera hacer el brazo largo.

Mientras escribo esto, Mathilda, me regocija la perspectiva de poder volver a verte pronto. Tienes ya un año, llevas una gorrita blanca con un pompón lila y sabes decir unas palabritas que son todavía de creación propia y que solo tu madre y yo entendemos. Aunque yo las entiendo porque soy mago. «Ae u libo», que quiere decir: «Ahí un libro». Y también «Istu», que significa «Listo», cuando algo ha quedado resuelto. Para tu gran satisfacción, has descubierto que tienes ombligo, justo como el de tu madre y el de tu padre. Hasta ahora te mostrabas siempre algo triste cuando veías un ombligo, pues pensabas que tú no tenías. Así que: ¡bienvenida al club, mi pequeña Mathilda!

Nuestra felicidad no duró mucho: en el verano de 1934 Schlosseck desapareció. Nos preocupamos por él. ¿Se habría marchado? ¿Lo habrían arrestado? En favor de esta última tesis hablaba el hecho de que no hubiera dejado ningún mensaje. Poco después me despidieron de la firma Dehomag y pronto averigüé que Schneidebein se había ocupado del asunto. Tuvimos que vender la casa en Frohnau y pensamos en emigrar. A Estados Unidos, por supuesto, pero descartamos la idea. Era imposible llevarnos a mi madre con nosotros. ¡E igual de impensable era dejarla sola atrás! Además, me empeñé en encontrar a Schlosseck. Necesitaba saber si estaba vivo y dónde vivía.

Pero ¿cómo arreglárnoslas cuando un enemigo poderoso como Schneidebein nos bloqueaba todas las vías? Pensé incluso en presentarme a la Luftwaffe, que había sido reestructurada en una acción secreta que todos conocían. Pero el brazo de mi enemigo llegaba también hasta allí, y me rechazaron. En el fondo, me alegró, porque no me habría gustado tener que arrojar bombas o matar a alguien.

La vida se hacía ahora más difícil si uno era un enemigo del régimen o lo tomaban por tal. Imperaban las órdenes, los castigos y una violencia impredecible y cruel. El régimen deseaba mostrar resolución, y por ello muchos individuos se convirtieron en criminales: ¡cometieron crueldades o asesinatos para demostrarse a sí mismos que no tenían dudas, que estaban decididos a no dar un paso atrás! Pero eso no sirvió de nada: el resultado fue la presencia de cada vez más muertos por todas partes, y las dudas volvieron.

A muchos les hubiera gustado dar rienda suelta a su rabia y a su asco ante todas esas cosas terribles, pero prefirieron no llamar negativamente la atención de los esbirros.

Los magos, cuando el momento lo requiere y ellos han alcanzado los conocimientos suficientes, pueden hacerse invisibles, y ese es sin duda el modo más eficaz de no llamar la atención. Yo sabía hacerlo desde hacía poco tiempo, y Emma estaba aprendiendo; para nuestros hijos, en cambio, era zona vedada. Además, nosotros debíamos estar ahí para ellos. Tan visibles como nos fuese posible.

QUINTA CARTA

Hacerse invisible

Octubre de 2013

La evolución de un mago es como un ascenso desde el valle hasta la cumbre: primero hay que escalar suaves colinas, los montes previos, luego son mesetas cada vez más elevadas, hasta que todo se vuelve más rocoso y arduo. En algún momento se llega a lo alto, donde el aire es más frío. Uno goza entonces de una vista panorámica fenomenal y, a partir de ahí, todo fluye cuesta abajo.

Lo primero que desarrollamos los magos es todo lo referente a la transformación de uno mismo: el brazo largo, el cambio de aspecto por uno más atractivo o, simplemente, por otro cualquiera, la alteración del peso y, por último, la capacidad para hacerse invisible cuando uno lo desea. Se trata, en todos los casos, de trucos que uno aplica a sí mismo. Solo cuando alcanzamos la edad adulta empezamos a transformar objetos o a otras personas: unas cebollas se convierten en chocolate, las hojas del arce pasan a ser dólares canadienses, los coches se transforman en helicópteros y los enemigos, en lechones. Algunas de estas habilidades mágicas no se presentan, por desgracia, cuando la situación lo exige con urgencia. En el año 1934 yo no había avanzado demasiado en el arte de hacerme invisible, pero este ya empezaba a revelárseme, siendo el único truco que aprendí sin

instrucciones de maestro alguno. Emma, aun siendo más joven, adquirió la habilidad casi por esa misma fecha, de modo que ambos pudimos hacer buen empleo de dicha técnica. Porque las circunstancias reinantes aconsejaban no ser visto en determinados lugares con determinadas personas. Esos tiempos siempre pueden repetirse, mi querida Mathilda, nunca estamos del todo a resguardo de ellos.

Antes de escribirte acerca de las aplicaciones y los peligros de la invisibilidad, debo decirte antes otra cosa importante (de lo contrario, me olvido): los magos no podemos poner fin a la vida humana por medio de nuestras artes mágicas. No solo porque no existe ninguna magia para matar, sino porque cualquier habilidad mágica común y corriente se suspende cuando uno pretende aplicarla con la intención de poner fin a la vida de alguien. Quien, por ejemplo, quiera volar a algún lugar para matar allí a alguien, no consigue levantarse ni un centímetro del suelo. Tal vez por ese motivo no te haya hablado de esto hasta ahora, porque tú todavía eres una niña que gatea delante de mí. La idea de que alguna vez puedas desearle la muerte a alguien no se me ha ocurrido hasta ahora, aunque no es del todo impensable, por eso déjame decirte lo que constituye una regla básica: con la magia no podrás matar a nadie. ¡Ni siquiera en defensa propia! Me parece sensato que la magia se cierre espontáneamente ante determinadas intenciones, pero es para mí un enigma cómo ocurre. Ese núcleo del universo del que nosotros, los magos, participamos más que el resto de los mortales parece disponer de un cerebro y una voluntad.

A la hora de ayudar y salvar una vida, ese cerebro universal no es nada tacaño. Es cierto que no podemos sanar a los moribundos ni despertar a los muertos, pero yo puedo, sin más, alzarme en el aire para llevarle a un enfermo grave el medicamento sin el cual moriría. Puedo aproximarme

invisiblemente a su lecho y suministrárselo, y los médicos ni se darían cuenta (solo pensarán que, una vez más, lo han hecho todo bien).

Pero matar con la magia ni siquiera puedes hacerlo contra ti misma, un suicidio solo tiene éxito por las vías tradicionales. Eso lo aprendí una vez, cuando estuve coqueteando con esa idea: fue en 1956, un año después de la muerte de Emma. Me convencí de que deseaba probar que era posible e intenté convertir una cacerola de acero inoxidable en una pistola y en unas municiones de 9 milímetros. La olla ni se inmutó, y lo que apareció dentro fue una perca lista para ser cocinada que yo había preparado en salsa Meunière. ¿Qué remedio me quedaba? Sin que yo hiciera nada, aparecieron también unas patatas, mantequilla, una ramita de romero y, sobre la mesa, una botella fría de Riesling. Esa fuerza de la que solo conformamos una parte nos da a veces lecciones, y en ocasiones lo hace con humor. Deberíamos siempre prestar atención a ellas.

Pero entremos en materia: en caso de que Rejlander o alguien de la profesión no te lo haya explicado todavía ni te haya ejercitado en ello, te lo digo yo: hacerse invisible es un truco casi equivalente a transformarse en otro ser vivo. Si ya has adoptado otro aspecto por ese método, sea cual sea, habrás notado que existe una ínfima y estrecha zona de transición en la que no te pareces a ti misma ni te pareces a la otra criatura. Resulta difícil, en efecto, pero sin llegar a ser imposible, mantener la transformación en esa zona de nadie y permanecer por mucho tiempo en ella. ¡Y eso es, exactamente, la invisibilidad! Mi primer Waldemar me observó una vez practicando la transformación en cocodrilo, y se dio cuenta de la delgadísima fase de invisibilidad entre el modo Pahroc y el modo cocodrilo. Entonces lo comparó con la ceguera momentánea que provocan los faros de los automóviles: antes de que el paisaje se ilumine plenamente, el cambio de contacto entre la luz

corta y la luz larga del coche hace aparecer una décima de segundo de oscuridad.

Por eso, hay que reflexionar y entrenar mucho antes de aplicar correctamente la invisibilidad. Por ejemplo: la persona invisible está dotada de menos fuerza que la visible, así que jamás debería pensar que puede propinar golpes contundentes o levantar cosas demasiado pesadas. ¡Y si vuelas mientras eres invisible, hazlo, por favor, con poco equipaje! Luego está la pregunta: ¿qué se hace invisible junto contigo? ¿Acaso todo, también tu bolso, el perro que llevas de la correa? La respuesta es: todo lo que tengas a un máximo de tres metros a tu alrededor y con lo que tengas algún vínculo se hará invisible contigo. Hasta ahí, todo bien. Pero ahora piensa en el perro, que es un ser vivo (o en el caballo o en el papagayo). Sí, el caballo se hace invisible cuando estás sentada sobre él. Pero llama mucho la atención si te bajas y el animal queda de repente visible en el sitio donde estéis. O tal vez solo sus bostas. El *management* de la invisibilidad requiere de aprendizaje. Ten en cuenta también que, al principio, no podrás determinar con suficiente precisión la zona de invisibilidad. Levantarás sospechas si empiezas a titilar como una luciérnaga: a veces invisible y otras veces no. Con tales enigmas, te convertirás en alguien inquietante para la gente. ¡Y no te olvides del Estado! ¡Evita siempre que te desenmascaren! Si te descubren, tendrás que renunciar para siempre a tu existencia burguesa, erigida con sumo esfuerzo, y empezar tu vida de nuevo siendo otra persona en otro país.

Es lógico que ser invisible sirva de ayuda cuando tienes que entrar o salir de un edificio muy vigilado, o cuando es preciso esclarecer algún misterio o escuchar conversaciones ajenas. Puedes entrar en una prisión sin ser vista y hacerte visible cuando estés en la celda de un amigo, para luego salir sin que puedan verte. Pero, mientras no sepas atravesar paredes, necesitarás siempre que las puertas estén abiertas.

También debes saber una cosa: ¡otros magos pueden verte! No te verán con demasiada nitidez, eso es cierto, pero sí podrán reconocerte y saber que estás ahí, y hasta cerciorarse de quién eres. Tú también, por supuesto, podrás ver a otros magos. Recuerda a una pecera con el agua turbia: solo si estás demasiado cerca reconoces la cara del «invisible». Pero si tuvieras a un mago de enemigo (y sé bien de lo que te hablo), entonces la invisibilidad te sería de utilidad solo frente a sus amigos no magos, a él no le se escaparía nada. O casi nada.

Poder permanecer inadvertido el tiempo que uno quiera facilita cualquier acto delictivo. Por eso piensa en lo que te he dicho acerca de lo justo. Nuestro arte se muestra renuente a servirnos cuando con su ayuda pretendemos matar a alguien, pero funciona a las mil maravillas cuando queremos perjudicar a alguien, por ejemplo, cuando alguien goza de una ventaja injusta o hay enriquecimiento clandestino. Que quieras o no atenerte a las leyes vigentes es cosa tuya, por supuesto. En un Estado corrupto (y también sé en este caso de lo que hablo) no estás obligada a ello. El Estado en el que ahora juegas siendo una bebé está bien, pero puede transformarse dramáticamente de aquí a que seas adulta y puedas leer estas líneas. Uno debe creer siempre en el futuro positivo de su país, pero también ha de estar preparado para un futuro pésimo, y alegrarse cada día por vivir sin demasiados riesgos entre gente amable.

Emma y yo fuimos felices juntos desde el comienzo, en cualquier situación, en cualquier lugar. Cuando en 1934 nos mudamos en secreto a Gebhardswalde, en la Uckermark, a fin de no estar demasiado al alcance de nuestro rival, lo hicimos sin amargura. Sabíamos que no había ningún lugar en el mundo en el que nuestras vidas no serían estupendas. Para entonces ya éramos una familia considerable: Félix tenía cuatro años y Felicitas, a la que llamábamos Hada, tenía tres. A mi ayudante Waldemar lo presenté como mi

hermano menor, «Vladimir». Afirmábamos ser exiliados rusos, y el samovar que le había comprado a Serguéi potenciaba nuestra credibilidad. Además, teníamos una documentación perfectamente falsificada con el nombre de familia Schnittwitz. Nos presentábamos como descendientes de alemanes que habían pertenecido a la servidumbre de la zarina Catalina la Grande y que eran originarios de Zerbst. Gracias a ello era posible explicar por qué yo, un electricista de San Petersburgo, profesaba la fe luterana.

Tras aprobar un examen, me hice miembro de la comunidad evangélico-luterana de St. Michael, donde ocupé la plaza vacante del sacristán, así que pasé a ser un servidor de la Iglesia. La idea tras esta maniobra de despiste era que los magos, tanto los malos como los buenos, apenas pueden superar su aversión a pisar una iglesia, y lo mismo debía de sucederle a Schneidebein. En el seno de la comunidad de una iglesia estábamos relativamente a salvo de ser descubiertos.

Para cumplir con mis funciones y pasar la prueba me preparé estudiando libros y visitando servicios religiosos. Por supuesto, también teníamos que hablar fluidamente el ruso, a fin de que nuestro origen pareciera creíble, pero eso no constituyó ningún problema: antes de mudarnos, habíamos aprendimos la lengua en una biblioteca berlinesa empleando el sistema de los dos dedos, sin tomar en préstamo gramáticas ni diccionarios. En Gebhardswalde disfrutamos de la admiración general que causaban nuestros magníficos conocimientos del alemán. Y con gusto toleramos esa admiración: las alabanzas inmerecidas pueden ser muy edificantes.

Aprendimos con relativa facilidad los rituales de la iglesia evangélico-luterana, aunque lo más difícil fue aprender a leer la Biblia, escrita en un estilo muy anticuado. De todos modos, prácticamente conseguimos memorizarla al cabo de tres días. Claro que eso tuvimos a bien reservárnoslo para no levantar sospechas.

Un gran problema, dadas mis circunstancias, era tocar el órgano, una de las tareas del sacristán durante las misas. Aprendí con rapidez a leer las partituras, pero saber tocar me exigió un máximo empeño. Entre otras cosas, aprendí gracias a que solía entrar en las iglesias vacías cuando algún organista estaba ejercitándose. Me volvía invisible, me plantaba detrás de él y estudiaba lo que hacía con las manos y los pies. Eso, unido a la lectura de algunos libros y de muchas, muchísimas horas de «ejercicios en seco» durante la noche, sin sonido alguno, me sirvió para adquirir por fin la destreza necesaria y acompañar con el órgano el polifónico horror que eran los cantos de aquella comunidad y acallarlos un poco de manera encauzada. Otra cosa que, como ingeniero, me resultó fácil fue comprender el mecanismo del órgano. En una ocasión reparé incluso su tracción electroneumática. Era un órgano Schuke nuevo de paquete, con treinta y un registros en dos manuales y pedaleros, acoplamiento normal y cuatro combinaciones libres. Me gustaba mucho más el segundo teclado manual, el romántico, que el primero, que me parecía demasiado claro y hasta agudo. Quién sabe, Mathilda, tal vez algún día tengas ganas de aprender a tocar el órgano. Vale la pena, y no solo en el caso de que tengas que vivir clandestinamente.

En cuanto a nuestro aspecto, no lo habíamos cambiado en esencia, o al menos no aplicamos para ello ningún truco de magia. Gebhardswalde estaba lo suficientemente lejos de Berlín, ¿quién iba a identificarnos allí? Además, mi barba, que había crecido sin ayuda de la magia, empezaba a tener una abundancia de apariencia «rusa».

No quiero dejar de mencionar el tiempo que pasamos bajo la protección de aquellos buenos y devotos cristianos de Gebhardswalde, gente también –afortunadamente– de buena fe. Algunos de ellos se ganaron mi respeto, sobre todo el pastor, quien no solo parecía una especie de Lutero redivivo, sino que

también era un hombre muy valiente. Los cristianos como él siempre me impresionaron, porque, a pesar de todas las mentiras contadas por el Gobierno y de las responsabilidades que los obligaban a asumir, supieron mantener, como un buen mago, su independencia de criterio y su capacidad de juicio. No obstante, no llegué a convertirme al cristianismo; uno no debería pertenecer a demasiadas confesiones. Yo soy mago, electricista y melancólico, y eso me basta.

Friedrich Schnabel, como se llamaba nuestro valiente pastor, ocultaba a personas perseguidas, una labor en la que nosotros lo ayudábamos. Al canciller del Reich –el de las manos siempre cruzadas delante de la bragueta– lo llamaban ahora el «Führer», y solía afirmar, entre atronadores aplausos, que no todos los seres humanos eran humanos. Según él, determinados pueblos de nuestra especie eran como bestias, o incluso algo peor (aquel hombre era incluso un amante de los animalitos). Esas personas, según el canciller, eran tan peligrosas que había que encarcelarlas o llevarlas lo más lejos posible. Dado que no todos los alemanes entendieron aquello a la primera, nombraron a un ministro de Instrucción del Pueblo y Propaganda que no era capaz de abrir la boca sin mentir. Para definir lo que pretendían que fuese una «instrucción» empleaban la palabra alemana *Aufklärung* (Ilustración), que para mí había sido siempre un vocablo entrañable. Schlosseck se llamaba a sí mismo un hombre «ilustrado», adoraba poder poner en duda cualquier tipo de afirmación y creía con firmeza (en eso no tenía asomo de duda) en el progreso intelectual del hombre. En cambio, solo sentía desprecio hacia cualquier tipo de comunicación que se apoyara en la tecnología. A él también le gustaba usar la palabra «pueblo». Los magos adoran al pueblo: el pueblo es la vida misma. Aquella palabra compuesta que pretendía «ilustrar al pueblo», por el contrario, pasó a ser en poco tiempo un término que provocaba la máxima repulsa.

Por entonces, a mí me entusiasmaba todo lo que fuera capaz de transformar los impulsos eléctricos en procesos mecánicos y a la inversa, y llegué incluso a concebir algunas innovaciones. La más importante fue el mejoramiento del «sincronizador», un aparato para coordinar el ángulo giratorio en puentes levadizos o hidráulicos, de esclusas en canales, ruedas, propelas o reflectores. Con ello podía conseguirse que dos o más piezas de una máquina se orientaran exactamente en conformidad con un mismo ángulo, sin que para ello las ruedas dentadas o las barras tuvieran que ejercer fuerza por vías mecánicas. Di a mi invento el nombre de «control sincrónico con diodos en paralelo de sentido inverso» y estaba muy orgulloso de él: por desgracia, nadie podía felicitarme por ello, solo yo. En algún momento otra persona inventó oficialmente lo mismo, y una empresa estadounidense lo fabricó. ¡Querida Mathilda, tu abuelo era un chaval con mucha inventiva! Pero no hace falta que lo sepas todo en detalle.

Schlosseck seguía desaparecido. No había noticias suyas, a pesar de que él estaba al corriente de nuestros planes y conocía también nuestra nueva identidad. ¿Lo habrían arrestado? Vaya idea absurda: él habría conseguido salir de cualquier prisión sin esfuerzo alguno, solo con un acto de magia, al menos para darnos alguna señal de vida. ¿Lo habrían asesinado en alguno de los ataques sorpresa de entonces? Schlosseck conocía todos los recursos para frenar cualquier agresión mortal, pero solo si la veía venir. ¿Se habría matado él mismo por la vía tradicional, de un modo muy poco mágico? ¿Por qué iba a hacer tal cosa y, además, por qué borrar todo rastro en relación con nosotros? ¿Habría ido a refugiarse a algún rincón más agradable del mundo, huyendo de todo lo feo y ruidoso de la vida moderna? Algo difícil de imaginar en el caso de Schlosseck, que amaba a su país y solía estudiar con lupa cualquier nación extranjera (en el *Atlas manual* de Stieler, edición de

1905), ya que no quería separarse de las colonias alemanas. Y completamente inconcebible era que no hubiera venido a despedirse si había estado largo tiempo planeando desaparecer.

Yo tenía la intención de volar hasta Berlín a través de las zonas rurales, tomando todas las precauciones, por supuesto, ya que quería ir a buscar algunas cosas de nuestra casa anterior, pero sobre todo porque quería averiguar algo sobre el paradero de Schlosseck. Emma me aconsejó que no fuera volando, sino que tomara la bicicleta y, una vez en Berlín, me mantuviera estrictamente invisible. Tenía razón. Delante de los dos edificios –el nuestro y el de Schlosseck– habrían apostado guardias, y aun cuando estos no me vieran, podrían notar que las puertas se abrían y cerraban. Por entonces aún no tenía habilidad para atravesar paredes, de modo que intentaría alzarme volando hasta los balcones y, una vez allí, lo examinaría todo por la ventana. ¿Quién habitaría ahora nuestro piso? ¿Quién viviría en la casa de Schlosseck? ¿Sería el propio Schneidebein o algún otro mago corrupto? En ese caso, todo se tornaría muy peligroso, porque ellos me reconocerían, me seguirían e intentarían distraerme para que perdiera la concentración. Se han dado casos de otros magos que, de ese modo, se han precipitado al suelo en pleno vuelo sin poder amortiguar la caída al llegar a tierra, con lo cual se golpearon con tanta fuerza como le sucede a cualquier persona normal.

Por otro lado, ahora Schneidebein era un pez gordo, tenía una posición muy buena, algún cargo que incluía la expresión «del Reich». Durante el día permanecía seguro en los recintos de su oficina, y yo no sospechaba que él ya dominaba el arte de crearse un doble convincente, truco que solo conocen los magos muy viejos. De todos modos, yo no sabía exactamente cuán lejos había llegado mi rival en el dominio de la magia. ¡Tal vez algo más lejos que en la electrotécnica! Una cosa parecía segura: él no había recibido una

formación tan buena como la que yo había recibido de Schlosseck. Aunque era un poco mayor que yo, tal vez ni siquiera sabía cómo hacerse invisible, mucho menos atravesar paredes. La magia de las paredes se presenta, por lo general, tras haber cumplido los treinta. Yo me creía preparado para enfrentarme a Schneidebein, pero ¿y si me equivocaba? En todo caso, él intentaría averiguar cuál era nuestro paradero para obligarnos a seguir huyendo. Algo temeroso, partí en bicicleta hacia Berlín. Viajé durante seis horas, maldiciendo el adoquinado de las calles. Al menos volando el trasero de uno no padecía tanto.

En efecto, nuestra antigua vivienda estaba habitada ahora por gente del tipo Ham-Ham-Ham, y la casa de Schlosseck estaba repleta de hombres uniformados: en el mástil de la pequeña torre se izaba ahora la bandera con ese símbolo semejante a la marca de fuego con la que un ganadero identifica a sus reses. No había guardias, pero, dado que en todas las habitaciones había ambiente festivo, apenas podía moverme para abrir cajones y buscar algún indicio. Aunque muchos de aquellos hombres estaban ya bastante borrachos en pleno día, alguno podía darse cuenta de mis acciones. Debido a mis responsabilidades en la iglesia, debía regresar cuanto antes a Gebhardswalde, de manera que decidí seguir indagando más adelante. Entonces fui a visitar a Kusenberg. Lo hice tomando muchas precauciones y tras haber observado su casa un buen rato. Tal como me había imaginado, lo tenían bajo vigilancia: el enemigo se había enterado de que nos conocíamos. Kusenberg era ahora periodista, pero seguía escribiendo sus historias, unas historias que eran como él mismo, que expresaban justo lo contrario de aquello en lo que creían los del brazo alzado. Estos ni siquiera se daban cuenta, lo consideraban un autor divertido, cosa cierta, y a la vez inofensivo, lo cual era un error. Un error afortunado, ya que eso preservó a Kusenberg de la persecución.

Cuando pedaleaba de regreso, me enteré de que en una calle paralela había cinco hombres organizando una cacería humana. Su víctima era un hombre entrado en años que, aunque todavía en condiciones de correr con rapidez, intentaba desesperadamente refugiarse en alguna casa. Tocaba a diversas puertas, pero sus perseguidores siempre lo alcanzaban, y ninguna de las puertas se abría. ¿Podría yo darles una paliza a aquellos tipejos? Ganas no me faltaban, pero habría sido difícil no llamar la atención como mago. Recordé entonces lo que Schlosseck me había contado una vez sobre la orden de «prender un fuego». Apoyé mi bicicleta contra la farola, doblé corriendo la esquina y me transformé en un tipazo de dos metros de estatura que vestía un abrigo de cuero, una fisonomía que me había grabado pocos minutos antes. Abulté un poco con la mano el bolsillo derecho del abrigo y caminé con paso moderado hacia donde estaba el grupo. Para entonces ya habían rodeado al anciano caballero y lo acosaban a empujones. Vi cómo uno de ellos sacaba una porra de acero y la blandía en toda su longitud.

—¡Escuchadme todos! —dije en voz alta; la banda se giró hacia mí y todos me observaron—. No podéis hacer eso en mi distrito.

—¿Qué?

—¡Me parece que me he expresado muy claramente!

Aquellos hombres estaban muy ofuscados.

—¡Y usted, acompañeme! —le dije el señor mayor—. ¿Su nombre?

—Meyer.

—Muy original. Echaré una ojeada en su vivienda. ¡Andando! —dije, y me volví hacia los camorristas—: Y vosotros, desapareced. Ni os he visto ni quiero volver a veros, ¿entendido?

Los tipos no dijeron ni mu. En realidad, se encogieron de tal modo que pareció que empezaban a desaparecer.

Partí entonces en compañía del anciano, que caminó delante de mí de buena gana. Lo llevé hasta su casa y, de nuevo invisible, regresé a mi bicicleta y me dispuse, por fin, a volver a Gebhardswalde. Pero las cosas no fueron tan bien, pues la bicicleta había desaparecido, me la habían robado. Mala suerte de mago.

Por esa época solía hacer también ciertas excursiones nocturnas, casi siempre con el propósito de cambiar tarjetas Hollerith, falsificarlas o robarlas. Algo así es preciso planearlo bien, y al principio cometí algunos errores: uno de ellos, por desgracia, con la ficha de Schlosseck. A día de hoy sigo sin saber si, por culpa de ese error, contribuí en algo a su fatal destino. Luego, poco a poco, fui ganando en habilidad. También solía ir en busca de algunos documentos, para lo cual me abría las puertas de los despachos del modo acostumbrado, usando una pata de cabra o una ganzúa. Aún no dominaba las artes que me habrían proporcionado un acceso más elegante, pero, donde hay voluntad, no es necesaria la magia. Yo falsificaba todo lo que podía: órdenes, decretos, disposiciones, todo. Hacía desaparecer condenas a muerte, redactaba indultos con las máquinas de escribir de aquellos mismos despachos. Las rúbricas no constituían problema alguno, en la mayoría de los casos se trataba de un garabato agresivo. Mal destino el de un país en el que cada vez más personas con capacidad para tener buena letra han de llevar al papel sus preciados nombres como si padecieran tembleques. Tras algunos ejercicios, acabé redactando a mano cartas enteras. Las letras de todos aquellos nuevos potentados de mayor o menor rango eran un perpetuo zigzag, un ir y venir de líneas rectas que estropeaban las estilográficas, con la mano moviéndose para escribir exactamente igual que para borrar.

Apenas tuve la oportunidad de comprobar el éxito de mis falsificaciones, ya que durante el día tenía que cumplir con mis labores como sacristán.

Un buen día, Emma y yo dejamos a Waldemar al cuidado de los niños y volamos hasta Sajonia, donde vivía nuestro colega Blüthner. Lo hicimos tomando dos rutas de vuelo distintas, y es que me he olvidado de contarte otra cosa: los magos no pueden volar juntos, con ello solo conseguirían estorbarse mutuamente, aunque no tengo ni idea de por qué. En esos vuelos uno, a fin de cuentas, no tiene mucho tiempo para divertirse, así que no significa una gran pérdida que se tomen vías distintas para llegar a un destino común.

Esperábamos que Blüthner supiera algo de Schlosseck, ya que él también había sido discípulo suyo y era, desde hacía mucho tiempo, un mago con grandes habilidades. En su condición de industrial, poseía una mansión con terraza. En el salón tenía dos pianos de cola, y en ambos, en letras doradas, podía leerse su nombre. Tocaba en ellos cuando estaba solo, y lo hacía hasta con ocho manos. Hacía años, cuando era un pillo arrogante, había hecho tomarse unas fotos en un balneario adoptando la personalidad del presidente del Reich. Ahora él también había perdido algo de su figura atlética, pero a cambio se había vuelto más sensato y precavido. Bueno, hacía poco se le había ocurrido la idea de plantarse ante un micrófono con el aspecto del siniestro jefe del gobierno actual, declarar disuelto el Partido y dar la orden de que liberaran a todos los prisioneros. Pero se resistió a la tentación, pues el asunto, como era previsible, habría acabado mal: había demasiados colegas corruptos al servicio del nuevo régimen, y ellos lo habrían identificado de inmediato, habrían entrevisto sus intenciones y le habrían disparado sin dudarle. A mí, en cambio, su idea me parecía brillante para una película sobre la dictadura. A él le gustó oírlo, y quiso comentárselo cuanto antes a un colega que vivía y rodaba películas en Estados Unidos. Yo había visto

algunas de ellas, y puedo decir que aquel hombre era un gran artista, lo cual, como ya te he dicho, es bastante raro entre los magos.

Blüthner no había oído nada sobre el destino de Schlosseck tras el arresto. Sin embargo, era probable que unas semanas antes hubiera recibido, por error, algún requerimiento de la Oficina del Padrón.

–Me lo temía –dije–, he sido yo el causante de ese embrollo. Me colé en esa oficina y robé la tarjeta perforada correspondiente a su persona, con el propósito de manipularla. Cancelé dos perforaciones, abrí otras dos nuevas, con lo cual uno puede manejar a discreción su origen y ascendencia. Pero cuando quise devolver la tarjeta a su sitio, habían trasladado la oficina a otra parte de la ciudad, y no pude encontrarla a tiempo. En algún momento habrán echado en falta la tarjeta, y eso no podía tener buenas consecuencias.

–Qué raro, quién puede echar de menos una tarjeta perforada... Sencillamente, si no está, no está.

–¡La echan de menos las otras tarjetas, el sistema entero, el registro! Si ha sido contada antes y de repente falta, se convierte de inmediato en un caso sospechoso.

–Una pena, tendríamos que haber ido los dos: usted como experto en esas tarjetas Hollerith y yo con mi habilidad para cambiar los objetos rápidamente, solo sabiendo cuál ha de ser su aspecto posterior.

–Cierto, eso no sé hacerlo todavía.

Algo después, contó Blüthner, a Schlosseck lo habían llevado a la prisión de Moabit en un coche blindado. No tenía claro cómo esos esbirros habían conseguido meterlo en el vehículo. Blüthner tampoco sabía si algún mago había intervenido en el asunto. A continuación, quiso que le contara cosas de mi infancia y de mis experiencias con Schneidebein, pues sospechaba que este último odiaba tanto a Schlosseck como a mí.

–Seguro que se siente perjudicado por él. Schlosseck se negó a ser su maestro.

–No le caía bien el chico. Es el derecho de cada cual.

–Pero constituye un problema cuando uno es maestro. No ser amado es motivo de la mitad de los asesinatos –respondió Blüthner. Al oír esa frase, me estremecí.

–¿Y cuál es el motivo de la otra mitad? –preguntó Emma.

Blüthner se sentó delante del piano.

–Cuando alguien se interpone en el camino de otro, cuando hay propiedades de por medio que otros quieren para sí, cuando se profesa la fe equivocada...

–... o cuando el origen de uno está prohibido por las leyes –añadió Emma.

Blüthner guardó silencio durante un buen rato, luego golpeó las teclas y se sumió en un vibrante *ragtime* que nos llegó hasta el tuétano. Entendía que no quisiera tocar en ese momento nada triste, pero, aun así, las lágrimas se me salieron, afloraron junto con la idea de que mi padre, a pesar de todo el amor que sentía por mi madre, no habría apoyado una Alemania como la que ahora teníamos.

–¡Esperemos que nadie le haya escuchado! ¡A eso lo llaman ahora «música de negros» o «arte degenerado»! –dijo Emma.

–La habitación está insonorizada –respondió Blüthner–, ordené hacerlo en todas las habitaciones de la casa en las que toco música o hablo. Schlosseck también dominaba ese arte, pero, por desgracia, no consideró necesario hacerlo.

–¿Por qué no?

–Bueno, su auxiliar, Vladimir, me contó que, en alguna ocasión, con la ventana abierta, había llamado al canciller del Reich un Eróstrato narcisista. Y decía que el Reich alemán era un «secular Estado de zelotes». El

denunciante, seguramente, tuvo que ir antes a la biblioteca municipal para consultar el significado de todas esas palabras. Y luego estaba, por supuesto, lo del origen de Schlosseck. Y una cosa llevó a la otra.

–¿Y su auxiliar?

–También ha desaparecido, es probable que haya muerto. Al igual que el perro.

–¿Ulf?

–Sí, Ulf. Debió de intentar defender a su amo, porque le dispararon. Otra cosa: ¿han estado ya en el monasterio de San Policarpo? ¿No? ¡Pues deberían ir los dos a visitarlo! Yo les digo cómo llegar y el día exacto en que deberían ir.

Blüthner pretendía organizar allí un encuentro de magos, a fin de, como él mismo decía, crear un «grupito poderoso». Estaba seguro de que Schneidebein no conocía el lugar. En cualquier caso, la gente normal jamás lo encontraría, y no se lo mencionaba en ningún libro. Los magos que no habían tenido un maestro tampoco sabían nada de su existencia. Por ello, el siguiente Día de Reyes se reunirían allí algunos amigos llegados de toda Europa, gente en la que se podía confiar.

Dicho esto, Blüthner tocó algo, una pieza para dos pianos. Esta vez no necesitó hacer magia, ya que Emma lo acompañó. En aquella época, todas las hijas de familias aristócratas sabían tocar algún instrumento, casi siempre el piano.

Para regresar tomamos el tren, ya que Emma no se atrevió a volar. No se sentía bien, y cuando eso pasa es mejor evitar volar. Las mujeres embarazadas no deberían ponerse a hacer magia, y Emma estaba entonces de seis meses. El viaje en tren también implicaba ciertos riesgos, pero por otro motivo: en los trenes podía haber gente que te reconociera. Durante el viaje conseguimos cambiar de un modo radical nuestro aspecto, ya que en medio

del genio esto resulta más efectivo que la invisibilidad total. Es otra cosa que he olvidado decirte: quien se hace invisible no se vuelve incorpóreo, así que debe prestar atención para no tropezar con otras personas. Siendo invisible has de mantener todo el tiempo las distancias y vigilar especialmente que nadie se te acerque por detrás. En los trenes se debe ocupar el asiento de forma ostensible, que todos lo noten y te vean. Aunque en Alemania es habitual que, ante un asiento vacío, te pregunten si está libre, eso no libra a pasajeros invisibles de pasar algunos momentos embarazosos.

En Gebhardswalde al menos podíamos volver a ser aquel matrimonio de Rusia, y eso nos alegró mucho.

En estas cartas cada vez son más frecuentes algunas vivencias que no guardan relación directa con la magia, pero es lo que ocurre cuando los recuerdos le vienen a uno a la mente. En realidad, mi intención es transmitirte algunos de mis conocimientos, pero soy consciente de que eso resulta difícil si uno no cuenta también su vida. Así que te pido un poco más de paciencia: todo forma parte de la historia de tu familia.

Por entonces nació el pequeño Titus, que sigue vivo a sus setenta y siete años. Vive solo en una granja de montaña en el Tirol, donde lo conocen por el nombre de Öhi. Tal vez llegues a conocerlo. Félix asistía ya a la escuela primaria. El larguirucho de Jakob nos visitaba de vez en cuando: yo le había informado de nuestro paradero, y él, por lo que supe después, no nos traicionó ni siquiera durante los peores interrogatorios. Jakob nos trajo la triste noticia de que mi madre acababa de morir. Descartamos la posibilidad de acudir a su entierro, ya que allí, evidentemente, pulularían los denunciadores. Tal vez incluso se presentaría Schneidebein, pondría cara compungida y echaría una ojeada a ver si nos encontraba. Y él sí habría notado nuestra presencia, aunque hubiésemos ido protegidos por la invisibilidad o bajo el aspecto de otra persona. Yo estaba desesperado; me

atormentaba, además, la idea de que esa criatura malvada se presentara junto a la tumba de mi madre, probablemente de uniforme.

Yo había subestimado el trabajo del sacristán, pero este exigía todo mi esfuerzo. Solo se lo puede comparar con las labores del capitán de un barco que amenaza con hundirse cada dos horas siempre por algún motivo nuevo. Sin Emma y sin Waldemar-Vladimir, y sin hacer de vez en cuando algún truco de magia –se sobreentiende–, no habría conseguido desempeñar ese oficio. A los sacristanes genuinos los ayuda la fe. Pero, siendo magos, nosotros solo podíamos fingirla, y eso era precisamente lo fatigoso cuando uno tenía que hacerlo durante meses y años.

Vivíamos en una casa situada justo al lado de la iglesia, lo cual estaba bien, ya que yo era el encargado de velar por el trabajo de todos los que tenían que hacer algo en ella. Esas labores eran muy variadas: en una iglesia siempre hay alguien encargado de la limpieza, y esa persona es la responsable de barrer el suelo y de desempolvar el órgano, el crucifijo del altar, el púlpito, así como los accesorios y los recipientes sagrados. Alguien debe lavar el talar y la birreta del pastor, sin olvidar el alzacuello, el antipendio y el paño de comunión, indicar en el tablero el número y el orden de los himnos, contar el dinero del limosnero y del cepillo de las ofrendas. Alguien ha de ocuparse de los cirios y ponerlos en su sitio. Un segundo especialista se ocupa de que haya reservas de vino y de hostias y de que todo se encuentre en el lugar correcto. En invierno hay un fogonero que se encarga de liberar de hielo la entrada. Alguien ha de ocuparse también de los adornos florales, y está también el electricista, que mantiene a punto el alumbrado de emergencia y repara el falso contacto de la lamparilla del púlpito; o el sanitario, que tiene listos en la sacristía los medicamentos para toda suerte de padecimientos y que es también un experto en primeros auxilios (los últimos auxilios son cosa

exclusiva del pastor). Ha de haber alguien que se encargue de abrir la iglesia a su hora, de airearla, de abrir la Biblia en la página correcta y de ayudar al pastor a ponerse el talar. Está el campanero, que procura los tañidos con puntualidad y que debe saber con exactitud cuándo se toca la campana y durante cuánto tiempo. Él es el pulso de cualquier iglesia, por eso se lo llama «pulsante». Y también tiene que haber alguien que se ocupe de que el organista no se duerma, que esté sentado a su hora delante del instrumento y tenga sobre el atril las partituras debidas.

El número de festividades y misas era enorme, y velar por todas esas labores costaba energía y nervios. Como yo era el que realizaba todas esas labores en solitario, lo que hacía, en esencia, era vigilarme a mí mismo.

El aspecto más importante del trabajo del sacristán es lo que hoy llaman estar «orientado hacia el resultado». Décadas más tarde, cuando me presentaba como especialista en dirección de empresas, eché mano de aquella riqueza de experiencias de mis tiempos de sacristán. Algunos jóvenes sacaron un gran provecho de ello, unos cuantos se convirtieron en directores de empresa exitosos, pero ninguno llegó a sospechar que había estado preparándolos para el cargo de sacristanes: sin llamarlo de ese modo, lo que les inculcaba era la idea de servir y de asumir obligaciones. Según el criterio generalizado hoy en día, esas palabras van en contra de la autodeterminación, se las trata como si fuesen una especie de cautiverio. Algo de eso hay, pero ¿acaso somos libres? La libertad no tiene demasiado valor si no has desarrollado en ti algo que puedas defender de manera incondicional, algo de lo que seas cautivo, aunque por propia decisión.

Pasó el año 1936. La época de Adviento y de Navidad significaba trabajo duro. Luego empezó a aproximarse nuestra propia fiesta, la de los tres reyes que fueron testigos del nacimiento de Cristo. Yo me tomé unas breves

vacaciones y delegué mis responsabilidades en Waldemar. Fuimos a San Policarpo, sitio que encontramos rápidamente gracias a las instrucciones de Blüthner. Como ese día no hacía mucho frío, pudimos ir volando (por rutas distintas, por supuesto) y vimos a nuestros amigos en medio de aquel espléndido paisaje nevado. Por crueles que fueran las circunstancias en aquel Estado, visto desde arriba era todo hermoso, incluso las grandes ciudades. Al menos todavía.

Durante tres días nos alojamos en una pensión y partimos de inmediato hacia la biblioteca del monasterio. Un lugar increíble. Y puedes tomarte la frase literalmente. Allí hay incluso algunos libros encadenados. Sí, en la Edad Media solían encadenar algunos ejemplares muy valiosos para que nadie pudiera robarlos, ni un escolástico descuidado ni un vendedor de antigüedades del siglo XXI. Aparte de nosotros, en aquella biblioteca solo había tres señores ya entrados en años y una joven dama. Probablemente fueran todos magos. Emma y yo esperamos a que Blüthner apareciera y nos presentara a los demás. Hasta entonces leímos mucho, sobre todo en la sección de cocina, donde me topé con la obra del Gran Bachstelz, que tenía un nítido olor a gorgonzola. Luego volví a San Policarpo en varias ocasiones, porque, sin capacitación continua, nadie llega a ser un grande.

San Policarpo se llamaba también la pequeña ciudad situada alrededor del monasterio, con un par de comercios y hostales. En aquel sitio la gente vivía y moría como en cualquier otra parte, estudiaba o trabajaba, daba paseos, jugaba, se casaba, iba al dentista. Y adoraba el antiguo monasterio, en cuya iglesia todavía se celebraban misas. Pero había una cosa que no era normal en aquel sitio: alguien que viniera de fuera, del resto del mundo, jamás podría encontrarlo. No aparecía en los mapas de Alemania ni en las enciclopedias. El forastero que fuese a parar allí por casualidad, ya fuera porque se hubiese perdido en un bosque o por haber seguido conduciendo el coche a través de

una calzada privada, descubriría un agradable villorrio del que no tenía noticia, y de inmediato se proponía comprarse un mapa mejor en el que aquel lugar quedase consignado. Sin embargo, tras abandonarlo, no conseguía encontrarlo de nuevo, ni siquiera lo recordaba. ¿Y los habitantes de San Policarpo? Era gente que no sentía la más mínima necesidad de salir de su localidad, pues en ella tenían todo lo que necesitaban (aunque entre esas cosas no estaban ni los coches ni los teléfonos). ¿Sospecharían que, si emprendían un viaje, luego no podrían encontrar el camino de regreso? No creo que sufrieran, pero no lo sé con exactitud. Tendría que haber preguntado, pero las respuestas tal vez no habrían demostrado nada.

Los lugares que no existen –pienso en otros sitios, como Kaisersaschern o Vineta– se graban especialmente bien en la memoria. En San Policarpo tuvimos la sensación de disfrutar de la máxima libertad y, a la vez, de estar a resguardo. Después de la guerra quise volver allí con Emma, pero habían obstruido el camino: porque, aunque el lugar no fuera real, estaba situado en el este, y eso, en aquella época, era un territorio complicado para los magos, tanto en lo real como en lo virtual. Mucho más tarde me enteré de que, durante los últimos días de la guerra, un despiadado mago se había llevado sus tesoros bibliográficos de contrabando al oeste (de lo cual volveré a hablarte más adelante).

Por cierto, otra figura muy curiosa es la del mártir Policarpo, que da nombre al monasterio. Cuando fueron a buscarlo para llevarlo a la hoguera, miró en su agenda y le ofreció al verdugo una cita con el fin de instruirlo, durante una hora de clases, en los principios del cristianismo, sin costes de ninguna índole y con otras sesiones de clases por acuerdo. Con santos así, da gusto.

Emma y yo pasamos el primer día durmiendo, leyendo y dando paseos.

Todavía no había ni rastro de Blüthner.

Al día siguiente entramos de nuevo en la biblioteca y vimos allí a las mismas personas. De repente, creí reconocer, en uno de los tres caballeros, a alguien que había estado en cierta ocasión tomando el té en casa de Schlosseck. Yo había memorizado su nombre, precisamente porque era muy difícil de recordar: el *connétable* Lesdiguières. Yo no sabía francés, pero informé a Emma y ella le habló al sujeto: por entonces las hijas de la aristocracia dominaban tres o más idiomas extranjeros, y el francés era el primero de todos. El motivo: los aristócratas, sean del tipo que sean, sueñan con ser recibidos en la corte de Luis XIV en Versalles. Esa costumbre se ha debilitado muy poco hasta nuestros días.

Emma se dirigió entonces al *connétable* llamándolo por su nombre. Este se puso de pie de un salto, besó la mano de Emma y dijo en francés algo que ella me tradujo:

–¡Sabía que me la encontraría aquí, *comtesse*! Entonces, este tiene que ser Pahroc. ¡Buenos días, colega! ¡Y no se preocupe, hasta aquí no llegarán tipejos como Kalagan, Hanussen o...! –Hizo una pausa y alzó los ojos al cielo– ¡Schneidebein! *Oh, mon Dieu!* –Y a continuación, dirigiéndose a mí–: Ya ve usted, *monsieur* Pahroc, estoy enterado de todo. Pero ahora, permítame un ruego: ¡tenga la amabilidad, al menos conmigo, de aprender francés! Yo hablo alemán, claro, pero solo cuando no me queda más remedio. Usted, en cambio, tiene todavía una mente joven, y el francés no puede hacerle ningún mal. Allí, al otro lado, encontrará todo lo necesario –dijo, señalando una de las estanterías.

Fui hasta el lugar indicado, puse dos dedos de la mano izquierda sobre la gramática francesa, dos de la diestra en un diccionario llamado Larousse y, tan rápido como pude, aprendí la lengua, pues no deseaba hacer esperar al *connétable*. Al cabo de unos cuatro minutos pudimos continuar la conversación en su idioma. Claro que a mí todavía me faltaba algo de

vocabulario: por ejemplo, ni siquiera en alemán yo sabía lo que era un «chamán tóxico». La expresión –ahora lo sé– designa a aquellos colegas que sienten un gusto extremo por el mal o que por lo menos se hacen los malos. El *connétable* mencionó un nombre en francés: Bambin Zélé, tal vez uno de sus rivales en Francia, supuse.

A continuación, el forastero se informó acerca del estado de nuestros conocimientos. Aparte del brazo largo, de la habilidad para flotar y transformarnos en otras personas o de la magia para hacernos invisibles, poco teníamos entonces que mostrar. Nos faltaba que se nos revelasen otros recursos muy poderosos, como el de atravesar paredes. Sin embargo, el *connétable* pudo enseñarnos un truco para el que ya estábamos preparados. Existía un truco inverso al de la invisibilidad.

–Ya pueden hacerse invisibles, y eso está bien. Pero ¿podrían procurar ser visibles en un sitio en el que realmente no lo son! Por ejemplo: mientras yo hablo aquí con ustedes, estoy sentado en un café a orillas del Sena, y todo el que me conoce podría afirmar que he estado sentado allí. Ahora bien, una cosa importante: si cualquier persona quisiera abordar a la figura que me sirve de coartada mientras esta toma un café, resulta efectivo aplicar otra técnica que puedo combinar con la anterior: que la persona olvide de inmediato lo que pretendía hacer y sienta la necesidad imperiosa de hacer otra cosa. Esta combinación aún no les será posible debido a su edad, pero puedo enseñarles el truco básico.

Aprendimos mucho esa mañana. A partir de determinada edad, todo ese conocimiento puede incrementarse. Una vez conseguido, uno no solo conseguirá poner un doble que sirva de ilusión óptica dondequiera que se le antoje, sino establecer un auténtico *alter ego* al que cualquiera puede hablarle y que sabrá responder y actuar casi como uno mismo. Querida Mathilda: ¡la

magia no cambia demasiado el curso del mundo, pero resulta sumamente divertida de vez en cuando!

Poco a poco fueron llegando otras hadas y magos provenientes de distintos países de Europa. Todos sentían una enorme curiosidad, les alegraba mucho la perspectiva de aquella conferencia. También apareció Blüthner. Nuestro congreso podía comenzar.

SEXTA CARTA

Atravesar paredes

Enero de 2014

En la pausa del almuerzo, durante el encuentro en San Policarpo, conseguí por primera vez atravesar una pared de ladrillos. Pude entonces, de inmediato, ampliar esa habilidad con la ayuda de otros colegas mayores, con lo cual –según sospechaba– seguía creciendo mi ventaja en relación con Schneidebein. Pero ¡vayamos por orden!

No fue un círculo demasiado grande el que se reunió en San Policarpo el 7 de enero de 1937, pero yo jamás había sido testigo de una asamblea tan prominente con colegas de toda Europa. Los más dotados, por lo general, no usaban nombre de pila. Eso era así desde los tiempos de Metternich, y sigue vigente hoy. Otros, más jóvenes, empleaban nombres comunes y corrientes, como Henry Grund, por ejemplo, o Leonore Dreyser, Krine Profuso (natural de Zülpich), una bella pelirroja con un escote muy amplio y una significativa mirada argéntea (miraba a todos de reojo, pero de un modo agradable). Estaba allí también una criatura élfica llamada Raissa Pospischil, de Viena, y, por supuesto, mi Emma.

Nosotros, los jóvenes, pasamos casi todo el tiempo escuchando con atención. Cuando hablábamos, lo hacíamos fugazmente, porque a los mayores les gustaba interrumpir: siempre saben de inmediato adónde quieren

llegar los más jóvenes. Entre magos, estas cosas no difieren demasiado de lo que ocurre entre cualquier otra gente, llega a ser incluso más patente, cosa que siempre me molestó bastante. Cuando uno es mayor, debería saber controlarse un poco y no interrumpir a los demás solo porque uno crea que conoce esto o lo otro. Jamás dejé que esa grosería hiciera demasiados estragos en mí, o al menos eso espero.

En fin, que la voz cantante la llevaron los mayores: Blüthner, Lesdiguières y la maestra escocesa Macintosh, a la que llamaban en secreto la «Mantis Religiosa», porque era alta, muy delgada y expresamente parca en movimientos. Con su suave voz perlada fue la que pronunció las frases más duras sobre la situación y sobre la necesidad, a la vista del peligro que implicaba aquel partido único en Alemania, de decir adiós a toda ilusión. Macintosh era una mujer de negocios, y allí se mostró como una realista implacable. Blüthner, que era músico, pero también empresario, estuvo al principio de acuerdo con ella en casi todo, pero en algún momento empezó a mostrarse como su respetuoso opositor. Lesdiguières fue todo un caballero, un hombre alto y erguido, como rodeado de una coraza, y abogó gustosamente por pasar al ataque. Los demás, aunque todos de manera distinta, se presentaron como personas sensibles o idealistas, y eso fue bueno para el diálogo: el crudo realismo y el razonamiento estratégico se vuelven aburridos si ya nadie tiene sueños, si nadie fantasea o por lo menos se entusiasma.

Estábamos instalados en la gran sala de la biblioteca, que ese día permaneció «cerrada por inventario». Se había designado a un moderador para el debate, que era el responsable de su neutralidad. Solo de ese modo se puede replicar al poderoso amor propio de los más inteligentes, y en eso consiste la democracia. Acordamos que fuera Kayetan Gnadt, natural de Wasserburg, a orillas del Eno: un hombre jovial que cojeaba debido a una

parálisis en una pierna, pero que, a pesar de eso, solía practicar el senderismo. Los bávaros son lo mejor cuando se trata de moderar un debate, porque no les cuesta admitir (o disimular) que no han entendido algo lo suficiente. Admiran a los espíritus más instruidos, pero los doblegan tranquilamente, con amabilidad y afecto, obligándolos a hacerse entender mejor. Gnadl, por cierto, llegaría a ser un mago muy prestigioso a una edad muy avanzada, y a partir de ese momento desapareció también su extraño nombre de pila. En su vida civil era policía de tráfico en Wasserburg, un lugar semejante a una isla en la Alta Baviera, sin demasiada circulación de vehículos. Gracias a esto último disponía de tiempo suficiente para aprender los trucos más extraños, que siempre dominó mejor que yo, si bien era un maestro magnífico que sabía explicar las cosas complicadas de un modo sencillo. En la época de penurias posterior a la guerra, me enseñó incluso el arte de la caza furtiva, que poco tiene que ver con la magia, pero que puede proveer de golpe, a una familia hambrienta, de un alimento rico en proteínas.

En esa conferencia, Emma, que tenía los mejores oídos y la letra más bonita (o al revés), fue designada para llevar el acta, cosa que la alegró muchísimo.

Las conversaciones de San Policarpo giraron sobre todo en torno a la peligrosa situación imperante. Allí se exigió la cohesión de todos los magos buenos en contra de los malvados. Pretendíamos actuar en conjunto y apoyar a personas como nosotros, liberarlas y protegerlas en caso de necesidad. Los gobiernos siempre se han opuesto a los magos, pero en la Alemania de esos años imperaban el odio y la brutalidad como nunca se había visto antes ni se vio después. Los que estaban en mayor peligro eran los judíos, supuestamente culpables de todos los males imaginables. Recuerdo que dije:

—¡Si al menos culparan a los indios! En ese caso, yo sería el único, pero, siendo mago, podría poner pies en polvorosa.

–Schlosseck también era mago –dijo Raissa Pospischil en voz muy baja.

–¿Cómo que «era»? –exclamaron al unísono varios colegas.

–Es imposible que esté muerto –dijo Lesdiguières–. Conoce las maneras más increíbles de escabullirse. ¡Tal vez en este momento sea un cocodrilo y cada día se zampe para desayunar a uno de esos tipos con uniforme!

Nadie rio, pero todos acogimos de buena gana la historia con tal de no tener que guardar luto por Schlosseck. Al menos no aún. Queríamos seguir confiando en que había sobrevivido. Que Alemania sobreviviera, esa Alemania que él tanto quería, era otra cuestión.

–Este dictador es un enfermo, no soporta la verdad y está siempre bajo los efectos de las drogas. En dos años como mucho iniciará una guerra –dijo Macintosh–, y entonces estará acabado. Uno o dos años sobreestimando sus fuerzas en el campo de batalla y quedará desenmascarado como un pobre diablo al que el sayo le ha quedado demasiado grande. Y, entonces, tal vez muera pronto.

–Es demasiado tiempo –dijo Dreyser con un suspiro.

–¡Correcto! ¡Por eso hay que matarlo! –Lesdiguières hizo como si sacara una espada y lanzó una estocada–. No se trata de vosotros, se trata de Europa.

–Pero no podemos hacerlo –respondió Blüthner–. Ningún acto de magia puede provocar la muerte de una persona, sea quien sea, ni de manera directa ni indirecta. ¡Habrà tenido eso en cuenta, señor *connétable*!

–Yo, sin hacer magia alguna, puedo clavarle la espada o dispararle con una pistola. Lo he hecho otras veces y me ha salido muy bien.

–En este caso, la pistola no dispararía, porque antes tendría que haber usado la magia. ¿Cómo iba a acercarse a él, si no con algún truco?

Cavilando, Lesdiguières se encendió un puro, lo que lo ayudó a permanecer callado durante un rato.

–¡Nosotros estamos para convencer a la gente, no para matarla! –dijo Krine Profuso, echando la melena hacia atrás con un gesto lleno de gracia, como para destacar cuánto le incumbía aquello en lo personal.

–Eso suena muy bonito, pero ¿cómo vamos a ganar y a convencer a las personas si ni siquiera podemos revelarnos como magos? –preguntó Macintosh–. Poco más podemos hacer, salvo un par de sabotajes anónimos y liberar a algunos presos. ¿Influir en la gente? Muy bien, a algunas personas aisladas tal vez, pero ¿cómo convencer a los distintos grupos, a los ejércitos, los partidos, la humanidad entera? ¡No hay manera! Aplicar la magia contra el curso del mundo nunca ha tenido sentido.

Con ello se desató una discusión acerca del sentido: ¿para qué servíamos los magos? Dreyser consideraba que, sin un poco más de unidad, no se conseguiría reunir a un grupo fuerte, y ese era, a fin de cuentas, el propósito de ese encuentro. Teníamos que actuar.

Entonces Blüthner tomó aliento:

–En primer lugar, claro que la magia tiene sentido, y, en segundo lugar, ese sentido consiste en influir sobre los demás hombres.

–Pero ¿sin decirles quiénes somos? –añadió Macintosh con tono sarcástico–. Eso me gustaría verlo.

–¡Por favor! La música, la literatura y el arte pueden modificar las actitudes de un público sin que este conozca a su autor y sin importarle si se trata de un misionero o no. La magia también lo hace. Nosotros nos ocupamos de las paradojas, de los azares, esas cosas que hacen a los hombres y mujeres exclamar: «¡Eso no puede ser casual!». Nos ocupamos de milagros, a fin de cuentas, y eso sin que se sepa quién los realiza o si alguien los realiza. Creamos acontecimientos ante los cuales las personas no pueden dar crédito a lo que ven. Para ello no tienen que creer más que otros en los

milagros, pero sí estar en condiciones de imaginarlos. Y para eso estamos nosotros, *mylady*. ¿O no?

–Parecen palabras de Schlosseck –dijo Macintosh.

–¡Podrían serlo! Soy su discípulo.

Henry Grund, que simpatizaba con el marxismo, se mostró impaciente:

–Tengo tres cosas que decir al respecto: primero...

–Espera, espera. Deja que Emma lo escriba todo –lo interrumpió Kayetan Gnadl.

Gnadl era un experimentado moderador de debates y sabía que era preciso hacer una pausa cada vez que se acumulaban intervenciones que empezaban diciendo: «Primero». Su voz no se oía con demasiada frecuencia, porque solía dirigir las conversaciones con la mirada, y todos se plegaban a esa regla: en cuanto clavaba los ojos en alguien, esa persona podía hablar. Siempre en el momento oportuno solía cerrar los ojos y dirigía la cabeza en dirección al siguiente orador, los abría de nuevo y le hacía un gesto de asentimiento. Era obvio que empleaba para ello algún recurso mágico, pero, en fin, siempre estaba claro quién tenía la palabra. Los impacientes podían intervenir de forma espontánea, pero antes debían superar cierta resistencia. A ese truco de contención, Gnadl lo llamaba «decencia», una palabra que designa cierto hechizo sin el cual las conversaciones jamás funcionan. Todavía hoy, cuando veo alguno de esos programas de debates en la tele, recuerdo con gratitud a Gnadl.

Emma, por lo tanto, escribía diligentemente, su pluma emitía unos rasguídos apenas perceptibles, pero que podían oírse cuando todos guardaban silencio. Por supuesto, para los ojos de la gente normal sobre aquel papel no había nada, nuestras actas no debían ser legibles para el personal no autorizado.

Después de esa interrupción, volvió a hablarse del sentido y de la misión de la magia y también sobre la estrategia que debía derivarse de ello. Un hombre llamado Tadeusz Alrutz dijo una sola frase durante todo el encuentro:

–Estamos para ayudar, pero sin una estrategia, en ello reside nuestra fuerza y también nuestra debilidad.

Aquello era una declaración radical que poco encajaba con aquel hombre de aspecto insignificante, de mirada algo triste y modo de hablar entrecortado y en apariencia inseguro. Todos guardaron silencio y se pusieron pensativos, y Blüthner reconoció que a veces la estrategia consistía en no entender lo que suele arreglarse por sí solo, sin su intervención. Eso hizo saltar a Henry Grund, que protestó con vehemencia. Nuestro deber –dijo– era perturbar todo ejercicio antihumano del poder, por ejemplo, con un sabotaje bien coordinado de la actividad de control y administración del Estado. Y eso no podía llevarse a cabo sin plantearse una estrategia.

Consiguió calmar los ánimos pidiéndome que hablara sobre el almacenamiento de datos de Hollerith y su manipulación, en lo que yo, según él, era un experto. Mis disquisiciones sobre la posibilidad de alterar, con un acto de magia, las tarjetas perforadas a través de la duplicación de tarjetas, ficheros y listas del registro fueron bastante secas, pero nos venía bien un poco de aburrimiento. Planteé mi conclusión de que solo podía hacerse una cosa: pegar fuego a todas las oficinas estatales donde hubiera tarjetas perforadas, preferiblemente todas a la vez. Era una labor difícil, porque nos arriesgábamos a que hubiera algún muerto, de modo que el arte de la magia no podía intervenir.

Gracias a esa conclusión la asamblea se animó de nuevo, y otra vez se desató una discusión en torno a los principios. Los magos no éramos incendiarios, dijo entonces Blüthner, y no servíamos a ningún objetivo de lucha, sino solo a la magia de la vida, algo más noble que nosotros mismos.

–¡Pues yo me pregunto qué hacemos entonces aquí sentados! –protestó el joven Grund, atrayendo la mirada interesada de Leonore Dreyser. En ese momento pudo oírse cómo varios magos de mayor edad tomaban aliento para hablar, pero Gnadl fue más rápido:

–Señores, es hora de comer. Acordamos hacer una pausa de una hora. No olvidéis lo que teníais intención de decir. Dentro de una hora continuamos.

Tal vez no fue la hora más importante de mi vida, pero sí la más memorable pausa de almuerzo. Porque, antes de ir a comer, sentí una molestia en el pie y me dispuse a retirar una piedrecilla de mi zapato derecho. Cuando iba a ponérmelo de nuevo, apoyé la mano izquierda contra una pared. Era la pared de los lavabos, cosa que me quedaría clara de inmediato, porque con asombro noté de repente que la pared mostraba una textura suave al tacto, que parecía aflojarse y no ofrecer ningún sostén. Perdí el equilibrio y caí. O mejor dicho: me hundí. Me hundí como a cámara lenta a través de esa pared. Primero todo se oscureció, luego volví a entrar en un espacio iluminado y reconocí a Lesdiguières, que ocupaba su puesto en el trono.

–¡Vaya! –exclamé, asustado, a lo que el *connétable* respondió:

–*Oh, là là!*

Yo continuaba batallando para mantener la estática, pero no la encontré, así que tropecé y fui a dar contra la pared siguiente. Ello puso fin a la embarazosa situación del *connétable*, pero entonces me vi en el cubículo siguiente, al lado del espejo, donde Henry Grund se contemplaba con el torso desnudo ¡y hacía bailotear su increíble musculatura! Henry se había embellecido gracias a la magia, eso pude verlo de inmediato. Tal vez, para variar, quería gustar un poco. ¿Acaso su situación no era tanto o más embarazosa que la de nuestro colega de al lado? Sin embargo, él sonrió con ironía:

–¡No le dé más vueltas, Pahroc! La magia de atravesar paredes se presenta siempre en situaciones increíbles, todos los sabemos.

–¡Que aproveche! –le dije con voz entrecortada, queriendo salir de allí cuanto antes. Pero Grund tenía todavía una pregunta que hacerme:

–Bueno, y hablando de otra cosa: ¿qué le parece mi cuerpo?

–¡Increíble! –respondí, fiel a la verdad, y me dirigí a la siguiente pared, que era la del salón comedor, donde todos los demás colegas ya estaban sentados a sus mesas.

–*Look!* –exclamó Macintosh–. *Pahroc's coming out of the wall!*

Todas las cabezas se giraron hacia mí, y Blüthner se puso de pie, alzó su copa y brindó a mi salud mientras yo me sacudía de la chaqueta el polvo de cemento. Me apresuré a tomar asiento al lado de Emma e intenté controlar el caos de mis pensamientos. Emma, para hacerme las cosas más fáciles, al principio no dijo nada. Sabía desde hacía tiempo que para reflexionar el mejor sitio era estar a su lado, bien cerca de ella, pero solo si no hacía preguntas. Pocas veces en mi vida he conocido a personas con tal capacidad de empatía. La empatía es una magia vital que no depende de nuestro arte; no depende, por ejemplo, de la habilidad para leer los pensamientos del otro, sobre lo cual te hablaré más adelante.

Había muchas cosas sobre las que reflexionar, porque debía averiguar lo que había ocurrido en mi cerebro cuando retiré aquella piedrecilla y me puse otra vez el zapato. Cuando la física queda derogada de forma repentina, a uno le gustaría conocer las causas, de lo contrario, jamás puede volver a apoyarse en una pared con gesto despreocupado. Yo lo averigüé, y luego Blüthner me lo confirmó. Se trata, en efecto, de una idea que uno puede tener cuando se le mete una piedra en el zapato. No voy a describírtelo con más detalle en estas páginas, pero Rejlander y otros buenos magos te dirán lo imprescindible al respecto cuando estés preparada.

Sí quiero transmitirte algunas reglas básicas a la hora de atravesar paredes, querida Mathilda: la mampostería se vuelve de pronto blanda como una galleta que uno ha sumergido en una taza de café, es decir, se pone algo pegajosa. Cuando llegas al lado opuesto, tendrás encima algunos pequeños recuerdos, como pedacitos de ladrillo rojo y polvo blanco del mortero o del revoque de yeso. La pared atravesada se cierra a tus espaldas a la velocidad del rayo, recuperando su antigua dureza. Si te disparan y ya has conseguido atravesar el muro, la bala se queda atrapada en la argamasa, como es habitual en esos casos.

Otra pregunta es: ¿qué puedes llevar contigo? Podrás atravesar la pared, sin más, llevando contigo todo lo que esté a un par de metros a la redonda, pero no puede ser ningún ser vivo: al perro o al gato has de dejarlos donde estén.

Lo otro es saber bien siempre quién o qué está detrás de esa pared. Por desgracia, no es hasta más tarde, en el transcurso de nuestra vida, que podemos ver a través de las paredes y ver lo que nos espera al otro lado. De modo que no atraveses nunca una pared sin tomar precauciones, escucha antes con cuidado si hay alguien en la habitación contigua. Cuando te escapas de la celda de una prisión, calcula siempre que puedes ir a parar a la oficina del guardia de turno o que al otro lado solo esté el cielo, el vacío, porque has cruzado una pared exterior en una octava planta. En ese caso, necesitas estar preparada para no quedarte tiesa del susto y salir volando rápidamente. Convierte en una regla que tener en cuenta que detrás de toda pared puede haber cualquier cosa. Y algo más: los magos solo conseguimos atravesar el hierro fundido con mucho esfuerzo, el acero resulta imposible y hasta las varillas de refuerzo del hormigón armado nos causan grandes problemas. Es poco grato quedarse atrapado en una cabaña hecha con latón ondulado o no poder sacar de nuevo la mano de una caja fuerte. Sin embargo, es fácil

atravesar algunos metales blandos cuando uno no tiene mucha prisa. El oro en concreto no ofrece problema alguno, pero se usa muy pocas veces como material de construcción. Tal vez en algunos edificios de Arabia Saudí... ¿Quién sabe?

Y ya que hablo de metales, tengo que contarte otra experiencia que tuve con Schlosseck cuando yo contaba unos trece años. Por el lado interior de la puerta de su casa, detrás de la ranura para las cartas, colgaba una caja de hojalata a la que, hasta dos veces al día, iba a parar la correspondencia. Dado que el sirviente Vladimir estaba por entonces en cama con la gripe española, Schlosseck me pidió que mirara en el buzón, por si había alguna carta. La llave se me partió cuando estaba dentro de la cerradura, de modo que de nada sirvió tener una copia. Le confesé al maestro mi sensación de pesar, con la esperanza de poder aprender de inmediato una forma de sacar de la cerradura los restos de una llave partida. Con una sonrisa, Schlosseck fue hasta su escritorio y sacó un enorme imán, y antes incluso de llegar a la puerta el trozo de metal estaba fuera. Hallar soluciones para los problemas depara a veces mucho más placer que resolverlos mediante la magia.

Y otra cosa, antes de que se me olvide: no podemos atravesar paredes de cristal, ningún recurso mágico sirve para eso. Las paredes de cristal tenemos que romperlas, como cualquier otra persona, y con el cristal blindado no hay nada que hacer.

La conferencia de San Policarpo acabó sin acuerdos efectivos en lo relacionado con su objetivo principal. Fundamos una liga secreta para el asesoramiento y el auxilio mutuo, pero nada más. La liga no prometía ser demasiado poderosa, pero decidimos adoptar algunas señales con las que pudiéramos hacernos llamadas de auxilio, así como la puesta en práctica de una circular secreta en la que Blüthner informaría a los otros magos de las

novedades que le llegaran sobre la situación. El hecho de que no nos organizáramos de un modo más sólido lo debíamos quizás a aquella frase aislada pero efectiva de Alrutz de que nuestra fuerza residía en la ausencia de una estrategia, frase con la que, en su momento, no estuve de acuerdo. Jamás volví a tropezarme con aquel hombre, solo oí decir que a lo largo de su vida hizo siempre lo que pudo por los demás, nunca nada para sí. Esa fue la razón de que muriera prematuramente por su propia mano, a fin de hacerles un favor a todos aquellos que lo veían como una molesta carga. Un mago con una especial mala suerte, pero jamás lo he olvidado.

El intento de un puñado de magos para acordar una política común fue un fracaso. Sobre el motivo de ese fracaso hay todavía hoy opiniones contrapuestas. Tal vez se debió a que somos un gremio con marcada tendencia de sus miembros a ocuparse demasiado de sí mismos. Blüthner opinaba que quizá debió hacer un esfuerzo extra y seguir la recomendación del más agresivo Henry Grund; Gnadl consideró posible que todo se debiera a él, ya que había interpretado con demasiado empeño el papel de policía de tráfico y había estado demasiado pendiente de evitar colisiones. En realidad, no tenía demasiada fe en todo aquello, eso lo averigüé después. No cabe duda de que era difícil: los magos no pueden plantarse delante de las masas y decir: «Seguidme, ya que somos algo muy especial». No existe un *lobby* que los represente, ni partidos, ni una política común. Los magos, además, no pueden matar con magia, de modo que no pueden proferir amenazas en ese sentido. ¿Acaso debimos intentar acercarnos al tal Babenzeller, el único que, supuestamente, podía matar? De todos modos, no se sabía si este último habría estado dispuesto a hacerlo. La frase de Schlosseck («Tal vez le divierta») me venía a la mente una y otra vez: aquel colega debía de ser un hombre de una cruel neutralidad.

Por otro lado, había una sagrada ley no escrita que nos prohibía a los magos, por principio, intervenir en la historia. Si eso era así, ¿cabría la posibilidad de que hubiera excepciones? Nadie supo decir nada más concreto al respecto.

Emma se alegró de poder volar de regreso a Gebhardswalde, pues le preocupaba cómo se las habría arreglado Waldemar –alias Vladimir– sin nosotros. Por otro lado, pretendía haber visto cómo Krine Profuso me había echado una ojeada algo más larga de lo normal. Yo respondí a eso con una carcajada, pues aquella mirada había sido dirigida a Henry Grund, que estaba justo detrás de mí. Pero así son las magas: ven más de lo que hay. Si alguna vez me hubiese interesado –¡y lo pongo en subjuntivo!– por alguien que no fuese mi querida Emma, esa habría sido Raissa Pospischil.

Durante nuestra ausencia, Waldemar, alias Vladimir, había hecho su labor a la mar de bien, tal vez porque, a diferencia de nosotros, era un auténtico cristiano. Cierto que no sabía tocar el órgano, tarea que asumió un maestro retirado de Zehdenick, pero, en lo que al resto respecta, lo había resuelto todo con puntualidad. El pastor lo adoraba por ello.

Yo retomé mis labores habituales y fui, como siempre, un buen sacristán, un hombre respetado por todos. A veces, cuando me sobraba tiempo, emprendía vuelos por toda Alemania. Vi sinagogas ardiendo en las ciudades. Y, dado que entretanto me había convertido en protector de objetos sagrados, sentí aquello como un crimen especialmente grave. En una ocasión volé hasta uno de aquellos incendiarios, le arrebaté el cubo con el material inflamable y se lo vertí encima. Agarré entonces una caja de cerillas y vi cómo aquel hombre se ponía a temblar como una hoja. Sabía que la cerilla no se habría

encendido, con mi magia solo podía insuflarle miedo, pero era eso lo que pretendía.

También hacía algunas incursiones de tipo intelectual: trabajando durante las primeras horas de la mañana, desarrollé un nuevo invento. No era una idea con fines lucrativos, como aquel schacktógrafo, tampoco una fase superior de mi sincronizador, era una auténtica novedad que apuntaba al futuro. En cierto modo recordaba las humorísticas historias fantásticas del barón de Münchhausen.

La humanidad siempre había soñado con volar a la Luna, pero a nadie se le había ocurrido algo útil sobre lo que se podía hacer o construir allí. Hasta entonces la mayoría de las reflexiones se centraban en cómo llegar. Yo sabía que lo lograríamos tarde o temprano. ¿Y luego? Querer quedarse allí durante mucho tiempo y vivir como una familia era una bobada. Pero tal vez podrían depositarse en ella algunos aparatos automáticos que no necesitasen de operadores. Y para mí estaba claro que entre esos aparatos tendría que haber un potente repetidor para la telefonía, tal vez conectado a unas cámaras fotográficas o fílmicas que tomaran imágenes tan nítidas de la Tierra que ni siquiera un alfiler en un campo pasaría inadvertido. La expresión «no caber un alfiler», que ahora oigo emplear a menudo en otros contextos, tiene su origen en la técnica fotográfica, y la tomaron de los documentos de mi patente a principios de la década de 1950.

Que el mundo aún no estaba preparado para ello era evidente; quedaba mucho por hacer para que llegara ese momento. Fabricar los correspondientes tubos y condensadores llevaría mucho tiempo y esfuerzo. El aparato, una vez terminado, amenazaba con ser más grande que un edificio de apartamentos de alquiler, tan grande casi como un cuartel de dragones con sus respectivos establos. Además, el invento solo podría ser de utilidad si se conseguía, técnicamente, reducir el aparato al tamaño de una caseta para perros o, mejor

todavía, al de su comedero. Pero ¿por qué no empezar a planearlo? Podría probarse antes en la Tierra, y que el asunto funcionaría podía explicárselo a cualquier físico no demasiado presumido. Pensé en Einstein, pero por entonces era bastante difícil acceder a él.

De modo que, antes de que saliera el sol, me dedicaba a calcular y a dibujar, y guardaba los bocetos de mis circuitos en un cajón excedente situado en el armario de la sacristía donde se guardaban las hostias. La utilidad de una estación de radio en la Luna estaba clara: ¡más paz en la Tierra! Porque todos los preparativos de guerra podrían ser vistos desde el espacio aun en sus inicios. ¿Y quién se atrevería, en ese caso, a atacar a otros países? Desarrollé incluso el plan de construir satélites, lunas artificiales en la Tierra, y luego lanzarlos a una órbita en el espacio; lo principal era que esas lunas no colisionaran con la Luna original.

Los tiempos eran malos, pero gracias a esas labores matutinas en mi invento solía pasarme el resto del día con espíritu optimista, y hacía progresos. Transcurrieron así varios meses en los que vivimos en paz, aunque los tiempos fueron poniéndose cada vez peores. Sobre todo, porque hubo una guerra, una guerra que al principio abarcó a una mitad del mundo y más tarde al mundo entero, y con cada victoria crecía entre los del brazo levantado la fe en la ya mencionada «victoria final», como si el mundo fuera a aceptarlo así como así. En mi caso, yo no temía que me llamaran a filas, ya que el consistorio me había declarado persona imprescindible, cosa que, en un inicio, fue aceptada sin más.

Un lunes de 1940 fuimos al bosque a dar un paseo en bicicleta con los niños –Félix ya montaba su propia y vieja bicicleta de señora, mientras que Fee y Titus iban en el portaequipaje–. Nuestro propósito era recolectar setas. Habíamos encontrado un sitio donde estas abundaban que manteníamos en secreto y del que pretendíamos sacar el máximo provecho. Cuando, al cabo

de varias horas, regresábamos con las alforjas repletas, echamos en falta a Waldemar. Lo buscamos, pero fue en vano. Tampoco lo encontré en su habitación, allí solo había una hoja de papel sobre la mesilla, cubierta con un enigmático garabato de color rojo al que no atribuí significado alguno. Más tarde, los vecinos nos informarían de que mi hermano Vladimir (como lo llamábamos oficialmente) había sido abordado por tres hombres que vestían chaquetas de cuero. Esos señores habían entrado luego con él en su habitación, de la que salieron varios ruidos y gritos. Cuando volvieron a aparecer, mi hermano llevaba las manos esposadas y sangraba por la frente y por la boca. Los de los abrigo de cuero respondieron parcamente a las preguntas de los habitantes del pueblo, pero mencionaron las palabras «sujeto al servicio militar». También habían preguntado por nosotros. Por suerte, les habíamos dicho a todos que íbamos a una función de circo en el pueblo vecino. Los hombres habían estado esperando unas dos horas y luego desaparecieron con Vladimir.

Yo no creía que lo hubiesen llamado a filas para participar en la guerra. Allí había gato encerrado. Entonces me puse a observar con más detenimiento aquellos garabatos en el papel que había encontrado en el cuarto de Waldemar. Mi suposición era correcta: Waldemar me había hecho un dibujo con su propia sangre y, aunque parecían ser solo unas rayas confusas, con algo de imaginación uno podía determinar en él el trazo de una pierna, y luego la hoja de un cuchillo apoyada contra esa pierna. La hoja de un cuchillo (*Schneide*) y luego una pierna (*Bein*) indicaban que se trataba de *Schneide-Bein*: ¡esa era la solución al enigma! ¡Schneidebein estaba detrás de todo aquello! Me asombraba que los esbirros hubieran dejado que Waldemar se sentara otra vez delante de su escritorio tras un primer interrogatorio que tenía todas las trazas de haber sido brutal. Tal vez lo habían obligado a firmar una confesión escrita y, para ello, mi ayudante se habría limpiado las manos

ensangrentadas en otro papel antes de coger la pluma. De ese modo no se habrían dado cuenta de que estaba dibujando algo.

Yo estaba horrorizado. Mi intención, a pesar de los ruegos de Emma, era volar cuanto antes a Berlín –en modo invisible, claro– para pedirle cuentas a Schneidebein. Pero antes debía poner a mi familia a resguardo tan pronto como fuera posible, porque una cosa era segura: esos tipos volverían.

Oculté a Emma y a los niños en casa de unos amigos del pueblo vecino y llamé a Blüthner desde el teléfono de la oficina de correos de aquella localidad. Dije un nombre inventado y pronuncié la frase que habíamos acordado para el caso de que un perseguido tuviera que encontrar un nuevo lugar donde ocultarse:

–¡Salud y trabajo! ¿Hay algún puesto vacante? Me he propuesto cambiar.

Si hubiera estado buscando alojamiento para otra persona, la contraseña habría sido: «Un amigo se ha propuesto cambiar».

–¿Tiene usted familia? –Blüthner me preguntaba si buscaba algo para todos nosotros.

–Sí, tengo mujer y tres hijos.

–Muy bien, podemos hablarlo cómodamente en la biblioteca.

De modo que debía viajar a San Policarpo.

–¿Cuándo le vendría bien? –continuó preguntando Blüthner.

–Tan pronto como sea posible.

–Bien, digamos entonces 4.978.

La cifra no indicaba una propuesta de salario, sino la hora para una cita: cuando se completara la hora 4.978 del año, a la que se le restarían tres horas. Es decir: la cita sería al día siguiente, 26 de julio de 1940, a la una, menos tres horas: a las diez en punto de la mañana. Era una de las fórmulas de San Policarpo para citas urgentes. Los magos pueden calcular con suma rapidez.

Incluso en la vida normal resulta un truco muy útil, querida Mathilda, pues confunde a posibles oyentes no deseados y nos ahorra muchos disgustos.

La posible vigilancia a través de espías y micrófonos era una fuente constante de malestar. Hoy aceptamos como si tal cosa ser vigilados por vías electrónicas, nos hemos acostumbrado a ello. Pero el problema principal sigue en pie: cuando un organismo de control no entiende algo, se vuelve receloso, de modo que todo se convierte para él en motivo de sospecha. Ello conlleva que los vigilados sientan temor e intenten siempre mantenerse en el ámbito de lo comprensible para quienes los vigilan y ya no adoptan soluciones originales.

Blüthner encontró una solución para nosotros y me informó de ella en San Policarpo.

Lo dejamos todo en Gebhardswalde tal como estaba, y solo yo me atreví a despedirme del pastor Schnabel. No me resultó fácil. Schnabel se mostró dispuesto a ayudar e hizo gala de su templanza, la de un hombre sensible como un indio. Tal vez a él no le resultase tan difícil dejarme marchar, ya que me había vuelto demasiado inquietante para él: demasiadas cosas inexplicables, entre ellas esas habilidades insólitas. Tal vez ya sospechara de que yo no era un verdadero sacristán. Sin embargo, no cabía duda de que había sido muy útil en esas funciones, y echaría dolorosamente de menos mi manera de tocar el órgano; eso, seguro.

El chófer de Blüthner nos llevó hasta una mansión deshabitada en la ladera de un monte que se erguía por encima de Dresde. No era nada permanente, ya que en ese barrio de mansiones había muchos espías del Partido. Félix y Fee no podrían ir a la escuela en esa zona sin ponernos en peligro: los niños suelen decir la verdad. La cosa podía funcionar durante un par de días. En una ocasión visitamos todos juntos el zoológico de Dresde, como una familia normal, y nos pusimos a estudiar a las fieras y las serpientes.

Luego, por fin, volé a Berlín. Adopté la forma y el uniforme de un ministro bastante gordo, un mariscal con una pomposa pechera llena de órdenes y condecoraciones, y me acerqué hasta la gran prisión donde tenían encerrados a los opositores al Gobierno. Entré en el edificio, y por todas partes se levantaron los brazos para hacerme el «saludo alemán», pero yo me limité a alzar un par de veces la fusta, con desgana, como solía hacer aquel ministro. Con tono autoritario, pregunté dónde estaba el baño. Me guiaron hasta allí y no volví a salir, porque una vez dentro me hice invisible, atravesé varias paredes y busqué por las celdas a Waldemar. No lo encontré, pero sí me tropecé con multitud de prisioneros que aguardaban ser interrogados. Me transformé entonces en guardia, abrí una de las puertas de salida y ordené a los presos que pusieran pies en polvorosa. No sé cómo se las arreglarían luego para moverse con aquellos uniformes de presos. Sabía que con ello no ayudaría necesariamente a mejorar las cosas.

Entretanto ya se había creado cierto revuelo debido a que el mariscal no salía de los lavabos. Entonces vi acercarse a Schneidebein, quien evidentemente me había reconocido, aunque yo permaneciera en un ámbito invisible para quienes no fueran magos. Schneidebein sacó su pistola, pero yo me lancé contra la pared más próxima. Disparó cuando yo ya casi había desaparecido. Por desgracia, en el segundo en que la bala salió volando, mi brazo derecho estaba todavía fuera. Hui con aquella herida en el cuerpo que, durante varias semanas, me impidió hacer el brazo largo.

Regresé con Emma. Entretanto, Blüthner había encontrado un nuevo alojamiento para nosotros. Vino a recogernos con su Horch 670: doce cilindros tenía aquel suntuoso monstruo de lujo de color negro, reluciente como un piano de conciertos. Él mismo nos llevó conduciendo hasta la Alta Baviera, donde Gnadl, que vivía en Wasserburg, a orillas del Eno, iba a acogernos. Cuando apareció en el camino un control de vehículos con

hombres uniformados, a nuestro coche, de repente, le salió un gallardete con el símbolo del Partido. De pronto, los hombres íbamos también vestidos de uniforme, Blüthner llevaba uno sencillo, de chófer, mientras que yo llevaba uno muy suntuoso, de color negro, con pasadores y botones de plata que pegaban bastante con el tipo de vehículo. Nadie se atrevió a detenernos. A Blüthner se le había revelado hacía poco la riqueza de posibilidades que le ofrecía la magia, y disfrutaba haciendo uso de ella.

En Wasserburg, Gnadl, el policía de tráfico, lo sabía ya todo acerca de nosotros, y nuestro alojamiento estaba muy bien acondicionado. Él había conocido a Josef Gruber, un hombre taciturno sin parientes que llevaba una tienda de electrónica y que los fines de semana se marchaba a las montañas, a menudo en compañía de Gnadl. Una mañana muy temprano, este se lo encontró en el suelo, detrás del mostrador de su tienda. Habían planeado partir a una excursión, pero en ese momento solo pudo corroborar su muerte, algo que los magos pueden hacer de una manera tan fiable como los propios médicos. Pensó de inmediato en mí, pues había oído decir a Blüthner que yo necesitaría otra existencia durante un tiempo. Gnadl guardó silencio en torno a la muerte de Gruber e hizo desaparecer el cadáver sin dejar rastro, lo cual no implicó ningún problema para él. También se ocupó del entierro de su amigo, que organizó con una velada muy solemne, durante la salida del sol, en una roca bajo la cruz de la cumbre de una montaña llamada Hochplatte; lo único que no hubo fue una lápida. A la ceremonia asistieron solo dos personas: Kayetan Gnadl y yo. Nadie en el villorrio echó de menos al muerto, porque el tal Josef Gruber, a partir de entonces, ¡fui yo!

Conseguí parecerme a Gruber de forma exacta, aunque, dicho sea de paso, de electricidad entendía yo mucho más, así que tuve que procurar que esos conocimientos incrementados no llamaran la atención de nadie. Por otra parte, yo era bastante más amable que el antiguo propietario de la tienda, pero

eso lo fui revelando solo después, muy poco a poco. Mi rutina era vender baterías para las linternas de bolsillo, tener en reserva una buena selección de bombillas, reparar los aparatos de radio que el régimen había creado para su distribución masiva o cambiar algún cable. Emma pudo seguir siendo ella misma, y lo pusimos todo en escena como si se tratase de la estructura de una novela: Gruber había acogido a la señora Pahroc y a sus tres hijos por compasión, ya que su vivienda en Berlín había sido alcanzada por una bomba y el señor Pahroc había desaparecido: la había abandonado, estaba en paradero desconocido, tal vez ni siquiera estuviera vivo. También conseguí entonces, con la ayuda de Gnadl, meter de contrabando en la Oficina del Padrón de habitantes las tarjetas perforadas correspondientes a la familia, procurándoles todos los documentos necesarios: en fin, que esculpí en el granito de Hollerith la biografía de la señora Pahroc y de sus hijos.

Los niños tenían a Josef Gruber solo por un tío simpático, si bien para mí era difícil representar ante ellos aquel papel. De su padre solo sabían que vivía cerca, oculto en algún lugar; que venía de visita de vez en cuando, siempre en secreto, cada vez que el tío Gruber había salido. Tuve que exigirles que se limitaran a afirmar con férrea insistencia, ante todos los habitantes de Wasserburg, que su padre había desaparecido, que no lo habían visto desde hacía muchísimo tiempo. Me dolió en el alma tener que pedirles que contaran esa mentira. Pero lo hicieron a la perfección en cuanto comprendieron que, si hablaban de más, aparecerían aquellos hombres malvados. Todavía tenían fresco en la memoria el destino de Waldemar en Gebhardswalde.

Y a propósito de hablar de más, querida Mathilda: mientras escribo esto, te observo y compruebo que los niños, en algún momento, también descubren esto por sí solos, del mismo modo que descubren andar sobre las dos piernas o la alegría de despiezar algún objeto. A estas alturas, en 2014, conoces ya

por lo menos cien palabras, y siempre te muestras dispuesta a entablar una pequeña charla. Casi al mismo tiempo has empezado a ocuparte de la música. Le cantas a tu muñeca largas canciones, y ella te alaba por ello o te canta algo bonito, de todo lo cual te ocupas tú sola. Por supuesto, sabes que a tu abuelo también le gusta alabarte: por tu modo de hablar, de cantar, de pintar, y hasta por tu manera de retozar y saltar alrededor de su escritorio. Aunque también te hago algunas críticas. Te digo: «Presta atención a esto y lo otro, y así podrás hablar, cantar, pintar y hasta retozar mejor». Pero entonces vuelvo a alabarte. Y esa es mi manera de enviarte a paseo. Porque hay algo en lo que también tienes que llegar a ser muy buena, no solo haciendo magia: las alabanzas estúpidas no promueven nada, pero las críticas inteligentes y justas dan muy buenos resultados. Eso lo saben a menudo mucho mejor los abuelos que los padres, y los magos viejos lo saben mejor que los magos jóvenes.

El tiempo pasado en Wasserburg a orillas del río Eno fue muy grato. También allí había adeptos y vigilantes del dictador, pero no tantos como fuera de Baviera. Aquella región estaba marcada por la vida rural y el catolicismo, y aquella visión del mundo de los que vestían el uniforme de color pardo era vista allí por muchos como un «auténtico marrón», con lo cual daban en el clavo. La ciudad era antigua, pintoresca, y siempre había mostrado cierto entusiasmo por la técnica, cosa que me alegraba. Wasserburg es el pueblo natal del ingeniero que inventó el tractor conocido como Bulldog Lanz: Fritz Huber. Una frase de este hombre magnífico ha merecido ser grabada en piedra. Refiriéndose a la eficiencia de los motores de un solo cilindro desarrollados por él, dijo una vez: «Un tractor nunca podrá ser lo suficientemente monocilíndrico».

Emma no tuvo necesidad de familiarizarse con la lengua bávara, pues siguió siendo, oficialmente, berlinesa. Yo, en cambio, que tenía que ser un auténtico Gruber, ni siquiera dominaba el alemán culto. Por suerte, aquel

hombre era extremadamente parco en palabras. Al principio, durante los primeros días, apenas dije nada y a nadie le pareció sospechoso. En los ratos libres practicaba disciplinadamente con Gnadl el dialecto de aquella región prealpina, sobre todo los extremos movimientos guturales que son necesarios allí para hablarlo. Por lo demás, había enciclopedias y gramáticas de bávaro. El que más rápidamente llegó a ser bilingüe fue Titus, que aprendió sin libros. De Gnadl aprendí en Wasserburg otros trucos de magia, y a veces íbamos con Emma hasta montañas con nombres evocadores, como Hochgern, Kampenwand y Geigelstein. Una vez, estando en la cumbre del Hochplatte, dirigí unas palabras a Josef Gruber y le agradecí poder usar su persona, a la vez que le prometí no hacer nunca nada que dañara su reputación. Tomé su silencio como aprobación.

Lo que realmente me costaba trabajo era el agotador esfuerzo de parecerme día tras día al electricista, durante semanas y meses enteros. Aquello superaba mis fuerzas. Cuando estaba muy cansado, podía perder por descuido el aspecto de Gruber, retornaba a mi antiguo aspecto y me hacía visible como Pahroc. ¡Y eso creaba situaciones de gran peligro! A fin de cuentas, Emma podía seguir siendo ella misma, lo cual también era necesario por los niños.

Tras largas deliberaciones con Blüthner, Gnadl y Emma, decidí hacer un último intento con Schneidebein. A fin de cuentas, los dos habíamos sido magos desde pequeños y compañeros de juegos. Tenía que intentar ayudarlo a salir de ese endurecido caparazón de odio. Si no lo conseguía y la conversación fracasaba, al menos podría amenazarlo: al fin y al cabo, nadie debía conocer sus dotes de mago. Su partido admitía en su seno a los charlatanes, pero no a los magos verdaderos.

Blüthner propuso proteger a Emma y a los niños de cualquier posible persecución y de un secuestro por parte de Schneidebein. Había un acto de magia que solo podían hacer juntos varios colegas experimentados, y cuantos

más, mejor. Estábamos seguros de que todos nuestros interlocutores en San Policarpo se prestarían a colaborar. Era una especie de círculo mágico gracias al cual podía aislarse a una maga junto con su prole; Blüthner lo llamaba «protección materna», porque no podía aplicarse a los padres: yo no había oído hablar de ello hasta ese momento, pero lo aprobé con entusiasmo. Emma necesitaba algunas instrucciones para que el asunto funcionara, y Pospischil quiso asumir su asesoramiento. Pensamos, de paso, en redactar algún testamento de «Josef Gruber» en favor de Emma. El verdadero Gruber no tenía hermanos ni hijos, y sus padres habían muerto. No obstante, aquello no nos sentó bien: de haber estado vivo, tal vez aquel extraño solterón habría legado su casa y su negocio a algún colega o alguna sociedad protectora de animales.

De todos modos, si Schneidebein conseguía matarme, al menos no podría acercarse a mi familia. Si me veía obligado a seguir huyendo de él y esta vez conseguía escapar, él, tarde o temprano, encontraría mi rastro en el Reich, daba igual que me presentara como Gruber o como Pahroc. Como lugar al que huir, solo cabía el frente oriental, donde apenas había espías o esbirros. De modo que para ello a «Josef Gruber» habría que enviarlo al frente con una orden oficial, con toda la documentación en regla registrada en el sistema de tarjetas perforadas. Solo así podría explicarse en Wasserburg la ausencia del electricista. Ninguna otra cosa podría funcionar. ¿Qué podía decirse? ¿Que me había ahogado, que había caído entre las grietas de un glaciar, que me había vuelto loco o que había partido sin rumbo conocido? Schneidebein podría seguir el rastro a cualquier desaparición extraña dentro de las fronteras del Reich. En cambio, haber sido incorporado al ejército no era un modo extraño de desaparecer. Y, una vez en el frente, nadie se interesaría por si el tal Gruber, en su ciudad, tenía tal o cual aspecto: allí podría vivir con mi

propio físico. Lo único que tendría que hacer era sobrevivir. Y eso –hasta donde yo creía– no sería un problema. A fin de cuentas, yo era mago.

Un cálido día de otoño partí en dirección a Berlín. Tras tres horas de vuelo, sin protegerme, presentándome con mi propio aspecto, como Pahroc, me planté en la entrada de la oficina donde trabajaba Schneidebein. Le dije al guardia mi nombre completo y le pedí hablar con el señor Schneidebein. Le dije que éramos amigos de la infancia y que él me esperaba desde hacía tiempo.

El guardia llamó por teléfono y, a continuación, me ofreció aguardar en una habitación contigua. Al cabo de media hora, me sentí un estúpido allí sentado, así que me levanté y me acerqué a la ventana. Entonces vi cómo un gran coche con la bandera del Partido aparcaba delante de la caseta del guardia. El conductor abrió la puerta trasera del auto y un hombre alto que vestía un uniforme negro, con muchas órdenes y condecoraciones, bajó del automóvil. Saludó fugazmente al soldado de guardia y se encaminó hacia el edificio. Su cara se me quedó grabada, ya que tenía una nariz grande y curvada y los ojos bizqueaban un poco hacia fuera. También me di cuenta de inmediato de que aquel hombre había hecho irreconocible su cara para las personas normales, de modo que estas jamás podrían memorizar sus rasgos. ¡Se trataba, por lo tanto, de un mago! El hombre, al parecer, no había notado mi presencia detrás de la ventana. ¿O acaso sí la había notado? Yo volví a sentarme.

Al cabo de otros diez minutos, me llevaron en ascensor hasta la planta de arriba, donde estaba Schneidebein. La puerta de su despacho tenía el doble de la altura de un hombre normal. Mi acompañante entrechocó los tacones y alzó el brazo para saludar, luego se retiró y me dejó entrar.

–Vaya, vaya... ¡Conque el camarada Pahroc se atreve a salir de su escondite! Un gesto valiente, en mi opinión.

–¡Buenos días, Schneidebein!

El escritorio era enorme y su superficie era de un bruñido acero inoxidable. Detrás de él había un retrato del siniestro líder de su Partido. Había alguien más en aquel recinto, un hombre uniformado que ocupaba una mesa más pequeña pegada a la pared, un secretario, quizá, pues tenía delante una máquina de escribir.

–¿Dónde está Emma?

–En un lugar seguro.

Schneidebein mostró una sonrisa malvada.

–¡Conque en un lugar seguro! ¿Y durante cuánto tiempo más estará en ese lugar seguro, ahora que has venido a verme?

–Schneidebein, he venido para... Pero, en fin, ¿no podríamos aclararlo nosotros dos, a solas?

–¡No tengo secretos para mi secretario!

El aludido se dio la vuelta y asintió en dirección a él de un modo casi imperceptible. Dado que sus ojos apuntaban en dos direcciones, parecía que no nos perdía de vista a ninguno de los dos. Reconocí aquella cara: era el hombre que hacía pocos minutos había bajado del coche y pasado junto al guardia en posición de firme con un desganado saludo.

–Por mí está bien –dijo Schneidebein–. ¡Señor Bab! –Tuvo que toser, y solo entonces el secretario lo miró con ojos inquisitivos–. ¡Griffzich, déjenos solos un momento!

–¡A sus órdenes!

El hombre alto salió. Yo tenía un oído afilado. ¿Quién era aquel señor Bab? Probablemente, Schneidebein tenía empleados a dos secretarios, uno era el «señor Bab» y el otro el tal «Griffzich».

Ahora podía exponerle el propósito de mi visita, y lo hice, aunque tuve la extraña sensación de que el tal Griffzich continuaba en aquella habitación. ¿Estaría en modo invisible? Imposible: un mago identifica siempre a otro mago. Pero quedaban algunas preguntas sin responder. Por ejemplo, ¿cómo un simple asistente de mago podía transformarse en un alto funcionario con un lujoso Mercedes y pasar luego a trabajar como secretario, tomando dictados? Pero, en fin, al principio aparté todas esas dudas a un lado.

–Schneidebein, me gustaría pedirte seriamente disculpas.

–Seriamente. ¡Me alegro de que lo digas! De lo contrario, lo habría tomado por un chiste.

Si en ese momento me hubiese preguntado por qué quería disculparme, me habría visto en un aprieto. Pero no lo preguntó. Yo no tenía intenciones de hablar de Schlosseck o de Waldemar.

–Y también quisiera pedirte que dejes de perseguirnos. Fuimos amigos una vez. Emma y los niños no te han hecho ningún daño. Vivimos con miedo y, además, en condiciones bastante malas.

Él me miró sorprendido. Entonces su mirada se volvió más suave.

–Bien, estoy dispuesto a que hablemos. Por los viejos tiempos. Pero solo con una condición; tienes que decirme dónde está vuestro nuevo escondite. Has de tener ese grado de confianza.

Yo asentí. Lo miré largo rato a los ojos y le dije en voz baja:

–Lo siento, pero no la tengo.

–¿No?

–En este momento no la tengo, Schneidebein. ¡Por favor, entiéndelo!

Tal vez debí haberle dicho un par de mentiras sobre nuestro escondite. Pero él no me hubiese creído ni un segundo. Nos conocíamos tan bien que recelábamos el uno del otro. Por otra parte, la sensación de que aquel misterioso secretario estaba todavía en la habitación era cada vez más intensa,

o, por lo menos, no estaba demasiado lejos. Era curioso que Schneidebein lo llamara primero «señor Bab» y luego «Griffzich». ¿Era Bab, Bahb o Baab? ¿Tal vez fuera Babel, Baboeuf, Babenberger?

Y entonces lo recordé. ¡Babenzeller! Se trataba de aquel Babenzeller, de tan mala fama, del que Schlosseck me había hablado. El mismo nombre que yo había entendido mal en boca del *connétable*, pues me pareció que hablaba de «Bambin Zélé», pero lo aclaramos en San Policarpo.

Reflexioné sobre la posibilidad de no esperar la respuesta de Schneidebein y desaparecer de allí a través de la pared. Tal vez esa fuera mi última oportunidad.

SÉPTIMA CARTA

Ser de acero por unos segundos

Febrero de 2014

Querida Mathilda:

Para contarte cómo transcurrió aquel encuentro con Schneidebein en 1942 he buscado recientemente los cuadernos de hule en los que lo anoté todo pocos días después. No los he encontrado. No estaban ni en el piso ni en el sótano, aunque encontré allí otras cosas que no dejan de tener su interés: una caja con todos los prototipos del schacktógrafo, junto a las placas de cera, también algunos aparatos, una radio a galena, una máquina de escribir con bola de tipos, de 1962, hecha en la empresa que se derivó de la antigua Hollerith GmbH, y mi primer ordenador con discos Floppy y disquetes. También una impresora de aguja con una reserva de cintas de color que hubieran alcanzado para toda una década, de 1990 a 2000, aproximadamente, si no hubiera acabado cambiando a un aparato de inyección de tinta y de impresión por láser. También estaban mis primeros teléfonos móviles, bastante toscos, y hasta una estación de radio completa. Si cumpliera otros cien años, podría abrir un museo que llevaría por nombre, quizá, «Casa de las Antigüedades Electrónicas».

Los cuadernos, sin embargo, no los encontré, lo cual es una pena. En los años inmediatos al fin de la guerra continué anotando en ellos muchas otras

ideas: sobre Schneidebein y sobre mí, sobre Dios, el mundo y la muerte, sobre Stalingrado, sobre esas dos terribles guerras: una primera por estupidez y una segunda por maldad. Me encantaría volver a leerlo todo otra vez. ¿Acaso esos cuadernos son gratos al paladar de las ratas de Pankow? En ese caso, tendría que haber algún resto de sus banquetes. ¿O me los habrá robado Schneidebein para evitar que se publicasen? Así son las cosas. ¡Ahora ya no es importante! Porque puedo acordarme con exactitud de cada frase dicha aquel día en Berlín. Existe un método mágico para almacenarlo íntegramente todo, en especial las conversaciones, como si fuera un gigantesco aparato de grabación. He adquirido la costumbre de aplicar cada noche ese arte de fijación. Pero no se lo recomiendo a nadie a quien le desee una vida despreocupada. Si de todas formas quieres aprenderlo, pregúntale a Rejlander, ella podrá decirte cómo hacerlo, yo se lo enseñé hace un par de días. Por cierto, dijo que puede desaprender el método cuando se le antoje: hay recuerdos que es mejor no seguir cargando con uno. Rejlander y yo nos encontramos ahora más a menudo e intercambiamos opiniones sobre métodos de magia.

Pero ¡sigamos con aquella negociación de guerra con Schneidebein! Siempre que la recuerdo, agradezco cada hora de mi vida, horas libres de miedo, de odio y de maldad. También por eso te lo cuento.

Cuando le pedí que por favor me dejara en paz en nombre de nuestra vieja amistad, Schneidebein solo supo echarme una mirada venenosa.

–Lo de nuestra amistad data de hace mucho tiempo, y entretanto han sucedido muchas cosas.

–Bien, dime qué cosas –pregunté–. En una ocasión te dejé plantado, cuando quisiste que militara en tu partido, más tarde le hice una pequeña jugarreta a tu jefe. ¡Por eso me disculpo! Pero el motivo de tu rabia reside en

otra parte: Emma se decidió por mí. Y tú deberías encontrar tu lado de grandeza y aceptarlo.

Hasta ese momento había podido mantener la diplomacia.

–Tú dijiste abiertamente, y de manera clara, que eras nuestro enemigo. Has realizado sabotajes y has intercambiado con otras personas planes de sabotaje, ¡y lo sé por una fuente muy fiable! Y ya que hablas de grandeza: nuestra grandeza es la consecuencia. ¡No toleramos a los magos que combaten contra nosotros!

–Tu forma de gobierno no admite ni tolera a los magos en general, ¡y tú eres uno! Solo que el gobierno aún no se ha enterado, porque nadie se lo ha dicho. Además, los magos no deberían estar al servicio de ningún gobierno.

–¡Ya conozco la opinión de Schlosseck! Yo, por el contrario, apoyo la evolución de la historia cuando encuentro en ella una fuerza tan descomunal. ¡Solo sigo su dinámica! Pero tú no tienes ni idea de eso.

–Claro que la tengo. Soy un técnico. Tengo idea, y mucha, de dinámica. Existe, por ejemplo, la fuerza centrífuga. ¡A quien no está justo en el centro, se lo lleva el viento! Y eso será lo que te pase a ti. Será bueno entonces que hayas ayudado a un par de personas. Podrías empezar con Schlosseck y con mi Waldemar.

Schneidebein sonrió con sorna.

–Esos ya han contado con mi ayuda.

–¿Ordenaste que los mataran?

–¡Que los eliminaran, como corresponde a mis deberes! ¿A quién crees que tienes delante?

Sentí cómo me invadía la rabia, cómo me abandonaba toda diplomacia.

–¡A un mago mediocre que se pone al servicio de embusteros y asesinos! Eso es lo que tengo delante.

Schneidebein se ruborizó y tomó aire. Algo obraba en él. También en mí, si bien yo, además, estaba ocupado con el espanto que sentía. ¡En realidad, lo había hecho! Waldemar había muerto por nuestra causa, incluso por nosotros. ¡El leal, honesto, amable e inteligente Waldemar! Y tal vez a Schlosseck no le habría pasado nada si no hubiera sido mi maestro. Así de desmedido era el odio de Schneidebein. Y ahora, probablemente, me tocaría a mí.

Reflexioné: si aquel misterioso mago que podía hacérseme invisible incluso a mí era realmente Babenzeller, tal vez pudiera dirigirme directamente a él y, quizás, encontrar cierta protección en su persona. Una idea osada, pero no totalmente insensata. Que estuviera junto a Schneidebein no significaba forzosamente que él también quisiera destruirme. Un gran mago no se pone al servicio de nadie, ni de un Schneidebein ni de un gobierno. Además, ¿era realmente un mago malvado el tal Babenzeller? Tal vez alimentara esa fama con el único fin de que no le pidieran ayuda todo el tiempo. Su uniforme era una mascarada, de eso no tenía duda. Recordé entonces lo que Schlosseck sospechaba de él: «Tal vez le divierta». ¿Acaso le divertiría dejarme con vida? Me atreví, pues, a dar el paso.

—Y porque eres mediocre, intentas al menos ser malvado. Pero ¡jamás llegarás a ser un Babenzeller, por mucho que lo intentes!

Schneidebein dijo entonces:

—¿Babenzeller? ¿Quién es ese? Será alguno de esos engendros salidos de la cabecita de Schlosseck, supongo.

—¿Es que no conoces al más poderoso de todos los magos? Mientes. Probablemente seas uno de sus discípulos, aunque uno bastante indigno de él. Porque, a diferencia de ti, Babenzeller está por encima del gobierno y de su estúpida dinámica.

En realidad, me desconcertó un poco que en ese momento Schneidebein se quedara en silencio y me dejara hablar. ¿Sospechaba acaso que su maestro —

allí presente, pero invisible— deseaba oír mis palabras hasta el final?

Mi astucia no produjo efecto alguno, aquella criatura misteriosa permaneció oculta. ¿Me habría equivocado y el tal Griffzich no era más que un auténtico secretario? Hice entonces un segundo intento.

—Por cierto, hace poco he hecho un invento que resulta decisivo para la guerra. ¡Si me matas, lo habréis perdido! Si algo nos ocurre a Emma, a los niños o a mí, lo más mínimo, el invento pasará a manos de la nación de la que era oriundo mi padre. No falta mucho para que tengáis que véros las directamente con ella, y ese será vuestro fin. Una copia de mis planos se halla en la caja fuerte de un notario en Washington. Será entregada a las autoridades militares de aquel país en cuanto se rompa toda comunicación conmigo.

En ese momento, «Griffzich» se hizo visible. Estaba sentado de nuevo en el puesto del secretario, pero ahora parecía más alto y corpulento que antes. Solo su cara seguía siendo la misma.

—¡Conque divertirse! —dijo.

Yo hice una reverencia:

—¡Un honor, señor Babenzeller!

Había dado en el blanco con mi treteta.

—¡Buenos días, Pahroc!

—¿Le interesa mi invento?

—No, pero sí su desparpajo.

Como me había acostumbrado a oír el dialecto bávaro, supe enseguida que aquel hombre venía de la Alta Baviera. Entonces Schneidebein recuperó el habla, y cometió su segundo error:

—Puedo eliminarlo, señor Babenzeller, si usted me autoriza.

—No le autorizo. Estoy en medio de una charla con él, ¿no se ha dado cuenta?

Schneidebein se puso rojo.

–Ah, por cierto, que sepas que no me gusta que me llamen un «engendro de la mente de Schlosseck», ¿de acuerdo? O «Griffzich». ¿Además, quién es el tal Griffzich?

Esta vez Schneidebein se puso pálido. Cambiaba de color con tal rapidez que pensé que estaba empleando un truco.

–Es un viejo nombre para designar la muerte –respondió, tartamudeando–; se me ha ocurrido así sin más, yo solo pretendía...

Entonces el misterioso mago se dirigió a mí:

–Antes de que comencéis: sí, Schneidebein es mi discípulo. ¿Cómo se le ocurre que puede ser mediocre?

–Solo quise irritarlo. Pero ¡solo a él, no a usted! ¿Puedo preguntarle a qué se refiere cuando dice «antes de que comencemos»? –pregunté–. ¿Qué es lo que vamos a comenzar?

Babenzeller arrojó a Schneidebein una mirada, y este reaccionó: intentó darme una recta en plena cara con la zurda; lo hizo desde el otro lado de su escritorio, haciendo empleo del brazo largo. Pero yo lo vi venir. En el momento del golpe, aligeré mi peso y el cajón de aire creado por el golpe me arrastró volando como a una pluma, de modo que no me acertó.

–¿Y eso qué ha sido? –me burlé, flotando por el aire todavía–. ¿Un recuerdo de cuando ibas al parvulario?

Yo tenía claro que intentaría golpearme de nuevo en cuanto recuperara mi peso, estaba en mis planes. Cuando me llegó su primer puñetazo, me había transformado en un tigre de dientes afilados y le pegué un mordisco. Mi modelo era una de las magníficas fieras que se exhibían en el museo de Dresde, me lo había grabado muy bien durante nuestra visita, pero entonces no sospechaba el buen uso que podría hacer de su figura. Schneidebein soltó un grito de dolor, aunque no me era posible arrancarle el brazo del todo, ya

que eso podía poner en peligro su vida. Entonces, todavía convertido en tigre, pegué un salto hasta el escritorio e intenté lanzarme a su cuello. Él se tambaleó y retrocedió hacia donde estaba el retrato del Führer, que enseguida se descolgó de la pared. ¿Es que no tenía nada mejor que exhibir que aquel brazo largo? ¿No había aprendido nada en más de veinte años? Me equivocaba.

–¡Bien, muy bien! –exclamó, asintiendo, Babenzeller.

Eran alabanzas para Schneidebein, y en ese momento me di cuenta de por qué: el tablero metálico del escritorio que tenía debajo estaba poniéndose poco a poco al rojo vivo; solté un alarido y salté con tanta fuerza hacia el techo que me habría hecho daño si en ese momento no hubiera preservado toda mi presencia de ánimo y no hubiera pensando en la clave capaz de ablandar las paredes y los techos. Si hubiese llegado a chocar con fuerza, habría caído sobre la plancha al rojo vivo del escritorio de Schneidebein y sufrido graves quemaduras. De aquel modo, sin embargo, y gracias a la fuerza de mi salto, llegué hasta el almacén situado en la buhardilla, donde me tomé un instante para lamerme las garras y transformarme de nuevo en Pahroc. Schneidebein había decidido no seguirme: en realidad, no sabía volar muy bien, y probablemente ni siquiera consiguiera atravesar paredes. Sin embargo, cuando me disponía a escapar a través del tejado y alejarme de allí volando, alguien me retuvo: era Babenzeller.

–Vamos, ¡ni lo piense! Primero tiene que enseñarnos todo lo que ha aprendido.

–¿Por qué? –pregunté–. Aparte de calentar una superficie, Schneidebein no ha aprendido nada.

En ese preciso instante, Babenzeller se convirtió en Schneidebein y dijo:

–¡Craso error, Pahroc!

Por un momento me quedé de piedra. Pero entonces vi que los ojos de Schneidebein bizqueaban un poco hacia fuera. Me eché a reír.

–¡No voy a caer en esa trampa! –exclamé–. Usted es un gran maestro, pero ahora interviene en el combate de dos magos menores. ¡Es injusto!

En ese momento, sin embargo, una fuerza descomunal me arrastró de nuevo hasta el despacho. Allí estaba sentado Schneidebein como nunca lo había visto. En una silla, a su lado, estaba Babenzeller.

–¡Le pido un favor, señor Babenzeller! –dije.

Schneidebein se levantó para continuar el combate, pero su maestro le ordenó que esperase.

–¿Qué favor?

–¿Le importaría, si no tiene nada en contra, cambiar de aspecto? Me resulta imposible tomar en serio su uniforme. ¡Discúlpeme!

Por primera vez lo vi sonreír.

–Pero ¡qué desvergüenza! De todos modos, ya tenía previsto cambiarme de ropa –dijo.

De repente, vestía un traje *stresemann* de chaqueta oscura y chaleco gris, con una corbata color plata y unos pantalones a rayas.

–Bien. Ahora, a continuar. ¡Mi tiempo es oro!

No cabía duda de que Schneidebein estaba desconcertado a causa del comportamiento de su maestro, pero a él aquello no le hacía reflexionar como a mí. Aproveché mi falta de atención momentánea y me sorprendió con la magia del cuero, que yo, entonces, solo conocía de oídas. De repente, mi cinturón empezó a ceñirse cada vez más. Intenté soltar la hebilla, pero era imposible. Empecé a jadear y a respirar con dificultad.

–¡Muy bien! –alabó Babenzeller–. ¡Justo lo adecuado!

Todo apuntaba a que pronto tendría que rendirme. ¿Qué podía hacer? Ante ese truco, de nada servía aligerar mi peso o echar a volar, lo único que podría

hacer era adelgazar de repente. Cuánto me hubiese gustado convertirme en una viga o en un bastón, pero todavía no dominaba el difícil arte de transformarme en un objeto inanimado. Debo afinar mi cuerpo, pensaba frenéticamente, a medida que el cinturón se ceñía. ¡Adelgazar! Entonces me llegó la idea salvadora: convertirme en una serpiente. Lo conseguí, así que me tumbé en el suelo convertido en un reptil: una pitón de dos metros de largo que llegaba hasta debajo del escritorio. ¡La visita al zoológico de Dresde había sido, sin duda, un gran día! Lo cierto es que habría sido mejor convertirme en una serpiente más pequeña y delgada, pero lo importante fue que pude librarme del cinturón, que se estrechaba cada vez más. Rodeé la pierna de mi contrincante, que no estaba en absoluto preparado para la maniobra, y empecé a enroscarme poco a poco hacia arriba, apretando cada vez más. Ya se oía algún que otro crujido, y entonces se oyó un grito. De repente, sin embargo, desapareció la pierna a la que me estaba enroscando: Schneidebein había desaparecido por completo. Enseguida me convertí de nuevo en Pahroc y lo busqué. ¿Se había vuelto invisible? ¿También para mí, que era mago como él? Eso era imposible. Pero ¿por qué no lo veía?

–¡Eso es demasiado! –bufó Babenzeller–. ¿Qué te he dicho?

Era evidente que estaba hablando con su discípulo. Pero ¿qué querría decir que «era demasiado»? ¿Demasiado qué? ¿Demasiado pequeño, demasiado grande? ¡Eso era! ¡Demasiado pequeño! Miré entonces debajo de la mesa y me di cuenta de que Schneidebein dominaba un arte desconocido para mí: ¡la miniaturización! La capacidad para transformarse en un ser vivo mucho más pequeño de lo normal. Frente a otros magos, es una técnica de camuflaje mucho más efectiva que la invisibilidad, que solo funciona para la mirada de las personas normales. Me di cuenta, a tiempo, de que sobre la mesa había un saltamontes diminuto, casi cubierto por el intercomunicador, al lado de una garrafa de agua y un vaso. Sí, se trataba de un saltamontes del desierto, que

en realidad era demasiado grande para ser invisible. Antes de que el animalito pudiera transformarse en otra cosa y fuera capaz de atacarme, agarré el vaso y se lo puse encima. El insecto intentó saltar fuera en el último momento, pero no fue lo bastante rápido. Parecía tener una o dos patas renqueantes: los saltamontes, a decir verdad, no viven sus mejores momentos cuando han tenido que vérselas un instante antes con un tigre y una serpiente gigantesca. Jamás se me habría ocurrido la idea del vaso si no hubiera tenido la costumbre de atrapar insectos en casa empleando el mismo método. En esos casos, solía introducir por debajo del vaso una tarjeta postal, instalar a los animales sobre ella y luego dejarlos en libertad a través de la ventana.

Entonces supe que había ganado el combate. El saltamontes atrapado volvió a transformarse en Schneidebein, pero en uno del tamaño de un dedo pulgar, una criatura diminuta que saltaba de un lado a otro con unos chirridos nerviosos y golpeaba el cristal con sus manitas. Como ya te he dicho, los magos no pueden atravesar el acero ni el cristal. Y para poder levantar el recipiente o romperlo, tendría que haber estado en condiciones de aumentar su tamaño. Pero le era imposible mientras mi mano oprimiese con fuerza el vaso contra la mesa. Aunque hubiera querido convertirse en un elefante, solo habría llegado a ser un elefante minúsculo.

–¡Caramba, vaya dinámica se desarrolla debajo de ese vaso!

Mi situación seguía siendo seria, pero era precisa una buena dosis de sarcasmo.

Yo contaba con que el maestro pusiera fin a la humillación de su discípulo. Tenía que hacerlo. Pero ¿cómo? ¿Llegaría a matarme con algún acto de magia? Supuestamente, estaba en condiciones de hacerlo. Sin embargo, solo dijo:

–Vamos, Pahroc. ¡Desparezca antes de que le dé la vuelta a ese vaso! – dijo, y luego, en voz muy baja, añadió–: ¡Márchese al frente!

Schneidebein no pudo oír esto último a través del cristal.

–¿Me perseguirá usted?

–Tengo cosas mejores que hacer. Schlosseck, por el contrario... –añadió, arrojando una oscura mirada al hombrecito debajo del vaso–. A Schlosseck me hubiera gustado conocerlo un poco más.

–¡Permítame una última pregunta!

–¡No! ¡Retírese ahora mismo!

Lo hice. Tomé la senda más corta, a través de la pared de la sexta planta, me hice invisible y ascendí al cielo, elevándome tan alto como pude. Busqué mi primer punto de referencia hacia el sur, hacia la destacada torre con el reloj de la Ullsteinhaus, y allí me cercioré de que nadie me seguía. Mientras enfilaba hacia la región de Fläming –que algunos iniciados pueden distinguir como una elevación del terreno–, empecé a estar satisfecho conmigo mismo, aunque todavía me encontraba bastante aturdido por todo lo experimentado. La magia que se emplea en una pelea es algo arduo, ya que las cosas han de hacerse demasiado rápido. En el fondo, prefiero el arte, que es más lento.

En cambio, ahora podía regodearme en mi victoria, la cual no había creído posible en presencia de Babenzeller. Porque, recuerda, Mathilda: sean cuales sean las oportunidades, debes estar preparada para darlo todo por sentado, incluida una victoria. Eso, cuando sea inevitable librar un combate. Porque lo más seguro y beneficioso siempre será, por supuesto, evitarlos, despojándolos del objeto de disputa por medio de la astucia y la bondad. Entonces no sería una victoria sobre un enemigo, sino un triunfo sobre el dios de las guerras. Pero cuando esa lucha es inevitable, no la temas, mantén tu osadía y, en lo posible, tu capacidad para pasártelo bien.

Durante todo el vuelo no pude sino pensar en el final de Schlosseck y en el modo en que Schneidebein habría conseguido asesinarlo. Más tarde,

Blüthner, que tenía oídos en todas partes, me lo contaría. Mi maestro le había dado la espalda a Schneidebein con el propósito de mostrarle todo su menosprecio. Cuando despreciaba a alguien, a veces era tan descuidado como para demostrárselo. Claro que con ello había querido provocarlo, aunque no hasta el punto de incitarlo a cometer un asesinato. Tal vez ni siquiera mediara entre ellos una sola palabra, y fue solo la espalda de Schlosseck la que puso de manifiesto lo que el maestro sentía en relación con Schneidebein. ¡Entonces, ese perro le había disparado por la espalda con una vulgar pistola del ejército!

También siguió dándome que pensar la situación de Babenzeller.

Para mí continuó siendo un enigma, y lo es hasta el día de hoy, a pesar de que ahora sé algo más acerca de él.

¡Aquel extraño cambio de ropa, por ejemplo! ¿Habría querido con ello mostrarme un modo de usar la magia para convertir a un soldado, en cuestión de segundos, en un civil? Bueno, eso puede conseguirse sin necesidad de aplicar la magia, sobre todo después de una guerra perdida. Yo sospechaba, sin embargo, que había querido mostrarme con ello otra cosa: su distancia en relación con el régimen del que Schneidebein formaba parte. Pero ¿por qué había puesto fin a la conversación de un modo tan brusco? Tal vez para que Schneidebein no se viera de inmediato confrontado con el hecho de que acababa de perder su favor.

Pero ¿por qué se había presentado en el despacho de Schneidebein y, para colmo, vistiendo el uniforme de aquellos hombres, que eran una plaga para el mundo? ¿Por qué su interés en presenciar un combate entre Schneidebein y yo? La única pregunta a la que pude dar respuesta inmediata era la relacionada con su invisibilidad provisional, mientras estuvo presente en el despacho: se había reducido al tamaño de un insecto diminuto para no ser visto. Tiempo después, cuando nos vimos en la Prusia Oriental y se me

apareció transformado en hormiga sobre el espaldar de una silla, me lo confirmó.

Otra cuestión irritante era: ¿por qué todos consideraban a aquel hombre un malvado, si a mí me había dejado escapar? ¿Acaso le resultaba grata su mala fama? ¿Habría sido malvado alguna vez y había depuesto aquella actitud? ¿Tendría intenciones de hablar conmigo, ganarme para alguno de sus propósitos (algo malo, seguramente)?, ¿o sufría por ser como era y esperaba de mí una especie de redención? En ese caso, estaba obligado a protegerme de Schneidebein. El pensamiento era esperanzador. Porque, cuanto más enigmática es una persona, tanto más se alborotan las ideas –y hasta las certidumbres– sobre lo que esa persona es o lo que pretende hacer en el mundo.

Como ya he dicho, volví a encontrarme con Babenzeller al final de la guerra, y fue entonces cuando me proporcionó una explicación acerca de su comportamiento de aquel día, algo a lo que, al principio, no pude dar crédito: en realidad, había sentido curiosidad por oír más acerca de mi invento. Yo lo había calificado de «decisivo para la guerra», y ese tipo de cosas despiertan la curiosidad de los hombres y, por tanto, también de los magos varones. Por otra parte, le impresionó aquella osadía mía que él llamaba «desparpajo».

Babenzeller había sentido siempre un gran respeto por Schlosseck, pero lo había tenido por un idealista. Él mismo no lo era, pero tampoco encontraba divertidas la violencia o la muerte. En eso Schlosseck se había equivocado. Yo mismo presencié cómo aquel supuesto satanás ayudaba a salvar a muchas personas. Pero eso lo contaré llegado el momento, ahora tenemos que volver a Wasserburg.

Cuando vi de nuevo la ciudad a orillas del Eno ya había oscurecido. En realidad, no había divisado la ciudad, sino el lazo que formaba el río,

centelleante bajo el brillo de la luna. Debido al temor a los ataques aéreos, la ciudad de Wasserburg como tal había quedado «oscurecida», como se decía y hacía entonces en todas las demás ciudades. Descendí flotando, invisible, hasta la puerta de la tienda de artículos eléctricos, entré en el local como Josef Gruber y solo una vez dentro me transformé de nuevo en Pahroc. Los niños dormían desde hacía rato, y me pasé la mitad de la noche contándole a Emma cómo me había ido en Berlín. Volvíamos a tener algo más de esperanza, pero ya no podría continuar haciendo el papel de Josef Gruber, pues permanecer tanto tiempo en ese estado de transformación ponía en peligro mi salud. Decidí organizar mi llamamiento a filas e irme al frente lo antes posible. Ningún otro lugar del mundo era tan seguro para un mago fugitivo. Aunque solo sería seguro en relación con la persecución, no con los rivales militares.

Justo antes de partir, conseguí dominar tres importantes modalidades de la magia que podrían proteger mi vida en el frente. En primer lugar, Gnadl me enseñó un arte con cuya ayuda él era capaz de caminar y trepar durante días por las montañas sin necesidad de acarrear provisiones. Llamaba a esa técnica el «modo camello», pues, como sabes, esos animales pueden atravesar desiertos enteros sin beber ni comer nada. Suelen hacerlo antes, y de ese modo crean una reserva; luego, cuando han vencido un trecho muy largo y vuelven a sentir sed, repiten el procedimiento. Con la magia sucede algo muy parecido. Varias veces me habían asombrado las cantidades enormes de comida y bebida que Gnadl era capaz de engullir sin padecer más tarde, durante días, problemas de digestión. El llamado modo camello no es para gente sibarita, porque a quien le gusta comer y beber desea hacerlo cada vez que le sea posible. En tiempos de penuria, por el contrario, o en caminatas muy fatigosas, toda persona intenta hacerse de una provisión de comida en el estómago cada vez que tiene la oportunidad. Eso, sin embargo, tiene sus

límites físicos. La magia de Gnadl conseguía dilatar esos límites y darle luego buen uso.

La segunda magia de supervivencia consistía en transformar en acero, por unos segundos, una buena parte del cuerpo. Blüthner ya me había recomendado aprender ese difícil y problemático acto de magia. Ni siquiera él lo dominaba, y solo conocía a un experto en todo el mundo: el *connétable* Lesdiguières. Siguiendo nuestro ruego, nuestro gran huésped vino de visita a Wasserburg, y lo hizo mostrando su propio aspecto. Pero no lo hizo como aquel *chevalier* elegantemente vestido que habíamos conocido en San Policarpo, sino como un trabajador francés condenado a trabajos forzados, un hombre notoriamente anciano que, por el día, a modo de tapadera, trabajaba en una fábrica de armamento situada río abajo. Por las noches se volvía invisible, abandonaba el barracón y venía volando a verme para que me ejercitara con él.

Recibía sus instrucciones en una antigua cantera de grava situada al otro lado de la orilla alta del Eno, ya que ese tipo de magia puede llegar a ser muy ruidoso, por ejemplo, cuando uno, transformado el cuerpo en metal, pierde el equilibrio.

Transformarse en un objeto inanimado, aunque sea parcialmente, requiere de una concentración enorme. Pero la magia del acero es sin duda mucho más exigente. Es cierto que en algún momento podemos aprender a parecer un armario o el yunque de un herrero, pero al hacerlo mantenemos el tejido vivo, conservamos el sistema circulatorio y la respiración. Un ser vivo, aunque en algún momento parezca un armario blindado, puede recibir un tiro o ser apaleado.

Se trata de un arte destinado a la autoprotección, con una sola ventaja y un montón de desventajas. Cuando protejo mi brazo, el torso o la cabeza con el truco del acero, esas partes del cuerpo no son provistas de una superficie

blindada, sino que se vuelven de acero macizo. Toda estocada punzante resbala, las hojas de los cuchillos se rompen, las balas dejan un mínimo rasguño y rebotan, volando en un siseo por todo el lugar. Quien me propine un puñetazo tendrá que irse al quirófano de inmediato. Pero todo eso sucede únicamente si soy de acero en el momento del ataque, no antes ni después. Y nadie puede permanecer en ese modo más de tres o cuatro segundos, ya que el truco va asociado a un dolor considerable. Protegerse del dolor de una herida por medio del dolor aún mayor que causa hacerse de acero es un canje bastante dudoso, a menos que con ello uno pueda salvar la vida.

En ese estado, puedo mover las extremidades, pero solo las que no sean de acero. Las funciones vitales del corazón, la circulación de la sangre, la respiración, la actividad cerebral y sensorial han de ser trasladadas, en ese momento, a las partes no metálicas del cuerpo, y eso exige un despliegue enorme de concentración. Según cuál sea la parte afectada, podrás ver y oír con mayor dificultad, podrás pensar con menos agilidad y apenas tendrás capacidad para hacer magia. Para salir de esa situación solo cabe volver al estado normal de tu cuerpo, nada más. Lo singular es que, para ello, no podrás convertirte en otro objeto, como, por ejemplo, una vía férrea o una toma de agua de bomberos: conservarás tu figura humana. Cuando estés en ese modo, tampoco podrás hacerte invisible o más ligera. Bueno, esto último menos que nunca. Eso significa, querida Mathilda, que cuando te transformes en alguien de acero, aunque sea parcialmente, no puedes quedarte sentada en una silla plegable destartalada, tampoco te detengas en un muelle de madera algo viejo y, por todo lo que más quieras, jamás te pares sobre la cubierta de hielo de un lago congelado. Te imaginarás lo que, en ese caso, podría ocurrir. También resulta desaconsejable estar en una embarcación de remos o en un velero cuando aplicas la magia del acero.

En fin, querida Mathilda, puedes aprender este truco si quieres, pero yo te deseo de todo corazón que no necesites usarlo nunca. Yo lo ejercité con disciplina, y hasta me inventé un método más sencillo para dar seguimiento a mis progresos, ya que el metal es conductor de la corriente eléctrica. Eché mano de una pequeña bombilla, de una batería para linternas y un trozo de alambre, y comprobé así mi conductibilidad.

Lesdiguières, que había estado en la Primera Guerra Mundial, sabía lo que significaba salir de una trinchera y tener que enfrentarse al fuego enemigo. Porque a él, muchos años atrás, tampoco le había quedado más remedio que ocultarse en el frente, ya que había sido descubierto como mago y no pudo permanecer en su *château*, cerca de Grenoble. Lo primero que hizo fue ocultarse en el frente y luego vivió clandestinamente en París, donde se dedicó a pintar cuadros en la orilla del Sena. A nadie le llamó la atención que no supiera pintar, pues siguió siendo un personaje que no llamaba la atención. Pero un buen día empezó a aplicar un embrujo mágico que provocaba euforia a las personas que contemplaban sus cuadros, que de repente adoraban todo lo que él pintaba, llegando a pagar cifras cada vez mayores por sus obras. Enriquecido gracias a ello, les compró de nuevo el *château* a los herederos del dueño desaparecido y, al cabo de unos años, empezó a parecerse a este de una manera casi exacta. A nadie le interesó que él fuera el antiguo propietario, a la gente joven ni siquiera se le ocurrió pensarlo. Fue una jugada brillante, un logro magistral de la paciencia y la tenacidad. Pero para esos actos de magia se necesita tiempo.

También le pregunté a Lesdiguières sobre Babenzeller. En su opinión, este cultivaba con toda intención su terrible reputación, pero no era exactamente malvado. En realidad, sabía muchísimo. Ni siquiera otros magos podían saber si Babenzeller estaba en una habitación o no.

–Domina a la perfección el arte de comparecer bajo la figura de otra persona. ¡En San Policarpo estaba entre nosotros!

–Entonces, ¿Schneidebein está también al tanto de la reunión de San Policarpo?

–No, él no. Babenzeller es un mago discreto.

–En cualquier caso, fue él quien le enseñó a Schneidebein el método de la miniaturización extrema, la capacidad para reducir el volumen del cuerpo al tamaño de una hormiga.

–Usted también debería aprenderlo. Puede ser un mecanismo de protección muy efectivo cuando la magia del acero no funciona.

–¿De quién podría aprenderlo?

–No de mí. Por mi manera de ser, no deseo achicarme, y además no podría. Pero hable con Macintosh, que es una maestra en eso. Le diré que se lo enseñe. Es probable que venga a visitarle, a las *ladies* escocesas les gusta viajar, y lo hacen a menudo.

–Gracias, *monsieur*. ¡Eso sería muy amable! Por cierto: ¿quién de los presentes en San Policarpo era Babenzeller?

–Krine Profuso.

–¡No puede ser! ¿La mujer bajita de Zülpich?

–Exacto. La verdadera Profuso murió en 1934, pero eso solo lo sabía yo. Descendía de los merovingios en su línea femenina.

–¡Pues ella estuvo flirteando conmigo! ¡O mejor dicho: él!

–No sé nada de las inclinaciones eróticas de Babenzeller. Es posible que no le haga ascos a nada.

Aquel intercambio de reflexiones sobre Babenzeller continuó.

Macintosh se presentó bajo la figura de una pintora de Suabia, traía un bloc de dibujo y hablaba un alemán increíblemente bueno, pues se había zampado

una edición de las obras completas de Goethe en inglés y alemán. Los diccionarios la aburrían. Se alojaba en el Fletzinger Bräu y, cuando hacía buen tiempo, daba caminatas a lo largo y ancho de la ciudad de Wasserburg para hacer bocetos de sus atractivos rincones. Por las noches aterrizaba en nuestro balcón y, en el dormitorio, nos enseñaba a Emma y a mí el arte de la miniaturización. Los dos estábamos ya lo suficiente maduros como para aprenderlo. Ejercitábamos la idea concreta en la que debíamos concentrarnos para volvernos diminutos, una idea que antes es preciso conocer, de lo contrario, de nada sirven los conceptos hormiga, mosca, pulga y piojo.

Macintosh insistía reiteradamente en los peligros que amenazan a los animales pequeños y diminutos: hay gente que, sin mala intención, los pisa, y otra que, esta vez sí con mala intención, blande un matamoscas. Todo ser vivo diminuto tiene un gran número de enemigos: el topo, el erizo, las hormigas agresivas, los pájaros hambrientos, los gecos de lengua pegajosa, las serpientes, las lagartijas...

–¡Lo mejor es –decía Macintosh– que se ilustren algo en temas de biología! Estudien cuáles son los depredadores de los insectos por separado, y miren bien a su alrededor antes de convertirse en uno. Y un consejo más, ya que va a estar usted viviendo en alojamientos de soldados: jamás se convierta en una pulga o un piojo cuando fumiguen con DDT.

–¿Cuando fumiguen con qué...?

–Dicloro difenil tricloroetano.

–Ah, muy bien, *milady*, todo claro.

–¡Y eviten dormir cuando estén en ese estado! ¡Un pequeño parásito ha de ser precavido y estar preparado para todo!

Se lo juré solemnemente. ¡Ah, la inteligente y magnífica Macintosh! Si no hubiera sido una *lady* incorregible, protegida por varios conjuros mágicos a la vez, la habría abrazado y besado.

Nuestro siguiente huésped fue la bella Pospischil, de Viena, que se presentó como enfermera de un centro de recuperación de soldados heridos, y llegaba volando cada noche desde el Chiemsee con el fin de enseñarle a Emma lo que había que tener en cuenta en el estado de protección materna. Se trataba de una magia desinformativa, semejante a la que protegía a la ciudad secreta de San Policarpo: quien se aproximaba a la madre y al hijo con malas intenciones empezaba a tener problemas de concentración, de repente sentía el apremio de hacer otra cosa en alguna otra parte y perdía de vista su propósito original. Emma podía desatar de manera encauzada esa demencia momentánea. Si la persona recién llegada era realmente un enemigo, ella estaría protegida. Si se equivocaba, no pasaba nada, salvo que alguien perdía el hilo de una conversación y volvía a retomarlo enseguida. Emma aprendía rápido. Sus objetos de ejercitación eran el cartero y varios clientes de la tienda, y lo hacía solo una vez con cada uno, por supuesto, pues no quería sumir a nadie en estados depresivos. Al cabo de poco tiempo dominaba el truco a la perfección. Pospischil se despidió con un beso, estaba sumamente alegre de poder regresar tan pronto a su amada Viena, pero no quería echar de menos su tiempo como «joven enfermera»:

–Siempre quise saber cómo era eso de ser enfermera en un hospital de soldados.

Entretanto, el dictador había entrado con sus tropas en varios países, que habían pasado a pertenecer a Alemania. Los humos del éxito se le habían subido a la cabeza, y sus vociferaciones a través de los altavoces tenían un tono cada vez más triunfal.

–Va a conquistar el mundo entero –decía Emma–, primero las regiones del norte y luego el hemisferio sur, entonces ya no habrá nada por lo que valga la pena vivir.

–Salvo nosotros mismos –respondía yo.

Titus, que entonces tenía siete años, había oído aquella conversación. Asistía a la escuela primaria pública, donde había un maestro extremadamente nacionalista que vestía pantalones de montar. Le gustaba sonsacar a los niños para averiguar lo que se pensaba en sus casas sobre el régimen:

–¿De cuántos territorios constará el Reich alemán después de la victoria final? ¿A ver?

En realidad, el maestro pretendía que le dijeran los nombres de varios continentes. Algunos alumnos levantaron la mano.

–A ver, Titus.

–Pues serán dos: el hemisferio norte y el hemisferio sur.

El maestro guardó silencio, conmovido, y apuntó en su cuaderno de clase: «Titus: un 10 en expresión oral».

Si pretendía ocultarme en medio del caos de la guerra, debía hacerlo de la mejor manera posible. No cabía duda de que Schneidebein seguiría intentando vengarse de mí, y cada día que pasaba era mayor mi temor a que nos encontrase. En ese momento aún no estaba seguro de que Babenzeller no lo ayudaba. Por eso estuve un tiempo ocupado, trabajando por la noche en la Oficina de Reclutamiento de Wasserburg y en el Estado Mayor local de Múnich; por su parte, Blüthner le hizo una visita, en mi nombre, al «Departamento de Estadísticas de la Wehrmacht», con sede en Berlín, después de que yo le diera algunas clases acerca del método Hollerith, de modo que sabía lo que tenía que hacer. La magia puede incluso acelerar los procesos burocráticos de las autoridades: la orden de reclutamiento para Josef Gruber llegó al cabo de una semana.

La despedida de Emma fue muy dolorosa. No sabía cuándo volvería, y el recuerdo de la partida de mi padre hacia la guerra anterior se avivó de nuevo, llenándome de pesadumbre. Emma se encontraba en un avanzado estado de gestación. Aquello fue la despedida en toda regla de un soldado, tal como tenía lugar entonces cada día centenares de miles de veces, solo que nosotros nos amábamos más que esos cientos de miles de personas. Esperábamos que la guerra acabara pronto con una derrota, ya que entonces Schneidebein no podría hacernos nada. Además, yo quería estar presente cuando naciera el próximo niño, el cual, tal vez, sabría hacer ya su brazo largo.

Especialmente amargo fue también el momento de despedirme de los niños. Hasta Félix, que entonces tenía diez años, lloró. Y lo más triste fue casi tener que pedirles que continuaran diciendo que no sabían dónde estaba su padre.

Gnadl me acompañó hasta el punto de concentración. Debido a su pierna paralítica, no tenía que alistarse. En realidad, no tenía nada en la pierna: cuando escalaba el Wilder Kaiser, su pierna se mostraba ágil y musculosa, como la otra. La invalidez de Gnadl solo era inequívoca durante los exámenes médicos y las inspecciones. Había conseguido que la pierna apareciera torcida y deforme en los rayos X. En los días en los que te escribo esto, la tecnología moderna está en condiciones de imitar ese tipo de magia: en los talleres de examen de los gases de escape, los coches se comportan de un modo distinto a como lo hacen cuando ruedan por la calle.

El transporte me llevó primero a un pequeño centro de formación militar básica ubicado a las afueras de Görlitz. En mi orden de reclutamiento, yo había arreglado las cosas de tal manera que esa ciudad estuviera bien lejos tanto de Wasserburg como de Berlín. En un cuartel de Baviera alguien podría conocer personalmente al electricista Josef Gruber e informar de que yo no

podía ser el verdadero portador de ese nombre. Berlín era preciso evitarla a toda costa, pues era terreno minado para mí.

Los entrenamientos en marcha y las técnicas de combate eran una tortura para la mayoría de aquellos padres de familia reclutados tardíamente. Sin embargo, no lo fueron para mí. A quien sabe flotar por el aire no le salen ampollas tras las horas de marcha, y cuando se da la voz de mando: «¡Los voluntarios, que den un paso al frente!», resulta una ayuda enorme hacerse invisible por un pequeñísimo instante.

Poco después, mi tren partió hacia el frente oriental. Suponía que mis antiguas y recién adquiridas artes de magia me ayudarían a salir ileso. Tal vez habría, de vez en cuando, algo así como permisos para tomarse unas pequeñas vacaciones en casa, semanas en las que no tendría que ser el Josef Gruber del frente, que allí podía tener el aspecto de Pahroc, sino el Gruber de Baviera al que todos estaban acostumbrados en Wasserburg: pero todo eso podría soportarse. Por entonces todavía había esos permisos, por lo que pude ver a mi hija más pequeña, Carola, considerada por todos, en la ciudad, la hija huérfana de Josef Gruber, razón por la cual sufrí tanto como Emma. La pequeña era un encanto, pero tampoco sabía hacer el brazo largo. En fin, nos conformábamos con que nuestros hijos no fueran capaces de hacer magia, sino tan solo de cautivar. Pero ¿acaso eso no era algo? Lo mejor fue poder tenernos de nuevo durante unos pocos días, pero absolutamente felices. Resulta increíble cómo el amor puede disipar el horror, aunque se disponga de poco tiempo. Los niños, por su parte, se alegraban, durante esos permisos del tío Josef, de que su padre pudiera visitarlos un par de veces, siempre que el tío Josef no estaba en casa. Ya estaban acostumbrados a que esos dos no se soportasen y siempre evitaran cruzarse. Entonces llegó el peor día: cuando Josef Gruber hubo de marchar de nuevo al frente, y su padre tardó mucho

tiempo en visitarlos. Poco a poco vieron que había una relación entre ambas cosas, porque mis hijos no tenían un pelo de tontos.

¿Cuándo acabaría aquella maldita guerra? ¿Cuándo se vendría abajo por fin aquel régimen?

Cuando mi tropa corrió peligro de quedar sitiada ante las puertas de Stalingrado, al principio me lo tomé con ecuanimidad. Aún no sospechaba lo que se avecinaba. Todavía estoy meditando, mi querida Mathilda, si debo contarte mis experiencias en el frente, a ti, a la deliciosa chica de dieciocho años que serás cuando leas esta carta en 2030. Y es que aún recuerdo con exactitud de qué modo esas drásticas descripciones de la guerra envenenaron los sueños de mi juventud, cómo podían llegar a enfurecerme cuando me las contaban.

En el fondo, basta con afirmar que la guerra es cruel y que en ella existen abundantes ocasiones de capitular ante la propia moral; desde luego, no hay en ella muchas oportunidades de sentirse orgulloso de uno mismo. La razón, la empatía, la disposición al diálogo, el amor a la paz, todas esas cualidades desaparecen durante una guerra, se las considera un sinsentido peligroso. Es algo tan lógico como desconsolador: quien no dispare a todo lo que se mueva al otro lado incrementa las probabilidades de que haya un mayor número de muertos en las propias filas.

En algunos momentos mi único deseo era largarme, a pesar de que a mí aquella lluvia de balas, gracias al arte aprendido de Lesdiguières, podría hacerme menos daño que a otros. No obstante, no estaba más seguro por ello. El truco del acero me había proporcionado cierta confianza durante el camino hacia el frente. Pero luego pude comprobar que era mucho más difícil aplicarlo de lo que yo pensaba. En una ocasión, un enemigo estuvo disparándome hasta vaciar su cargador. En ese momento me volví de carne y hueso y le disparé mientras él volvía a cargar el arma. Aquello no me

proporcionó placer, todo lo contrario, el asco que sentí de mí mismo fue casi insoportable. Lo menciono porque no me queda más remedio. Sé que resulta casi inimaginable para cualquier persona que no lo haya experimentado en carne propia: el embrutecimiento que implica sobrevivir, y el odio contra uno mismo que lo acompaña, y que nunca consigue desaparecer del todo.

No fue el miedo a la muerte lo que me hizo desertar, ni siquiera la añoranza por estar cerca de Emma y de mis hijos. Sencillamente, no quería ni podía seguir viviendo aquella condición de asesino. Planeé fugarme durante la noche, cuando no hubiera tantos disparos revoloteando por ahí. Por otro lado, hacía demasiado frío para volar. Tenía que encontrar de inmediato un lugar caldeado, porque por entonces yo no sabía calentar paredes u objetos de metal para que funcionasen como estufas. Había visto a Schneidebein hacerlo, y eso me resultaba doloroso; en Rusia tuve muchas oportunidades de envidiarle su habilidad.

En fin, que me puse en camino y levanté el vuelo. En modo invisible, por supuesto. El frío se me metía en los huesos, me llegaba incluso hasta el cerebro, y pronto no pude continuar avanzando. Tuve que aterrizar en medio de una unidad del ejército soviético, así que me transformé en uno de sus integrantes. Al principio permanecí invisible, pero sabía que eso no podría protegerme durante mucho tiempo. Entonces me convertí en soldado del Ejército Rojo. Conocía el idioma, y la identidad me la forjé del mismo modo que Gnabl había hecho con Josef Gruber: allí había muertos suficientes. Convertido en un soldado raso de Minsk, esperé a que el termómetro ascendiera y yo pudiera volar. Hasta ese momento estuve obligado a disparar a los alemanes, y lo hice todo lo peor que pude, todavía presa de aquella pesadilla de matar a un ser humano por error, alguien, quizás, a quien yo conociera.

Un buen día intenté marcharme volando, pero con treinta grados bajo cero solo pude avanzar hasta aquel cerco, donde todavía quedaban algunas fuentes de calor. Estuve a punto de meterme en medio del fuego aún disfrazado de soldado soviético, pero me di cuenta a tiempo de mi error. Continuó entonces la tortura de disparar. Creía que era preferible marcharme a casa y contar con la sed de venganza de Schneidebein, en lugar de seguir allí, segando la vida de otras personas. En algún momento me tropecé en una trinchera con un joven al que enseguida reconocí como mago. Se llamaba Titus, como mi hijo más joven. Era talentoso, vivaracho, con un gran oído para la música, su padre era compositor de ópera. Estuvo media hora hablándome de su embarcación de vela, que estaba atracada en el lago de Starnberg, una embarcación de vela ligera para competiciones, y me invitó a que lo visitara alguna vez para dar un pequeño paseo en barco. Él no conocía los momentos de calma chicha, ya que, con un acto de magia, podía provocar brisas privadas. Según me dijo, solo el sentido del decoro le había impedido ganar celebridad como invencible campeón de regatas. Y justo cuando estaba hablando fue alcanzado por el disparo de un francotirador y murió en mis brazos.

Es una lástima que no nos esté permitido revocar una muerte: a lo sumo podemos retrasarla, dependiendo del caso. Pero las balas son demasiado rápidas. Cuando ya están en camino, apenas se tiene tiempo de aplicar algún tipo de magia protectora, pues ha de ser preparada con tiempo de antelación.

Pero, en fin, seré breve: un nuevo intento por emprender el vuelo, para el cual me había pertrechado con termos de agua caliente y me había puesto encima una cantidad increíble de ropa, consiguió sacarme por fin, en plena noche, de aquel cerco y llevarme muy lejos del frente. La sensación de ser por fin libre fue indescriptible. Encontré cobijo en la cabaña de unos campesinos y me presenté como un guerrillero a la desbandada. Llegué a

participar incluso en actos de sabotaje contra las líneas del tren, pero sin tener que disparar a nadie. Un día que hacía algo más de calor, me alcé de nuevo por los aires y tuve por fin la esperanza de llegar a Baviera, donde estaban Emma y los niños, con la menor cantidad de interrupciones posible. Pero mi navegación padeció esta vez a causa de mis escasos conocimientos de geografía. Solo era capaz de orientarme por el sol y mantener un rumbo aproximado hacia el oeste. Las grandes superficies que pasaban volando por debajo de mí estaban desiertas, no se veía ser humano alguno, era difícil encontrar zonas residenciales en las que poder dormir, comer y recuperarme. De vez en cuando aparecía un tren y yo lo seguía, para que me guiara hasta alguna ciudad. El resultado no siempre era edificante. En una ocasión el viaje acabó en un campo de prisioneros, donde empezaron a sacar de los vagones, a empellones, a hombres, mujeres y niños amedrentados. Los menos eran repartidos entre las barracas y los edificios del campo; la mayoría eran envenenados de inmediato y morían entre tormentos espantosos. Vi todo eso porque me hice invisible y entré en el recinto de la muerte a través de la pared. Retrocedí, aterrado. Allí no podía hacer nada, absolutamente nada. Abandoné aquel lugar y tuve la suerte de que la pequeña dosis de veneno que inhalé solo me provocara un desvanecimiento. Pero tal vez este no lo provocara la sustancia tóxica, sino lo que vi.

Querida Mathilda, todos queremos preservar la vida, y nos alegramos cuando conseguimos sobrevivir a algún periodo de miseria o a alguna catástrofe, o cuando no formamos parte de las víctimas de un genocidio. Desde luego, si nos lo preguntan, afirmaremos que eso nos alegra; resulta fácil decirlo, y se espera de nosotros que demos gracias a Dios por ello, cosa que podemos hacer tranquilamente, porque no hace ningún daño. Lo que resulta más difícil de plantear son dos preguntas cargadas de veneno que pesan sobre nuestras vidas y jamás hallan respuesta: ¿por qué ocurren esas

cosas horribles y por qué yo, precisamente, he conseguido salvarme de ellas?, ¿cuál fue el motivo por el que yo no morí también? Eso no nos hace ser «felices» o, al menos, no del todo. La palabra, en este caso, resulta insuficiente.

Apenas has cumplido tres años y ya te escribo estas cosas. No me atrevería a contártelas si no supiera la facilidad con la que una personita llena de sueños puede convertirse en un adulto reflexivo que desea oír la verdad.

Yo me sentía miserable, estaba cada vez más débil y, para colmo, volvía a hacer frío. Con mis últimas fuerzas intenté llegar lo más lejos que pude en dirección al oeste, pero me ocurrió una desgracia que solo puede afectar a los magos: en pleno vuelo, el tiempo dio un salto de dos años, así sin más, y no me llevó consigo.

Lo que ocurrió no pude comprenderlo al principio ni después, tras mi despertar. Yo había seguido a un tren, era todo lo que sabía. Ahora estaba en el suelo y no lograba recordar mi aterrizaje. Al ver mi rostro reflejado en el cristal de una ventana, me asusté a causa de mi aspecto: mi cuerpo estaba completamente consumido y vestía harapos que habían sido remendados con toscas puntadas. ¿Cuándo había hecho esos remiendos? En el lado izquierdo de mi chaqueta, a la altura del pecho, llevaba una mancha de tela en forma de estrella. ¿Cómo era posible? La ventana era la de una casa situada a la entrada de una fábrica. No recordaba haberla visto desde el aire. Entré en la explanada y alguien me preguntó de dónde venía. Respondí que no me acordaba de nada, solo tenía grabada en la mente la visión de un tren desde lo alto. Tampoco sabía quién era yo. (Lo cual era mentira, pues sabía que yo era Pahroc.)

–¿Un tren desde lo alto? –preguntó el hombre.

–Sí, algo muy raro. ¿Qué día es hoy?

El hombre me lo dijo, y entonces comprendí que había experimentado ese salto en el tiempo del que Schlosseck me había hablado alguna vez: el efecto Heisterbach. ¡Dos años enteros habían desaparecido, sin más! Por suerte, no habían sido trescientos, como le había ocurrido al monje de aquel monasterio. Lo recordaba todo salvo el vuelo hacia el oeste, cuando salí del campo de exterminio. Y entonces vi con claridad que Emma y los tres niños –no, perdón, cuatro– habían estado esperándome durante más de dos años. La más pequeña debería de tener ya dos años y medio.

–¿Todavía estamos en guerra? –pregunté.

–Este hombre está en estado de *shock* o algo parecido –le dijo aquel hombre a otro, y luego, dirigiéndose a mí–: ¡Sí, hay guerra! Pero ven conmigo.

Fue así como estuve un par de semanas trabajando como obrero en una pequeña fábrica de armamentos. Era uno de los pocos lugares, o quizás el único, en el que los judíos no lo pasaban tan mal: había comida, habitaciones caldeadas y algo parecido a un trato justo. Una isla en medio del infierno.

Ningún colega ha investigado hasta ahora cuál es el factor que desata esa parálisis del tiempo en el caso de los magos en vuelo. Yo asociaba esa «ruptura del celuloide» con el frío, pero también pensé que lo visto en aquel campo tal vez había provocado una especie de parálisis vivencial, una especie de muerte temporal. ¿Había caído al suelo en pleno vuelo, como una piedra, y luego había permanecido dos años allí tirado? Seguramente no, porque ¿a santo de qué mis ropas estaban hechas unos harapos, si no era debido al movimiento y al desgaste? Además, ¿de dónde había salido esa estrella amarilla en mi pecho? Yo preservaba algunos recuerdos, pero no de los dos años reales, sino de una serie de sueños en los que aparecían sobre todo Emma y los niños, que a veces se ocupaban apaciblemente de alguna cosa y otras veces se veían ante peligros terribles. A día de hoy estoy convencido de

que el efecto Heisterbach tiene mucho que ver con las conmociones anímicas, con la desesperación. Poca gente lo sabe, querida Mathilda, por eso quiero darte un consejo muy importante: nunca emprendas el vuelo cuando te sientas abatida por algo o aterrorizada, no vuelas cuando padezcas una fuerte depresión.

En aquella empresa de armamento se había confeccionado una larga lista con los nombres de las personas que debían quedar exoneradas de ser trasladadas a la fábrica de muerte. El valiente empresario había querido salvarlas y apostó por sobornar masivamente a los asesinos a fin de poder llevarse a sus protegidos a otra empresa situada más al oeste. En la lista estaban prácticamente todos los judíos que trabajaban en la firma. Yo no quise que me incluyeran, y dije que me ocuparía de mí mismo. El empresario no lo entendió. ¿Cómo iba a hacerlo? Para eludir sus preguntas de preocupación, decidí emprender el vuelo de noche, así que estuve volando durante seis horas en dirección al oeste. El aire se fue tornando cada vez más enrarecido. Tenía el humo de las metrópolis ardiendo pegado a la nariz, aunque cerca de mí solo había bosques y prados. El humo despedía un hedor horrible, lo que ardía en las ciudades bombardeadas no era solo la madera, sino también las telas, la pintura, el aceite, la goma... En fin, no pretendo hacer una enumeración completa de todo lo que allí ardía. Ardía, sencillamente, todo. Era un olor cáustico que te devoraba el alma. Nunca lo olvidaré, y lo reconozco de inmediato cuando aflora, aunque sea un poco, porque la memoria del olfato es implacable.

Quien suele viajar mucho por el mundo saca provecho de las clases de geografía si ha prestado atención en ellas. Esa era, por desgracia, una de mis carencias. En mi intento por evitar aquel olor, y también los escuadrones de bombarderos, me desvié demasiado hacia el norte, y fui a parar a la Prusia

Oriental. Yo no conocía en absoluto la región y solo mucho más tarde supuse que estaba en ella, gracias a los carteles de las estaciones. Había allí infinidad de lagos, pequeños pueblos y granjas, y todo mostraba cierto aire de libertad. Pero esa impresión surge a menudo cuando un territorio es vasto y está poco poblado, y a menudo puede engañar. En este caso, engañaba, y mucho.

Había visto varias veces largos convoyes de gente en las carreteras, gente que marchaba hacia el oeste en carros tirados por caballos, con cochecitos de niños. Descendí, me hice visible bajo la figura de un civil y, en cuanto a lo principal, solo supe lo que había observado desde lo alto: aquella gente huía del ejército enemigo, el frente estaba ya muy cerca. En uno de los convoyes faltaban los carros y los caballos. Aquella gente marchaba con muy poca ropa, parecía muerta de cansancio, enferma, y no estaba allí voluntariamente. Hombres uniformados y armados hasta los dientes azuzaban a aquellas personas, que tenían prohibido hablar entre ellas. Si lo hacían les disparaban. A quien se caía, lo dejaban tirado en medio del camino, a merced de la muerte. Eran judíos que habían estado esperando el fin en los campos. Pero como el frente estaba ahora más próximo, estos habían sido disueltos y sus prisioneros, llevados hacia el oeste: todo con el único objetivo de que fueran muriendo durante la marcha. Por lo visto, los asesinos pretendían que los soviéticos solo encontraran muertos aislados y diseminados por el territorio, no centenares de miles a la vez.

Volé entonces hacia el oeste, esta vez con la mayor precisión posible, pues quería seguir la línea de la costa hasta Hamburgo. Sabía con qué líneas de navegación podía llegar de Hamburgo a Passau, y de allí a Wasserburg había solo un paso. Pero primero tenía que arribar al mar. El invierno había sido demasiado duro, a tal punto que las riberas del Báltico todavía estaban congeladas. Vi de nuevo una de aquellas caravanas de la muerte: centenares de personas sacadas de uno de los campos disueltos, casi todas mujeres, eran

llevadas por unos guardias uniformados a lo largo de la orilla, y luego empujadas hacia el hielo. Primero pensé que pretendían acortar el camino tomando un atajo a través de la bahía congelada, pero a continuación se inició un desenfrenado tiroteo. Por lo visto, también aquí los asesinos querían dejar a los vencedores la menor cantidad de pruebas de sus masivos crímenes: los cadáveres desaparecerían bajo la capa de hielo en cuanto este empezara a derretirse. Los uniformados caminaban a unos veinte metros detrás del grupo de prisioneros, y de pronto empezaron a dispararles. Sentí que me invadía la rabia. Me transformé entonces en una enorme ave de rapiña, un águila real, un animal sobre el que había leído varios años atrás. Clavé mis garras en la cara de uno de los soldados que disparaban, adopté mi propia figura y le arranqué de las manos la ametralladora. Sabía manejar el arma en sueños. Volví a cargarla y ya me disponía a barrer con todos aquellos esbirros cuando la metralleta emitió un clic seco: debido a la excitación, había olvidado que no podía matar con mis artes de mago. Ya había sido lo suficientemente asombroso que, teniendo ese propósito firme, hubiera podido convertirme en un águila. Pero ahora nada funcionaba, mi muerte parecía segura: los demás soldados se habían dado cuenta de que le ocurría algo a su compañero.

En ese instante una voz, muy cerca de mí, dijo:

—¡Yo lo haré! ¡Retírese!

No vi al hombre al que pertenecía aquella voz, pero me resultó familiar. En ese momento se alzó a nuestro alrededor una compacta nube de vapor que envolvió a los tiradores asesinos, pero pudimos oír sus voces: el hielo se estaba derritiendo bajo sus pies. Si alguien se hunde en aguas tan frías, no podrá disparar. Aquella niebla se despejó con la misma rapidez con la que se había levantado, y lo único que pudo verse, en lugar de la soldadesca, fue un enorme agujero en medio del hielo. Yo había dejado caer el arma y había empezado a flotar en el momento justo.

Los prisioneros se habían arrojado al suelo cuando empezaron los disparos, y ahora empezaban a incorporarse a duras penas. Algunos querían seguir a través de la bahía, otros quisieron regresar a la orilla. Muchos disparos, sin embargo, habían acertado en el blanco. Al principio solo pude ayudar a una persona, una mujer. La llevé hasta tierra andando, ya que su cuerpo, a pesar de lo demacrado que estaba, era demasiado pesado para volar con ella en brazos. Algunos habitantes del pueblo se acercaron a nosotros y quisieron atender a las personas que habían quedado tumbadas en el hielo. Habían oído los disparos; además, en el pueblo se les había aparecido un desconocido que les explicó lo que estaba ocurriendo sobre la bahía helada. Gracias a ellos se pudo llevar a tierra a otras treinta personas con vida, de las cuales sobrevivieron quince. El Estado de la fuerza había perdido su poder sobre las almas de la gente, pero solo un poco. La piedad aún se agitaba, la gente hacía cosas que no habría hecho un año atrás por miedo a los castigos o por ceguera.

Todo lo que yo necesitaba ahora era un poco de tranquilidad o, mejor dicho, una cama. En lo posible, al lado de una estufa. Me llevaron hasta una casa en la ladera donde un hombre entrado en años y con una nariz enorme me señaló una cama. Luego encendió el fuego en la estufa de azulejos y preparó una reserva de leña. Entonces se volvió hacia mí y me dijo:

–La guerra acabará pronto. Le quedan un par de días.

Entonces lo reconocí. Sí, era Babenzeller. ¡Nada más y nada menos!

–¡Eso sería estupendo! –alcancé a decir.

–¡Ahora, duerma, Pahroc! –dijo–. Mañana hablaremos.

Caí en aquella cama y me quedé dormido al instante. Tal vez el orden fuese otro: me quedé dormido y luego caí en la cama. Pero todo sucedió, en cualquier caso, sin intervención del mago.

OCTAVA CARTA

Leer los pensamientos

Marzo de 2014

Tras levantarme, encontré junto al banco de la ventana una navaja de afeitar y un trozo de jabón. Mientras me quitaba de la cara los cañones de la barba, me puse a contemplar el mar, y vi que junto al agujero abierto en el hielo de la bahía todavía había gente buscando a los francotiradores ahogados. Lo más probable es que el peso de las armas, la munición y los cascos de acero los hubiesen arrastrado hasta el fondo.

Babenzeller se acercó a mí con una cafetera y unas tazas:

–Tal vez exista algún truco para producir granos de auténtico café, pero no lo conozco.

En cualquier caso, la bebida estaba caliente. Babenzeller vestía un traje oscuro, una camisa blanca con pajarita y zapatos bien lustrados. ¿Tendría algún asistente? ¿Allí, en plena guerra?

–Es usted para mí un enigma –le dije.

–Usted para mí también. Estuvo dos años desaparecido, como si se hubiera salido del tiempo. Normalmente lo encuentro todo y a todos, pero con usted me sentí impotente.

–¿También encontró a mi familia?

–Por supuesto.

–¿Y se lo contó a Schneidebein?

–No... A ese lo he abandonado a su suerte.

–¿Y por qué me buscaba?

–Su esposa me lo pidió, y no hay hombre que pueda negarse a cumplir un ruego de esa mujer.

–¿Cómo está ella?

–Mal. Su padre fue arrestado y asesinado, al parecer tenía algo que ver con una conspiración. Su madre perdió la vida en un bombardeo. También se da por perdido a un tal Gruber.

–¿Sabe Emma que me ha encontrado?

–Desde ayer por la noche.

–¿Se lo ha comunicado por radio?

–Tengo mis propias vías.

Babenzeller nunca me había explicado cómo, siendo mago, era capaz de telegrafiar sin emplear cables ni radio, y hacerlo con la seguridad de que no lo espían. Sigo sin saberlo. Babenzeller tenía un interés enorme por la tecnología, y sus conocimientos de ingeniería eran considerables. Le dije que durante la guerra esa pasión se había enfriado algo en mí; había visto demasiada tecnología aplicada al armamento y, sobre todo, había vivido sus resultados.

–Pero usted mismo desarrolló un invento que, según sus propias palabras, sería «decisivo para la guerra». Estaba en la caja fuerte de un notario de Washington...

Conque eso era lo que quería saber de mí. Le expliqué mi idea con los satélites y las nítidas fotografías desde el espacio, pero añadí que concebía todo aquello como un modo de fomentar la paz. Lo de la caja fuerte me lo había inventado, le dije.

Babenzeller se mostró algo decepcionado.

–Bien, eso podría ser decisivo en guerras futuras. Incluso podría impedir las. Pero solo podría funcionar si las estaciones emisoras son pequeñas y ligeras y pueden transportarse al espacio por medio de cohetes. ¿Cómo lo hará? Las válvulas termoiónicas necesitan espacio. Creo, Pahroc, que se encuentra usted en el camino equivocado.

Yo también lo temía, pero había esperado un poco más de admiración por su parte. Entonces cambié de tema y quise averiguar algo sobre él. Para mi sorpresa, respondió de buen grado. Tal vez le alegraba poder confiarse a un colega más joven y, en cierto modo, espabilado.

–¿Es cierto que también usted estuvo en el congreso de San Policarpo?

–Sí, Blüthner estaba al corriente. También el *connétable*. Este último me conoce desde hace décadas y sabe cómo tratarme. Me ayuda incluso a cultivar mi mala fama.

–¿Qué andaba buscando allí?

–Quería estar al tanto, para poder valorar lo que se planeaba y, quizás, aportar algo de incógnito.

–Y ahora permítame que le pregunte algo, señor Babenzeller. Cuando lo conocí, llevaba usted uno de los uniformes más repulsivos que he visto. ¿Cuál es en realidad su relación con este Estado?

–La historia de los Estados es sobre todo la de unos canallas con éxito. Y esa estirpe nunca se extinguirá. Los Estados, por desgracia, tienen que existir, pero uno no debe quedar nunca del todo a merced de ellos. ¡Mire las cosas que hacen! Quieren que el hombre sea distinto de como es, pretenden reeducarlo. Los Estados democráticos son especialmente aplicados en esto. Los gobiernos no quieren que nadie tenga un dios situado en un podio más alto que el propio Estado. En cualquier caso, nosotros nos damos cuenta y no lo perdemos de vista. Pero quien ha vivido bajo un régimen como este intentará siempre tener amigos poderosos en el extranjero.

–Pero usted sí puede matar mediante la magia. ¿No tuvo la oportunidad de frenar los daños que causaban estos perros rabiosos?

–No. Los magos no pueden intervenir en el curso de la historia. Eso no es solo un rumor. Blüthner y Lesdiguières tenían la esperanza, en San Policarpo, de que yo lo intentara.

–¿Y? ¿Lo intentó usted?

–Sí.

–¿Y qué hay de aquel uniforme negro?

–Formaba parte del intento.

–Al parecer, no está usted del lado del mal.

–Me gusta dar la impresión de que lo estoy.

–En efecto, su fama no es buena.

–En ello reside todo mi placer. Yo soy el fantasma, el payaso malo. Provoco cierto horror, un horror sagrado.

–Bueno, yo prefiero ser alguien edificante para las personas, al menos siempre que se pueda.

–¡Olvídelo! Hasta yo soy amable de vez en cuando, eso ya lo habrá notado. Pero necesitamos también la puesta en escena del mal. Como en el teatro, aunque no solo allí. De lo contrario, todo se vuelve aburrido. Y donde impera el aburrimiento, surge la verdadera maldad asesina. ¿Me entiende?

–No.

–Bueno, no importa.

Más tarde comprendí mejor lo que había querido decirme. Babenzeller vivía de la animadversión, y sabía crearse enemigos mediante la provocación. Le gustaba en especial provocar a los sabihondos idealistas, a los poderosos hipócritas, a los moralistas arrogantes de cualquier sistema político, en particular en las democracias. Pero la gente honesta conmovía su corazón, llegaba incluso a quererlas, sobre todo si, además de ello, mostraban valor.

Con los técnicos solía hablar como si fuesen buenos amigos; confiaba sobre todo en los electricistas. Decía que estos eran ajenos, por su esencia, a la hipocresía.

Entonces le hice una pregunta que me inquietaba desde que lo había conocido en Berlín.

—¿Qué habría hecho usted si Schneidebein me hubiese vencido?

—Lo hubiera protegido a usted. Su fin me interesaba. Pero no quiero tener discípulos fijos, eso se lo digo de antemano. Soy todo menos un buen maestro. Eso ha de nacer con uno; además, es preciso tener la paciencia de un asno.

A continuación le pedí que al menos me enseñara algún arte, uno solo, a modo de recuerdo. En lo posible, algo que me fuera útil en la época que estaba por venir. Pensaba, por ejemplo, en cómo alimentar a mi familia. Sin embargo, tras haberlo reflexionado un buen rato, me dijo:

—¡Leer el pensamiento! Eso podrá ser de gran utilidad muy pronto. Aunque resulta algo problemático precisamente en tiempos de escasez de alimentos: al cabo de poco tiempo aplicando este truco, a uno le entra un apetito descomunal.

Le respondí que pensaba aplicarlo solo con comedimiento, pero que me alegraba poder aprenderlo. Me enseñó durante un tiempo, pero tardé mucho más en comprender ese arte que otros trucos de magia. Babenzeller era, en efecto, un maestro impaciente, pero ese no fue el motivo. Leer el pensamiento es algo realmente difícil, ya que las personas piensan todas de un modo distinto: algunas lo hacen con palabras y frases, otras, con imágenes, unas piensan en línea recta y otras lo hacen en zigzag, hay gente de pensamiento cruzado y gente de pensamiento transversal, a lo que se añade que una misma persona puede hacer las cosas a veces de un modo y otras

veces de otro. El modo de pensar del ser humano es sorprendentemente enrevesado.

Y con esto hemos llegado al tema principal de esta carta, al menos en lo que atañe a la magia: el pensamiento de los seres más relacionados con el lenguaje, sobre todo los literatos y los filólogos, es, al principio, fácil de leer, ya que siempre andan a la caza de la palabra precisa (incluso para lo que no quieren decir). Lo más fácil de leer son pensamientos que atañen a cosas simples, como «cerveza», «salchicha a la plancha» o «cigarrillo», ya que uno puede dibujárselas de inmediato. Pero la lectura se vuelve más difícil cuando tenemos que vérnoslas con frases muy intrincadas, o con subjuntivos, y es que en esos casos no existe un centro de la idea, todo se queda en vocabulario y gramática. Ese es el tipo de intelectual adecuado para moverse por la vida: caminando a lo largo de una infinita secuencia de palabras, sin excluir una puntuación ocasional, y con frases secundarias infinitas capaces de contradecir las ideas principales.

En cambio, la gente con una enorme riqueza de imágenes (por ejemplo, los pintores) se las arregla casi sin recurrir a palabras clave. Sus imágenes interiores son hermosas, sin duda, y en ellas, ciertamente, no se identifican las palabras, pero sí los nítidos contornos, y hasta el color de la salchicha y de la cerveza. Lo que sucede es que las imágenes, en esas mentes, no aparecen colgadas unas al lado de las otras, ni siquiera enmarcadas, sino que una relampaguea de pronto, salpica a la otra y la reemplaza, porque la mente no sigue únicamente el movimiento exterior, sino también el movimiento interior de las pupilas, de modo que me veo obligado a mantener el ritmo de mi propia película en cámara rápida.

Lo más exasperante es, sin duda, la espera, porque a veces pasa mucho tiempo sin que se perfile ninguna, algo que les ocurre incluso a los más inteligentes. En el caso de los indecisos, los perplejos o los dubitativos, solo

podemos constatar, durante días y días, un absoluto caos. Pero de todos modos es bueno saberlo: el desorden es un estado natural. Y entre las personas cuyo éxito depende del efecto que causa su discurso público, las cosas no son ni un ápice diferentes. Justo entre ellos nos encontramos con regularidad violentas ventiscas cerebrales, piezas textuales para armar, aparentemente bien estructuradas y de sonido agradable.

Babenzeller me aconsejó no esperar demasiado, en general, de la capacidad para leer los pensamientos. Sin embargo, esta resulta útil cuando uno tiene que vérselas con un mentiroso incorregible, ya que, mientras esa persona miente, uno puede concentrarse en la verdad que el otro intenta eludir: por eso es tan fácil de leer. Gracias a ese arte, además, uno puede encontrar correligionarios fiables y leales, y hasta algunos buenos auxiliares, ya que estas personas llaman la atención por su clara legibilidad. Aunque a veces en la vida es bueno tener compañeros refinados y poco descifrables, debido a su inteligencia. Es un aspecto a sopesar.

–Hay algo inquietante para mí en todo esto –le dije.

Él supo de inmediato a lo que me refería, ya que dominaba la técnica de leer el pensamiento.

–Pahroc, usted lo que no quiere es que otros magos puedan leer lo que usted piensa. Como yo ahora, por ejemplo. ¿Es eso?

–En efecto.

–¡Para impedir que te lean el pensamiento hay que releer los del otro! ¡Es muy sencillo! Me explico: en cuanto usted me aplica esa técnica, yo ya me veo imposibilitado de leer sus pensamientos y, a la inversa, usted tampoco los míos.

–Entonces acaba usted de enseñarme algo con lo cual puedo protegerme de usted mismo.

–Así es, querido. Y ya puede usted sacar sus conclusiones sobre eso.

–¿Se la enseñó también a Schneidebein?

–No. Quizá la ha aprendido en otra parte, pero no lo sé y no tengo ganas de averiguarlo.

–Una pregunta más: Schneidebein dijo que había oído hablar de algo relacionado con unos planes de atentado. ¿A quién se lo oyó? ¿Quién pudo decírselo?

–¡Nadie! No hay nada que los dictadores teman más que a los atentados, y acusan a ciegas casi a cualquiera de querer planearlos. Schneidebein no sabía nada del encuentro en San Policarpo, y aún menos lo que yo estaba planeando.

A continuación, salí a dar un paseo por el pueblo e intenté aplicar el nuevo truco, pero no conseguía realizarlo con éxito: los habitantes del lugar seguían siendo impenetrables. De todos modos, ahora sabía que necesitaba practicar muchísimo. Y supe también que tenía muchas cosas que me inhibían. Tal vez conseguiría superarlas, pero tal vez no: porque leer los pensamientos es también un arte muy indiscreto, apropiado, a mi juicio, solo en un caso de emergencia. Puede ser de utilidad en el caso de personas que de repente, en medio de una conversación, no saben lo que pretendían decir: en esos casos el mago puede ayudar, si es que ha estado leyendo los pensamientos de la persona que se queda en blanco. Pero en el fondo me causaba pudor meterme en cabezas ajenas.

Se lo dije a Babenzeller, que se encogió de hombros:

–Por supuesto que toda persona tiene derecho a que no le miren las cartas de la baraja. Los pensamientos solo son libres cuando uno puede ocultarlos de otras personas. Pero yo estoy curado de espantos. Lo que sé hacer, lo hago. Quien no tiene malas intenciones no tiene nada que temer de mí. Además: si de verdad no quiere usted ser indiscreto, tampoco debería hacerse invisible o atravesar paredes. ¿Acaso ya sabe ver a través de las paredes?

Respondí que no. Babenzeller me dijo entonces que me lo enseñaría la próxima vez, pues entonces el tiempo escaseaba. Pretendía partir volando, y empezó a ponerse ropa que lo abrigara; estaba helado. Me regaló una brújula que me serviría para volar sobre el océano sin perder el rumbo.

En el momento de la despedida me pareció que Babenzeller bizqueaba más de lo normal.

–¿Puede usted volar sin problemas con esos ojos? –le pregunté.

–Muy bien. Mi estrabismo no resulta un impedimento en ese sentido ni tampoco en otras circunstancias, ya que puedo eliminarlo para que no me reconozcan. Únicamente se vuelve molesto cuando hay muchas personas en una misma habitación y le hago una pregunta a una de ellas, porque suelen responder todos a la vez.

–Y una cosa más: ¿dónde vive usted realmente? –pregunté.

–Es un secreto, incluso para los colegas –respondió, riendo–. Tampoco conseguiré averiguar si tengo mujer e hijos.

Noté cómo me ruborizaba: porque era justo lo que quería saber.

–Pero ya me dejaré ver en cualquier otra oportunidad, cuando me dé la vena.

–¡Muchas gracias por todo, señor Babenzeller!

–Nada que agradecer. Me lo he pasado bien.

A continuación, se hizo invisible para ojos normales, a fin de no ofrecer un blanco perfecto a cualquier personajillo armado que anduviese por ahí, aburrido, y se alzó por los aires. Yo, por supuesto, podía verlo, y lo seguí con la mirada durante un rato, hasta que quedó delante del disco solar y se volvió invisible también para mí.

Fui entonces a ver cómo estaba la mujer a la que había llevado a tierra. Estaba enferma, muy debilitada, pero consciente, y al menos había salido ileso de aquella masacre; alguien había caído desplomado sobre ella, y el

cuerpo de esa persona le sirvió de protección. Quiso saber mi nombre, y yo le dije el primero que se me ocurrió: Piechatzek. En la casa de la Eintrachtstraße donde vivía Jakob ese nombre podía leerse en un cartel del ascensor. Le mentí por precaución, pues no podía saber a quién le diría aquella mujer agradecida el nombre de su salvador. Schneidebein podría estar acechando todavía en cualquier parte, y no había motivos para suponer que su sed de venganza se hubiese aplacado.

Por ese mismo motivo, Babenzeller me había insistido en que no volviera a Wasserburg hasta que se produjera la derrota definitiva y el Reich fuera completamente ocupado. Mi intención era atenerme a esa recomendación.

No podía permanecer más tiempo en aquel lugar, así que me agencí un par de buenos abrigo, me alcé por los aires y seguí la línea de la costa, en dirección al sur. Luego recordé otro consejo de Babenzeller: en lo posible, debía volar por encima del agua hasta llegar a algún territorio que estuviera en manos de los estadounidenses o los británicos, y seguir la marcha con ellos hasta que ocuparan Wasserburg.

La tarea no fue fácil, porque volar por encima del mar estropea la visión; si uno quiere avanzar necesita buscar constantemente un punto de referencia. Cuando lo único que se tiene para ello es el horizonte, el ojo no encuentra un sostén sólido y pasa todo el tiempo buscándolo y se cansa enseguida. A veces podía tomar algún barco como referencia, había muchos navegando, se apresuraban a salir de los puertos prusianos con el propósito de poner a resguardo a los refugiados de los ejércitos soviéticos en avance. Llegué incluso a aterrizar en uno, pero estaba tan repleto de gente que, tras una breve pausa, me alcé de nuevo en el aire. Entonces tomé la decisión de que, en adelante, volaría sobre el mar solo en casos de suma urgencia. Cuando tuviera que hacer viajes muy largos, tomaría un avión.

Con los ojos doloridos, toqué tierra en una gran isla danesa en la que había tropas alemanas. Los soviéticos seguían bombardeándola, ya que los alemanes se negaban a capitular. Partí de nuevo tan pronto como pude, y volé, con la caída de la noche, bajo las flotas de bombarderos que se acercaban con su estruendo desde el oeste, pero manteniendo mi rumbo en dirección al suroeste. Vi el resplandor del fuego en las ciudades, las nubes de millones de cintas plateadas que llovían de esos aviones a fin de embaucar a los radares de la defensa antiaérea.

Y fue así como llegué a Hamburgo, ciudad que conocía como una urbe de enorme belleza. Sin embargo, había sido destruida, y los ataques aún no habían cesado. Tenía hambre y sed, de modo que aterricé para recuperarme algo del vuelo. La ciudad aún no había sido ocupada por las fuerzas británicas, pero estas últimas ya estaban emplazadas, con enorme superioridad, en las zonas aledañas.

Querida Mathilda, cualquier imbécil puede iniciar una espiral de enemistad, y se necesita mucho más raciocinio para ponerle fin. En Hamburgo me encontré con tres alemanes –dos soldados y un civil– que marchaban a pie, con una bandera blanca en la mano, en dirección a las líneas británicas. Su intención era hablar allí con algún responsable que evitara el ataque de una fábrica que había sido convertida en un hospital de campaña en el que pasaban su convalecencia, incluso, algunos prisioneros británicos. Dado que poco antes unos alemanes habían hecho un artero empleo de la bandera blanca con el fin de espiar las posiciones de los ingleses, estos últimos dispararon. No obstante, los tres alemanes salvaron la vida y fueron tomados prisioneros. Yo me hice invisible y me uní a ellos, de modo que pude no solo escuchar sus conversaciones, sino también leer sus pensamientos. No tenían mala intención. En realidad, el comandante en jefe de las fuerzas de Hamburgo los había investido de poderes absolutos para que

presentaran una solicitud de exención para ese hospital de campaña. Le expusieron el asunto a un joven capitán británico que desconfiaba de ellos: pude leer lo que pasaba por la mente de aquel joven oficial. Por cierto, no resulta fácil leer lo que piensan los británicos, aun cuando uno entienda más o menos su idioma. Los pensamientos de aquel joven oficial, en cambio, tenían una imagen central bien nítida; estaba, además, muy bien informado, tenía una mente lúcida y, aunque precavido, era un tipo franco y poseía esa cosa que los berlineses definen como «espabilado». Sin embargo, al principio, su cerebro hizo un repaso de los motivos por los cuales aquello podría tratarse de una trampa. Por eso encontró muy pocas razones –o, mejor dicho, ninguna– para creer a aquellos tres hombres. Hasta yo podía ver, sin embargo, que el joven oficial deseaba confiar. Sabía que su general había preparado las órdenes para destruir totalmente la ciudad de Hamburgo desde el aire, pues los británicos no estaban dispuestos a perder ni un solo soldado más en una lucha casa por casa contra los locos que todavía quedaran. Me situé muy cerca del capitán y le dije en su idioma:

–¡Ánimo, chaval! Apóyate en el civil que viene con ellos, en él puedes confiar.

Como el capitán no veía a nadie a su alrededor, creyó que lo que le hablaba era su voz interior. Y dado que esos casos se producen tan pocas veces, el oficial dio crédito a la voz. Ello significó la salvación para la ciudad de Hamburgo, pero con esto me estoy anticipando a los acontecimientos. A continuación, el capitán se llevó aparte al civil y le pidió que transmitiera al comandante de las fuerzas alemanas un mensaje del general británico en el cual se le ofrecían unas justas negociaciones con vistas a la toma pacífica de la ciudad. Ser el portador de aquel mensaje podía costarle la vida, por supuesto. El civil, un hombre entrado en años, un comerciante que había formado parte de la Liga Hanseática, lo sabía muy bien, sabía que podrían

colgarlo del primer poste si unos fanáticos lo encontraban con aquel mensaje. Sin embargo, con cierta astucia y un poco de coraje –y también con la ayuda de sus dos banderas blancas– consiguió recorrer el camino inverso a través de los bloqueos. El comandante alemán, un tipo razonable, aceptó la oferta y capituló. Al final, fueron policías de tráfico hamburgueses quienes mostraron a los tanques británicos el camino hasta el Ayuntamiento.

Esas dos personas, el lúcido y valiente británico y el anciano y valiente hamburgués, se merecieron un monumento muy especial, y sería bueno poder contarles esta historia a todas aquellas personas que aspiren a ser políticos, pero que aún no saben muy bien de qué va ese oficio. Porque no siempre puede esperarse que aparezca un mago de la nada, por azar. Nosotros no podemos estar en todas partes.

Años más tarde, volví a tropezarme con aquel capitán. En esa ocasión me dijo que había oído a alguien decirle: «¡Ánimo, chaval!», y aseguraba que había sido la voz de su abuelo escocés. Desde entonces sé que mi inglés tiene cierto acento escocés, y sé que ello se lo debo a mi maestra Macintosh.

Cuando se puso fin a los combates en Hamburgo, creí llegado el momento de poder volar de nuevo sin correr riesgos, sobre todo teniendo en cuenta que, al parecer, el dictador, tras unos últimos arrebatos de rabia, se había quitado la vida. Dejé de seguir entonces el consejo de Babenzeller y volé en dirección al sur, con los ojos puestos en llegar adonde estaba Emma. Me habían bastado dos días en una ciudad medio destruida. Lo que las bombas habían dejado era terrible a la vista. Mucha gente estaba enferma, vivía en una miseria absoluta, algunas ni siquiera contaban con documentación, cosa absolutamente necesaria para encontrar alojamiento y trabajo. Otras eran demasiado honestas para imponerse en el mercado negro a quienes sabían negociar mejor o de un modo más brutal. A pesar de que los bombardeos habían terminado, imperaban la miseria y la desesperanza. Mucha gente se

quitaba la vida, y aunque a menudo se trataba de criminales, en otros casos eran personas que no habían hecho nada malo, pero que habían experimentado muchas cosas terribles. Podrás ver, Mathilda, –¡aunque lo mejor es que no lo veas nunca!– lo espantoso que puede ser para tu estado de ánimo ver a miles de personas a tu alrededor a las que les va mal.

Esa vez no volé siendo invisible, sino que me transformé en una corneja negra. No obstante, el viaje fue peligroso, pues todavía se disparaba mucho: Babenzeller tenía razón con su advertencia. Aún había aviones que volaban a baja altura y que, con su armamento de a bordo listo, andaban a la caza de personas aisladas. En una ocasión alcanzaron a un niño pequeño que había recogido un poco de leña y la trasladaba a su casa en bicicleta. Cuando aterricé cerca de él, ya no había modo de salvarlo. Solo pude leer su último pensamiento: su único anhelo era crecer y convertirse en un hombre de armas tomar que saldría en busca del piloto que le había disparado.

Volé entonces sin tomarme pausas demasiado largas, haciendo a lo sumo un único descanso en la punta del campanario de una iglesia o en la copa de un árbol, sin hacer caso del frío, del hambre o del cansancio, y ese día, al atardecer, llegué a Wasserburg. Al principio me asusté, porque vi numerosos aviones sobrevolando en círculos la ciudad. Oí el quejumbroso canto de las sirenas de la alarma antiaérea. ¿Se avecinaba un bombardeo? Me sentí desesperado, tenía que llegar cuanto antes adonde estaba mi familia, aunque fuese para morir junto a ella. Pero no cayó ninguna bomba. ¡Ni una sola! ¿Acaso la magia que protegía a Emma impidió a los pilotos bombardear la ciudad de Wasserburg? Lo que yo no sabía aún es que los aviones se reunían casi cada día encima del reconocible lazo que formaba el río Eno en esa zona para, desde allí, emprender el vuelo de regreso a Inglaterra. Su carga mortífera ya la habían dejado caer mucho antes en el Obersalzberg, sobre el

nido del dictador cavado en la roca. Aunque, estando muerto, era difícil que se encontrara allí. Pero los pilotos no lo sabían. No los habrían informado.

Cuando descendí delante de la puerta de nuestra casa, los aviones ya habían desaparecido. Me transformé entonces en Pahroc y llamé a la puerta. Era después de medianoche. Mi corazón palpitaba, frenético. Palpitaba de amor, un amor que nada podía atenuar.

Emma no se mostró sorprendida, sabía por Babenzeller que yo estaba en camino. Pero la alegría hizo que a los dos se nos aflojaran las rodillas. Fue bueno que pudiéramos acostarnos un rato, y que yo pudiera pegar mi cuerpo helado al de Emma hasta calentarme de nuevo. Solo entonces sentí de verdad el cansancio que acumulaba.

Dormí hasta por la tarde. Los niños habían oído decir que su papá había regresado, y estaban los cuatro reunidos en torno a la cama, observándome. Es probable que cada uno de ellos viera una cosa distinta, pero al menos notaron que yo los amaba. Emma trajo café. Le pregunté si había aprendido el truco para hacer granos de esa infusión. Me respondió que no existía tal truco, simplemente había estado en la sede local del partido para pedir, en su condición de madre de cuatro hijos, que la ciudad fuera entregada sin ofrecer resistencia, cosa que podía hacer por estar protegida por aquel sortilegio. Una vez allí, no encontró a nadie, solo el café.

–¡Ya viene Eisenjáua! –exclamó la pequeña Carola.

Era un comentario estimulante sobre la situación, pero no eran las tropas de Eisenhower las que se acercaban a Wasserburg, sino las de Patton. Entonces Fee quiso saber algo:

–¿Y cómo será a partir de ahora? ¿Nos llamaremos familia Schnittwitz o nos quedamos con el nombre de Pahroc?

–Con el de Pahroc, por supuesto –respondí–. Pronto habrá paz.

Por la mañana, Gnadl también vino a preguntar por mí. Sabía que yo había aterrizado en la ciudad y necesitaba mi ayuda. Pero Emma le había dicho que yo estaba en cama, tumbado como un saco, y que nadie sería capaz de despertarme en ese momento. Se trataba de un cable detonador que habían colocado debajo del puente sobre el Eno, el cual debía ser cortado para que los fanáticos de la llamada «victoria final» no lo volaran por los aires. Hacía días, aquellos mismos lunáticos habían colocado varias cargas explosivas en el puente, pero un honrado habitante de Wasserburg se las había robado y enterrado en su jardín. Por desgracia, aquellos locos tenían todavía mucha dinamita y habían vuelto a minar el puente.

Emma le entregó a Gnadl todos mis alicates (ninguno de los cuales regresó a mí más tarde). No obstante, el viejo y magnífico puente salió con algunos daños, ya que una pequeña carga olvidada en el lado sur llegó a estallar. La destrucción había sido una idiotez, pues los soldados de Patton no tenían intención alguna de cruzar ese puente. Una pena, pero podían haberme despertado: soy capaz de interrumpir un flujo de corriente a una distancia de hasta cien metros sin tener que dañar los cables por fuera.

En el salón de casa encontré la mesa y las sillas cubiertas de extraños mapas en los que no se consignaban países ni ciudades, sino unas líneas que se cruzaban unas con otras en una maraña confusa. Pensé primero en cartas náuticas con líneas que trazaban las rutas de los barcos, pensé también en las rutas de vuelo de los bombarderos. ¿O se referían a los vuelos de los magos? En realidad, se trataba de antiguos patrones de costura que las vecinas debían pasar a recoger. La costura se había convertido en una importante fuente de ingresos para Emma, y ella necesitaba aquellos patrones solo para memorizarlos brevemente y, a partir de ellos, empezar a trabajar con la tijera y la máquina de coser sin tener que volver a echarles una ojeada.

Los estadounidenses llegaron por el noroeste, a través de una lengua de tierra, y en un abrir y cerrar de ojos habían ocupado el casco antiguo de la ciudad. Para entonces, hasta los fanáticos defensores de última hora habían desistido de sus propósitos y puesto pies en polvorosa. Pidieron ropa civil en algunas casas, robaron botes y remararon a lo largo del Eno hasta escapar entre los bosques.

Mientras tanto, se había corrido la voz de que el esposo de Emma, al que se creía desaparecido, había regresado, y que el hombre era un electricista con formación, como Josef Gruber, que por desgracia había muerto o se encontraba prisionero de los rusos. Pasé días reparando los aparatos de radio de los habitantes de Wasserburg y de los pueblos aledaños; casi todos eran aquellos achacosos modelos de receptor que los nazis habían querido fabricar para cada hogar alemán, el *Volksempfänger*. En algún caso tuve que hacer magia, ya que me faltaban los diodos necesarios o sus dueños tenían prisa: todos querían oír si por fin se había firmado el armisticio, y la gente pasó noches enteras a la escucha.

Por Emma me había enterado de cómo habían ido las cosas últimamente. Lo principal era que durante dos años habían temido por mí. Yo le expliqué lo ocurrido con aquella parálisis vital *à la* Heisterbach y le dije que eso solo podía ocurrirle a un mago que estuviera volando bajo alguna impresión terrible. Emma, por su parte, me contó cómo había conseguido salir adelante con los niños. La «protección materna» debía de haberla preservado de peligros como los que representaba Schneidebein, y seguramente también de otros, pero eso le había impedido alejarse del distrito de Wasserburg, pues en ese caso el conjuro hubiese desaparecido. De todos modos, había tenido problemas con ese conjuro protector, ya que, como ella misma decía, era como recibir una «salchicha extra». Era una actitud típica de Emma: pensar en todas las madres que no tenían dicha protección y que habían quedado

expuestas a situaciones horribles. Por eso estaba doblemente orgullosa de todo lo logrado por ella misma, gracias a su esfuerzo y a sus habilidades, como examinarse para maestra electricista: la magia de aprendizaje le había proporcionado el conocimiento especializado necesario, y una concentrada magia de belleza le había agenciado los favores de la Cámara de Artes y Oficios.

Me contó también que Gnadl se había comportado como un auténtico y generoso tío de los niños, ocupándose de ellos. Incluso había jugado al fútbol con Félix, a pesar de que con ello se exponía a la sospecha de que su impedimento físico era fruto de la simulación.

Yo me sentía inmensamente feliz por estar de nuevo junto a Emma y, sobre todo, por haber recuperado mi antiguo aspecto y mi vieja identidad, por ser Pahroc. Además, disfrutaba como cualquier otro de la maravillosa calma que reinó cuando desaparecieron todos los aviones y ya nadie volvió a disparar un tiro. Entré en contacto con Blüthner y le pedí que pusiera fin al sortilegio que protegía a Emma, pues a partir de entonces yo mismo me ocuparía de cuidarla. Y luego, por fin, llegó el día de la capitulación.

Esta, sin embargo, no pareció a todos una liberación. Muchos prefirieron hablar de «debacle», como si se tratara de un edificio dañado por un terremoto, o de «derrota», lo cual era formalmente exacto, pero no el término adecuado para una caída tan profunda en el infierno.

Emma me habló también de Babenzeller, quien al principio le había parecido muy inquietante, hasta el punto de llegar a preguntarse por qué el sortilegio que la protegía como madre no lo mantenía a distancia de ella. Sin embargo, en algún momento empezó a creer lo que le decía: que era mi amigo y solo pretendía ayudar.

Oír aquello me causó un asombro enorme. ¿Babenzeller me llamaba amigo? Aunque lo admiraba, jamás lo había calificado de amigo, a lo sumo

había admitido que se había comportado como tal. Porque, querida Mathilda, eso es algo que uno, sencillamente, debe aceptar: que muchas cosas no pueden justificarse y, sin embargo, existen. Entre esas cosas inexplicables están también algunas amistades: y creo incluso que son las más importantes.

–¿De qué manera te ayudó Babenzeller? –le pregunté a Emma.

–¡Pues saliendo a buscarte, encontrándote y consiguiendo informarme! También usaba sus trucos de mago para obtener cupones de alimentos. De todos modos, yo apenas los usé.

–¿Y de qué otro modo?

–¿Cómo que de qué otro modo? ¡Por favor, no vengas ahora a intentar leerme los pensamientos! También él me enseñó a hacerlo, como un modo adicional de protegerme. ¡¿Y ahora voy a verme obligada a aplicarlo en tu contra, solo porque crees necesario estar hurgando en mi mente?!

Emma estuvo a punto de echarse a llorar, eso lo noté. Entonces la abracé y me disculpé. Las guerras no solo difunden la desdicha y la muerte, también esparcen la desconfianza y la estupidez. Estropean la magia del amor, y eso sucede con los magos como con cualquier otra persona. En la familiar y tácita sintonía de los sentimientos que había entre nosotros se había interpuesto, desde mi regreso, una especie de falso contacto. Pero pronto nuestro vínculo se restituyó y las aguas volvieron a su cauce. A partir de entonces, solo leía los pensamientos de Emma en su mirada, y le dejé la libertad de tener secretos. Aunque, a decir verdad, me ayudaba mucho suponer que esos secretos eran pocos. Me daba cuenta de los más importantes sin demasiadas artimañas, y nuestro amor volvió a ser incondicional, un regalo que no todas las parejas recibieron después de la guerra.

Con su trabajo como costurera, Emma contribuía a nuestro presupuesto doméstico mucho más que yo, ya que mi tienda de equipos eléctricos dejó pronto de ser rentable. Ella, en cambio, era capaz de confeccionar cualquier

cosa, desde ropa interior y vestidos de lana hasta abrigos de invierno, todo a partir de antiguos toldos de tiendas de campaña, cortinas, seda de paracaídas, cubrecamas o capas de la Wehrmacht. Los únicos límites se los ponía la anticuada máquina de coser mecánica. En otras partes ya había máquinas eléctricas, y yo estaba trabajando ya en la fabricación de una. Por otro lado, todos los días había prolongados cortes de electricidad durante los cuales mi invento no le habría sido muy útil. Durante la guerra, bajo la supervisión y la guía de Pospischil, Emma había desarrollado todas las posibilidades como maga que podían ser útiles a una madre sola con cuatro hijos, y ahora podía aplicar esos conocimientos con más provecho. Si era preciso, podía convertirse en una lechuza invisible y escuchar las conversaciones de media ciudad a fin de saber dónde conseguir algo gratuitamente. Volaba entonces por la región convertida en un halcón o husmeaba en el bosque como un perro rastreador: en toda la región de Wasserburg jamás se le escapó dónde podía haber un campo de grosellas, o una colonia de setas, o un coche en ruinas cuyos cables aún pudieran utilizarse. También cosechaba todo el ajo silvestre que podía. Descubría toda clase de botines, por ejemplo, mantas de lana abandonadas en un camión, restos de un campo de patatas, medicamentos como aspirinas o un gran barril lleno de especias para sopas que una cocina de campaña había dejado abandonada en el bosque tras su traslado forzoso. Gracias a ello podíamos llenar nuestros viejos frascos de medicina, y así conseguimos una amplia clientela en el mercado negro. Yo admiraba a Emma, que me superaba con creces en su capacidad organizativa. «Criminalidad», «estraperlo», etcétera, son calificativos demasiado poco amables para lo que nosotros hacíamos entonces. Yo prefiero llamarlo «magia de autoabastecimiento».

Un día, a principios del verano, estaba yo en medio de un campo florecido cuando dos soldados estadounidenses me capturaron y me llevaron hasta su cuartel. Sobre mí recaían sospechas de haber sido miembro del Partido o algo peor, ya que nadie podía decir dónde había estado yo en los últimos días de la guerra ni dónde había combatido mientras esta duró. Me interrogaron, y como no podía contar mi verdadera historia, me declaré un opositor al régimen y un perseguido, mencioné el tiempo que había vivido en Gebhardswalde bajo el nombre de Schnittwitz –dato que fue verificado– y dije que a continuación había llevado a mi familia a Wasserburg, escogiendo para mí la vida en la clandestinidad, escondido siempre gracias a la ayuda de «buenas personas» cuyos nombres no podía mencionar. Mis respuestas contenían algunas contradicciones y dejaron insatisfechos a los investigadores. Entonces vino su superior, un joven de estatura enorme y prematuramente envejecido, con gafas de pasta, y dijo, riendo:

–¡Este hombre viene conmigo!

Era el «pequeño Jakob», el chico de la Eintrachtstraße, que había conseguido marcharse a tiempo a Estados Unidos y ahora estaba allí en calidad de oficial, con el propósito de interrogar a algunos alemanes. Él sí creyó mi historia, y me preguntó entonces por Schneidebein. Yo no tenía ni idea de dónde se había metido este. Sospechaba –pero no podía decírselo a Jakob, que no era mago– que tendría un nuevo aspecto, creado con habilidad, a fin de eludir a la justicia. También sabía que eso no podría durar demasiado tiempo. Después de haber perdido el régimen que lo había protegido, a Schneidebein le resultaría imposible vivir en Alemania como un ciudadano normal y con su aspecto original. Tal vez se habría transformado en rata y se habría embarcado en algún navío con rumbo a Sudamérica, donde se presentaría como emigrante y luchador de la resistencia y, gracias a todo el dinero robado o conseguido por medio del chantaje, se compraría una

plantación. De él podía esperarse cualquier cosa. Salvo una: que la plantación prosperara.

Jakob se llamaba ahora James, pero prefirió que yo siguiera dirigiéndome a él por su antiguo nombre. Cuando Emma se presentó para hablar conmigo – encontrarme le había resultado un juego de niños–, él se alegró, ordenó que nos trajeran café y empezó a hacernos un montón de preguntas.

Estuvimos un rato hablando de «los alemanes» (así, en plural), pero enseguida lo dejamos. Jakob preguntó si había mucha gente que se sintiera responsable de tantos asesinatos. Fue Emma la encargada de responder:

–Apenas conozco a nadie así. Casi todos dicen que no sabían nada del asunto o que creían que tenían que aceptarlo todo, también obedecer las órdenes, ya que de lo contrario hubiesen puesto a sus familias en peligro.

–Y ese peligro, ¿en realidad era tan grande?

–Era lo bastante grande como para infundir miedo. De todos modos, lo peor es que hubo mucha gente de acuerdo con lo que estaba ocurriendo. Es cierto que solo una minoría conocía la envergadura de aquellos crímenes, pero la mayoría vio y oyó muchísimas cosas, de modo que bien pudieron imaginarse el resto.

–¿Hay alguien que se sienta culpable?

–Algunos, pero solo en su fuero interno. A la vista de las ruinas y de la miseria, la mayoría cree que con eso ya han recibido el castigo suficiente. Esa mayoría plantea que es preciso hacer borrón y cuenta nueva, mirar hacia delante.

Jakob estaba seguro de que a los asesinos y cómplices se los atraparía y se los castigaría, pero lo que más le interesaba era averiguar cuántos adeptos secretos de aquella dictadura existían aún, después de la muerte del perro rabioso supremo.

–Cuando preguntamos, todos se hacen los inofensivos, al parecer solo hay demócratas y filántropos –dijo.

–Sería preciso poder leer los pensamientos.

Emma y yo nos miramos e intercambiamos una imperceptible sonrisa.

–Bueno, ¿qué harías tú, si pudieras? –pregunté–. ¿Qué harías si pudieras entrever que este o aquel considera que la dictadura y la persecución de los judíos fueron actos legítimos?

–Ya sé que leer los pensamientos no puede servir de base a una condena. Pero tal vez sería necesario vigilar de manera especial a esas personas, para, en caso de emergencia, evitar que ocupen posiciones de importancia. ¿Y tú? ¿Qué harías tú?

–La gente tiene capacidad para aprender. También se la puede ayudar a aprender. Yo me ocuparía de fundar buenas escuelas y buenos periódicos. También me garantizaría una buena alimentación. A quien pasa hambre le cuesta aprender.

–Me gusta esa idea. Deberíamos hacer algo en ese sentido –dijo Jakob.

No obstante, creo que lo dijo por cortesía: cualquier persona en su sano juicio podía tener esa idea, y a los estadounidenses, entonces, eso les sobraba.

Jakob se ocupó de que yo saliera en libertad cuanto antes y de que pudiera volver a trabajar. Ese mismo año empezó a publicarse en Múnich un periódico serio y de muy buena calidad, hecho por los estadounidenses para los alemanes. Jakob figuraba entre sus fundadores. Lo visité en aquella ciudad varias veces, y en cada ocasión me obsequiaba con un cartón entero de cigarrillos, que por entonces eran algo máspreciado que el dinero, a cambio de los cuales uno podía obtener muchas cosas.

También yo, cuando reparaba algún aparato, prefería aceptar en pago, en lugar de dinero, comestibles o cigarrillos, a pesar de que no fumaba. A un heladero conseguí repararle la máquina de hielo, y como por entonces aún no

estaba en condiciones de pagarme, le puse como condición que mi familia y yo pudiéramos tomar helado durante media hora. Él aceptó el trato, y supongo que lo lamentó, pues los niños pasaron el tiempo lamiendo una bola de helado tras otra. Especialmente Titus, que, cuando ya regresábamos a casa, preguntó:

—¿Y ahora, cada vez que vuelva la paz, recibiremos tanto helado como queramos?

Los niños podían pasarse el día jugando, ya que las escuelas permanecieron cerradas durante meses. Decidimos darles clases nosotros mismos a Félix, a Fee y a Titus. A las clases de Emma las llamábamos «clases de mamá», y a las mías, «clases de papá». Enseguida notamos que teníamos aptitudes para ello. ¡Los dos! Más tarde, jamás renuncié al placer que me proporcionaba la pedagogía, así que me dediqué a enseñar, aunque más bien a personas adultas.

Algo que nos preocupaba mucho era la munición que había quedado dispersa por campos y bosques, cosa que fascinaba en especial a Titus, que entonces ya tenía diez años. Aquellos chismes estaban dispersos por todas partes, habían quedado donde los habían arrojado los soldados alemanes, sobre todo en recodos bajos de los ríos, donde era fácil recogerlos. Ni siquiera Félix, que ya contaba quince años, podía resistirse a la tentación de sacar los proyectiles de aquellas balas de fusil y hacer «fuegos artificiales» con la pólvora. Como nuestra prohibición pareció ser poco efectiva, adquirí algunos conocimientos rápidos sobre pirotecnia y sus peligros y se los transmití. De ese modo, tanto Félix como Titus comprendieron por qué era tan importante nuestra prohibición, así que los fuegos artificiales solo los organizábamos en clase. Sin embargo, la que con mayor constancia se dejó entusiasmar por esas cosas fue Fee, que tenía catorce años. Más tarde llegaría a ser una experta en pirotecnia y explosivos, y hasta que se jubiló fue una

solicitada perita en los juzgados, un resultado claro de aquellas «clases de papá». Lástima que no hayas llegado a conocerla, Mathilda, era una mujer con unas ganas de vivir inquebrantables. Lleva tres años muerta, y pienso en ella a menudo.

El hombre que les había robado la dinamita a los que habían querido volar el puente empleó trocitos del fruto de su latrocinio para encender su estufa; ese mes de mayo hubo algunos días fríos, y él había leído en una enciclopedia que aquello podía funcionar: la dinamita se derretía y formaba una papilla negruzca, y luego ardía lo bastante para encender también grandes trozos de leña. Su humo, sin embargo, era extremadamente tóxico, un dato que yo conocía sin haber leído la enciclopedia, así que advertí a mi vecino con insistencia. Estoy seguro de que con ello contribuí con creces a la salud de toda su familia.

Llegó entonces la etapa final del verano, uno de los veranos más esplendorosos que hubo en mucho tiempo, un verano infantil lleno de plenitud, de no ser porque todavía imperaba el hambre. Los alimentos podían conseguirse solo gracias a unos cupones, siempre en raciones muy insuficientes. Cada uno de nosotros colocaba su ración semanal de pan en un lugar de la casa que, en lo posible, estuviera a resguardo de los ratones, y lo marcaba grabando en la corteza las iniciales de su nombre. Durante mucho tiempo, Carola estuvo convencida de que los ratones sabían leer las letras. Mi trozo de pan no llevaba letras, pero estaba en lo alto del armario de la ropa, así que los ratones no tenían ninguna oportunidad.

Hacia finales del otoño nos asignaron, como inquilinos, a algunas personas que habían perdido sus viviendas en Múnich durante los bombardeos. Era gente modesta y amable, con algunas de las cuales mantuvimos correspondencia durante años. Pero también tuvimos nuestros problemas con ellas: la vida en el campo requiere conocimientos y disciplina. La gente de la

ciudad ha de aprender primero cómo se refresca una casa en verano y cómo se la mantiene caliente en invierno. Se lo explicamos a nuestros nuevos inquilinos, pero sus costumbres eran más fuertes. Solo cuando les encargamos la tarea de caldear la estufa de azulejos comprendieron cuándo podían dejarse abiertas las ventanas y cuándo era preciso cerrarlas.

Nos satisfacía no tener que estar en una gran ciudad, ya que en ellas no había campesinos amigos ni interesantes colonias de setas en los alrededores. En el verano de 1945 hubo muchas setas, a veces incluso crecían entre fusiles o granadas abandonados. La naturaleza suele cubrir con rapidez los rastros de violencia y de guerra. Es, por lo general, una maestra de la capacidad de olvido, y la gente intenta imitarla con todas sus fuerzas.

Como Emma podía reemplazarme en el mostrador de la tienda y en los escasos encargos para reparar aparatos eléctricos, volví a hacer excursiones con Gnadl a la montaña. Entretanto, él había dejado de ser policía de tráfico e intentaba promoverse como transportista de personas. Llevaba a parejas casaderas hasta la iglesia, a embarazadas a los hospitales y también algunos ataúdes hasta el cementerio. Pero la gasolina escaseaba. Por eso había transformado del todo su viejo Adler Diplomat para que este pudiera funcionar con el gas extraído de la quema de madera. En la parte trasera del vehículo había instalado una estufa elevada en la que carbonizaba grandes trozos de madera, a ser posible de haya. En realidad, la madera no ardía, solo era calentada al extremo por un quemador de carbón situado debajo, el cual producía una enorme cantidad de gas tóxico con el cual arrancaba el motor de explosión. Es cierto que el vehículo tenía dificultades para adelantar incluso a un ciclista veloz, y ante elevaciones del terreno demasiado prolongadas, había que bajar del coche, sacar más leños del remolque y ponérselos al quemador. Pero, aun así, nos llevó hasta Schleching, hasta el valle del Achen, desde

donde partimos en nuestras caminatas. Teníamos entonces una cosa muy importante que hacer entre aquellos peñascos: la caza furtiva. Todavía había suficientes rifles, porque los estadounidenses no habían encontrado todos los escondrijos de armas. Además, no era su estilo pasearse por las cumbres de la montaña para perseguir a unos pobres diablos que solo querían alimentar a sus familias. Habían recorrido numerosos territorios a pie desde Normandía hasta Baviera, así que ahora preferían ocuparse de tareas que pudieran hacerse con un *jeep*. Una vez nos descubrió un guardabosques. Gnadl se hizo invisible junto con el rifle y el botín, lo cual tuvo mucho más sentido que lo que yo hice, que solté el rifle y me puse a volar como una corneja. Gnadl me criticó duramente: a través del arma podían averiguar quién era yo. También me dijo que, ya que prefería convertirme en un pájaro, me convirtiera al menos en uno protegido por la ley.

No me gustaba demasiado la caza furtiva. Poner fin a una vida nunca fue lo mío, me había largado del frente, precisamente, porque allí todo consistía en matar. Bueno, aquí es preciso que haga una distinción entre el ser humano y el animal: este desempeña un papel importante en la historia de toda reflexión. Pero muchos animales tienen algo en común con el *Homo sapiens*, aun cuando carezcan de la noción de filología. En cualquier caso, no me gusta matar animales y, cuando lo hago, no es precisamente por placer. Además, podía tratarse de magos que acababan de convertirse en un ciervo, un corzo o una gamuza. Imagínate realizar un disparo perfecto en el lomo y luego darte cuenta de que has matado a un colega. ¡Qué idea tan embarazosa!

Gnadl trató de ganarme para esa dosis de rebeldía que implica toda caza furtiva. Me habló de antiquísimos derechos de fuera de la gente común en los días anteriores a la invención de la propiedad y del Estado. En eso él era más bávaro de pura cepa que policía. También enfatizaba el aspecto social del asunto: los delincuentes honorables entregaban una parte del botín a los

pobres y hambrientos del pueblo. Todo aquello era parte de la costumbre, de las tradiciones, no un delito; era ilegal, pero legítimo desde una perspectiva más elevada.

A mí tampoco me importó el lado criminal del asunto cuando mi familia se llenó la panza, y también me sentí satisfecho al compartir mi botín. No obstante, aún no he conseguido ver ningún romanticismo en masacrar ciervos y rebecos. Solo la necesidad me hizo cazador furtivo. Me alegré cuando, poco tiempo después, pude dejar de serlo: encontré en el granero del fallecido Josef Gruber todo tipo de recipientes raros, tubos y espirales de vidrio, y en la estantería de libros hallé, junto a la Biblia, varios escritos sobre el arte de la destilación. Gnadl también entendía bastante de la producción de aguardiente. Lo aprendí todo sobre el tema. Lo cierto es que no podía utilizarlo en mis «clases de papá», pero pronto estuve intercambiando con mi frutero todo lo necesario, también patas de corzo. Prefería eso a estar disparando en lo alto del Geigelstein, sitio al que me gustaba ir sin pretensiones de ser un rebelde forajido, sino para hacer excursiones con mi mujer y mis hijos. Bueno, un poco forajido sí: un día, durante una caminata, Titus me confesó que quería ser cazador furtivo y que de ningún modo le interesaba la carrera de guardabosques.

El invierno de 1945 a 1946 fue duro y cruel. Muchísimas personas padecieron hambre, incluso en la zona ocupada por los estadounidenses, ya que los programas alimentarios aún no habían surtido todo su efecto; hasta el invierno siguiente los paquetes aéreos con alimentos llegados desde Estados Unidos no constituyeron una ayuda, y las comidas de las escuelas funcionaron incluso bien en 1947. ¡También se pasó frío! Nosotros teníamos bastante leña apilada detrás de la casa, pero a cada rato nos robaban un poco. Apenas había hulla. Por suerte, Emma también había aprendido de Pospischil

cómo calentar al rojo vivo una plancha de metal sin tener que encender un fuego debajo. Era precisamente el truco de magia con el que Schneidebein me había puesto en apuros cuatro años antes. Ahora podíamos sacar buen provecho de él.

A Emma le entusiasmaba llevar medias de nailon, y a mí me gustaba verla con ellas puestas, ya que sus piernas eran tan bonitas y largas que las costuras nunca se movían. Pero esas medias de nailon se conseguían, casi exclusivamente, a través de los soldados estadounidenses o en el mercado negro, y yo tenía problemas con su elevado precio: muchos cartones de cigarrillos se iban en eso. Por suerte, Emma sabía «borrar» las carreras con un movimiento de la mano, y lo hacía incluso para algunas amigas, antes de que estas se llevaran una sorpresa desagradable. Más tarde desarrolló una verdadera pasión por los zapatos de tacón alto, pero para entonces dominaba el arte de sacar objetos de la nada y transformar los existentes en otra cosa. Podía incluso cambiar de zapatos mientras andaba, o mientras se vestía y desvestía, y yo siempre la reprendía para que no llamara demasiado la atención.

En 1948, Carola entró en la escuela, Félix estaba acabando el bachillerato y Titus se había enamorado por primera vez, asunto sobre el que no decía ni media palabra, ni siquiera a su amada. Se le notaba únicamente de vez en cuando, por las orejas coloradas y por el hecho de que ya no tenía cabeza para los ejercicios de álgebra. Cuando se atrevió a dirigirle la palabra a la chica, le di algunas clases de recuperación. Sin embargo, en ellas le hablé sobre todo de matemáticas, a pesar de que la asignatura seguía siendo para él un terreno enemigo. Ni siquiera en la escuela primaria había llegado a comprender qué era el cero, lo que –pensando en tantos genios que fueron despreciados en su edad escolar– abrió grandes esperanzas en relación con

una carrera científica, si bien luego reveló que de genio no tenía nada. Yo, que era su padre y a la vez ingeniero, me sentí algo afligido, pero me tranquilicé. Él solo quería ser cazador furtivo, convertirse alguna vez en un viejo de los Alpes, como el abuelo de Heidi, y uno debe dejar que los hijos decidan lo que quieren hacer con sus vidas. Con las hijas pasa lo mismo, pero estas, de un modo u otro, siempre lo hacen.

En esa época a muy poca gente le interesaba ya quién había sido o no adepto del dictador, todos tenían en mente otra cosa: el siguiente paquete de harina, tal vez incluso un saco de carbón y, en algún momento, un jamón entero. Pero, sobre todo, nadie quería volver a vivir una guerra, y mucho menos ser soldado. La gente tampoco quería ocuparse de la política, porque, sobre todo los jóvenes, la habían experimentado como un gran edificio repleto de mentiras. Se sentía predilección por otro tema: la felicidad privada, la casita con jardín.

La realidad era más bien triste. Muchos de los padres retornados traían el alma rota, se sentían despojados de valor y de autoridad, una autoridad que a veces intentaban recuperar con una severidad exagerada. Casi todos, además, seguían fumando como lo hacían en el frente, con lo cual convertían en humo la única moneda de pago, mientras la familia pasaba hambre y frío. Algunos se aficionaban al alcohol y se hundían con bastante rapidez.

El mundo, entretanto, estaba dividido en dos áreas, y Wasserburg formaba parte de la zona occidental. Intentábamos ponernos en contacto con nuestros amigos de antes, pero resultaba difícil, aun cuando las cercas de alambre de espinos y las torres de vigilancia no constituyen un gran problema para los magos. Sin embargo, a pesar de todas nuestras artes, no podemos abandonar durante mucho tiempo nuestras verdaderas biografías, a nuestras familias y profesiones. Influidos por esto, pronto los magos de la zona este se inclinaron

cada vez más por mejorar el comunismo, mientras que nosotros, en la zona occidental, pretendíamos alcanzar un liberalismo sólido y de carácter social.

Traté de restablecer el contacto con Blüthner en Sajonia, cosa que sucedió un buen día. Mi intención era reunir de nuevo a los viejos amigos, para lo cual quise crear un directorio con todos los magos vivos de Europa. Iba ya por la K, y estaba anotando los nombres de Kalupner, Kalusche y Kaluza, cuando Gnadl entró de pronto y me pidió que lo acompañara a la montaña. Cuando regresé, todos los nombres de la lista habían desaparecido. Me enfrentaba con ello, por lo visto, a un tipo de hechizo que aún no era capaz de vencer. Gnadl no sabía nada de ello. Me aconsejó que me olvidara de la idea de organizar una reunión; a fin de cuentas, los magos eran seres individualistas. Pero yo no me di por vencido.

Algunos de los colegas que había conocido en San Policarpo habían muerto, como Alrutz y Macintosh, otros habían emigrado a América, y a veces enviaban sólidas cajas de cartón con alimentos en los que aparecía la palabra CARE. Las cajas, por cierto, duraban mucho tiempo, y nunca volví a ver otras tan sólidas como aquellas.

La propia San Policarpo ya no existía: Blüthner me informó de que el punto de encuentro secreto había sido revelado por magos adeptos del régimen y que estos habían roto el sortilegio que lo protegía. El comunismo tenía una postura sumamente dura en relación con los magos, y por desgracia algunos colegas comunistas creían que debían plegarse a esas posturas. Al menos la biblioteca del monasterio se había salvado parcialmente, pero nadie sabía adónde había ido a parar. Blüthner se quedó en el lado este. Nosotros, que vivíamos en la parte occidental, solo pudimos formar un grupo muy pequeño y confiar en la llegada de tiempos mejores. Hasta la idea de colocar una placa en la casa de Schlosseck en Pankow fracasó, ya que esa zona de la

ciudad se hallaba en la parte ocupada por los soviéticos. De todos modos, habrían retirado la placa al instante. También para eso habría que esperar.

Los tiempos eran oscuros, pero no las esperanzas. Y un acontecimiento permitió aumentar esas esperanzas en un mundo mejor: de pronto, la gente supo que los numerosos aviones que habían llevado las bombas hasta su destino podían también transportar harina, hulla y carne. Gracias a ello fracasó el intento del poder soviético de minar la resistencia de Berlín Occidental bloqueando sus vías de acceso con el fin de apoderarse en exclusiva de la ciudad. Esto ocurrió unos días después de que en las zonas de ocupación occidentales se introdujera la nueva moneda, el marco federal. Por supuesto, las potencias occidentales no querían que los soviéticos tomaran en exclusiva la ciudad de Berlín, pero su puente aéreo mostró al mundo, sobre todo, lo que significa la grandeza. Tales hazañas, me parece, son necesarias en todo el mundo por lo menos cada diez años; de lo contrario, uno olvida que los gobiernos también están capacitados para realizar grandes y nobles acciones.

Cuando las ruinas empezaron a transformarse de nuevo en cines y en las ciudades destruidas volvieron a rodarse películas, nosotros íbamos a verlas cada vez que podíamos. Para ello viajábamos hasta Múnich, a veces con los tres hijos mayores. En una ocasión, a última hora de la tarde, volé hasta Schwabing para ver una función nocturna de *Les Enfants du paradis*. Nos gustaban sobre todo las películas estadounidenses, italianas y francesas, pero añorábamos las buenas películas alemanas de antaño. Y estas también llegaron. Solo en tres ocasiones en mi vida experimenté la manera inmediata en que, tras unos tiempos de caos, tras épocas feas y violentas, el cine cobra una importancia decisiva, ayudando a las personas a hablar sobre su situación y a reencontrarse consigo mismas. Los duros años posteriores a la guerra

fueron soportados por muchos con rabia, pero también con paciencia y disposición a ayudar, y esas primeras películas lo reflejaban, aunque sin pretender ocultar que los asesinos estaban aún entre nosotros ni que muchas personas de la época anterior no se habían mostrado a la altura de esos tiempos, ya fuese porque estaban demasiado viejas, demasiado enfermas, demasiado solas o, simplemente, demasiado heridas en sus sentimientos.

Te escribo hoy con tal profusión acerca del cine, querida Mathilda, porque precisamente ayer, con motivo de la boda de Iris y Stephan, volví a ver la película que Rejlander rodó con ellos y tu padre hace dos años en Escocia. Me sentí orgulloso, como siempre, pero siguió molestándome el nombre: «John Parrock». Es verdad que hace ya tiempo que he comprendido que los nombres de los actores han de ser fáciles de retener, especialmente para los estadounidenses. La película es muy buena, me ha gustado: no es demasiado pomposa ni demasiado frenética. Sus retratos son buenos. Después de la boda, hubo fiesta hasta el amanecer, y yo estuve muy animado, mientras que otra gente con la mitad de mi edad estaba ya en la cama. Bailé muchísimo, sobre todo con Rejlander. Hoy en día, poca gente baila, tal vez en tu época eso vuelva a ser distinto. La mayoría se dedica a comer, beber y discutir. Creo que Rejlander pretendía demostrar de manera consciente que prefería bailar con un hombre de ciento ocho años a pasar la noche entera hablando con unos gigantes sentados, parecidos a estatuas de hierro, que, de todos modos, dicen le siempre lo mismo: que su película es estupenda. Hace tiempo que ha coleccionado todos los «estupendos» que necesitaba, por eso adora el tango tanto como lo adoro yo.

Ya de madrugada, nosotros también discutimos un poco, y todo porque Iris dijo que el cine era un acto de magia. Para magos auténticos, eso significa cierta provocación, de modo que Rejlander y yo nos miramos y esbozamos una sonrisa. Ella, por cierto, también puede leer los pensamientos y, como yo

me di cuenta, apliqué por si acaso el antídoto, porque no es necesario que sepa de inmediato con exactitud todo lo que puedo imaginarme haciendo con ella. Aunque es probable que ya lo haya adivinado.

Éramos un grupito pequeño del que, aparte de nosotros dos, también formaba parte la gente de maquillaje y de sonido, es decir, Iris y Stephan, y también el autor del libro que sirvió de base al guion, Waldemar III, mi querido ayudante de 1972 a 1983. Tal vez llegues a conocerlo, porque tiene más o menos la edad de tu tía Carola. Mi hijo se había marchado ya hacía tiempo, pero Waldemar IV, por supuesto, se mantuvo con nosotros. Él es mi actual Waldemar. Para él estaba vedada la bebida, ya que luego tenía que llevarme en coche hasta casa, pero participó apasionadamente de nuestra conversación. Adora y conoce infinidad de películas, pues hemos estado a menudo juntos en el cine. Es tal vez el mejor acompañante que he tenido nunca, aunque jamás olvidaré a Waldemar I, mi leal sirviente y camarada en los tiempos en que vivimos en Gebhardswalde.

¿El cine como magia? En ese tema no llegamos a ninguna conclusión, claro está, mucho menos a una hora tan poco apropiada para el análisis como lo son las cuatro de la madrugada. Stephan dijo que una buena película podía leer los pensamientos y los sueños del espectador, cosa que todos, menos Iris, consideraron una soberana tontería. Tal vez ese sea el sueño de los redactores de la televisión, dijo el actual Waldemar. Una película solo puede ser buena cuando ella misma es un sueño y se mantiene fiel a eso. Además, no existía eso que llamaban «el espectador».

–Si los sueños no fueran tan caóticos, y si uno pudiera filmarlos de inmediato cuando surgen en la cabeza –intervino Rejlander–, podrían convertirse en la película de autor ideal, sobre todo –añadió, mirando esta vez a Waldemar III– sin la intromisión de otro tipo de autores.

Cuando yo era niño, tuve una vez un sueño lleno de combates e intrigas, de peligros y hazañas heroicas, una mezcla de *Los tres mosqueteros* y la Revolución francesa. Cuando sonó el despertador, me desperté, desayuné y me fui a la escuela; luego regresé, tomé el almuerzo, me tumbé en la cama y recé: «¡Dios mío querido, muéstrame otra vez a esos franceses!». Por desgracia, los franceses no volvieron, y mi siguiente sueño fue una chiquillada relacionada con la escuela. Sí, ese sería un truco de magia que me gustaría aprender en mi vejez: cómo seguir soñando un sueño interesante que se ha interrumpido. Tal vez sería hasta de provecho cuando llega la hora de morir.

Resulta difícil decir cuándo acaban los años en una posguerra. Vistos desde una perspectiva lógica, estos jamás acaban. Solo es una cuestión del sentimiento volver a hablar de una época de entreguerras o de preguerra. En cambio, existe una fecha para marcar el año 1948 como fin de la posguerra inmediata: el día que se introdujo la nueva moneda, el nuevo marco. Eso cambió la vida de forma muy clara. De ello te hablaré cuando me refiera al arte de hacer dinero. Poco a poco, antes incluso de esa fecha, se estaba produciendo la llamada reconstrucción, para lo cual fue necesario desplegar una gran maniobra de derribos y limpieza. A nadie le interesó saber si los que trabajaron en esas labores habían llevado uniformes y qué tipo de uniformes eran.

Aquí me veo obligado a contarte la historia de Ham-Ham-Ham: después de que su maestro se marchara, los tres adoptaron nombres nuevos. Empezaron a llamarse Klein, Kurz y Wischermann. Wischermann tomó derroteros propios y desapareció en algún sitio; los otros fundaron la empresa de derribos Kurz & Klein GmbH, que algunos llamaban, a modo de broma, Destrozos y Demoliciones «Gamberralia». Debieron de ganar mucho dinero.

Schneidebein, su antiguo maestro y empleador, no era por esa época – como luego oí decir– el dueño de una plantación en Sudamérica, sino que trabajaba bajo nombre falso en Eisenhüttenstadt.

NOVENA CARTA

Hacer dinero

Enero de 2015

Babenzeller no había querido decirme dónde vivía, pero cuando vino a visitarnos, en la primavera de 1948, se le escapó, durante una digresión en torno al tema de la alimentación en las escuelas, la siguiente frase:

–¡Pues ahí seguimos, en Traunstein!

Pensé entonces: «¡Tan cerca de Wasserburg y el hombre me lo ha estado ocultando!».

Como él podía leer lo que yo estaba pensando, soltó una risita y dijo:

–¡Bien, pues venga entonces a visitarme! Pero no por las mañanas, a esa hora doy clases.

Conque daba clases. ¿Acaso como profesor de instituto? Sentí muchísima curiosidad:

–¿Qué enseña, lenguas antiguas, educación física?

–Se lo diré cuando venga de visita.

¿Acaso le avergonzaba la materia que impartía? ¿Daba clases de arte, tal vez? ¿De lengua? Probablemente fuera esto último, porque cambió de tema y se puso a hablar de la reforma monetaria, que estaba al caer tarde o temprano. Pronto habría billetes con poder adquisitivo. Me preguntó si ya estaba preparado para la magia del dinero; si no era así, él podía instruirme.

Ya en mí se habían manifestado los primeros síntomas; en Emma todavía no. Cuando el arte de hacer dinero se anuncia, uno empieza a experimentar situaciones algo raras con el papel, sobre todo en cierto lugar solitario. Por entonces apenas había papel de váter, sino solo páginas de periódicos recortadas que uno ensartaba en un clavo en pequeños fajos. La mayoría de las veces uno leía los recortes antes de usarlos, y se topaba en ellos con algunas noticias que se le habían escapado. En una de esas ocasiones sentí de repente como si, en lugar de la incompleta crítica de una película, sostuviese en la mano un billete de banco; al menos, durante un instante, el tacto del papel me lo recordó.

Se lo conté a Babenzeller, y él asintió, satisfecho.

–Ya veo que existe el potencial. En fin, ¿le apetece que le enseñe?

Resumiendo: en menos de un día Babenzeller me enseñó cómo fabricar dinero: dinero auténtico, se entiende. Existe un motivo para que un mago no aprenda ese arte desde sus años jóvenes: transformarse uno mismo resulta relativamente fácil, pero es mucho más difícil hacer de una cosa otra. Un ejemplo: cuando tengas veinticinco años y hayas aprendido el arte de la autometamorfosis y de la miniaturización, es posible que puedas transformarte en un billete de banco. Como tal, puedes dejarte olvidada sobre una mesa: el camarero vendrá, lo verá, creerá que te has marchado y te meterá en su billetera, de donde te verás obligada a salir luego cuando nadie pueda verte, lo cual puede ser un problema. En el peor de los casos, permanecerás encerrada de un modo humillante, durante varias horas, en una estrecha billetera guardada en un bolsillo posterior. En un caso como este, se añade el punto de vista de lo justo: tú le ocasionas un perjuicio a un camarero que trabaja duro, porque él te echará muchísimo de menos cuando le toque hacer caja. Yo lo hice solo una vez, en Múnich, en 1946, después de haber estado en el cine. Comí bien, pero luego me sentí bastante avergonzado.

En cuanto aprendes a transformar unas cosas en otras con más o menos el mismo tamaño, podrás hacer dinero. Pero resulta mucho más bonito cuando con ese dinero puedes comprarte algo. Por aquella época, los comerciantes apenas ofrecían nada digno de mención a cambio del antiguo marco del Reich, por eso mi nuevo truco no arrojó un provecho inmediato. Todavía era preciso imponerse en el mercado negro. Salíamos adelante con los trucos de Emma en relación con la ropa y la sastrería, con mi destiladora ilegal y con alguna que otra reparación de un viejo aparato de radio o de un acumulador de emergencia. Pero el mercado negro requería mucha paciencia y cuidado: podían pillarlo a uno.

Tras la reforma monetaria, se pagaron cuarenta marcos por persona a todos los habitantes de la Alemania Occidental, y tras un tiempo que pasé estudiando al detalle los billetes y las monedas obtenidas, conseguí destilar una pequeña fortuna con las tablas de color arrancadas de la Gran Enciclopedia Brockhaus. Fue muy útil para mí, en calidad de comerciante, poder fabricar calderilla a partir de cualquier puñado de gravilla. Lo hice sin remordimientos, porque el perjuicio era para un Estado que todavía ni existía. Por otro lado, estaba seguro de que otros magos estaban haciendo lo mismo. De todos modos, es mejor que lo diga ahora: yo conocía, en efecto, a algunos magos acaudalados, pero entre ellos había pocos millonarios, por no hablar ya de multimillonarios. Por lo general, no solemos acaparar grandes fortunas de capital, porque lidiar con ellas resulta sumamente aburrido. La vida está llena de magia y es demasiado corta. ¡Y eso te lo digo yo, que ya tengo ciento nueve años! Resulta un desperdicio de tiempo y de vida sacrificar más de una hora a la semana por asuntos de dinero.

Durante los primeros años de la posguerra la gente también intentaba acceder al dinero de alguna manera. No era que este hubiera dejado de tener valor; muchos jugaban a la lotería o invertían en apuestas de fútbol. Supongo

que a los magos experimentados les resulta posible influir en el desenlace de los partidos de fútbol. Sin embargo, eso no era para mí, porque adoro ese deporte. En lo que a la lotería respecta, soy un poco supersticioso. Quizás uno pueda, mediante la magia, sacar las bolas con los números de acuerdo con una secuencia, es decir, conseguir extraer con precisión las seis cifras que uno ha jugado. Pero una ganancia de millones consume demasiado las reservas de dicha personal, y un mago necesita esas reservas. Un premio gordo, no importa de qué modo se haya conseguido, es solo un acontecimiento después de haber pasado años teniendo mala suerte, así que ¡mejor saca las manos de ese asunto! Y, si quieres ampliar a toda costa ese truco, date por satisfecha con cuatro números correctos. ¡A lo sumo cinco! Por el contrario, resulta menos problemático si te dedicas a jugar como una persona normal. En ese caso, no deberías pagar tu apuesta con billetes mágicos, yo lo hice alguna que otra vez y luego no gané nada, aunque el dinero era auténtico. ¡El dinero mágico no es dinero falso! Sin embargo, hay que decir que los billetes así fabricados no duran eternamente. Yo no lo supe durante mucho tiempo, pero de ese problema te hablaré más adelante, porque no debemos perderlo de vista.

El nuevo marco cambió mucho la vida, y no solo para los magos del dinero. De repente, podía comprarse de todo, al menos todo lo que hasta entonces había sido guardado en sótanos y trastiendas. Nuestra tienda de electricidad empezó a marchar mejor, y eso me alegró, claro, a pesar de que ello puso fin a la creatividad que genera la penuria. Cuando, un año después, las zonas de ocupación de la parte occidental se convirtieron en un auténtico Estado, con elecciones libres, la gente se ocupó menos de esto último que del tema de la libre economía. A mí me interesaba. Recordaba que Schlosseck no creía en la bondad de los Estados: una flagrante contradicción suya con la bandera de

guerra del Reich que solía izar en su asta. Pero él era una especie de patriota trágico, un desdichado amante del anterior Imperio alemán, el de los Guillermo. En ese sentido, yo pensaba de otro modo, era un técnico: para mí un Estado era digno de confianza cuando estaba estructurado sobre la base de la razón, cuando sus componentes aislados tenían suficiente radio de acción para evitar las pérdidas por fricción y sobrecalentamiento. Me parecía que ese era entonces el caso, así que me hice un patriota constitucionalista, lo cual significa de manera automática que desconfío, hasta hoy, de cualquier político que pretenda cambiar la Constitución.

Emma y yo teníamos ahora mucho más tiempo para nosotros y para los niños, y yo volví a trazarme grandes planes: quería, por fin, presentar mis inventos en la Oficina de Patentes, que volvía a existir en Alemania, con sede en Múnich, incluso. ¡Y de nuevo quise intentar fundar una asociación de magos, con Babenzeller como presidente ejecutivo! Me parecía que nosotros, los magos, debíamos ponernos a meditar sobre las maneras de ayudar a la nueva democracia.

Saqué entonces la dirección en Traunstein que Babenzeller me había dado, pero la letra del papel había desaparecido. Comprendí que no le apetecía que lo visitaran. Nunca volví a conocer a otro mago tan firmemente resuelto a permanecer solo e inaccesible. Ello alimentaba también su mala fama, porque así son las cosas: quien no quiere participar del juego se busca enemigos, y a esa persona se le atribuyen todas las fechorías imaginables. Yo sabía que Babenzeller no solo era un gran profesional, sino que no era en absoluto malvado, y conseguí convencer de eso a algunos colegas.

Emprendí entonces el vuelo a Traunstein a través de un paisaje totalmente nevado, y encontré a Babenzeller más pronto de lo que esperaba. Había en aquel lugar varios institutos, pero no fue difícil encontrar a un maestro a

cuyas preguntas todos los alumnos respondieran a la vez, debido a su bizquera. Cuando estuve delante de la puerta de su casa, temí que reaccionase de un modo airado, pero, para mi alivio, se alegró de verme. Bajo el temprano sol de la tarde, nos acomodamos en su balcón, desde donde podía verse aquella pequeña ciudad hasta más allá del ferrocarril, una ciudad muy bonita, llena de gorritos de nieve sobre los tejados.

–Podríamos ir a comer allí, donde se ve aquella terraza –dijo Babenzeller–, pero no en la terraza misma, que debe de estar cubierta de nieve. Traunstein es, en general, un agujero nevado. Sobre la ciudad recae toda la magnificencia que en realidad corresponde a la alta montaña. Y en la escuela abundan los «días libres por nieve», o bien los chicos de fuera no aparecen, porque sus autobuses no consiguen llegar.

Cosa, esta última, que Babenzeller no parecía lamentar demasiado.

Yo todavía intentaba adivinar la materia que impartiría, y tenía intenciones de preguntárselo de una vez, pero había algo que me bloqueaba: en realidad él no parecía interesado en que yo lo supiera.

Tampoco quería participar en mi asociación de magos.

–¡No, es preciso discriminar muy bien entre un mago y un político! Un político no puede hacer magia, y los magos no pueden hacer política. Nosotros no podemos plantarnos ante el pueblo y decirle: «Cuando estemos en el gobierno, ya no tendréis que pagar impuestos, nosotros mismos haremos el dinero».

–Pero sí que podemos ponernos de acuerdo para hacerles la vida difícil a los enemigos de la libertad.

–Eso puede hacerlo por su cuenta cualquiera de nosotros. ¡No hace falta una asociación, con estatutos y elecciones de la junta directiva!

–Pero es importante conversar. Por ejemplo, sobre nuestra postura en relación con el desarrollo, especialmente el tecnológico, que deberíamos

controlar. De lo contrario, tarde o temprano acabará copiando a la magia y sustituyéndola. Pienso en el arte de leer los pensamientos, por ejemplo, y en muchas otras cosas.

–Bueno, pues en ese caso, así será. Yo solo puedo hablar por mí, y cuando esté muerto, el mundo ya no me interesará demasiado.

–¿No tiene usted hijos?

–No.

Preferí no decir nada acerca de eso. Nos fuimos a comer a la ciudad y hablamos de Schneidebein. Este estaba entonces al otro lado del Telón de Acero, trabajaba para los servicios de inteligencia y se lo consideraba incluso un tipo fiable, porque, dos semanas antes de que terminara la guerra, se había pronunciado en favor de un acuerdo de paz y lo habían encarcelado por traidor. Ahora tenía otro cargo y alardeaba de haber luchado en la resistencia.

–Una vez más, cree llevar las riendas de algo, pero es él quien es llevado por las riendas –dijo Babenzeller–. Los magos que se ponen en manos del Estado son siempre sobornables. Pero él no aprende.

–Tal vez no quiere aprender.

–Se fija demasiado en lo externo. Le basta con la fachada. Pero por eso es capaz de caminar sobre cadáveres.

Coincidimos en que el Telón de Acero, si era capaz de quitarnos de encima a hombres como Schneidebein, no solo tenía consecuencias negativas. Por último, supe lo más importante: en cuanto acabó la guerra, Babenzeller se había agenciado un camión y había llevado a Austria toda la sección de libros de cocina de la biblioteca de San Policarpo o, más exactamente, la había trasladado a un sótano secreto en Längberg, en una colina boscosa en la región del Tirol, donde se alzaban las ruinas de un castillo y un palacete, todo muy cerca de la frontera con Alemania, en Kufstein. Por lo que me dijo, los libros estaban en unas estanterías en toda regla, había mesas de lectura, pero

por ahora todo estaba protegido por un sortilegio mágico. Dado que él no era la persona apropiada, yo mismo podría ocuparme del asunto y despertar entre la mayor cantidad de magos posible el entusiasmo por esa biblioteca. Prometí hacerlo.

Luego volé de regreso a casa, pero lleno de sentimientos contrapuestos. Acababa de encontrarme con uno de los más grandes magos, un hombre con muchas horas de vuelo, afincado también, en cierto modo, en el suelo de la Constitución, un hombre que acababa de cumplir sesenta años y decía cosas como: «¿Qué me importa a mí el mundo después de mi muerte?». Así es, Mathilda: no debemos dejar a los viejos en su cómoda posición; de lo contrario, no nos servirán de nada las más caras escuelas; el futuro, sin los mayores, no tiene ninguna oportunidad. Aquel día yo debí agarrar a Babenzeller por los hombros y darle una buena sacudida, pero, de haberlo hecho, tal vez él se hubiese transformado, y yo habría tenido que desistir rápidamente. ¿De qué sirve darle sacudidas a un rinoceronte o a un elefante? Decidí entonces fundar sin él mi asociación de magos. Tal vez un día nos visitara, aunque solo fuera para divertirse un poco. En ese caso le revelaría que había sido elegido presidente, y trataría de pillarlo a través de su sentido del honor.

En una ocasión volé por encima de las fronteras de las zonas para ver de nuevo Gebhardswalde. El pastor Schnabel había muerto, lo habían fusilado en los últimos días de aquel gobierno controlado por la pandilla de los del brazo en alto, y todo porque un perro descubrió el escondite de las personas que él protegía. Todavía estaba el sacristán que me había reemplazado, pero, en realidad, no era más que el secretario de un grupo local que era solo la variante democristiana del partido comunista. Le pedí que me dejara tocar el órgano, pero lo habían desarmado en piezas. Abatido, busqué por lo menos el sitio donde crecían las setas y en el que habíamos recolectado una buena

cosecha durante la época en que arrestaron a Waldemar I. Aquella zona del bosque pertenecía ahora a un campo de entrenamiento para los soldados de las fuerzas de ocupación, de modo que ya no prosperaban ni las setas. Partí entonces hacia Berlín e intenté encontrar a Kusenbergl, pero me dijeron que ahora vivía en Hamburgo.

Pensé en mudarme. ¿Tal vez a Berlín Occidental, a América? ¿Cuál era la otra opción, envejecer en Wasserburg? Tenía que hablar con Emma al respecto. Wasserburg solo había sido un lugar de alojamiento temporal. Si queríamos marcharnos, podíamos hacerlo.

Pero estaban los niños, que iban allí a la escuela y tenían muchos amigos. Y había inventos que comercializar: el sincronizador capaz de controlar varios ángulos giratorios; la observación por satélite de la Tierra, y otra cosa más que se le había añadido: durante la guerra había estado pensando en lo fácil que era localizar los aviones o los barcos cuando sus frecuencias de transmisión se mantuvieran invariables durante mucho tiempo. Por supuesto, los emisores y los receptores podían ponerse de acuerdo para usar otras frecuencias, pero no la frecuencia conocida por el enemigo, que la sintonizaría de inmediato. Mi invento, pues, consistía en que tanto el emisor como el receptor usaran unos relojes sincronizados con exactitud de centésimas de segundo. A ellos acoplados habría unas cintas perforadas encargadas de que la frecuencia común variara cada dos segundos, con lo cual nadie tendría que ajustar a cada rato el mecanismo de forma manual. Aquel fue el nacimiento de un tipo de seguridad antiescuchas más efectivo que cualquier codificación: en algún momento uno puede descifrar lo que escucha, pero resulta imposible hacerlo cuando no se escucha nada.

Pasé semanas escribiendo y haciendo bocetos, y lo envié todo a Múnich, al Museo Alemán, donde radicaba entonces la Oficina de Patentes. Hicieron

comprobaciones que tardaron una eternidad, pero al final me concedieron una cita.

Allí me encontré con un melancólico compasivo que, en vistas de lo difícil que le resultaba destruir mis sueños, no vio otra salida que fumarse un cigarrillo.

–Mire usted: hace ya cinco años que ha terminado la guerra –dijo–. Pero ¡constantemente vienen a vernos personas que todavía pretenden ganarla! Si se nos hubiera presentado con esto en 1944...

Al parecer, la cara me cambió visiblemente de color; el hombre se dio cuenta y también se puso colorado.

–¡Bueno, no me entienda usted mal!

Tampoco eso pude soportarlo. Todo el tiempo uno se tropezaba con personas que decían algo y que, al instante, te pedían que no las entendieras mal. Le dije a aquel tipo que no había tenido ni la oportunidad ni la intención de poner mi invento a disposición de una dictadura. Además, inmediatamente después de la guerra, todas las patentes alemanas habían sido requisadas por los Aliados, y ese era el motivo por el que había tenido que esperar. En general, le dije, mis inventos no solo eran geniales, sino que podían aprovecharse también en tiempos de paz. En realidad, me asustó un poco mi propia actitud: había alzado mucho la voz. Lo hice con toda la razón del mundo, pues hoy sé que, sin esa idea básica, la de mi invento, no habría hoy una red de teléfonos inalámbricos que funcionase: en general, no existirían la mayoría de las cosas que conocemos en el mundo digital, aunque para ello, claro está, no se necesitan ya las cintas perforadas. Pero ¡la mía fue la idea básica!

Creo que las Oficinas de Patentes son sitios muy interesantes donde observar y escuchar la vida. Si se instalaran en ellas micrófonos y grabadoras, se obtendría al momento una monumental y aleccionadora pieza teatral

radiada sobre la lucha entre el intelecto y el descreimiento. Aquel funcionario de la Oficina de Patentes tuvo suerte de que yo, por principio, no pudiera estrangular a los melancólicos. Además, por esa época yo era, más que nunca, uno de ellos: porque resultaba que todo, absolutamente todo lo que yo había desarrollado, había sido ya inventado y registrado, no hacía mucho tiempo, por otros. Y aquel hombre me lo mostró. La idea del cambio de frecuencias mediante tarjetas perforadas se le había ocurrido a una estadounidense de origen austriaco, si bien ella había estado pensando en torpedos teledirigidos, cuyo rumbo el enemigo habría podido desviar ligeramente de haber averiguado la frecuencia. Con su invento, la *frequency hopping*, el torpedo mantenía su rumbo, imperturbable, hasta acertar en el blanco. Aquella mujer era una estrella de Hollywood, dijo el funcionario, y se la consideraba la mujer más bella del mundo. Sin embargo, eso no me sirvió de consuelo en aquel momento.

Alcé el mentón y dije:

—¿Necesita dinero? He inventado una manera de hacer dinero. Usted no entendería el procedimiento, por eso no se lo muestro.

El melancólico echó mano de su paquete de cigarrillos; yo me despedí y me marché.

Mi futuro pareció entonces empezar a pertrecharse para florecer en otro lugar: Jakob vino a visitarme a Wasserburg acompañado de un hombre que nunca se quitaba las gafas de sol, un tal doctor Schneider. Llegaron en un cochazo, tan grande que apenas pudieron aparcarlo delante de nuestra puerta. El doctor Schneider se comió la tarta casi él solo y bebió cantidades increíbles de café de achicoria. Jakob se mantuvo más bien a distancia, pero ambos fumaron tanto que ni siquiera pudimos abrir las ventanas, pues no logramos encontrarlas en medio de la humareda. Sin embargo, lo que dijo el hombre de las gafas de sol sonó tentador. Parecía haber oído hablar de mis

inventos –cosa que me asombró– y también parecía tener mucha fe en mí, lo que me alegró. Desde el principio se dirigió a mí con el apelativo de «ingeniero».

Al doctor Schneider le preocupaban mucho la joven democracia y los peligros que la amenazaban desde el Este.

Jakob asintió.

–Tenemos que colaborar con todos aquellos capaces de contrarrestar ese peligro.

Por su parte, el doctor Schneider mencionó lo lamentable que le parecía que mis inventos no encontrasen aceptación por vías normales, siendo inscritos en la Oficina de Patentes y luego comercializados, pero ahora era preciso mirar hacia delante. Yo, como persona, era más interesante que mis solicitudes de patente. Y entonces me preguntó si me veía trabajando como asesor de innovaciones tecnológicas en la oficina que él había creado, cuyo nombre era A. A. O. Se trabajaba en una localidad de la Alta Baviera, con buen tiempo y vistas a la montaña.

–¿Qué significa A. A. O., doctor Schneidebein? –pregunté yo, mordiéndome los labios al hacerlo. ¡Qué equivocación tan curiosa!

–Me llamo Schneider, simplemente doctor Schneider –dijo el hombre tras un momento de susto–. A. A. O. es la abreviatura de *Abwehramt Ost*, la oficina de Inteligencia especializada en combatir al bloque Este. Pero eso, por ahora, debe quedar entre nosotros. Trabajamos tanto con el Gobierno como con los estadounidenses.

Jakob asintió con cautela.

–Yo siento muchas simpatías por la democracia –respondí–, y sería un honor para mí ayudarles. Sobre todo, para combatir a esos adeptos a la locura que existen siempre en todas partes.

El doctor Schneider asintió lentamente, con gravedad:

–Por supuesto, y eso no lo perdemos de vista. Una vigilancia de calidad puede ver todo cuanto se mueve. Tenga. Léaselo detenidamente antes de firmar. ¡Tómese su tiempo!

En ese momento oímos, en la planta de arriba, el golpe seco de algo que caía al suelo. Y, acto seguido, un segundo golpe. Emma corrió escaleras arriba y regresó al cabo de pocos minutos. Mientras tanto, los golpes habían seguido sonando. Emma me dijo:

–Tienes que venir. Titus se cae al suelo constantemente y tiene una bizquera que da miedo, debe de haberse dado algún golpe en la cabeza.

–Pero ¿no estaba practicando el senderismo con su clase?

–Pues no.

Me disculpé con aquellos caballeros y acompañé a Emma a la planta de arriba. Titus estaba practicando una modalidad del yudo con voltereta. Los ojos le bizqueaban mucho hacia fuera y llevaba unos pantalones de pana que yo nunca le había visto. Yo me olí algo, y Emma hizo intentos por reprimir una risotada que se habría oído en la planta baja. Jadeando, Titus nos dio una explicación:

–Eso fue un Yoko-ukemi, una caída de costado por la derecha. Y esto...

¡Pam!

–... esto fue un Ushiro-ukemi. Y la caída hacia el frente...

¡Pam!

–... es un Mae-ukemi.

–Pero ¿hace falta hacer tanto ruido para eso? ¡Me lo imagino todo de un modo más suave y silencioso, señor Babenzeller!

El maestro recuperó su aspecto original, cosa que le agradecí, pues quería a mi hijo sin estrabismo ni pantalones de pana.

–Hubo un tiempo en que tuve el cinturón negro, pero llevo muchos años sin practicar.

–¿Es usted maestro de deporte?

–No exactamente. Pero combatí en peleas de yudo, en 1934 estuve incluso en los campeonatos de Europa celebrados en Dresde.

–¿Y a qué se debe que venga a practicarlo ahora a nuestra casa, adoptando la figura de nuestro hijo Titus?

–Para evitar lo peor. ¡Pahroc, no entre usted en ese departamento, el A. A. O.! No firme nada, búsqese algún pretexto ante el tal Schneider, no diga ni que sí ni que no. ¡O mejor, no diga absolutamente nada!

–Pero ¿por qué?

–¡No estará usted allí contento con su vida! Tendrá que colaborar justamente con las personas de las que pretende defender su democracia. Además, Schneider sabe que usted es mago. Como técnico, usted le importa un comino, lo que quiere es chantajearlo para que haga magia para él y vigile a otras personas. ¡Y ya puede ir olvidándose de sus inventos!

–¿Cómo sabe él que...?

–¡Lo sabe por Schneidebein! Estos tipos de los servicios secretos colaboran entre sí, aunque pertenezcan a potencias enemigas. Los dos se conocen, seguramente, de la época de la Gran Alemania.

–¡Y yo, por descuido, lo he llamado doctor Schneidebein!

–¿Y qué ha pasado? ¿No se ha alarmado?

–Sí que se ha alarmado.

–Bueno, pues ahora baje y dígame que su hijo anda con penas de amores y no para de tirarse al suelo. Posponga la conversación y acompañe a esos dos señores hasta la puerta. Créame, es lo mejor.

Le creí. Los señores mostraron comprensión por el asunto y emprendieron el camino de regreso. Luego yo me quedé un rato charlando con Babenzeller en la cocina, ya que el salón estaba siendo aireado.

–¿Por qué pretendía colaborar con esa gente? –preguntó.

–Puedo concebir la colaboración con un Estado que luche contra el poder absoluto de ese propio Estado.

–Tal cosa no existe. Eso es idealismo. O algo todavía peor: es ilógico.

Preferimos hablar un rato más acerca de tecnología, que era el tema en el que más coincidíamos. Ambos amábamos los coches. Existían aún algunos viejos vehículos precariamente reparados que habían sobrevivido a las bombas. Estaba también la nueva versión de un cochecito que la dictadura había planeado como «coche para el pueblo» y cuya fabricación los Aliados permitieron solo porque, desde el punto de vista técnico, no era más que un mal chiste. Estaban, además, los cochazos, y un par de joyas alemanas como el Borgward Hansa. Los sueños de todos estaban dominados por los coches, también los de Babenzeller y los míos. Estuvimos meditando sobre los motivos de esa obsesión.

En el auto predomina la guía única de una sola persona, la que se sienta detrás del volante. Todos los pasajeros miran en una misma dirección. En los asientos delanteros charlan los padres, y del asiento trasero llegan las preguntas de los hijos. Durante un viaje de ida y vuelta al lago de Garda se tratan todos los temas pendientes en una familia. ¿Qué más se puede pedir? Un auto es el orden vital perfecto para una pequeña familia, con una distribución también perfecta de los asientos; dentro de un coche, el mundo se mantiene en orden y, al mismo tiempo, se halla en rápido movimiento. Nunca ha habido nada mejor, ni antes ni ahora. De ahí el sueño. Y el número de coches crecía entonces de manera vertiginosa.

–Pero ¡están los accidentes! –dijo Babenzeller–. Pretenden hasta talar los árboles a ambos lados de las carreteras para que no les salgan al paso a los conductores borrachos.

–Bueno, los pasajeros deberían protegerse con un cinturón que les deje cierto margen de movimiento, pero que los mantenga bien atados si el coche

llegara a chocar con algún obstáculo –respondí yo.

–¡Vaya, eso debería registrarlo en la Oficina de Patentes! –exclamó Babenzeller.

Lo intenté, pero el resultado, como era ya costumbre, fue melancólico.

Los niños nos proporcionaban grandes alegrías, incluso los que por esa fecha ya no eran niños: Félix había aprobado su examen de bachillerato y estaba estudiando en Múnich Lenguas Clásicas e Historia Antigua, aunque yo me lo imaginaba como inventor. Él mismo solía decir que si existiese una materia como «Historia de la Técnica» él llegaría muy lejos en ella. Le aconsejé que la creara. Sin embargo, en lo que mayor ahínco mostró fue en fundar una familia. Cuando nos presentó a una bella compañera de la universidad, esta ya estaba embarazada. No obstante, la chica nos cayó muy bien. Pero un matrimonio de estudiantes con hijo no era nada agradable en aquella ciudad todavía en ruinas, donde se vivía con muchas estrecheces. Yo hice de tripas corazón, me saqué de la manga el dinero necesario y me inventé algo acerca de una pequeña herencia recibida de un tío indio en Nevada que había encontrado una veta de oro. Gracias a ello, pronto apareció un espacioso apartamento en Schwabing en el que tuvieron lugar legendarias fiestas de carnaval. Nosotros no teníamos nada en contra, así que Emma y yo íbamos a veces a bailar con ellos.

Fee tenía cierta inclinación a las penas de amor. O mejor dicho: sentía inclinación por hombres que se las proporcionaban. En eso nosotros apenas podíamos intervenir, pues todo dependía de la química. Tal vez dependiera un poco también de su materia de estudios: Química. Emma le aconsejó que buscara a alguien que se moviera fuera de su ramo profesional.

Titus tenía muchos problemas en la escuela, aunque en él todo estaba bien. Quizás, en un aspecto, había algo demasiado bien: era orgulloso y tenía una

visión muy sensible de la justicia. Algunos maestros, cuya juventud tal vez había quedado marcada por infinidad de vejaciones, creían firmemente en que a los alumnos les venía bien, de vez en cuando, sufrir algún tipo de humillación. Titus podía ser un auténtico camorrista cuando alguno de sus compañeros lo enfadaba. Contra los maestros eso no servía de nada, por desgracia. Dos o tres pedagogos bastan para que una escuela entera aprenda lo que es el odio, y esos fueron los tiranos, precisamente, que el destino le deparó a Titus cada vez que repetía curso. Yo repasé todas las artes de magia que podrían servir en ese caso, pero solo había una capaz de poner fin de manera fiable a aquella angustia: me saqué de la manga otra herencia y mandé a Titus a un internado en las montañas. Aunque siempre prefirió escalar o esquiar en lugar de hacer los deberes, no volvió a suspender, y al final aprobó su examen de ingreso en la universidad.

En cuanto a Carola: se volvió una chica muy guapa e inteligente, y acabó siendo redactora. Una lástima que ya no tengas la oportunidad de hablar con ella, pues en estos momentos está muy enferma.

Un buen día, hacia finales de 1953, llamó a nuestra puerta un anciano con una nariz enorme: ¡era el *connétable*! ¡Sí, Lesdiguières en persona! Tenía el pelo blanco como la nieve y había adelgazado y envejecido mucho, cosa que puede suceder cuando uno alcanza los noventa años. Nos alegramos muchísimo de verlo, Emma le plantó un beso en la mejilla, y hasta yo lo hice, para mi asombro. Los niños lo adoraron al momento, les pareció que ese debía de ser el aspecto del bienamado Dios. Lesdiguières nos preguntó si teníamos problemas financieros. De ser así, quería enseñarnos a nosotros y a Gnadl cómo fabricar billetes de banco. Le dijimos que ya conocíamos el truco, al que debíamos mucho. No obstante, invitamos a Gnadl y pasamos una tarde muy placentera. Como el *connétable* no toleraba el café,

calentamos el samovar y servimos té, y entonces aquel anciano caballero nos contó todo lo que había vivido durante la guerra. Era como una novela de aventuras de Alejandro Dumas el Jovencísimo: en todos los sitios donde la ocupación alemana les amargó la risa a los franceses, Lesdiguières tuvo que intervenir. En la *Résistance* hubo infinidad de héroes, pero solo un maestro de magos. En sus viejos tiempos ya había aprendido a hablar bien el alemán, así que exploró los cuarteles del enemigo, liberó y ocultó prisioneros, salvó un montón de obras de arte trabajando como conductor de locomotoras y proporcionó armas. Entraba y salía de las oficinas del comandante de la ciudad de París –¡en modo invisible, claro!–, y lo obligó a oír voces durante tanto tiempo que este renunció a quemar la ciudad. En ocasiones dejó a un lado incluso la magia para luchar como un caballero normal.

Él, por cierto, no pertenecía a la aristocracia. Ni siquiera estaba emparentado, por algún desliz erótico, con François de Bonne, duc de Lesdiguières, último *connétable* de Francia; no había entre sus ancestros ninguna rolliza campesina, nadie. Pero consideró que era oportuno reavivar un título y un nombre que habían existido hasta 1626, pues era una pena que se perdieran.

También se interesó por nuestro samovar, así que le contamos la historia de Serguéi, a quien pretendíamos devolverle aquella magnífica pieza en algún momento, razón por la cual todavía lo conservábamos; de lo contrario, haría tiempo que lo habríamos canjeado por alguna hogaza de pan, una barra de mantequilla, algo de harina o algún jamón. Suponíamos que Serguéi vivía en algún lugar de Francia, y el *connétable* se brindó amablemente a encontrarlo.

Luego partió, y al cabo de una semana nos escribió una carta en la que nos decía que Serguéi, en efecto, estaba en París, donde era compositor de óperas. Nos pusimos en camino. Fue un viaje estupendo, y también nuestro último viaje al extranjero. Emma, yo y el samovar pasamos un día entero en el tren,

ya que resultaba bastante difícil volar con aquel pesado aparato de latón. Serguéi se sintió muy feliz de recuperar su samovar y de vernos otra vez, y pronto estábamos en torno a una mesa, tomando primero té y luego vino tinto. El anfitrión interpretó para nosotros, al piano, una ópera entera, y cantó a la par algo confuso. Los compositores siempre canturrean cosas confusas.

Nuestra alegría fue en aumento con cada hora que pasaba, y hablamos de todos los que habían estado presentes en aquella velada de baile en el Bürgerpark de Pankow: Jakob, Alissa y, ya pasada la medianoche, también de Schneidebein. Habían transcurrido veinte años desde aquel encuentro en el parque de Pankow, y Serguéi, al comentar nuestra historia de amor, dijo:

–Yo lo supe de inmediato. Pude oír en vosotros esa música interior.

A continuación, nos mostró su por entonces ya gigantesca colección de vinilos, y, aunque eran las dos de la madrugada, queríamos oír otros discos con los que tararear alguna canción. Lesdiguières había expresado su deseo de venir, pero, a partir de cierto momento, entre tantas historias y canciones, dejamos de echarlo de menos. Al día siguiente supimos que había muerto esa noche.

El sepelio tuvo lugar en Grenoble, su ciudad natal, de la que también habían salido el escritor Stendhal y, desde hacía siglos, las mejores nueces del mundo. Partimos de París en tren, que nos pareció el modo adecuado de viajar para acudir a un entierro. En el camino de la iglesia hasta la tumba abierta, el convoy de los presentes fue creciendo y creciendo, pues empezaron a aparecer personas como de la nada que se nos unían. Eran magos que habían llegado ocultos tras su invisibilidad, o que habían venido volando y se habían transformado en gente vestida de luto detrás de algún bosquecillo o de alguna lápida. Supongo que, hasta el final de tus días, y para toda la eternidad, los magos se cohibirán de entrar en iglesias, con lo cual se

perderán alguna que otra talla en madera y un par de prédicas interesantes, por no hablar ya de la música de órgano.

El entierro fue algo grandioso: muchos combatientes de la época de la Resistencia estuvieron allí para despedir al amigo, gente incluso que no sospechaba nada de su condición de mago. En la actualidad existe un Museo de la Resistencia en Grenoble, y hay, además, un Museo de Arte en el que puede verse un retrato del verdadero *connétable*, pintado hacia finales del siglo XVI. El noble aparece con su armadura, y a su lado está su pequeño hijo, que juega con la enorme manopla de hierro del padre. Nadie se ha dado cuenta nunca de que el auténtico *connétable* muestra en su cara los rasgos de su autodenominado sucesor en el siglo XX. ¡En eso nuestro amigo hizo uno de sus trucos! Ni a mí mismo me hubiese llamado la atención si el propio Lediguières no me lo hubiese contado alguna vez.

A menudo he reflexionado sobre cuáles son los muertos a los que uno más llora. Supongo que son los más honestos, o al menos aquellos a los que muchas personas tienen como tal. No importa en absoluto cuántas veces esos muertos hayan mentido, o si llegaron a hacerlo alguna vez, o si lo hicieron para favorecer a otras personas o para salvar el honor de la humanidad entera. Lesdiguières era un hombre de acción, de astucia en el combate, lo fue durante toda su vida, hubiera guerra o no, pero jamás tuvo fines mezquinos.

A nadie asombró que Schneidebein no fuera al entierro. Un mago que mata a otro, sobre todo si ese otro es un hombre como Schlosseck, tenía que contar con el repudio público, y hasta temer algún acto de venganza letal, aunque fuera el de la mirada literalmente destructiva de su exmaestro, Babenzeller. Este último estaba allí. Para mi asombro, había venido vestido de cura, y desapareció inmediatamente después de la ceremonia. Vimos también a Henry Grund, a Pospischil, a Blüthner, y conocimos también a una persona cuya existencia el *connétable* nos había ocultado: su esposa. Que era una

mujer hermosa lo supe a pesar del velo, y que tendría unos treinta y cinco años lo adiviné por sus manos. Por entonces me resultaba difícil imaginar que un hombre de ochenta años pudiera enamorarse perdidamente. Hoy, siendo un mago de más de ciento nueve años, no puedo sino sonreír con indulgencia.

Cuando Emma se acercó a la tumba y empezó a manejar la palita con la tierra, no logró reprimir las lágrimas. No me hacía falta leer sus pensamientos: supe que estaba preocupada por algún presentimiento, y que en ese momento se despedía no únicamente de un antiguo y querido combatiente, sino también de Grenoble, de París, de Europa entera y de los colegas, y en cierto sentido también de la magia del mundo. Grenoble, con su magnífica cordillera nevada en el horizonte, no era el peor lugar para esa despedida. Los presentimientos de Emma eran todavía prematuros, en efecto, porque tuvimos por delante un año largo y magnífico. Pero ese saber sobre la finitud de la vida se nos echa encima cuando menos lo esperamos. No se atiene a ningún guion.

Emma estaba embarazada, pero en ese momento nadie lo sabía, aparte de ella misma. Nunca había habido tantos magos que visitaran a la vez la ciudad de Grenoble, no había sucedido antes ni sucedió después. Conocimos a mucha gente nueva, también a una pareja de nuestra región: el colega Blank, alias «Cheese», y su amor de juventud, Aurora Rehwinkel, gente joven y estupenda, ambos magos. Desde que hizo un viaje a Filipinas, a Aurora le gustaba mucho andar por ahí convertida en puercoespín, lo que en la Alta Baviera causa siempre cierto revuelo, cosa que, por cierto, no resulta tan fácil. Nunca, ni siquiera hoy, he sabido hacerlo. Me falta el modelo real, vivo.

Querida Mathilda, cuando leas estas páginas, te parecerán, en muchos sentidos, mensajes llegados de un mundo completamente desaparecido. Y no solo porque te cuente cosas que ocurrieron en 1955, sino también porque te

escribo en el año 2015, en un momento que para ti pertenece también a un pasado remoto. En este momento te veo dando brincos delante de mí, una niña de tres años, y yo aparco la escritura y te cuento una nueva historia. Por las mañanas tu madre te lleva al jardín de la infancia (al que ahora llaman *Kinder*), pero por las tardes tienes tiempo para jugar conmigo, y podemos ver juntos libros ilustrados cuyos textos, muy breves, te leo. Evito leerte historias en las que los magos no salgan bien parados.

Desde que me quitaste las gafas con tu largo bracito, he vivido otro buen trecho, así que tendrás algunos recuerdos de tu abuelo, aun cuando yo pronto deba despedirme.

Hoy es 7 de enero de 2015. Ayer celebré con Rejlander la fiesta de los tres magos, a los que llaman Reyes (cosa que esos magos deben de acoger con una sonrisita irónica). La última vez que celebré este día con una maga fue en 1955, con Emma. Después de eso, nunca volví a vivir con una mujer maga, y desde hace tres meses vivo con Rejlander. Ella tiene una casa en Suecia y un piso en Berlín, en el que soy un huésped casi permanente. Es una casa alquilada.

Anoche invitamos a tres amigos: Iris, Stephan y Waldemar III. Este último nos leyó pasajes de su último libro. Waldemar IV cocinó y Rejlander horneó la tarta que solemos comer durante estos días festivos. Normalmente, la gente la engulle enseguida, ya que en ella esconden una figurita, también horneada, que convierte en «rey» a quien la encuentre en su plato. Esa persona, que puede ser también una «reina», tiene la obligación de invitar, al año siguiente, a todos los demás.

A lo largo de mi vida siempre he mantenido en secreto mi condición de mago; solo los colegas y nuestros auxiliares sabían de ello. A los auxiliares es preciso informarlos, ya que es importante poder hablar de magia con gente que no puede hacerla. Sin esas horas de charla con personas normales

corremos el riesgo de convertirnos en unos arrogantes samuráis: Schlosseck lo sabía. Aunque, a decir verdad, la palabra «normal» no es del todo exacta. Los auxiliares y sirvientes de los magos no pueden hacer actos de magia, pero tienen la muy rara virtud de la discreción y la capacidad para admirar lo que no saben hacer.

Anoche, por ejemplo, Rejlander y yo decidimos hablarles a Iris y a Stephan de la magia. Al principio se mostraron incrédulos, asombrados, pero luego fueron animándose y poniendo de manifiesto un gran entusiasmo. Fue una conversación lúcida, vivaz. Me pregunto si no sería mejor para el mundo que todas las personas supieran que existimos. Que nos vieran como algo que nos enriquece a todos. Que no existiera más odio, más desconfianza ni miedo ante nosotros, que hubiera un poco más de respeto por nuestra manera distinta de ser. Lo que han conseguido para sí los discapacitados debería ser posible también para nosotros. En Estados Unidos, a los discapacitados se los llama *differently abled*, gente con «dotes diferentes», y esa sería la actitud adecuada en este asunto. Y todo porque uno puede aprender algo de cualquier persona en este mundo, algo que esa persona ha tenido que aprender en su situación particular. *Differently abled...* Así es. Eso somos nosotros también, gente con dotes diferentes.

El libro del que nos leyó unos pasajes Waldemar III tenía ya tres años (debería escribir alguno nuevo). Trata de su ficticio y retrospectivo viaje a los días de su juventud, hasta el año 1958, cuando, viviendo en Traunstein, acudía por las mañanas a la escuela y por las tardes se iba a navegar a vela. Él tiene más o menos la misma edad que tu tía Carola. Al final le pregunté si antes de 1955 había visitado la ciudad de Wasserburg alguna vez, y me di cuenta de lo mucho que me gustaría hablar con personas que hayan conocido personalmente a Emma. Pero, salvo nuestro hijo Titus (que ahora es un Viejo de los Alpes en el Wilder Kaiser), apenas existe ya nadie que pueda

afirmarlo. Tu padre era todavía un lactante cuando ella murió. No le queda ningún recuerdo de su madre.

Hasta hace muy poco creí que no podría volver a amar a una mujer del mismo modo que amé a Emma. Tras su muerte, me sentí muy viejo, preparado para morir, pero la vida continuó durante mucho tiempo. Siempre nos dicen que la vida es corta, demasiado corta para esto o para lo otro. Suele ser cierto. En cambio, se conoce menos, por ejemplo, que disponemos de un tiempo increíblemente dilatado: un tiempo que lo cambia casi todo, que cura las heridas. Y para eso no hace falta llegar a cumplir ciento nueve años.

Por cierto, la figurita de la tarta fue a parar ayer a manos de Iris. Será en la casa de ella y de Stephan donde volvamos a reunirnos el año próximo. Se han convertido en nuestros mejores amigos, con ellos uno nunca se aburre. Iris tiene un extraordinario buen juicio en su mirada, es la mejor observadora de personas que he conocido entre los que no son magos. Le basta con mirarte a la cara para saberlo todo. Stephan es más bien una criatura del oído, lo oye todo y no olvida nada de lo que ha oído, ni siquiera un ligerísimo temblor en la voz. Contar con amigos como ellos es vivir doblemente de distintas formas. Constituyen un gran regalo.

Comienzo a tener ganas de poner fin a esta carta. He dicho lo más importante en relación con el tema del dinero, y en la próxima misiva te contaré cómo nos fue a Emma y a mí en adelante. Además, Rejlander está cambiándose de ropa, porque vamos a salir a cenar y luego al cine: eso es siempre un buen motivo para poner fin a una carta. Vamos a ver una película sobre un anciano adorable que cada vez más padece de demencia senil. Rejlander vio el filme poco después de Navidad e insiste en que debemos ir a verlo juntos. ¡Espero que no me entren ganas de llorar! Cada vez que me pasa me avergüenzo, ya que para mí sigue en pie el mandamiento de que «los

indios no lloran». Tal vez exista alguna magia contra el llanto, pero, si existiera, no valdría la pena aprenderla.

P. D.: Quería escribirte todavía algo sobre la caducidad del dinero fabricado por artes mágicas: solo con la muerte del mago ese dinero vuelve al estado material básico del que ha surgido. Los billetes vuelven a ser páginas de las secciones culturales de algún periódico u hojas de arce, mientras que las monedas retornan a su condición de gravilla, carbón o cascajos.

En lo que atañe a las posibles consecuencias de mi muerte, yo ya he vivido lo suficiente como para no causarle daños al marco federal mediante mis trucos destinados a multiplicar el dinero. A fin de cuentas, esa moneda ha sido abolida sin ninguna intervención mía, y fue, hasta el final, una moneda fuerte. ¿Qué pasa con el euro? Pues que desde que ha sido introducido no he vuelto a producir ni un solo billete ni una sola moneda, lo único que he hecho es especular un poco en la bolsa, con mucho riesgo, pero siempre con éxito. En ese punto, yo no tengo ni la más mínima culpa.

Apunte al margen de su última ministra de Finanzas:

Pahroc no era un especulador, aunque adoraba presentarse como tal. En realidad, lo que hizo en la década de 1970 fue darle a un banco instrucciones para que fuera depositando su pensión, que él no necesitaba, en algunos fondos de acciones, todo destinado a sus hijos. Aquello no tenía nada de arriesgado, pero sí que tuvo éxito.

Rejlander

DÉCIMA CARTA

Hacer florecer a las personas

Febrero-marzo de 2017

Querida Mathilda:

Te escribo de nuevo tras dos años de pausa. Sí, desde aquel encuentro el Día de Reyes, a principios de 2015, no había vuelto a escribir otra línea. Aparte de esta indicación mía, no notarás nada de esa interrupción, ya que mis cartas te llegarán todas en un mismo paquete abultado.

Cuando eras una bebé, para mí constituía un acto obvio escribir cartas dirigidas al futuro y a la jovencita en la que iba a convertirse alguna vez aquella niña pequeña. Ahora, tras este vacío de escritura, mientras tú estás sentada en el suelo a mi lado, junto a mi escritorio, dibujando con lápices de colores un monte alto y un trineo, y, mientras tanto, parloteas conmigo, me resulta algo extraño verme hablando con la niña y escribiéndole a la adulta. En esos casos debo amonestarme y decirme que eso no tiene nada de raro, más bien es todo sumamente lógico. Justo ahora acabas de incorporarte, apoyándote en mí, y has echado una ojeada a mi escritorio. He estado a punto de ocultar mi carta, pero he decidido seguir escribiendo. Me has preguntado:

–¿Qué escribes, abuelo?

–Una carta. Una carta con la cual alguien podrá ver lo que quiero decirle cuando yo ya no esté.

Esperé otra pregunta: «¿A quién le escribes?», pero en este caso debo confesar que tal vez haya sobrevalorado mis dotes de pedagogo. Tú ya sabías lo que era una carta, así que perdiste el interés y centraste tu atención en el globo terráqueo. El hecho de que este girase era mucho más cautivador que preguntar si alguien que no está se halla en condiciones de decir algo. Has hecho girar el globo con tu todavía poco diestra manita, y este ha dado vueltas cada vez más rápido, pero se ha negado a zumbar o a bramar.

Este fin de semana hemos tomado el coche y hemos ido todos –tus padres, Rejlander, yo y, por supuesto, tú– hasta Chemnitz, donde visitamos el museo, y más tarde fuimos hasta el castillo de Augustusburg para lanzarnos en tobogán. Al principio, algún adulto te acompañó cada vez que te lanzaste por la pendiente, y luego ambos subíais a través de la alta nieve, mientras el adulto cargaba o arrastraba el trineo. Pero llegó un momento en que quisiste lanzarte sola, a lo que accedimos con cierta vacilación. Cuando llegaste abajo, gritaste que alguien debía bajar para cargar el trineo cuesta arriba. Cuando nos negamos, arrojaste el trineo sobre la nieve, te sentaste a un lado y gritaste con todas tus fuerzas:

–¡Me estoy congelando!

Era cuestión de tiempo que alguno de nosotros bajara para rescatarte, pero ¿quién lo haría? El abuelo, por supuesto, a pesar de que él ya solo puede andar con bastón. Pero, en fin, a mí me conmovía la familiaridad de tu trato conmigo. También yo tengo la tendencia a hacer solo aquellas cosas que me apetecen, pues para todas las demás dispongo de un ayudante. Es probable que, en algún momento, tú también tengas una asistente como la que tiene Rejlander: la suya se llama Flamilla, y cocina casi mejor que Waldemar IV.

Justo ahora me has hecho el dibujo del tobogán, que tiene unos grandes cuernos. A todos los que están sentados en él se les vuela el gorro. Pero acto

seguido ya estás con otro dibujo, que acabará siendo un dinosaurio de cuello largo.

–Creo que el dinosaurio también tiene nietos, así que los dibujaré.

Tal vez haya sido la experiencia contigo y con el trineo lo que me haya animado a superar mi holgazanería y continuar con las cartas. La pausa ha sido larga, demasiado larga. Rejlander creía que no me apetecía hablar de la muerte de Emma y de la difícil época que vino después. Pero la explicación es otra: ¡me iba demasiado bien como para sentarme a escribir! Había encontrado al gran amor de mi vida después de Emma, y deseo vivir con Rejlander durante todo el tiempo que sea posible. Por eso estuve acompañándola en sus viajes y estuve presente en los rodajes. También puse fin a mi trabajo como dueño de una pensión: ya no habría más cama ni desayuno en Pankow, aunque llevar aquel hotelito me resultó placentero hasta el último momento. La vivienda, eso sí, la mantengo.

A Rejlander y a mí nos gusta observar a los animales y transformarnos en ellos. Hablamos las lenguas de animales más importantes del mundo, entre ellas la de los pájaros y la de las serpientes. El pasado verano estuvimos pegando brincos, como corzos, a través de bosques y praderas, yo convertido en un atractivo macho, ella como una hembra elegante, y esa forma de locomoción nos pareció más agradable que volar. Antes habíamos estado explorando el territorio en busca de cazadores, ya que no nos apetecía reencontrarnos en el menú de algún restaurante.

En el otoño habíamos descubierto el placer de volar en bandadas: en una bandada de aves, por ejemplo, podíamos volar juntos. ¿Recuerdas lo que te dije?: los magos individuales no pueden hacerlo; cuando están en el aire, cada uno tiene que buscar y seguir su propia trayectoria. Pero en una bandada de estorninos o de golondrinas uno puede hacer recorridos en conjunto, aunque también con otros miles o decenas de miles de compañeros. No es necesario

que uno vuele con ellos hasta África, basta con aprovechar el tiempo en el que la bandada se reúne y practica el vuelo en formación. Yo tenía unas ganas enormes de emprender algún largo viaje de este tipo con Rejlander (seguramente habría sido mucho más divertido que algunos viajes en crucero), pero ella tenía que rodar una nueva película y no quiso hacerlo. Es cierto que Rejlander dominaba desde hacía tiempo la magia de la duplicación de Lesdiguières, con lo cual podía sobrevolar el Mediterráneo siendo una golondrina y hacer algo distinto en Berlín bajo el aspecto de una persona normal. Por desgracia, ese tipo de magia no crea un duplicado exacto: uno de los dos yoes se muestra más débil, y dado que Rejlander prefiere dedicar el máximo al vuelo, a fin de disfrutarlo más, y no a un yo más fuerte, su imagen en el set de filmación causaría una impresión de abatimiento.

Ahora le he enseñado a seguir multiplicándose, a crear, por ejemplo, toda una bandada de pájaros. Cada uno de nosotros se transforma en una bandada de estorninos y levanta el vuelo, y una vez que estamos en el aire nos unimos para hacernos una única bandada.

Rejlander me ha exhortado en varias ocasiones a que continúe escribiéndote estas cartas. Ella dice que un mago en sus mejores años, tras haber cumplido los cien, no debe eludir acometer ciertas tareas importantes, ya que, de hacerlo, resulta más fácil que se quede tumbado en la cama. Y tiene razón: solo que, a partir de ahora, no tomaré siempre un tipo de magia como tema de las cartas, porque temas hay muchos, y algunos nunca llegarás a verlos. Para mí es más importante ahora contarte mi vida más o menos hasta el final, porque en ella la magia, aunque sea cada vez más un tema secundario, se me presenta como algo obvio. En algún momento deja de ser importante lo que somos capaces de hacer o lo que hemos intentado y conseguido en mayor o

menor escala. Nuestra vida aparece de pronto como un árbol, como la suma de todo lo que ya no se puede cambiar.

Mi maravillosa y grande Emma murió en 1955, pocos meses después del nacimiento de tu padre. Tan solo cayó muerta, sin más, lo que fue para ella un final relativamente agradable, si bien fue causa de horror y una pérdida terrible para los que la amábamos. Por esos días, precisamente, acababa de asegurarme que el pequeño Johann era, sin duda, un mago, pues estiraba la manita de la cuna y alcanzaba los cuadros de la pared, que luego aparecían torcidos. Es cierto que lo hacía, yo lo vi y en ningún momento sospeché que ella estaba ayudándolo. Quien ha progresado algo en el arte de la magia también puede prolongar el brazo de otras personas, pero yo jamás creí capaz a Emma de emprender ese adorable acto de osadía.

Emma abandonó este mundo de un modo brusco, pero ya había presentido su final prematuro. También me había pedido que la enterraran en Berlín. Eso podía entenderlo muy bien. En Wasserburg había pasado mucho tiempo sola. Además, ella nunca había dejado de sentirse una berlinesa de pura cepa.

Con su muerte, la vida dejó de tener sentido para mí, y también la magia. A partir de ese momento –según creía con firmeza–, todo lo que emprendiera sería «vanidad, correr tras el viento», según se dice en la Biblia, en el Eclesiastés. Pero, en fin, en ese libro se trata de una mirada retrospectiva a una vida, y en mi caso se trata de una mirada al futuro. La tristeza me hacía sentir tan miserable que solo quería morir. E iba camino de ello, pues cada día me debilitaba y enfermaba más: estaba seguro de que no necesitaba matarme, porque la pena se ocuparía de hacerlo: el final llegaría mucho más rápido por sí solo.

Pero la muerte no llegó, así que guardé la carta de despedida que le había escrito a mi hijo, la escondí en el compartimento secreto de mi secreter, donde, pasado un tiempo, la olvidé.

Y fue precisamente en ese tiempo cuando desarrollé en mí las mayores capacidades como mago. Durante un tiempo pude transformar objetos en otros objetos con el mismo volumen, un arte del que forma una ínfima parte la magia del dinero. Quien puede convertir en monedas y billetes unas piedras y unas hojas también puede centrarse en observar concentradamente un exprimidor y convertirlo en una máquina de escribir. Asimismo, había conseguido desplazar algunos objetos o hacerlos desaparecer, de modo que estaba preparado para crear de la nada objetos de uso cotidiano, sin tener a mano ningún tipo de materia prima. Con la rigurosa supervisión de un mago como Schlosseck, Macintosh, Babenzeller o Lesdiguières, también habría podido aprender, en ese tiempo, a transformar personas en animales o en otras personas. La única condición era que esas otras personas no fueran magos.

Notaba que ahora todo era posible: una ironía del destino, puesto que... ¡nada de eso me interesaba ya! Me daba cuenta de cómo mi mundo se venía abajo. Sobre esto, y también sobre la magia, hubiera podido hablar con Gnadl, pero nuestra amistad se había resentido a raíz de nuestra discusión sobre el trato de los animales, y también debido a otras diferencias de opinión. En un villorrio tan pequeño siempre se echa de menos cierto aire fresco que se lleve rápidamente todo encono; por eso las cosas pendientes permanecen así durante mucho tiempo. En fin, el sitio era demasiado pequeño para acoger en él a dos buenos magos. Seguimos saludándonos con cordialidad, nuestros hijos jugaban juntos, pero la conformidad ya no era la de antes.

A Babenzeller volví a verlo solo una vez más antes de que muriera en un aparcamiento de la carretera alpina, en una ocasión en que no accionó como era debido el freno de mano de su DKW «Clase Maestra». Se había bajado del coche para admirar el macizo nevado del Watzmann, cuando de repente el

vehículo –al que había puesto el extravagante nombre de «Hermana Parca»– echó a rodar, se le acercó por detrás y lo arrastró con él a las profundidades, provocándole una muerte para él mismo inexplicable.

Creo que no se les debería poner nombres a los coches. Los vehículos entienden esto con suma facilidad del modo equivocado y desarrollan luego una vida propia. La muerte de Babenzeller me sumió en un estado de tristeza, si cabe, aún más profundo. No era de los que brindan su amistad a cualquiera; en realidad, solo era amigo mío, ya que, a sus ojos, todos los demás estaban llenos de defectos, y los espantaba conscientemente a fin de mantener su tranquilidad. Babenzeller era un erudito con un gran conocimiento de las religiones del mundo, un mago con habilidades incomparables. ¡Y, luego, ese final estremecedor a causa de un estúpido coche! Que este último fuera del modelo «Clase Maestro» fue puro sarcasmo, y es que el destino tiende a tales impertinencias.

¿Y Jakob? Jakob había vuelto a convertirse en un buen amigo, como en los días de la guardería. Por esas fechas, precisamente, se había visto obligado a regresar a Estados Unidos: la tirada de su periódico había ido disminuyendo cada vez más, a pesar de que seguía proporcionando un periodismo de calidad. Pero él tenía una gran familia a la que alimentar, así que le deseé toda la suerte del mundo en América.

Yo estaba solo, y eso era un hecho. Además, no me apetecía ver a nadie. Nada me interesaba, ni siquiera las novedades tecnológicas. Mi antigua empresa, que ahora se presentaba como puramente estadounidense, la Hollerith GmbH, había sacado en Böblingen, con otro nombre, el primer ordenador para personas normales, cuyo nombre era RAMAC; su disco duro pesaba solo una tonelada, y con él casi se podía viajar a la Luna. Pero yo seguí en mi estado de letargo, ni siquiera me apetecía ya volar a la Luna. Tampoco tenía ganas de conducir, y eso en una época en la que todos

andaban locos con los coches. Me distraje un poco con la posibilidad de viajar con dos coches a la vez: hacer dos Pahroc de uno y poner a cada uno de ellos tras el volante de un Borgward Isabella. El dinero para conseguir tales coches lo fabriqué en un estado de somnolencia. Pero ¡qué ejercicio tan absurdo! Aquel jueguito era a lo sumo apropiado para provocar un accidente espectacular: yo contra mí mismo, con el resultado de una muerte doble y una única tumba. Y todo porque con ello no pretendía conseguir mi propia muerte; de lo contrario, la magia se me habría resistido.

Pero no, yo no quería nada. No obstante, un poco a espaldas de mí mismo incluso, intenté averiguar, sin llamar demasiado la atención, si en realidad había algo que quizá me apeteciese hacer.

¿Juegos para armar, rompecabezas, nuevos inventos? ¡Pues no! ¿Aprender nuevas modalidades de la magia? ¿Con qué fin? ¿Con quién hubiese podido compartir mi alegría? Tal vez Schlosseck habría dicho que aquel era el momento ideal para buscarme un nuevo auxiliar con el que se pudiera charlar. Pero yo estaba seguro de que, en mi estado, nadie aguantaría mucho tiempo a mi lado.

Beber me ayudó un poco, aunque nunca por mucho tiempo. Los magos aguantan muchísimo alcohol, así que, cuando son bebedores, la vida se les encarece. Pero yo no necesitaba cohibirme, siempre estaba en condiciones de pagarme una buena cogorza. Por cierto, permíteme recordarte que resulta peligroso transformarse en otra cosa cuando uno se halla en estado de embriaguez, porque después cuesta mucho abandonar ese estado, y uno se ve obligado a pasar la resaca convertido en un oso o en un jabalí, cuando no en algo más pequeño que puede ser pasto de los depredadores. A lo sumo una araña, porque estas salen casi siempre ilesas de todo. Lo confieso de mala gana, pero una vez, pasada la medianoche, en un estado de borrachera bestial, me convertí en una araña y me acomodé en una ranura a contar estrellitas.

Son muchos los magos que no han sabido lidiar con sus vidas y se han hundido, y yo era entonces un candidato perfecto para eso. Pero entonces, un día –yo estaba en una cervecería, oculto detrás de mi jarra, cavilando–, una mujer se me acercó y me preguntó con acento polaco:

–¿No es usted...? Usted es el señor Piechatzek, ¿no es cierto?

Era la mujer de la Prusia Oriental a la que había sacado del hielo en plena marcha de la muerte, cuando estaba casi sin vida, una de las pocas supervivientes de aquella masacre que ni Babenzeller ni yo pudimos evitar a tiempo. Por precaución, en aquella época le había dicho aquel nombre a la mujer. Su nombre era Ewa, y me mostró una gratitud fervorosa. Me contó que tenía trabajo y un marido con el que próximamente emigraría a Palestina, perspectiva que la alegraba mucho. Me preguntó cómo me iba a mí. Le di las gracias y le dije que me iba bien, que tenía una empresa de ascensores y varios hijos, incluso nietos. Se lo dije para alegrarla, y cuando lo hizo, también yo me alegré. Aunque solo un poco. Sin embargo, eso bastó para darme una idea: haber ayudado a otras personas y ver sus muestras de gratitud parecía proporcionar cierta satisfacción a alguien en mi estado. De modo que, si ayudaba a muchas personas, era posible que aquella nave naufragada que era mi vida pudiera salir de nuevo a flote. Cuando Ewa se hubo marchado –trabajaba como enfermera y empezaba su turno– transmitieron por la radio las noticias del día: en Hungría, la sublevación popular contra el régimen soviético había sido aplastada de un modo sangriento, centenares de miles de personas huían hacia Austria, pero allí solo podrían alojar a una parte, razón por la cual Austria había pedido ayuda a Alemania. Una ayuda no puede materializarse si no hay gente dispuesta a ayudar, y era a esa gente a la que se le hacía ahora un llamamiento. Pensé en Emma, sabía que ella, en este caso, lo habría dejado todo para colaborar, y

también sabía lo que tenía que hacer ahora, fuera cual fuese mi estado de ánimo.

Uno de los campos de acogida, el de Piding, se hallaba en Baviera, cerca de Reichenhall. Primero fui hasta la Biblioteca Estatal y aprendí húngaro por el método de los dos dedos. Luego volé hasta el campo de refugiados y me inscribí como ayudante de Cáritas, empleando papeles obtenidos a base de magia. Hablaba húngaro, dije, y eso podría ser útil. Unos cinco mil húngaros habían arribado a aquel lugar, entre ellos muchos hombres que se habían enfrentado a los tanques, pero también familias enteras, ancianos indignados, niños llorando. Yo ayudaba a registrar sus nombres, colaboraba en la repartición de la comida, seleccionaba la ropa donada y repartía ositos de peluche entre los niños, pero, sobre todo, pude hablar con cientos de personas que se alegraban de poder usar su propio idioma, aunque les extrañara mi forma de hablar el húngaro: quizá debí poner los dos dedos también sobre el lomo de un buen libro de gramática. Sin embargo, enseguida me di cuenta de que lo verdaderamente importante no era hablar, sino escuchar. Solo una persona que no quiere estar todo el tiempo escuchándose a sí misma es capaz de brindar consuelo. A veces desaparecía y nadie podía encontrarme, y era porque estaba volando por toda la región para organizar las entregas de donativos: mantas, ropa, abrigos, bañeras, biberones, cocinas eléctricas... La habilidad para hacer dinero con la magia recuperó entonces su sentido, y recuerdo que cuando alguien me preguntó con qué derecho anticipaba los pedidos para el campo de refugiados, me limité a mostrarle el menú del restaurante local, Zur Post, y me las arreglé para que esa persona creyera estar viendo, en aquel papel, un poder del gobierno local de la Alta Baviera, avalado por dos firmas y tres gruesos sellos.

Asimismo, me dedicaba a reparar aparatos de radio, ya que estaban deseosos de conocer las noticias llegadas de Hungría, y también era capaz de

calentar unas planchas de cocina cuando ya ningún electricista de este mundo era capaz de repararlas.

Al campo de refugiados no solo acudían los ayudantes, sino también algunos señores de porte agradable que llegaban en busca de mano de obra. La economía alemana florecía y necesitaba brazos. Como yo me había ganado cierta confianza de la gente, estuve presente en varias negociaciones, y me dedicaba a corregir (hacia arriba) las ofertas de salarios. También me llamaron cuando una persona especialmente simpática pretendió contratar a «fogosas bailarinas húngaras» para que trabajaran en cierto local nocturno. Como podía leer lo que decían no solo sus miradas, sino también sus pensamientos, el proxeneta no tuvo ningún éxito. Más difícil resultó tratar con un reclutador de la Legión Extranjera que andaba a la caza de firmas rápidas. Le dije muy enfáticamente que me explicara con más detalle lo que había que esperar de esa misión: acciones de guerra en Argelia, perspectivas miserables de sobrevivir. Por lo visto, no entendió mi francés, o este era demasiado ruidoso para una conversación normal, porque me exhortó a que saliera con él al aire libre. Allí vi, de repente, cómo un puño se dirigía hacia mi cara. De inmediato aligeré el peso y la consistencia de mi cuerpo, y el golpe, aunque me acertó, no tuvo efecto alguno. Entonces, el hombre tomó impulso con la mano con la intención de abofetearme, pero, por un segundo, me volví de acero. Aquel sujeto acabó agarrándose la mano derecha con la zurda y estuvo un ratito pegando brincos de un lado a otro. A continuación, ni siquiera volvió a entrar conmigo en la oficina, sino que emprendió el camino de vuelta a casa.

Permanecí tres semanas en Piding, hasta que la mayoría de los húngaros estuvo en su nuevo lugar de residencia. Luego volví a abrir mi tienda en Wasserburg y fui a buscar a Carola y al pequeño Johann, que se habían quedado todo ese tiempo en casa de los Gnadl. Me sentía de nuevo lleno de

ánimo. Había hecho algo por Emma y con ella. La tristeza se mantuvo, pero cobró una forma más activa.

Aún hoy no sé si ayudar a los demás forma parte del sentido de la magia, pero sí sé que es consustancial al sentido de la vida. En todo caso, uno se siente mucho mejor consigo mismo cuando se ocupa de otras personas. A veces, incluso, alguien que corre el riesgo de perder el sostén se recupera gracias a un gesto de ayuda. Al menos a mí me sucedió así. De nuevo tenía planes en mi vida.

Lo que no me había propuesto en absoluto era participar en las actividades de espionaje del doctor Schneider, del tal A. A. O. Cuando volvió a telefonarme, apelando a mi patriotismo y hablando de democracia, recordé lo que Babenzeller me había dicho de él. Le respondí que, tras la muerte de mi esposa, me había convertido a la fe y tenía planes de entrar en un monasterio. Gracias a ello, todo se tranquilizó.

Babenzeller había tenido la oportunidad de decirme dónde se hallaba ahora la biblioteca de los magos y cómo se entraba en ella. No se lo había dicho a nadie más, lo cual me hacía responsable de velar por la colección de libros y de hacerla más tarde accesible para mis colegas. Un buen día, con un tiempo estupendo, volé remontando el Eno hasta que reconocí a lo lejos la ciudad de Kufstein y, algo más al oeste, el Längberg, una colina boscosa en la que se alzan las ruinas de un castillo. En una hondonada situada debajo de la muralla ruinosa encontré el palacete que Babenzeller me había descrito. Tenía dos torres redondas con unas capuchas de cobre, varios balcones con vistas al Wilder Kaiser y una elegante construcción adicional en la que, oculta en lo profundo de la montaña, se hallaba la biblioteca. Me concentré en aquel pensamiento clave que me había abierto en el bosque la puerta secreta, y bajé a oscuras por una escalera de caracol de apariencia infinita. Una vez que llegué abajo, empleé un truco para iluminarlo todo, así que pronto estuve

inclinado sobre aquellos libros: al principio el sótano estaba muy frío, así que permanecí con el abrigo puesto hasta que empezó a surtir efecto el truco de la calefacción. Me había propuesto buscar instrucciones sobre cómo hacer magia conjunta entre varios colegas, tal como la conocía por los efectos positivos que había tenido el hechizo protector sobre San Policarpo y la propia protección materna para Emma. Yo era ahora el responsable de poner en marcha algo parecido con el fin de proteger la biblioteca secreta de Långberg. Si conseguía reunir a varios magos para una acción conjunta, ¿por qué razón iba a ser imposible fundar una especie de asociación? Que no hubiéramos podido hacer nada contra el régimen de terror no significaba que no pudiéramos hacer nada contra la germinación de nuevas dictaduras. Se hablaba mucho de una Europa políticamente unida, y a mí eso me parecía una idea que los magos podían suscribir.

Hoy es 3 de marzo de 2017. Es una locura ver en cuántos lugares y épocas a la vez puede estar uno con sus pensamientos. Ahí me tienes, sentado en 1957 en una biblioteca bajo tierra pensando en Europa, pero también me tienes ahora aquí, delante de mi escritorio, viendo delante de mí, en un periódico, la cara (difícil de olvidar) del nuevo presidente de Estados Unidos. Al ver la foto, me digo que ojalá esa cara haya caído de nuevo en el olvido cuando tú leas esta carta hacia el año 2030. Salvo que, por su comportamiento, contribuya a que los pueblos de Europa encuentren el camino para permanecer unidos políticamente. En este momento impera el miedo a los refugiados y a los terroristas disfrazados de refugiados. Quieren hacernos creer que los refugiados son todos terroristas, incluidos los niños. Se trata de algo increíble para cualquier persona en su sano juicio, pero, aun así, se emplea como pretexto para negar la ayuda y dar cobijo a la tacañería y la dureza. El «problema de los refugiados» existe sobre todo en las mentes de

algunos europeos. Mucho más real, en cambio, es el problema de la falta de compasión. Querida Mathilda, ojalá cuando leas esta carta nada de esto sea de tu interés. Estoy seguro de que, en tu época, en todos esos países de donde hoy la gente tiene que salir huyendo se podrá trabajar y vivir en paz y holgadamente, por lo que muchos de los que hoy se marchan habrán regresado a sus casas.

En 1957 solía colgar con mucha frecuencia, en la puerta de la tienda, el cartel de «cerrado por enfermedad», a pesar de que por entonces no había vuelto a enfermar. Siempre había llevado con poco entusiasmo aquella tienda de efectos eléctricos y de aparatos de radio, pero ahora el entusiasmo ocupaba apenas una décima parte de mi corazón. Su propósito no había sido otro que servir de tapadera, cosa que ya no era necesaria. Podría haberme mudado a Hamburgo, donde al menos conocía a Kusenbergh, pero no dudé mucho tiempo: la tumba de Emma estaba en Berlín. Además, entre los hanseáticos no me iba a ser fácil encontrar a un ayudante incondicional. También mis hijos mayores dijeron que preferían viajar a Berlín e ir conmigo juntos a visitar a mamá. Para mudarme, quería esperar a que Carola acabara el bachillerato y yo pudiera dejar la casa en buenas manos.

Titus estudiaba en Rosenheim, donde intentaba graduarse como técnico maderero, una carrera que solo inician los hijos de quienes son propietarios de bosques.

—¿Piensas plantar bosques? —le pregunté un día.

—No —respondió él con tono insolente—, pienso talarlos y sembrar marihuana.

Titus se caracteriza por detestar que le pregunten algo. Cualquier pregunta, literalmente cualquiera, lo pone agresivo. Por entonces me preocupaba cuál sería el resultado de sus exámenes. Era justo la persona adecuada para vivir

en una granja de montaña solitaria, a dos mil metros de altura, y lo cierto es que hasta allí logró llegar. Cuando me preguntan cuál de mis hijos ha llegado más alto profesionalmente, menciono a Titus, y siempre cosecho unas buenas carcajadas con mi explicación sobre el porqué. El rango más alto, en cambio, lo ha alcanzado, para mí, Fee, quien tan solo con las siglas latinas de su título, *Dr. rer. nat. ab*, demuestra que es alguien con gran discernimiento.

Carola aprobó los exámenes finales de bachillerato y decidió que iba a estudiar Filología Germánica en Múnich. Al principio podía vivir en casa de su hermano Félix. Yo vendí la casa que jamás había adquirido legalmente, y lo hice por un precio simbólico, al servicio de salvamento de montañas, entidad que me pareció una digna heredera de aquel discreto excursionista llamado Josef Gruber. Además, la cumbre del Hochplatte, donde Gruber estaba enterrado, estaba en la jurisdicción de los nuevos propietarios de su casa.

Johann tenía cinco años y medio. Lloró cuando tuvo que abandonar a sus compañeros de juego de Wasserburg, y ellos, que tanto se divertían con él, también se entristecieron: Johann sabía imitar perfectamente a los adultos, sobre todo a los malhumorados y los miedosos, entre los que ya no me encontraba.

En Berlín, la lucha de poder entre el lado oriental y el occidental era especialmente palpable. Habían levantado hasta un muro en medio de la ciudad para que nadie de la zona oriental pudiera pasar a la zona opuesta. Mucha gente temía que la parte occidental de Berlín fuera absorbida pronto por la parte este, así que se mudaba en caravanas a Baviera o a Hesse, razón por la cual había un montón de pisos magníficos muy bien ubicados y tan baratos como nunca. Alquilé uno de los más bonitos, situado justo en la Tauentzienstraße, un piso tan enorme que me deleitaba pensando en todo lo

que podría hacer en él. Hoy, en 2017, trabajan allí cinco abogados, y a menudo lo hacen los cinco a la vez. En todo caso, había una habitación magnífica para un ayudante, así que empecé a buscar uno. Por otra parte, también busqué algo de lo que ocuparme y que permitiese más flexibilidad que una tienda de trastos eléctricos.

Me pareció que una tarea inteligente y lo suficientemente peligrosa consistía en ayudar a berlineses de la zona oriental a huir a la parte occidental.

¿Qué puede haber más grato para un técnico que burlar a los organismos del Estado y pasar personas de contrabando de un lugar a otro? Acondicioné un par de grandes coches occidentales y empecé a ocultar a mis nuevos clientes en sus maleteros hábilmente achicados. Me familiaricé con el arte de construir túneles, fabriqué embarcaciones de motor y quemadores fiables para aerostatos de aire caliente. En cambio, hice un uso más moderado de mis dotes para falsificar documentos, y eso a pesar de que mis pasaportes y sellos siempre pasaron todas las pruebas. Quise evitar que se corriera la voz de que existía un mago infalible que prestaba ayuda para fugarse, ya que eso podría convertirse en algo peligroso. Para mí, se entiende, el muro como tal nunca significó un obstáculo. Podía cruzar al otro lado haciéndome invisible o convertido en paloma, derrotando así a la conquista por entonces más reciente del socialismo real. Ni siquiera tenía que esforzarme en atravesarlo. Varias veces volé en una dirección y en otra o caminé por él de un extremo al otro. Lo estudié en toda su longitud, y encontré recovecos y agujeros a través de los cuales también podían cruzarlo quienes no supieran nada de magia.

Sin temor a ser descubierto, podía visitar a los que querían emigrar en sus propias viviendas y darles algunos consejos. Por supuesto, me tenían bajo vigilancia, pero solía entrar en las viviendas en modo invisible, y mientras tanto me cuidaba mucho de permanecer bien visible (y bien vigilado) en

restaurantes como el Ganymed, donde bebía a sorbitos mi copa de champán de Crimea.

La duplicación óptica no es muy difícil, pero se necesita mucha habilidad para conciliar lo experimentado por dos cerebros distintos después de su reunificación y no decir tonterías ni perder la visión de conjunto. Si alguna vez tienes que realizar ese truco, querida Mathilda, no lo hagas sin la compañía de alguien experimentado. Pero no quiero con ello insuflarte miedo innecesariamente, basta con el consejo.

Entretanto, después de un profuso estudio de los libros de la biblioteca de Längberg, y tras varias visitas a Blüthner en Dresde y a Pospischil en Viena, dominaba ya tantas artes de magia que me volví un poco irresponsable. En la década de 1960 aprendí incluso a multiplicarme mucho más: de un solo Pahroc podía hacer diez, o convertirme en cien mirlos, ¡en un hormiguero lleno de hormigas! Hasta que conocí a Rejlander, apenas había aplicado esa técnica de magia, pero hoy en día disfruto de ellas varias veces a la semana.

Por entonces no tenía ni idea del peligro que corría. ¡Sí, el mismo que viste y calza: Schneidebein! ¡Siempre aparece Schneidebein! Vivía en Eisenhüttenstadt, donde se dedicaba a hacer lo que siempre había hecho: daño.

Yo aceptaba dinero de aquella gente a la que ayudaba a fugarse. Era una mera medida de precaución. De no haberlo hecho, mi generosidad les habría parecido muy rara a los potenciales emigrantes, incluso sospechosa, y nunca habrían confiado en mí. Tenía que realizar un gran esfuerzo para restituirles luego su dinero o algún equivalente sin que se dieran cuenta; por ejemplo, mediando para que consiguieran trabajo o por medio de otros «felices azares». Para ello debía mover muchos hilos y, a menudo, seguir a aquellas personas hasta el sitio donde acababan estableciéndose en Alemania Occidental. Ello implicaba más trabajo que la propia ayuda para escapar.

Para entonces, yo había encontrado a alguien que viviera en nuestra casa y se ocupara de atender a Johann. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años al que también había ayudado a escapar. En fin, aquella persona reveló ser un feliz hallazgo: era aficionado a la cocina, forofo del fútbol, un buen contable y conductor y, por si todo eso fuera poco, era también una persona amable y modesta. Se encargaba de llevar a Johann, que por entonces estaba en primer grado, a la escuela. De algún modo, aquel hombre había descubierto que yo era un mago, y yo me había dado cuenta de que él lo sabía. Tuve la certeza de que era la persona apropiada para hacer las veces de ayudante porque, sencillamente, le caía bien a Johann. En su juventud, había sido un ferviente y crédulo adepto del dictador, hasta el punto de llegar a vestir incluso aquel uniforme negro. Pero, leyendo sus pensamientos, averigüé que aquello lo avergonzaba, e incluso había llegado a pensar que a partir de entonces solo le correspondía hacer trabajos de poca monta, ya que, si intentaba empezar cualquier otra carrera, su pasado saldría a la luz y sería usado en su contra. Por la misma vía comprobé que no había asesinado a nadie. Había sido cómplice de aquel sistema no por oportunismo, sino por convicción, una convicción que ahora le resultaba del todo incomprensible. En cualquier caso, que alguna vez hubiera permitido que su vida se descarrilara de aquel modo tan catastrófico tenía un lado positivo: conocía la facilidad con la que cosas así podían suceder. Quien ha cometido grandes errores no mira con desprecio las faltas de los otros. De algún modo lo incité a que me lo contara todo, y a cambio le dije qué era lo especial en mí. Nos pusimos de acuerdo. A partir de 1963 se convirtió en un magnífico ayudante. Lo nombré Waldemar II y le ofrecí honorarios muy generosos, pues de ningún modo quería que sintiese que me estaba aprovechando de su oscuro secreto. Por un instante medité sobre la posibilidad de meterme en los archivos y falsificar todas las fichas y documentos que tuvieran que ver con su pasado, pero descarté la idea. Era un

buen hombre, pero yo no podía hacer eso por él. Waldemar II me sirvió con lealtad y prudencia. Y, por suerte, sin que tuviera que intervenir la magia; nunca fue molestado por las autoridades. Lamentablemente, murió en 1971. A una persona tan tranquila le habría atribuido cualquier muerte, pero no una por culpa de un infarto cardiaco.

Mis intentos por reavivar la idea de una asociación de magos no dieron demasiados resultados. Gnadl ni siquiera acudió a la cita, Blüthner se mostraba cauteloso en relación con Henry Grund, que creía en el socialismo, una idea que intentaba proteger de colegas como Blüthner o yo mismo. No obstante, conocí a otros magos de los que hasta entonces solo había oído hablar: la bella Caracciola, del Tesino, y De Crescenzo, natural de Nápoles, un ingeniero maravilloso que más tarde consiguió inventarse un gran pensador para colarse con él en la historia de la filosofía. Por entonces trabajaba en la misma empresa de tarjetas perforadas en la que yo había trabajado y que había cambiado de nombre hacía tiempo. A De Crescenzo y a mí nos daban las tantas de la noche hablando de temas profesionales.

Durante el encuentro en la Tauentzienstraße conocí muchas caras nuevas, pero afloraron otra vez dudas y reticencias muy antiguas. La gente tenía una opinión distinta sobre cualquier cosa: sobre el sentido de la magia, sobre Dios o el socialismo, sobre la futura reunificación de Alemania y el actual rearme del país, sobre la bomba atómica y, muy especialmente, sobre Europa. De una Europa unida, unos esperaban una política de paz y de buena vecindad, los otros querían crear un cártel de poder que dictara a los países más pobres precios injustos a cambio de sus materias primas. También acudió un hombre que ahora lleva mucho tiempo muerto. Era un sujeto de aspecto insignificante con un nombre igual de insignificante, pero que dijo una frase a media voz que hoy me parece incluso más acertada que en aquel momento:

«¡Acontecimientos! ¡Europa ha de convertirse en una serie de acontecimientos cautivadores! De lo contrario, llegará a ser como la central de una empresa aseguradora». En realidad, nadie aprehendió entonces el sentido de aquella frase, tampoco yo, pero se me quedó grabada. Hoy sé que fue una frase profética.

Entonces hice algo en lo que tenía cifradas muchas esperanzas. Toqué un tema que nunca había desempeñado un papel relevante entre los magos, pero que a mi juicio nos incumbía. En el momento en que tomé la palabra para abordarlo, se hizo un largo silencio, ya que se trataba de un asunto nuevo y, a la vez, muy antiguo.

—Nosotros somos capaces de transformarnos —dije—, y muy a menudo nos transformamos en animales. Cada uno de nosotros conoce bien los animales en los que prefiere transformarse. En mi caso son los cocodrilos.

Las magas y los magos se rieron, y Blüthner asintió, secundándome:

—¡En recuerdo de Schlosseck!

Y otro de los presentes gritó:

—¿Podemos verlo?

—Con gusto lo haré, pero más tarde —respondí—; me cuesta mucho más hablar convertido en reptil, y aún no he terminado.

A continuación, seguí hablando de los animales cuyas lenguas entendíamos, cuyos sufrimientos compartíamos, animales sin los cuales el mundo sería un sitio miserable. Estar solo entre seres humanos sería el infierno, dije, y pregunté qué sería de los niños si no pudieran conocer la fauna que los rodea. No solo nosotros los magos, todos los seres humanos teníamos motivos para dar las gracias. Pero también podíamos ayudar mucho a esas criaturas, de ahí que aquella fuera una de nuestras tareas principales. Era preciso que lucháramos contra el modo espantoso en que se trataba a los animales en este planeta.

–Sí, pero ¿cómo? ¿Nos hacemos miembros de una asociación protectora? ¿Creamos una? –preguntó Henry Grund.

–Aún debemos hablar sobre eso –respondí–. Puedo imaginar, por ejemplo, que nos convirtamos en animales y hagamos cosas: ¿qué tal forzar a las personas a que nos tengan respeto? Tal vez podríamos convertirnos en reses listas para el matadero y organizar una revolución, o asumir el mando de una especie de peces en peligro de extinción e insuflarles un poco de temor a esos buques de captura que llevan fábricas incorporadas. A los hombres les viene bien experimentar de vez en cuando eso que ellos mismos denominan «milagros». Entonces, ¿por qué no obrar algunos que sirvan para proteger a los animales?

–¡Vacas sagradas en Europa central! ¡Ahora lo veo claro!

No me faltaron ganas de estrangular al autor del sarcasmo. Entonces me di cuenta de que estaba solo con mis propósitos. A algunos los incité a reflexionar, pero, como grupo, los magos aún no estaban maduros para aquel proyecto, y tampoco lo estaban el resto de los hombres.

No dejé que se me notara el pesar, de modo que serví a todos un buen café y un trozo de tarta y organicé una visita a la ciudad, con una excursión en barca y una cena en Grunewald. Tras una reflexión madura, decidí guardarme el secreto de la biblioteca de Längberg, pues sabía que, de revelarlo, también conocerían su existencia las personas menos indicadas. ¡Por nada del mundo quería ver en Längberg a un tipo como Schneidebein!

Al final, tuve claro que uno no debe pretender fundar nada solo porque tenga una casa espaciosa.

La congoja me duró unos días, y ni siquiera mejoró cuando recibí la noticia de que Johann pretendía ganar un concurso para participar como extra infantil en la filmación de una película policiaca. Yo me oponía, porque ya había

muchas cosas que distraían a aquel chico de la escuela y solo me traía malas notas. Pero él insistía en participar, porque estaba ahorrando para comprarse una bicicleta y porque le gustaban los juegos de rol. Le aclaré que no iba a actuar, solo aparecería en alguna que otra escena. Pero él no cejó. De mala gana, di mi aprobación. Para empezar, no me gustaba el título: *Noticias del mago*.

Y entonces por fin pude fundar algo. Había descubierto mi capacidad para ayudar, había atendido a personas o las había pasado de contrabando, y entonces vi una posibilidad de ir un paso más allá: ¿quería ayudar a las personas a florecer y prosperar, hacerlas felices! Lo que había logrado con Emma y con los niños –al menos siempre que estuve presente– podía ampliarlo, de algún modo, hasta convertirlo en un oficio que me permitiera hacer felices a los demás y, por extensión, a mí mismo.

Ahora bien, ¿cómo encontrar a gente desdichada que pudiera ser guiada hacia la felicidad? Sin esa gente, no podría hacerse nada. Sin embargo, como es sabido, toda persona desdichada prefiere cualquier cosa menos serlo, y en ello reside una parte considerable de su problema. ¿Cómo podía atraer a esas personas desdichadas para que hallaran el camino hasta la Tauentzienstraße? Sin duda, no ofreciendo un seminario sobre la felicidad, sino uno que les prometiera a los desafortunados algo de lo que pudieran esperar cierta compensación a su infortunio: el éxito. Y se consideraba que la clave del éxito era el «liderazgo». En realidad, yo mismo había revelado ser un pésimo líder, pero, como me interesaba el arte de dirigir, decidí impartir clases a otros sobre el tema. Se sabe también que cierta gente inepta suele ser la más apropiada para enseñar a personas más talentosas lo que ellas mismas no están en condiciones de hacer. Y, para ser un buen entrenador, es preciso tener cierta experiencia de ineptitud. En lo que atañía al liderazgo, yo tenía más experiencias que cualquier otra cosa. Me vino muy bien que, hacia 1965,

hubiera muchos jóvenes deseosos de liderar algo a toda costa, «agitadores» que deseaban llegar a ser importantes, en la mayoría de los casos porque ansiaban impresionar a sus padres o porque acarreaban consigo algún tipo de carga de la que querían sacar algún sentido y ciertos objetivos. Puse un anuncio en un periódico llamado *El Vespertino*, pero que se publicaba por la mañana (y eso me pegaba): «El éxito mediante el liderazgo. ¡Preséntese ahora! ¡Es una orden!». Debajo aparecía mi número de teléfono. Luego, al lado de la puerta de entrada del edificio, puse un cartel:

Academia de liderazgo berlinesa.

Cuarta planta, puerta derecha.

Timbre: Pahroc

Aún hoy creo que mis «seminarios de liderazgo» no eran tan malos. Gracias a mis ejercicios, los jóvenes aprendían concentración y minuciosidad, y se enteraban de algo acerca del arte de servir y ayudar. El hecho de que yo jamás hubiera dirigido una multinacional, sino una pequeña tienda de aparatos eléctricos, lo llevé con cierta discreción.

Me dedicaba a poner ejercicios, anunciar reglas, enseñar trucos. Algunas cosas eran correctas, otras –muchas– fueron erróneas. Les explicaba a mis alumnos que no debían mostrar temor una vez que se hubieran decidido por un modo de actuar, que las decisiones siempre implican ciertos temores, porque suponen un trueque: uno renuncia a las ventajas de lo acostumbrado a cambio de las ventajas del cambio. Ello siempre significa un riesgo y causa un poco de miedo. Por eso forma parte del liderazgo parecer tranquilo y hablar lo menos posible. Hablar demasiado es un síntoma de miedo. (Aquello eran tonterías, y hoy lo sé. Sé que alguna gente habla mucho porque tiene algo que ofrecer.)

Empezamos las sesiones pidiendo a algunos de los presentes que contaran una historia que les pareciera interesante en relación con el tema del liderazgo. Un estudiante contó el siguiente sueño: viajaba en un autobús típicamente berlinés, uno de esos de dos pisos; iba sentado delante, arriba, y tenía en las manos un volante de juguete. El autobús avanzaba entre una maraña de tráfico que el estudiante solo veía vagamente desde arriba, no veía lo que ocurría justo delante o a ambos lados del autobús. De repente, supo que era él quien conducía el vehículo. Si atropellaban a algún peatón o destrozaban algún coche, él sería el culpable: solo él, el conductor sentado en la parte de arriba. En una situación así –dijo el estudiante–, no servía de nada mantener la calma. Era preciso pedir ayuda y gritar bien alto: «¡No lo conseguiré!».

–No –le dije yo–. En ese caso, lo que tendría que hacer es despertar.

A continuación, comentamos el sueño. Diagnosticué una manía de grandeza como la que uno puede –y debe– tener en los sueños. Otro de los presentes, por el contrario, dijo que era el sueño de un demócrata con sentido de la responsabilidad y con una gran preocupación por el bien común. Una dama no estuvo de acuerdo: dijo que se trataba de una de esas pesadillas que tenían ciertas personas con una idea completamente falsa de la democracia.

Algunos de aquellos alumnos llegaron a escalar más tarde –mucho más tarde– hasta posiciones muy elevadas. Primero se hicieron miembros del movimiento estudiantil. A uno de ellos lo recuerdo muy especialmente, porque se explicaba el objetivo de aquel aprendizaje común del siguiente modo: «El liderazgo consiste en no dejar aflorar ninguna duda en torno al propio liderazgo». Un año después, aquel chico era ya toda una estrella del movimiento antiautoritario y fundó junto con otros una comuna. Hace unos tres años volví a encontrármelo: era el expresidente de una multinacional y daba conferencias. Sobre liderazgo, claro.

Ya hacia finales de 1966 había empezado a irritarme que fueran cada vez más los futuros líderes que desistían de acudir al barbero. Por doquier creían melenas que llegaban hasta los hombros, como para hacer ostentación de que no se buscaba en serio ningún puesto de trabajo. Y un buen día los estudiantes dejaron de acudir a mis seminarios. En adelante ya no vino nadie. Asombrado, pensé en algún accidente del transporte público local y vi en mi mente un autobús accidentado. Pero el motivo era otro.

De la noche a la mañana, la palabra «liderazgo» se había convertido en un tabú, porque a los estudiantes les parecía que estaba demasiado relacionada con el tutelaje. Ahora todo debía ser discutido por todos, para luego, a partir de lo debatido, llegar a un acuerdo entre todos. Si era preciso reconocer la necesidad de unas acciones concretas, ello debía surgir de la conciencia histórica correcta de todos, o por lo menos de todos los presentes. Ningún líder debía tomar decisiones de manera unilateral, solo la «base» podía hacerlo. Claro que los que más enfáticamente anunciaban tales cosas eran, de algún modo, líderes, pero jamás se habrían calificado así, ya que ahora eran rigurosamente antiautoritarios. De modo que no había ningún responsable oficial al que se pudiera pedir cuentas por los cristales rotos de los escaparates o por los coches volcados en las calles. A nosotros, los ciudadanos más viejos, el mundo nos pareció totalmente desquiciado.

Por otro lado, el movimiento estudiantil tenía algo parecido a eso que llaman *sex appeal*: era también una celebración de la felicidad y tenía todos los elementos que lo hacían apto para convertirse en un mito de la generación siguiente. Eso lo notamos muchos de los más viejos, y desde luego todos los magos. Aquellos jóvenes amaban a quien querían cuando querían, lo cual, por lo demás, podía ocurrir sin tener consecuencias. Aunque, sin la píldora anticonceptiva, todo habría sido diferente. También se vestían del modo que los hacía sentirse más cómodos, no como exigiese ninguna convención. Nada

de corbatas que te estrangularan, nada de trajes. Las faldas se volvieron más cortas, las piernas más largas y más desnudas que nunca. A mí me gustaba ir a las manifestaciones, pero solo para contemplarlas con satisfacción desde la acera. Como muchas de ellas pasaban por la Tauentzienstraße, lo tenía todo en la puerta de casa.

Se fumaba hachís, una droga que proporcionaba una paz agradable. Yo la probé alguna que otra vez, pero notaba que bajo su efecto la magia me salía fatal. Creaba una descontrolada sucesión de imágenes y de ideas, generaba un estado de transformación no planificado tras otro, y entonces me volvía cualquier cosa menos lo que había querido ser. Eso, hasta donde puedo acordarme.

A aquellos jóvenes el sistema social no les parecía democrático, para ellos era un sistema capitalista explotador y, sobre todo, era el sistema portador de la guerra. Sin la guerra librada por Estados Unidos en Vietnam probablemente no habría habido aquel movimiento estudiantil de alcance mundial. La variante alemana de aquella sublevación juvenil también se dirigió contra la generación de los padres, aquellos que alguna vez habían aplaudido o seguido al dictador. A los viejos les pareció injusto, o al menos no muy amable, y muy pronto los estudiantes rebeldes se convirtieron en el blanco de su odio. Numerosos jóvenes, a su vez, tuvieron problemas para lidiar con aquel odio, mucho más de lo que hacían creer a todos. Si bien siguieron fingiendo que disfrutaban al máximo de aquella revolución, llamaba bastante la atención que solían fumar demasiado, hablar demasiado y prestar poca atención. En pocos meses las disputas fueron en aumento y se crearon grupos y grupúsculos, cada uno de los cuales se mostraba deseoso de presentarse como el más radical.

Muchos de los que se habían embarcado con entusiasmo en ese viaje hacia un nuevo concepto de la libertad no se sintieron tan bien al año siguiente,

cuando empezaron a volar las piedras y a producirse muchos incendios. A ello se sumó la desesperación por los acontecimientos en Praga. La idea de un socialismo más luminoso fue aplastada por los soviéticos, y con ella quedaron también aplastados los movimientos de izquierda en Europa Occidental.

¿Qué hacer? Muchos se retiraron, se dedicaron a escribir interminables tesis doctorales que no interesaban a nadie o a escuchar a maestros hindúes de la meditación. Algunos lo intentaron con el alcohol. Y todos, absolutamente todos, empezaron a acudir con más frecuencia al cine. Al menos tenían en común eso. Las películas muestran la vida y todos los errores que forman parte de ella, ese es su propósito. Animan a las personas a hablar de sus propios errores e incluso a reírse de ellos. Las malas épocas son casi siempre buenas épocas para el cine.

Muchos de aquellos jóvenes se sometieron a psicoterapia. A menudo no era más que un modo de escapar de la resaca de la desmoronada revolución. Ya no estudiaban, se dedicaban a transportar muebles o a conducir taxis para financiar sus terapias. Sentí entonces que había llegado mi gran momento. Mi sueño de hacer florecer a las personas estaba intacto. Hice reformar ampliamente el piso en la Tauentzienstraße, instalé unas bombillas más luminosas, colgué en la pared del salón más amplio todo tipo de diplomas y certificados creados por arte de magia y puse en la entrada del edificio un nuevo letrero de bronce:

Dr. med. Pahroc
Terapia analítica de eventos

En el año 1969 hubo tres acontecimientos importantes: un estadounidense se puso a bailotear en la Luna, la República Federal de Alemania eligió a su

primer canciller socialdemócrata y yo fundé la Pahroc GmbH con el propósito de revolucionar la psicoterapia.

De inmediato tuve una numerosa clientela y empecé a ser conocido. Por supuesto, cobraba por ello, pues formaba parte de la terapia: solo quien ha de pagar por un buen consejo se muestra luego inclinado a seguirlo. Pero pedía menos que otros terapeutas, y eso hizo que se me considerara una persona amiga de los estudiantes. Nadie sospechó en ningún momento que yo no tuviera formación alguna ni que no fuera doctor en Medicina, cosa que para mí no era impedimento alguno: en una semana leí unos mil libros por el método de los dos dedos, de modo que llegué a dominar todos los términos técnicos. De todas maneras, mi formación podía demostrarse –había sacado a relucir, mediante la magia, al profesor cuya firma figuraba en mi título–, y, si alguien preguntaba, ese profesor se acordaría de mí y hasta del tema de mi tesis doctoral: «El ojo y el acontecimiento: estudios recientes sobre una terapia de la atención». Es cierto que carecía de experiencia práctica, pero no me sentía un estafador, sino una persona altamente cualificada.

Mi concepto de la «terapia de eventos» lo desarrollé una tarde, y ello casi me reportó más placer que aquel otro invento del cambio de frecuencia mediante una cinta perforada. El procedimiento se asemejaba al de mi escuela de liderazgo, solo que no empleaba las historias sobre sueños: en lo esencial, lo que hacía era salir de paseo con los pacientes, a pie o en bicicleta. Las excursiones eran gratuitas, lo único que había que pagar era la consulta que seguía a esos paseos: en esas sesiones se hacía una recapitulación de los acontecimientos que habíamos experimentado durante el paseo, casi todos muy diferentes. En el curso de pocas semanas, los pacientes se convertían en agudos observadores de los seres humanos y desarrollaban una enorme capacidad de concentración, con lo cual reaprendían lo hermoso que podía ser estar entre sus semejantes.

En mi cocina colgaba un póster: «¡Gente, haceos gente entre la gente!». Uno de mis jóvenes huéspedes, natural de Colonia, escribió debajo, con un rotulador: «¡... y si no, hazte renano!». Lo dejé tal cual.

A los pacientes que estaban verdaderamente enfermos los enviaba a ver a otros colegas, pero para los infortunios normales bastaban mis recursos. Creo que en realidad no llegué a curar a nadie, pero sí les abrí los ojos a muchos que aprendieron a no cavilar demasiado sobre ambiciosas metas lejanas, sino a prestar atención, mientras caminaban, a sus pies y a su respiración, a apercebirse, agradecidos, de lo que sucedía a su alrededor. Luego quedaban perplejos ante lo mucho que aquello significaba.

El trato con esos jóvenes, a menudo chicos de gran inteligencia, me deparó muchas alegrías. Por otro lado, gracias al movimiento diario fui perdiendo la barriguita que había adquirido durante mi fase depresiva.

Los pacientes, en efecto, se volvían más felices, aunque en las sesiones jamás mencionamos la palabra felicidad. Tampoco les hablé de «éxito» ni alabé a nadie por sus progresos. Apliqué la magia solo en muy contados casos. A veces empleaba algún truco para tranquilizar o crear euforia, siempre con el fin de levantarle el ánimo a alguien o de aliviar algún dolor, pero solo durante pocos minutos. Esas mejorías mínimas y enigmáticas fortalecen la fe, y eso resulta de utilidad terapéutica.

En torno a ello yo no gastaba ni un gesto, me hacía el druida con cara de póker. Eso sí, nunca me convertí en un gurú, jamás me rodeé de adeptos o de discípulos, cosa que me habría resultado fácil. De eso estoy seriamente orgulloso, pues nunca he caído en la tentación de fundar una secta.

Muchos años después seguía recibiendo cartas de agradecimiento de antiguos pacientes, entre ellos dos jefes de gobierno. Un gran artista llegó a asegurarme que lo había ayudado a desarrollarse y a pasar del padecimiento a la pasión. Cuando me llegó su carta, yo llevaba un cuarto de siglo viviendo

en otra parte, pero en eso me ayudó el truco de la reexpedición de correo, que tiene vigencia durante cincuenta años. Si algún día lo necesitas, Rejlander lo conoce.

Por lo demás –y lo que voy a decirte te lo digo de mala gana–, no deberías seguirla ciegamente en todo. Rejlander tiene una inclinación exagerada por los bolsos bonitos y extravagantes. Eso no es solo perdonable, sino que incluso está bien. Pero, desde que ha perfeccionado la magia de los bolsos, tengo que amonestarla constantemente. Suele cambiar de bolso hasta veinte veces en una sola excursión de compras: ve alguno en un escaparate y de inmediato se la ve con uno igual bajo el brazo, con el contenido del que llevaba anteriormente, se entiende. Entonces se contempla en el espejo y se alegra, pero pronto queda hechizada por otro ejemplar. Le preocupan poco los posibles observadores, detrás de los cuales podría esconderse siempre un cazador de magos.

El año de 1973 fue particularmente importante para mí. Johann acudía a una escuela de actores y ya representaba sus primeros papeles auténticos: florecía sin que yo hubiera hecho nada para ello. Entonces conocí entre mis pacientes a la persona que más tarde se convertiría en mi ayudante: Waldemar III. Había nacido en Baviera, acudió a la escuela en Traunstein y había recibido clases de Religión con un maestro cuyos ojos bizqueaban un poco hacia fuera. En la algarabía del movimiento estudiantil, había entrado en una crisis depresiva, y yo cambié radicalmente dicha circunstancia. En una de las sesiones me dijo que él era, «quizás, el segundo hombre ideal». Escuché aquello con interés, pero le expliqué que la palabra «ideal» sonaba un poco a manía de grandeza, daba igual que fuera un primer hombre, un segundo o un tercero. Y, en efecto, nunca llegó a convertirse en el ayudante ideal, porque

siguió siendo un pesimista acérrimo, aunque por ese mismo motivo fue siempre muy puntual.

Algo más me trajo ese año: fui arrestado y me llevaron a juicio, donde me condenaron a dos años de prisión. El falso título de doctor, la falsificación de mis estudios, todo salió a la luz, a pesar de la tapadera perfecta, y el hecho de que hubiera recibido honorarios por ello me convertía en un criminal. Sin la mala voluntad de otro mago jamás me habrían descubierto, y ya puedes imaginarte quién fue.

Por ley, aquello me sucedía con razón, así que me dispuse a cumplir la condena, aunque habría tenido cientos de posibilidades de eludirla. De todos modos, yo no me arrepentía de nada, y tampoco me arrepiento hoy. Gracias a ese percance me volví más modesto, y tal vez también hasta más sabio, pero eso es todo.

Ahora, Mathilda, tengo que poner fin a esta carta, que se ha vuelto ya demasiado larga. Mañana debo ingresar en el hospital y tengo un poco de miedo. Si todo sale bien, Rejlander vendrá contigo a visitarme y, además, espero poder estar pronto en casa otra vez. De todos modos, hace un par de semanas tuve el honor de ser invitado a estar presente en la tribuna del Parlamento durante la elección del presidente de la República Federal. Jamás había visto en un sitio al mismo tiempo tanta gente tan vieja como yo, de modo que, al parecer, la ceremonia se convirtió automáticamente en un homenaje para gente de ciento once años. Creo que Rejlander, que integra la Asamblea Federal, estaba detrás de todo eso, si bien ella afirma que no sabe nada del asunto.

Este año, en otoño, empiezas la escuela primaria, y ya te alegra esa perspectiva. Ayer te pregunté:

—¿Qué quieres ser cuando seas mayor?

Y me respondiste:

–¡Pirata, jefe de una tribu india y paleontóloga!

–Pero esas son tres profesiones a la vez –te dije yo–. ¿Cuál te gusta más?

–¡Todas! A mí me gusta todo.

–¿Y qué te gustaría sacar a la luz cuando seas paleontóloga?

–Un *Pachycephalosaurus*.

Lo sé por experiencia con mi hijo John: quien a los cinco años y medio ya sabe pronunciar correctamente tales nombres acabará subido a un escenario.

–Pero ese es el dinosaurio con la cabezota dura –repuse, queriendo demostrar que yo también tenía algo que decir.

–Sí, ese... Porque si lo encuentra otro hace así. –Hiciste entonces un gesto como si quisieras embestir mi cráneo con tu pequeña cabecita: un saurio contra otro saurio.

En cuanto salga de la clínica, empezaré la próxima carta que quiero escribirte. Ya veremos cuántas más soy capaz de redactar. De todos modos, quizá ya haya dicho lo más importante. Pero eso, muchas veces, ni uno mismo lo sabe.

UNDÉCIMA CARTA

Alcanzar la sabiduría

Abril de 2017

¡Ah, Mathilda! ¡Qué bonito sería poder transformarnos, mediante la magia, en buenas personas! Esas personas que son honestas y leales, que no ven el momento de poder ayudar a los demás, que nunca ceden a tentaciones egoístas. ¿No sería precioso poder obtener, con magia, un buen corazón? En ese caso, seríamos algo así como unos ángeles. Pero ¿cuán afortunado se puede ser siendo un ángel? En ese sentido, me muestro escéptico, tal vez no sea tan grato en absoluto.

Creo, además, que la convivencia se haría terriblemente aburrida. Porque si automáticamente fuéramos buenos, dejarían de existir las tentaciones, las grandes y las pequeñas. Y ellas conforman la sazón de la vida, de un modo u otro: cuando cedemos a ellas, conseguimos disfrutar de algo, ¡y si nos resistimos, tenemos la sensación de ser intachables! Así que no: es mejor que no exista ninguna forma de ennoblecernos a nosotros mismos por medio de la magia. La incapacidad para sorprenderse significa estar muerto en vida.

Con la sabiduría pasa algo similar: no existe una magia para convertirnos en sabios, pero yo tampoco la echo de menos. Aunque, por otro lado, compruebo que a pesar de mi avanzada edad no soy realmente sabio. Pero ¡qué importa! En eso de ser más sabios por viejos son mucho mejores los

conservadores, que empiezan a practicar más temprano. Sin embargo, en el transcurso de estos ciento diez años he comprendido algunas cosas.

La mayoría de lo que uno comprende nos llega gracias al fracaso, la comprensión se hace más nítida que con el éxito. Al menos así ha sido en mi caso. ¡Así que no tengas miedo a los aterrizajes forzosos, porque sin ellos no se aprende nada! Llegar a la comprensión de una cosa resulta casi siempre doloroso. Y, además, es preciso saber decir adiós al lujo de no comprender.

Mi mayor fracaso fue esa estancia en prisión a finales de 1973. Lo más ingrato fue no poder seguir llevando lo que marchaba tan bien: mi consulta. Primero estuve buscando a un culpable, al miserable chivato. Cuando es otro el culpable de algo que nos ocurre, nos resulta más fácil eludir todo proceso doloroso de autoconocimiento. Y yo encontré a ese culpable: tal como supe por un agente de la zona oriental, había sido Schneidebein el que, por pura maldad, había informado a la Asociación de Médicos y a la Fiscalía acerca de mi pasado como electricista y sacristán. O mejor dicho: no lo hizo él mismo, sino que se sirvió de un socio en Occidente, el doctor Schneider, quien todavía me guardaba rencor por haberle tomado el pelo con aquella mentira sobre mis planes de recluirme en un monasterio. Sin embargo, yo no me sentí humillado por él, sino por Schneidebein. Cuando confirmé que él había sido el autor de la intriga, acudieron a mí, en tropel, los recuerdos de todas las humillaciones y pérdidas que había sufrido a lo largo de mi vida y que guardaban relación con aquel asesino. Me enfurecí, y permanecí en ese estado durante varios días.

Por lo visto, él ya sabía de mi labor ayudando a la gente a escapar de la zona este, razón por la cual había querido encerrarme en una celda de hormigón armado en la parte oriental de Berlín. Con un poco de suerte, había conseguido eludir aquel castigo sin estar al tanto del peligro. Esta vez su objetivo habría sido verme huyendo hacia algún país de ultramar, adoptando

una nueva identidad. Pero yo quería seguir siendo quien era por el simple hecho de que amaba a mis hijos y ellos me amaban a mí. Y lo admito: pensé entonces en vengarme. También con ese propósito quise seguir siendo Pahroc.

Cumplir la condena no me asustaba. A un mago con buena formación no se lo puede limitar demasiado encerrándolo en una prisión normal. ¿Dos años sin fianza? Bien. Yo mismo me proporcionaría la fianza más tarde. Hasta entonces, pensaba moverme por el mundo con más libertad que nunca, precisamente porque todos me creían entre rejas. No hay mejor coartada que la cárcel, sobre todo cuando se planifica un asesinato, y aquel castigo coincidió con el momento en que yo estaba planificando uno. Mi plan era plantarle cara a Schneidebein sin ayuda de magia y matarlo, y ese deseo era como un martillazo en mi alma: se repetía hora tras hora, de día y de noche. Sabía que aquel canalla también estaba esperando esa oportunidad, pero confiaba en hacer las cosas de un modo más inteligente.

Por cierto, ayer volví a salir de la clínica, y todo parece indicar que enseguida estaré sano y fuerte como un roble, así que espero poder seguir ayudándote un par de años más con los deberes de latín; solo tengo mis dudas con el examen final de bachillerato.

Mañana Rejländer y yo viajaremos hasta Långberg, queremos leer juntos la obra del Gran Bachstelz, mi querido y grueso antepasado. Seguramente ella volará contigo hasta allí algún día. Es un sitio ideal para dar unos paseos magníficos: en los alrededores, por ejemplo, hay una taberna estupenda.

Mi tiempo en la prisión se remonta cuarenta años atrás. Allí no conseguí entender el sentido de las condenas que incluían una restricción de la libertad; más bien conseguí entender su sinsentido. Muchos de los reos decían que

eran inocentes, y algunos lo eran, en efecto: gracias a mi capacidad para leer los pensamientos, pude saberlo rápidamente. Muchos de aquellos hombres aprendían allí, por primera vez, a sentirse como criminales. No obstante, desde la época del dictador la resocialización había hecho grandes progresos. Los presos que no eran peligrosos podían salir de la prisión más a menudo, siempre con algunas medidas de seguridad. Podían asistir a cursos, por ejemplo, o ir a ver a sus hijos. Muchos leían libros por primera vez durante sus condenas. También yo tenía más tiempo para ello que antes, y por eso vivía, por así decir, en dos dimensiones distintas de la realidad: dentro de la prisión imperaba la dimensión más pequeña, la dura; fuera, la grande y más suave. Me pasaba el tiempo viajando entre la una y la otra, y la verdad es que no me lo pasaba mal.

Tras la primera fase de adaptación, empecé a pasar menos tiempo dentro, dejaba en mi celda a mi doble y me dedicaba a hacer recados fuera o a visitar a ciertas damas de alquiler. Todo ser humano necesita de vez en cuando un cuerpo ajeno y amable en una cercanía palpable, uno no puede vivir únicamente del recuerdo. De paso, en esas salidas me dedicaba a solucionar algunos asuntos importantes, como, por ejemplo, contratar como ayudante a mi antiguo paciente de Traunstein, que se convirtió entonces en Waldemar III. Por entonces él se hallaba bajo tratamiento con un auténtico psicoanalista, y por las noches se dedicaba a conducir un taxi que lo ayudaba a ganar el dinero necesario para pagar al médico. A menudo me convertí en su pasajero: me sacaba de la manga un par de billetes grandes y mencionaba algún destino muy distante, con tal de poder charlar. Él nunca quiso desconectar el taxímetro. Decía que no podía hacerles tal cosa a Elvira y a Claus, los dueños del coche. Ello me incitó a hacerle un diagnóstico, por lo que le dije que ya estaba en perfecto estado y que no necesitaba más el psicoanálisis. Él me creyó, abandonó la terapia y, en efecto, pudo arreglárselas sin ella. Se hizo

maestro. Una profesión ardua, pero, de todos modos, no era mucho lo que Waldemar tenía que hacer para mí. Yo estaba en chirona, y no carecía de nada.

También visitaba a Kusenbergh en Hamburgo. Él todavía me recordaba, y todo gracias a Emma. Quiso saber cómo estaba ella, y se enteró con tristeza de que llevaba veinte años muerta. En su momento, me había olvidado de escribirle al respecto. En aquella ocasión yo me había olvidado de todo.

Sus fantásticas historias llenaban ya por entonces varios libros. Como tenía que volar de regreso durante la noche, solo pude llevarme uno, pero luego hice que Waldemar me consiguiera los demás en Berlín.

De vez en cuando iba a ver a Johann, que representaba papeles juveniles en el Teatro del Kurfürstendamm. Yo me sentaba en primera fila, transformado en un conocido terrorista, y me sentía muy orgulloso de mi hijo. Claro que, con mi aspecto, no podía acudir a felicitarlo después de la función, pues para entonces la policía ya estaba allí, lista para arrestarme. Yo me volvía invisible y me escabullía a través de los lavabos, para al día siguiente deleitarme con los titulares de los periódicos.

En la prisión siempre tenía varias cosas de que ocuparme. Trabajaba en la sección de la ropa, aprendía idiomas y desarrollaba una idea acerca de una «Europa de acontecimientos democráticos» en la que las personas tenían que aprender todos los idiomas europeos, no por obligación, sino porque querían aprenderlos, y todo gracias a una cuestión de magia pedagógica. También jugaba apasionadamente a las cartas, haciendo trampas todo lo que podía. Hacía trampas incluso cuando jugaba al ajedrez, lo cual no resulta tan muy difícil cuando uno tiene la habilidad para transformar fichas negras en blancas.

Creía que el sistema de cumplimiento de condena necesitaba mejoras, y, de hecho, en estos últimos tiempos ha sido mejorado. En realidad, la cárcel solo

me parece tener un sentido –y así lo creo todavía hoy– cuando está destinada a proteger nuestras vidas de personas realmente peligrosas. En el caso de muchos otros, la recapacitación y el cambio se consiguen de manera más efectiva, quizá, sin necesidad de encerrarlos. No obstante, no quisiera renegar del tiempo que pasé encarcelado, pues es una parte importante de mi biografía. Es probable que en ese periodo me volviera algo más sabio, porque hace mucho que no me siento como el gran salvador y promotor de felicidad que creía ser antaño. Tras mi excarcelación, me propuse vivir feliz; ello no excluía ayudar a otros, pero sin querer hacer de eso un oficio. Lo de la psicoterapia no podía ni considerarlo, pues los guardias no me perdían de vista.

Durante la época que pasé en prisión ocurrió también algo importante en mi persona: me liberé de la tiranía que implica la idea de la venganza.

En la cárcel tenía un compañero que diez años antes había cometido un perverso asesinato por mera sed de venganza. Yo, que podía leer sus pensamientos, pasé horas hablando con él. Hacía mucho tiempo que a él mismo le resultaba ajeno el joven violento que había sido; se había convertido en un hombre reflexivo y culto. No obstante, no conseguía liberarse del acto cometido en el pasado, y sabía que tampoco se liberaría de él cuando lo dejaran en libertad: su víctima se le aparecería en sus sueños una y otra vez. La conciencia suele cavar hondo, es un enemigo tenaz que dispone de mucho tiempo. En el curso de esas conversaciones me di cuenta de que, en mi caso, ella también llamaría a mi puerta inmediatamente después de cometer un asesinato, o quizás al cabo de un tiempo. ¡Sospechaba que al asesino Schneidebein le sucedía exactamente lo mismo! La certeza de que, con sus actos, había estropeado para siempre su buena fortuna tenía que afectarlo con fuerza desde hacía muchísimo tiempo, o por lo menos lo

alcanzaría en algún momento. Y, en ese aspecto, yo no pretendía convertirme en un estorbo para él.

Me pusieron en libertad al cabo de un año y medio. Tanto mi doble como yo habíamos mostrado muy buen comportamiento, y él, en especial, parecía haber asimilado bien la reinserción social. En fin, que estábamos libres, y yo empecé a buscar algo nuevo de que ocuparme. Ya no podría ser nada relacionado con la curación. Por otra parte, nadie tenía por qué saber que el dinero no significaba un problema para mí. De modo que solo debía hacer algo para que a nadie le llamaran la atención mis coches y mi enorme piso.

Cuando Johann recibió su primer papel en el cine, habló con el jefe de producción y me consiguió una participación como extra. Tenía que representar a un envejecido padre de familia que, al final de la guerra, siendo apenas un niño, se había visto obligado a participar en la llamada «guerra de todo el pueblo» para, junto a otros muchos adolescentes y ancianos, defender la ya destruida ciudad de Berlín de los tanques del Ejército Rojo. A mediados de la década de 1970 se rodaban muchísimas películas sobre la historia reciente de Alemania, la mayoría de las tramas se desarrollaban durante la Primera o la Segunda Guerra Mundial. Eso significaba que el especialista en pirotécnica era uno de los hombres más importantes del equipo. Yo estuve observándolo mientras trabajaba. Un día, con ayuda del brazo largo, le solté un cablecito a uno de sus artefactos explosivos y le grité:

–¡Un momento! ¡Así no va a funcionar!

A continuación, ante la mirada perpleja del especialista, volví a conectar el alambre y todos me consideraron la persona que había salvado la escena. Entonces expliqué:

–Entiendo algo de armas y explosivos.

Una publicidad que tuvo éxito.

Para trabajar en el cine no hace falta haber aprendido nada, solo es necesario tener algunas habilidades. Eso es muy conveniente para los magos. Mi carrera como pirotécnico de rodajes fue cuesta arriba. Hacía funcionar antiguas ametralladoras, proporcionaba explosiones fiables y controladas, y también ayudaba, de ese modo, a restituir con cierta credibilidad el pasado alemán. Al cabo de dos años todos me conocían con el nombre de «Tío Bum». Nada se sabía sobre mi verdadero pasado, ya que la gente del cine solo conoce a otra gente del cine y apenas tiene tiempo para el resto de los mortales.

Yo colaboraba mucho con los tramoyistas, los encargados de que en las películas los muebles y los aparatos tengan el mismo aspecto que los de la época en que se desenvuelve la trama. De vez en cuando dejaba entrever que entendía de tecnología antigua y que tenía en casa una pequeña colección.

De modo que, al cabo de algún tiempo, dejé de trabajar como Tío Bum y empecé mis labores como tramoyista de escenas especiales, con lo cual gané un buen dinero. La mayoría de los aparatos los creaba en algún momento en que nadie estuviera observándome, y a continuación decía: «Por suerte, todavía tenía esto en el sótano». Era capaz de proporcionar cualquier cosa: oficinas de telégrafo, cadenas de montaje, la sala de máquinas de un crucero ligero. Mi obra maestra fue una gran superficie de oficinas divididas en cubículos, del año 1920, todo movido por vapor de agua. Por entonces aún no había máquinas de escribir eléctricas, pero existían unas que funcionaban por una fuente de energía externa, a través de unas correas de transmisión movidas por un largo semieje que giraba en la planta superior y estaba acoplado a una caldera de vapor. Siendo un adolescente, había visto algo parecido: las secretarias trabajaban con unos protectores para los oídos, pues el universo sonoro de su puesto de trabajo era el de la locomotora de un tren rápido. El director quería tener un set como aquel, costase lo que costase, y

yo se lo construí sin consultar a producción. Se mostró entusiasmado. Quiso poner a su película el título de *Transmission*, pero todo fracasó por culpa del técnico de sonido, y también por el productor, que sufrió un colapso nervioso. Una lástima, porque el filme podría haber llegado a ganar cierta celebridad. Mi ayudante me dijo que la idea debía tener acogida en un libro.

Waldemar III daba clases en un instituto, pero cuando acababa su sesión matutina iba a verme al taller o al lugar del rodaje, para ayudarme. A fin de corresponderle, yo me tomaba un poco de tiempo libre y, con la magia ortográfica, corregía los cuadernos de redacción de sus alumnos, para lo cual yo no necesitaba ni abrirlos. El único problema era que los comentarios había que hacerlos dentro de los cuadernos, ¡con tinta roja!, y los magos, normalmente, pueden leer el contenido de un cuaderno cerrado, pero no escribir en ellos. Sin embargo, tras ejercitarme un poco, también logré eso.

Waldemar adoraba el cine tanto como yo. Hay dos tipos de personas: unas, en un rodaje, solo se fijan en que la gente anda por ahí sin hacer nada y que las labores no avanzan. Por lo general, estas personas suelen aburrirse espantosamente. El otro tipo, por el contrario, percibe la tensión, ve las mentes trabajando, comprende el elemento cerebral e inventivo de esta profesión. Estas, claro está, jamás se aburren.

Waldemar y yo adoramos también a la gente que trabaja para el cine. Se trata de personas que no tienen más remedio que asumir la responsabilidad por sí mismas. Han de ser honestas en cuanto a lo que pueden proporcionar y lo que no, de lo contrario, todo se encarece y dejan de contratarlas. Solo los directores pueden darse el lujo de no saber lo que son incapaces de hacer, porque ellos son genios y, a decir verdad, pueden hacerlo todo, sin excepción.

El año 1981 trajo tres cosas importantes: Waldemar se marchó de mi casa, empezó a escribir un libro y no volví a verle el pelo. Johann obtuvo su primer papel protagonista en una película de ficción, se cambió el nombre por el de

John Parrock y consiguió su propio apartamento. Yo decidí dejar de trabajar para el cine y adoptar un estilo de vida filosófico: por ejemplo, holgazanear durante un día entero. Alquilé cuatro de mis ocho habitaciones en la Tauentzienstraße, leía mucho, salía a pasear e iba todas las noches al cine. Mis conocidos pensaban que me aburría. Me regalaban revistas de crucigramas y dados de Rubik, un enigmático juguete con el que todo el mundo se devanaba los sesos por entonces, hasta tal punto que uno los veía echando humo (yo, en cambio, resolví el enigma con un solo giro adecuado exactamente al cabo de 32 segundos). Lo cierto es que no me aburría en absoluto, pues me dedicaba a estudiar los periódicos. Después de cinco años trabajando en películas sobre el pasado, ahora disfrutaba de la actualidad. La del día anterior me la traían los periódicos, y la del día en curso me la proporcionaban, desde muy temprano, mis inquilinos, que ocupaban los dos baños y no asomaban la cabeza hasta pasada una eternidad. Leía los periódicos hasta que oía decir: «El baño está libre». Casi siempre tenía que pasar mucho tiempo leyendo, por lo que no se me escapaba ninguna noticia de actualidad. Durante años fui el pensionista mejor informado de todo Berlín Occidental o, mejor dicho, de todo Berlín, ya que en el este, por culpa del sistema político, no tenían ni idea.

La de cosas que vi pasar por delante de mí durante los años ochenta: un presidente estadounidense, por ejemplo, un antiguo actor de cine (lo que, en principio, hablaba en su favor), que pretendía construir una bomba de neutrones y arrastrar a la Unión Soviética a una desenfrenada carrera de armamento a la que aquel país no podría sobrevivir.

Pensaron en instalar en Europa nuevos cohetes, y en Berlín la gente organizó una manifestación tras otra (casi todas pasaban por la Tauentzienstraße).

Un periodista se embolsó una exorbitante suma de dinero por los falsificados diarios privados de aquel dictador al que en Alemania llamaban «el mayor estratega de todos los tiempos». Se dijo que la historia alemana tendría que ser reescrita, pero solo durante unos pocos días.

En Moscú apareció un hombre visionario –cosa que no sucedía allí todos los días– y se convirtió en el máximo mandatario del país. Desde el punto de vista de la Unión Soviética, fue el menos indicado para aquel cargo, ya que aquel individuo no paraba de decir verdades.

Una central nuclear explotó, y media Europa pasó varios años sin poder comer setas a causa de la radioactividad.

En 1987, la televisión transmitió el discurso de Año Nuevo del canciller federal, pero, debido a un error, pasó el del año anterior. Casi nadie se dio cuenta, ya que aquel político, en todo ese tiempo, no había cambiado nada, salvo el color de su corbata.

¡Me encantan los fallos en la televisión! A veces yo mismo intento provocarlos: mediante un ejercicio de concentración, hago que el comentarista del telediario pierda el hilo de lo que dice. ¡Es uno de mis trucos preferidos para provocar fallos en la tele!

Me encantaría saber cómo pudieron mis colegas, en la entrega de los Óscar en Los Ángeles, cambiar la tarjeta a la hora de premiar a la mejor película. Si en verdad el fallo lo provocó el truco de algún colega que estuviera sentado delante del televisor, me gustaría mucho aprenderlo: hay un par de presidentes a lo largo y ancho del planeta en cuyas carpetas me encantaría colar sorprendentes manuscritos con sus discursos, aunque para ello tuviese que aprender otros idiomas.

Tendría que hablarte también del percance vivido con el Muro de Berlín. Todo empezó cuando un número cada vez mayor de personas se concentró en una plaza, gritando: «¡El pueblo somos nosotros!», pues querían dejar claro a

los funcionarios que ellos no lo eran. Otros intentaban, en tropel, abandonar el país amurallado dando un rodeo. Entonces ocurrió algo que recordaba lejanamente a los tiempos de la fiebre del oro en California, cuando infinidad de hombres armados con palas y picos se transformaron en una avalancha imposible de detener. Aquella obra arquitectónica que me había proporcionado encuentros tan interesantes y algo de dinero, y que durante décadas pareció inamovible, se vino abajo: en 1989, de repente, miles de personas empezaron a obrar con martillos y cinceles sobre sus paredes de hormigón, y no pararon hasta que solo quedaron unos pedacitos que, por cierto, llegaron a venderse a muy buen precio. Los constructores de aquel muro habían contado con todo, pero no con el valor material de su obra. El proceso tuvo consecuencias de mucho peso: pronto Alemania pasó a ser de nuevo un único país, y todos enloquecieron de felicidad, con la excepción de quienes saben siempre aprovecharse de esos estados de locura.

Los ciudadanos del este estaban familiarizados con todas las plagas de la desconfianza estatal, su afán de control y de tutelaje, pero hasta entonces no conocían la inescrupulosa disposición de algunas empresas y personas al engaño. Otra nueva plaga que pronto hubieron de conocer fue el afán de aleccionamiento que mostraban los eufóricos ciudadanos de la parte occidental. Con mirada altiva, intentaron explicarles a los nuevos ciudadanos cómo funcionaba su paraíso, mostrándose encantados de conocerse mientras daban sus explicaciones. De pura alegría, se despojaron, por considerarlo un impedimento, de todo el escepticismo que hasta entonces habían abrigado y expresado en relación con su sistema. De repente, les pareció que las leyes impuestas por un mercado incontrolable constituían el nuevo evangelio a predicar. Poco les importó que las sociedades del capital tuvieran una influencia considerable en lo mal o bien que vivían. Tampoco les pareció un problema que apenas existiese una idea, por buena que fuese, que tuviese una

mínima oportunidad de materializarse si iba en contra de los intereses comerciales de las empresas. En realidad, no era ningún problema, salvo para los inventores o para el futuro.

Los alemanes del Este habían llevado hasta el éxito una revolución pacífica y conocían muy bien la textura que adquiriría la libertad cuando no se tenía, pero también cuando, de repente, estaba a mano. Ahora solo tenían que aprender lo que entendía la parte occidental al respecto. Esto era de suma importancia, por ejemplo, cuando se acudía a una entrevista de trabajo.

El modo en que la gente siente la libertad y la manera en que habla de ella pueden ser cosas muy distintas. Para alguien que puede leer las mentes resultan atractivos los tiempos de adaptación a un nuevo sistema, aunque constituya una tarea ardua. Y dado que leer los pensamientos, como ya he dicho, abre mucho el apetito, después de la llamada «caída del muro» aumenté de peso dramáticamente: tuve que acudir a una sastrería especial con ofertas de tallas grandes.

Quise ponerme en contacto con Kusenberg y animarlo a que escribiera una historia sobre el tema de la libertad. Pero, por desgracia, había muerto en el año 1983. La noticia me entristeció, pero también por mí mismo, porque había descuidado esa bella amistad.

Mientras los alemanes estaban intensamente ocupados en sí mismos durante varios años, yo decidí viajar a países lejanos que hasta entonces solo conocía por películas y a través de la televisión. Despedí a todos mis inquilinos, vendí todos mis muebles y dejé en otras manos aquel piso enorme. Me dije que tal vez en algún lugar del mundo todo fuera tan bello que ni siquiera tendría ganas de regresar a Berlín. En todo caso, no quería estar obligado a regresar por causa de mi piso en la Tauentzienstraße.

Además, tenía ganas de superar mis reticencias y emprender un gran viaje en barco. Hasta entonces solo había empleado los barcos como paradas intermedias durante dos vuelos por el océano. Desde que alguien me describió con pelos y señales, cuando yo tenía seis años, lo que le había ocurrido al Titanic, padecía la pesadilla recurrente de estar durmiendo en el camarote de un barco y no darme cuenta, hasta que era demasiado tarde, de que me hallaba por debajo de la línea de flotación en medio de un barco que se hundía.

Emprendí mi primer viaje por barco en el verano de 1990, en un carguero alemán que zarpó de Hamburgo, un armatoste enorme con miles de contenedores apilados. El capitán Kaiser y sus oficiales eran alemanes, pero la tripulación se componía de filipinos de la isla de Luzón. Me había enterado de ello, así que, unos días antes de zarpar, estuve aprendiendo el idioma tagalo, una de sus lenguas principales, por si las charlas con los alemanes me aburrían.

Viajar en un carguero es una experiencia estupenda. Tenía tiempo para hacerle al capitán toda suerte de preguntas sobre asuntos técnicos de la navegación. Además, en aquel barco había de todo: piscina, cine de a bordo y hasta un magnífico cocinero. Y como yo era, en realidad, el único pasajero, ocupaba el camarote destinado al propietario (que no viajaba en ese recorrido). Aquel camarote era espacioso y estaba dotado de todos los lujos: un secreter rococó, ordenador, estación de radio y la mejor cama desde que se inventó el mismísimo seno de Abraham.

El viaje, en efecto, daba literalmente la vuelta al mundo; sumando los tiempos de espera y descarga, estuvimos seis meses en ruta. No me aburrí en ningún momento. Por fin pude escribirles a mis hijos largas cartas, más que nunca. Leía libros, vi las nuevas películas y me aprendí el barco de memoria. Donde no pude entrar fue en los contenedores, ya que las paredes metálicas

me lo impidieron, pero sí pude ver lo que sucedía detrás de ellas. En varios de aquellos contenedores distinguí la presencia de personas, polizontes que se habían ocultado en ellos con suficientes reservas de agua y comida. Vi incluso camas, linternas y retretes portátiles. No le dije al capitán absolutamente nada acerca de mis descubrimientos: aquellos silenciosos compañeros de viaje no corrían peligro, y ninguno de ellos, además, salió nunca al exterior. ¿Por qué iba yo a intervenir en sus planes?

A mí me gustaba la vida en el barco. A veces tenía la sensación de haber nacido para viajar por mar. De todas las cosas nuevas que descubrí, la más importante fue el arte de contar historias. Por un lado, tenía al mejor público imaginable: el capitán, el timonel, los oficiales y el cocinero alemán. Todos se sentaban a mi alrededor y me escuchaban. Me di cuenta de que una larga vida expuesta a infinidad de peligros resulta valiosa cuando uno sabe contarla. Es probable incluso que el arte de narrar se haya inventado en un barco en altamar. Y es que en ningún otro sitio se presta más atención, y no solo al barco, al estado del tiempo y los más mínimos detalles de la convivencia entre seres humanos, sino también a los detalles de una narración, a cada frase de un libro. Fui contando poco a poco mi vida entera, solo me costó algo de esfuerzo ocultar mis dotes como mago; expliqué de otro modo muchos acontecimientos y, en el fondo, a fin de contarla, tuve que reinventar mi vida. Aquello era gimnasia mental de alto rendimiento, porque a los marineros no se les escapa ni la más mínima contradicción: como son pocas las cosas que los distraen, tienen los sentidos muy afilados.

A todo esto, no había perdido mi miedo ancestral a que el barco se hundiera, aunque hice algo para intentar superarlo: en la piscina, por ejemplo, me ejercité en adoptar por un tiempo prolongado la vida de un pez. Hasta entonces había conseguido parecer un pez y nadar como tal, pero tuve algunas dificultades para adaptarme a la respiración branquial, tenía que

transformarme constantemente en algo distinto. Ahora mis ejercicios tenían éxito, pero debido a ello me vi en una situación embarazosa: el hombre que limpiaba la piscina se plantó allí un buen día y, sin que nadie lo viera, empezó a aliviar su vejiga. Mientras lo hacía, vio al pez. Me era imposible transformarme de nuevo en Pahroc en su presencia, de modo que alcé el vuelo desde el agua, convertido en una gaviota, y me largué de allí. Luego, en algún sitio situado entre los contenedores, volví a transformarme en persona, me fui a almorzar y participé de la conversación, que giraba en torno a un tema: cómo era posible que, en medio del Atlántico, pudiera aparecer una gaviota y, para colmo, emerger de una piscina en la que antes había estado nadando con el aspecto de un pez. ¿Estaría en el barco desde que partieron del delta del Elba, todo porque aquel animal adoraba las piscinas?

En 1991 me sentí orgulloso cuando pude mirar desde el camarote del propietario directamente hacia Wall Street y me sentí en situación de igualdad con el capital global. A fin de cuentas, yo también sabía hacer dinero.

Ser un huésped siempre bienvenido en el puente de mando me permitió aprender a ver muchas cosas de este mundo con los ojos del capitán de un navío. Un día, al atardecer, mientras remontábamos el Yangtsé –que, por cierto, no es más que un caldo de color marrón–, el capitán se puso a despotricar contra un gran número de barcas de pescadores que, impasibles, le bloqueaban el paso, a veces iluminadas por una única vela. De nada sirvió hacer sonar discretamente la sirena. Solo cuando nuestro coloso enfilaba hacia ellos, sin más, los pescadores encendían el motor diésel en el último instante y se retiraban.

El capitán Kaiser despotricaba con frecuencia, puede que hasta le gustara hacerlo. En un puerto de Arabia Saudí, el Jeddah Islamic Port, las operaciones de carga de los nuevos contenedores le parecieron demasiado

lentas, ya que –según le pareció– el personal portuario se ponía a orar con demasiada frecuencia y durante demasiado tiempo. Para el capitán, si había un lugar en el mundo en el que los robots tendrían que asumir todas las labores, ese sitio estaba en los países islámicos. A fin de cuentas, los robots no rezaban.

Pero contra lo que más despotricaba Kaiser era contra los yates de vela que se desplazaban por los mares del mundo conducidos por gente muy mayor e inmensamente rica.

–¡Corren un riesgo enorme! –exclamaba cada vez que veía, en medio del océano, un yate mecido por las olas, y todo porque sus propietarios se habían tumbado a echar una siesta–. Son gente mayor y ya no le tienen miedo a nada –decía–. Pero ¡hay que ver los fastidios que causan si les pasa algo! ¡Son víctimas frecuentes de los piratas, que les roban todo! ¡Y luego las tormentas les destrozan las embarcaciones! ¿Y qué crees que te dicen? «¡Bueno, y qué!» Están totalmente hastiados de la vida. ¡Y lo peor es que no lo saben!

Entonces tuve una idea:

–¡Habría que fabricar yates que pudieran sumergirse cuando a uno le entran ganas de dormir, o cuando hay tormentas o vienen los piratas!

–¿Un submarino con velas? –sonrió el capitán Kaiser.

–¿Por qué no?

–¡Demasiado peso! –dijo–. Para moverlo del sitio se necesitaría el aparejo de un buque de cinco mástiles, y eso no cabe en ese puro de acero que usted propone. Además: ¿qué cree usted que se encontrará entre el cordaje cuando emerja?

–Mucho alimento –respondí–. ¡Pescados! ¡Mariscos!

El capitán se rio con ganas. Precisamente por eso le gustaba cargar con marineros de agua dulce como yo, porque eran increíbles las ocurrencias que

tenían. De todos modos, quise desarrollar el invento y patentarlo: «Yates sumergibles. Sistema Pahroc».

–¡Solo para multimillonarios! –dijo Kaiser, enjugándose las lágrimas–. Un cacharro así costaría más que un buque de guerra.

En cualquier caso, yo no quería renunciar a mi plan de inmediato, era una cuestión de lealtad.

En altamar los piratas eran un peligro real, tanto en Indonesia como en otras partes. Gracias a sus lanchas rápidas, podían aparecer en cualquier momento en medio del océano Índico o en el Pacífico. Yo participaba en todos los ejercicios con los que el capitán nos preparaba para un posible ataque. Se suponía que las trampas y los cañones de agua los rechazarían, y, si eso no bastaba, teníamos que ocultarnos en un compartimento que se cerraba desde dentro y que a los piratas les resultaría difícil encontrar. Para mayor seguridad, a mí se me incluía como miembro de la tripulación, así ningún pirata pensaría que yo era un pasajero al que podía secuestrar para exigir un rescate. También se hacía para evitar que los funcionarios portuarios de algunos países exigieran sumas demasiado altas como soborno, cosa que solían ocurrir cuando se enteraban de que había a bordo algún pasajero con una cartera abultada.

Por desgracia, debido al riesgo de los piratas, ya no se prestaba atención a las señales de alarma de los naufragos auténticos, pues podía tratarse de una trampa orquestada por los asaltantes de barcos.

Los permisos para bajar a tierra también podían convertirse en una aventura peligrosa. Apenas existe un lugar en el mundo en que a uno no lo asalten, pero en algunos puertos ello casi forma parte del programa de visitas. Conmigo los ladrones no tenían suerte, todo lo contrario: yo solía esperarlos como agua de mayo. De repente, mi dinero se les transformaba en las manos

en papel de reciclaje o en grava, y tampoco podían agarrarme ni golpearme. En ocasiones me duplicaba y me convertía en dos personajes: arriba propinaba golpes como un Muhammad Ali, y más abajo, convertido en escorpión, hincaba mi aguijón.

Otros vivían con mayores riesgos. Nuestro cocinero era un apasionado *jogger*, necesitaba ese deporte para poner cierto equilibrio a la cantidad de platos que estaba obligado a probar. En una ocasión en que atracamos en Australia, no lejos de Brisbane, viajó hasta tierra en una embarcación de goma y se puso a correr por la orilla, donde se tropezó con un cocodrilo de agua salada que estaba hambriento.

—¿Y? —le pregunté.

—Pues nada, que corrí todo lo que pude en zigzag, ya que los cocodrilos no pueden cambiar de dirección tan rápidamente.

—Muy bien —lo celebré—. ¿Qué tamaño tenía la bestia?

—Por lo menos dos metros.

—Un ejemplar joven —dije—. ¿Por qué no se le arrojó sobre el hocico? ¡Encima de ellos, no dentro! Es un buen método, ya que la musculatura que emplea el animal para abrir la boca es mucho más débil que la que usa para cerrar sus fauces y morder.

—¿Y cómo sabe usted todo eso?

—Por experiencia.

No podía decirle que la experiencia la había tenido, precisamente, siendo cocodrilo.

—¿Y el animal no me lanzaría a un lado?

—No. Estaría demasiado perplejo al ver que no puede abrir la boca.

—¿Y luego?

—Pues hay que atarle la boca, preferiblemente con el cinturón. En la parte delantera, donde hay un punto ideal para eso.

–Sí, pero ¿y luego qué?

–Chuletas de cocodrilo con verduras a la crema y patatas asadas, todo acompañado de vino tinto.

Una vez, en las costas de Papeete, la capital de Tahití, se desató un fuego, ya que, sin que nadie lo supiera, en uno de los contenedores se transportaba un líquido que solía inflamarse de forma espontánea a una temperatura de 40 grados centígrados. No hubo que lamentar pérdidas humanas, pero, en un primer momento, el barco hubo de interrumpir su viaje. Me cambié a un mercante francés que me llevó hasta Madagascar. De allí continué el viaje por todos los mares del mundo, casi siempre en el camarote del propietario de algún buque de contenedores. De vez en cuando viajábamos por aguas europeas. Una vez, en el golfo de Vizcaya, estando yo en el puente de mando con un capitán llamado Robert que prefería que lo tutease, nos encontramos con una pesada fragata gris de la Marina alemana.

–El Baviera –dijo Robert–, acaban de ponerla en servicio.

–Es hermoso ver tal despliegue de fuerza –dije yo–; además, el nombre me recuerda los tiempos en que viví en Wasserburg, a orillas del Eno. Aunque, en realidad, yo siempre me he mostrado contrario al rearme alemán.

–¡No es posible que estés en contra de una fragata! –replicó Robert–. Todavía las necesitaremos durante un tiempo. ¡Y no contra países enemigos, sino contra los piratas! ¡Estamos en altamar, y donde hay cargueros, ha de haber fragatas!

Aquella frase parecía acabar con un imperceptible pero rotundo y sentido «¡Basta!».

Nosotros nos tuteábamos, como ya he dicho, pero no consideré oportuno contradecir a Robert en aquel momento. Y ahora no me apetece hacerlo.

En fin, que pasé dos años enteros viajando en distintos cargueros. No carecía de nada, mucho menos de dinero: me bastaba con echar mano, antes de zarpar, a algunos periódicos y revistas y a un puñado de piedras de distintos colores.

De Europa me llegaron un día noticias de suma importancia, aunque, en altamar, estas no sonaban tan importantes como si las hubiera oído estando en la ciudad de Berlín: la Unión Soviética dejaba de existir y la Unión Europea empezaba a cobrar forma, si bien se movía todavía sobre pies de barro, ya que las elecciones en el Parlamento de Estrasburgo aún tenían muy poca relevancia. En Alemania, por otra parte, ardían varios alojamientos de refugiados, lo cual provocó espanto entre la gente. Cuando hablé de ello con un hombre de negocios en Hong Kong, este me respondió en tono sarcástico:

—¿Y a nosotros qué nos importa? Para nosotros es como si en Berlín, de pronto, se cayera al suelo un saco de arroz.

¡Lo cierto es que vi mucho mundo! Por fin conseguía tener mejores conocimientos de geografía. Había visto todos los mares del mundo y todos los continentes, salvo la Antártida, lugar no frecuentado por buques de contenedores. Pero me habría encantado cruzar el Paso del Noroeste, a través del cual podía pasarse ahora cómodamente, pero entonces no hubo ocasión.

Cada vez sentía más deseos de permanecer más tiempo en un mismo sitio, no solo en un puerto. Un día estaba tomando el sol en una playa de arenas blancas en Nueva Zelanda, cerca de Dunedin, cuando supe de repente que el sitio al que quería volver era Berlín. Resulta curioso: cuanto más tiempo permanece uno fuera del país que le ha emitido su pasaporte, más intenso se hace el deseo de verlo de nuevo, especialmente el lugar en el que ha crecido. En definitiva: tenía morriña. Alcé el vuelo entonces por encima de la playa, volé en dirección a Auckland convertido en un cormorán y allí me subí a un

avión –esta vez convertido en un pasajero que no llevaba equipaje– para, tras pasar por Los Ángeles, volar de regreso a Europa.

En cuanto arribé a Berlín, tomé un taxi directamente hasta Pankow y – ¡sorpresa!– en el edificio donde había pasado mi infancia se alquilaba un piso de cinco habitaciones. Era demasiado grande para mí, pero aun así me lo quedé, puse manos a la obra y lo salvé del deterioro en el que se hallaba. He vivido en él, con mucho placer, hasta hoy. El edificio parecía ruinoso cuando me mudé a él, pero más tarde unos inversionistas de Berlín Occidental le hicieron una magnífica rehabilitación y hasta le añadieron un ascensor. Y yo pude seguir viviendo allí. Lo mejor era poder ver enfrente, desde mis ventanas, la casa de mi antiguo y querido maestro, que mantenía el aspecto de hacía ochenta años y conservaba incluso el asta y la inscripción del frontón. Como la gente creía que el edificio, la llamada «Casa Schlosseck», tenía relación con el cercano *Schloß* de Niederschönhausen, habían dejado en su sitio la inscripción. Por suerte, en los tiempos de la dictadura las autoridades habían sido víctimas del mismo error; de lo contrario, habrían suprimido el nombre de Schlosseck en la década de 1930.

Es muy probable que yo sea un romántico, el más romántico de los electricistas, si no, no se explica que me atraigan tanto las ruinas. Ya después de la guerra me fascinaban los muros derruidos en prados repletos de sauces cabrunos, y adoraba aquella plaza de Potsdam cubierta de malas hierbas, en la época en que en ella se alzaba un único edificio y era un campo de juego para las liebres. Cuando ayudaba a la gente a escapar del lado este de la ciudad, adoraba el tren de cercanías, porque en sus estaciones había rieles oxidados que ya no llevaban a ninguna parte y entre los cuales crecía la vegetación más asombrosa. Toda la parte este de la ciudad tenía entonces ese encanto, pero solo a los románticos podía gustarles, y resulta que el capitalismo es tan poco romántico como un buldócer. Pankow se ha ido occidentalizando cada vez

más desde que yo me mudé, lo cual tiene su lado bueno: ha aumentado su colorido.

Otra de las ventajas de mi nuevo lugar de residencia era que allí nadie me conocía. En la calle Tauentzien me tropezaba constantemente con gente que había formado parte de mi vida: estudiantes, pacientes y personas a las que había ayudado a cruzar el muro. En una ocasión me tropecé incluso con el juez que había dispuesto mi entrada en prisión. En Pankow, en cambio, podía vivir con total despreocupación.

En lo que atañía a la placa para mi antiguo maestro, me mostré enérgico: acudí a los administradores de la finca y al consistorio municipal y presenté documentos sobre el célebre filósofo Schlosseck, entre los cuales había copias de supuestas enciclopedias, todo creado minuciosamente a partir de la magia.

Yo tenía ya un diseño para la placa y me mostré dispuesto a colaborar en los costes, pero me rechazaron. Apliqué entonces el gran truco chino del «memorándum»: mi solicitud volvía sin falta a la memoria de las personas responsables con una frecuencia de veinte minutos. Pero ese martilleo constante a lo largo de varias semanas tampoco dio resultado. Hacer magia seguía siendo un asunto difícil en la parte este. Pero allí no conocían a Pahroc: me ocupé de que el cartel situado junto a la puerta de los administradores de la finca, que solo indicaba el camino a seguir hasta la oficina, se convirtiera, a ojos de los observadores inteligentes, en otro cartel con el siguiente contenido:

*En esta casa vivió, de 1906 a 1934, N. D. Schlosseck,
filósofo y autor de aforismos*

Sobre las siglas «N. D.» cada cual podía imaginarse lo que quisiera. Solo los magos se darían cuenta de que tenía que tratarse de un gran colega, ya que N.

D. era nuestra abreviatura para «Nombre desconocido». También me compré, para parecer un habitante de Pankow de pura cepa (¡aunque lo era por nacimiento!), un coche de la marca Trabant. A pesar de mi edad de entonces, ochenta y ocho años, seguía siendo un buen conductor, y en este caso tenía que serlo doblemente, ya que aquel vehículo carecía de la fuerza de la aceleración. Cuando intentaba pasar a otro coche por las carreteras comarcales me acordaba del carromato de leña creado por Gnadt en el año 1946, así que pronto desistí de tales intentos. En cambio, en la ciudad daba gusto conducir un Trabant. Tanto el coche como su canoso conductor eran blanco del menosprecio, pero debido a mis mejores conocimientos de la ciudad me encantaba dejar atrás a los coches deportivos, cuyos perplejos conductores debieron de tomarme por un mago.

Al cabo de un año, le vendí el vehículo a una familia de Pankow por el simbólico precio de un marco. Lo aceptaron con gusto, pero se olvidaron de pagar el marco. Yo me lo tomé con calma: en el este, a la gente ya no le iban demasiado los símbolos.

Acudía a menudo a conciertos, y me gustaba transformarme en un director de orquesta o en algún solista. Por supuesto, no interpretaba música: solo me sentaba, sin más, entre el público, mostrando el aspecto, por ejemplo, de un Daniel Barenboim. Casi nadie se daba cuenta, y si alguien lo notaba, no daba crédito. Solo en una ocasión alguien me preguntó en voz muy baja:

–Perdone, pero, si usted está aquí sentado, ¿quién dirige ahí arriba?

Me alegré como un crío y respondí que era el hermano gemelo del director, pero que, por favor, ¡no dijera ni una palabra a la prensa!

En algún momento recordé haber leído en Längberg algo relacionado con ciertas metamorfosis gracias a las cuales uno podía adquirir también las habilidades artísticas de la persona elegida para la transformación. ¡Se podía

incluso –aunque eso formaba parte de las artes mayores– adoptar las habilidades sin tener que cargar con el aspecto del artista! Durante una nueva visita al Tirol encontré el libro, practiqué el truco con esmero y, en efecto, conseguí tocar durante unos minutos como un afamado solista. Mientras duró la transformación, tenía hasta las notas en la mente, y las manos hacían con precisión lo que debían hacer. También tenían la musculatura adecuada. Comprendí entonces cuánto había buscado siempre, a lo largo de mi vida, el aplauso de los demás, y pensé que tal vez no había cosechado suficientes éxitos en ese sentido. En todo caso, lo cierto es que ahora aprovechaba cualquier oportunidad para destacar con un par de compases. Con ese fin creé incluso un piano con el que tocar algo a mis huéspedes durante los desayunos.

Por otro lado, la magia del solista era terriblemente fatigosa: al cabo de pocos minutos estaba sudando la gota gorda. Además, no parece haber en el mundo pocos pianistas que, en realidad, sean magos. En la televisión ello se revela de un modo implacable. Basta con ver cómo sudan los pianistas. Me asombra que puedan aguantar tanto tiempo: yo solo he conseguido tocar piezas muy breves de Chopin o de Scriabin. A continuación, solo podía interpretar alguna pieza infantil, lo que provocaba la risa de la gente, como si se tratase de una simpática autoironía. Estaba claro que nunca podría ofrecer conciertos.

En el piso situado encima del mío un niño solía ensayar con una batería, y a menudo lo hacía temprano por la mañana, antes de marcharse a la escuela. Cuando me preguntó si el ruido me molestaba le respondí que ningún músico habría llegado a ser grande sin estorbar a sus vecinos, de modo que podía seguir ensayando tranquilamente, porque yo estaba de su parte. Sin embargo, más tarde pareció convertirse de verdad en un grande, pues empezó a ensayar hasta muy tarde por la noche. Ello me dio el impulso necesario para

emprender un nuevo viaje por el mundo, esta vez en un auténtico buque de pasajeros, donde seguramente encontraría un piano. Volé hasta Sajonia para convencer al ancianísimo Blüthner de que viniera conmigo, pero él estaba pasando por algunas dificultades: había estado ocupándose de un truco para borrar la memoria y, bajo su efecto, olvidó cómo revocar el sortilegio para el caso de que uno necesitase de nuevo recordar. En realidad, no me reconoció, pero sabía que me conocía, de modo que estuvo repitiendo todo el tiempo, de un modo tranquilizador y confiado: «¡Lo conseguiré! ¡De aquí a mañana lo consigo!». Presa de la tristeza, lo dejé allí, y fui a intentarlo con Gnadl. Durante un viaje en barco que había hecho en su compañía había podido desahogarme hablando con él. Pero, aunque ahora ya tenía más de cien años, no estaba en su casa, y tampoco pude localizarlo. Alguien me dijo que se había retirado a un sitio desconocido, pero que se lo veía a menudo cabalgando por algún puerto de montaña y escalaba dos veces por semana la ladera posterior del Feuerhörndl. Sin embargo, tampoco lo encontré allí, a pesar de que lo esperé varios días.

De modo que emprendí el viaje solo. A partir de diciembre de 1999 estuve viajando por el océano Pacífico en un crucero noruego. A bordo solo había personas con una edad promedio de setenta años. No era una buena edad para mí, pues aquella gente era todavía demasiado joven como para poder intercambiar recuerdos sobre la época anterior a la guerra, pero demasiado vieja para escuchar como es debido a los demás.

Entonces llegó la celebración de Nochevieja. Entretanto, yo era conocido entre los demás pasajeros por mis dotes de buen narrador, razón por la cual me invitaron a la mesa del capitán. Al acercarme, este me presentó al pasajero de mayor edad, de noventa y siete años: el coronel retirado Schneidebein. Yo me quedé de piedra. ¡Sí, era él! Me di cuenta de que no era más que una sombra de lo que había sido: un personajillo tembloroso, triste,

temeroso y confundido. Pero, en fin, aquello podía deberse a la embarazosa situación. El capitán notó mi mirada y preguntó:

–¿Se conocen ustedes?

Yo tomé aliento y respondí:

–Poco, solo de vista.

Tampoco lo saludé, más bien le clavé la mirada. No voy a negar que sentí algo de compasión, pero no hubo manera de que pudiera estrecharle la mano. Él se puso de pie, se disculpó ante el capitán, murmuró algo de «regresar al camarote» y se marchó. Más tarde, un marinero lo vio trepar por la barandilla de popa y, aunque intentó retenerlo, lo vio saltar sin vacilar.

Tuve una sensación desagradable. Por supuesto, habría sido mejor que hubiésemos hablado. Uno puede tener una charla con alguien a quien no perdona, pero eso solo ocurre en teoría. Si él se hubiera quedado sentado a la mesa, yo no habría intercambiado ni una sola palabra con él. ¡Y mucho menos habría intentado una reconciliación! En ese caso, habría sido yo el que se hubiese disculpado y marchado. Aquel hombre había conseguido separarme tres años de Emma y de mis hijos. Solo por el asesinato de Schlosseck, merecía la muerte, aun tras el tiempo transcurrido. Así veía yo las cosas aquella noche de fin de año. En el fondo, los dos nos parecíamos: había algo que él no había sabido perdonarme, y lo mismo me ocurría a mí con él. Los dos teníamos la culpa, pero yo, salvo cuando fui soldado, nunca maté a nadie. Todavía hoy pienso a menudo en todas estas cosas, algo que no podía hacer antes, al menos no cuando se trataba de Schneidebein. Sin embargo, fue él quien más tarde puso fin a todo.

El capitán ordenó una maniobra de «¡Hombre al agua!». El enorme buque realizó un giro, y unos mil prismáticos se pusieron a escudriñar aquellas aguas: todo en vano, estaba ya demasiado oscuro. Me preguntaron qué sabía yo de aquel pasajero. Conté la historia, y conté también que había ordenado

matar a muchos amigos míos y a mucha otra gente. Dije que lo más probable era que, al verme de pronto, todos esos asesinatos le hubiesen venido a la mente y se hubiese dado cuenta de que no pensaba perdonarlo. El capitán sospechaba que Schneidebein debía de haber estado planeando desde hacía mucho tiempo no vivir el nuevo milenio. Seguramente habría memorizado cuál era el mejor lugar para saltar, cosa que uno no encuentra tan fácilmente.

La fiesta de Nochevieja se suspendió debido a esa muerte y la orquesta se retiró. Pero, como todos se quedaron un rato más sentados a las mesas bebiendo champán, yo me senté ante el piano abandonado y toqué. Empecé con un *ragtime* de Scott Joplin que Blüthner había tocado para mí y para Emma hacía sesenta años. Aunque, a decir verdad, lo había tocado en homenaje del desaparecido Schlosseck.

Creo que esto ya te lo he escrito, querida Mathilda, pero no voy a verificarlo. La pieza era muy conocida, porque había sido el motivo musical de una película, una comedia sobre los años veinte en la que un par de embusteros se mofan con unos trucos de un repulsivo capo de la mafia y asesino. El público estaba entusiasmado por mi manera de tocar, y hacia la una de la madrugada alguien gritó: «¡Tócala otra vez, Pahroc!», a lo que siguieron aplausos expectantes.

Yo me puse de pie y dije:

–Gracias, prefiero tocar algo para celebrar el tercer milenio.

Para ello solo podía considerarse una pieza de Bach. La mayoría de los presentes se quedaron. Algunos quisieron oír más piezas de Bach; era la gente con la que puede empezarse en serio un nuevo milenio.

El suicidio de Schneidebein fue reportado de inmediato, con lo cual estuvo muerto oficialmente para las autoridades y, a más tardar a partir del lunes, también para los medios de comunicación. Sus actos infames salieron a la luz, con lo cual su vida habría estado acabada aunque se hubiera

transformado en un pez o en un ave y luego conseguido llegar a tierra: jamás podría regresar a su antigua identidad. Sin embargo, él estaba no solo oficialmente muerto, sino que lo estaba en serio, porque no lo creía capaz ni de emprender largos vuelos ni de conocer el truco de la respiración branquial. Como he dicho tantas veces, no era un gran mago.

Después de estas vivencias, no quise volver a emprender otro viaje en crucero, ni en cargueros, ni en mercantes. Desde el año 1998 llevaba en mi apartamento aquella pensión B&B, y pronto volví a ser, para mi satisfacción, el propietario de un hotelito. La afluencia de huéspedes no era exagerada, tal vez porque en el extranjero se piensa que Pankow no pertenece verdaderamente a Berlín, a pesar de que es el ombligo de la ciudad. De todos modos, tuve estupendas conversaciones con gente joven durante los desayunos, y cuando mis hijos y nietos venían a visitarme, podía alojarlos y llevarlos de paseo por el barrio, por el que ellos mostraban un educado interés. A partir de 2002 tuve un nuevo ayudante, Waldemar IV, al que podrás conocer, ya que se encargará de arreglar muchos de mis asuntos una vez que yo muera. Junto con Rejlander, se entiende. Es un buen cocinero, un experto en cine y una de las personas más fiables que he conocido. Tal vez nosotros, los magos, no necesitemos forzosamente a estos ayudantes, pero, cuanto más envejecemos, más nos gusta la gente leal, quizá por eso queramos tenerla a nuestro alrededor.

La semana pasada leí que las ranas pueden distinguir los colores en la oscuridad. Fui hasta el zoológico para observar a las ranas e interiorizar su forma y sus movimientos, y luego, por la noche, ya transformado en una, me puse a ver nuestra colección de cuadros. ¡Lo de los colores es cierto! El de Kandinsky se veía especialmente bien, pero lo mismo pasó con el cuadro de los indios, el de August Macke. Rejlander se despertó, encendió la luz y se

divirtió de lo lindo viendo a la rana. «Qué babosilla», dijo. «Ahora te toca besarme», croé yo, y cuando lo hizo me transformé en un príncipe y la seguí a la cama.

Querida Mathilda, no creo que me haya vuelto más sabio. Si lo fuera realmente, tal vez habría hablado con Schneidebein. Pero no existe el gran truco de magia para la sabiduría, ni para determinados momentos en los que uno podría necesitarlo. La manera en que se crea la sabiduría y se mantiene solo la conoce quien dispone de ella; en ese sentido, yo solo puedo ofrecer conjeturas.

Pero sí he sido feliz en esta vida, durante muchísimo tiempo al lado de Emma, y ahora de nuevo junto a Rejlander, y en varios otros momentos intermedios, cuando me sentí un hombre libre, un pecador, o al menos cuando estuve más cerca de la libertad y del pecado.

Sobre lo que es la dicha, la felicidad, la fortuna, sobre eso sí puedo decirte un par de cosas. Creo que es la sensación de saber que uno está tras la pista de ese gran punto de conexión de los aspectos más importantes de la vida, que uno se halla en armonía con ella o que pronto lo estará. No hace falta tener esa sensación cada día, basta con que acuda a uno siete veces por semana. Sí, más tiempo sería demasiado.

DUODÉCIMA CARTA

Decir adiós al mundo

Mayo de 2017

Querida Mathilda:

Anteayer viniste con tus padres a visitarme al hospital, ayer estuvo aquí Rejlander y hoy empiezo esta nueva carta para ti, porque sí. Porque sobre la magia ya debo de haberlo dicho todo.

Y porque ayer estaba solo en la habitación, en un momento en que mi compañero de cuarto salió a dar un paseo, y Rejlander y yo estuvimos llorando juntos un poquito. Ambos nos dimos cuenta de que el otro tenía ganas de hacerlo, y en esos casos es posible hacerlo juntos, ya que el efecto positivo se intensifica. Llorar es como secar las superficies húmedas: en el trapo quedan ciertos residuos del alma de los que uno no tenía constancia, pero luego todo queda reluciente y tiene un aspecto más agradable. Aquello me sentó tan bien que más tarde, cuando Iris y Stephan vinieron a visitarme al final del día, todavía me estaba riendo. Me contaron historias descabelladas acerca de las producciones cinematográficas. Los dos trabajan todavía: ella sigue encargándose del maquillaje y él, del sonido. Además, trajeron una botella de vino tinto. La enfermera no asomó la cabeza hasta que ya nos la habíamos bebido entera.

Todavía me alegro al recordar la conversación que tuve contigo el día anterior:

–Abuelo, cuando mueras, ¿adónde irás?

–No lo sé, aún no me he muerto. Pero a algún lugar que está ahí arriba, creo.

–¿Y caerás luego como la lluvia?

–Es posible.

–Y entonces el césped crecerá.

–Sin duda.

–Tengo unas ganas enormes de conducir el cortacésped, papá todavía no me deja.

Mi hijo y yo intercambiamos unas miradas. Tal vez yo tampoco se lo permitiría.

Entonces Adele y John quisieron hablar algo con el médico y te dejaron a solas conmigo. Yo miré a través de la ventana abierta y te pregunté:

–Mathilda, ¿puedes alcanzarme una hoja del árbol que está delante de la ventana? Esa hoja tan bonita de varias puntas, la que está más próxima a nosotros.

–Si lo hago me caigo, abuelo –dijiste con un ligero tono de reproche y cierta expresión astuta.

–¡Si es así, no lo hagas! ¡De ningún modo!

Me miraste con ojos inquisitivos, y yo te respondí con un gesto de asentimiento.

–Prueba desde aquí. Si el brazo es muy corto, lo dejamos. Sí, lo sé. Pero no se lo diremos a nadie, Mathilda. ¡Será nuestro secreto!

Ni siquiera tuviste necesidad de levantarte de la silla. Con un gesto me alcanzaste la hoja de arce. ¡Ya lo has conseguido, lo tienes! Ahora solo me haría falta vivir un par de añitos más.

–Gracias por esta hoja preciosa –te dije, esforzándome por ocultar mis lágrimas de alegría.

Sobre mi futuro inmediato tengo menos preocupaciones que nunca; ahora todo resulta muy claro cuando miro mi vida. Lo que de verdad me preocupa es el futuro del planeta, por ejemplo, o el desarrollo de la tecnología. Hay innovaciones tecnológicas sobre las que no tengo mucho que reflexionar, simplemente me alegra que existan. Ahí están, por ejemplo, las prótesis biónicas para quien haya perdido una mano. Gracias a ese invento, la persona dispondrá de una mano mecánica cuyos dedos podrá mover solo con sus pensamientos. Tal vez incluso tenga sensibilidad en las yemas de los dedos y pueda palpar los objetos.

La ciencia está muy cerca de descifrar los procesos químicos y eléctricos que se producen en nuestro cerebro, de modo que leer los pensamientos será técnicamente posible. Pronto, cuando esos aparatos escudriñen su mente, los hombres ya no podrán conservar sus secretos, pero tal vez siempre se encuentren vías para burlar a esos aparatos.

Según he oído, se están desarrollando métodos para introducir de contrabando en los sueños, a personas dormidas, ciertas imágenes, sobre todo imágenes que hacen publicidad de determinados productos. ¡Publicidad subliminal en los sueños! ¡Vaya estupidez desconsoladora! Los sueños los necesitamos para otra cosa.

Cuando salgamos de casa, habrá cada vez más lugares donde nuestra cara sea fotografiada y escaneada. Para un mago eso no constituye ningún problema si se entera a tiempo. ¡Si se entera!, ya que es probable que no siempre descubra a tiempo todas y cada una de las cámaras que lo vigilan como para poder transformarme rápidamente en otra persona, en Karl Marx o en Karl May, por ejemplo, o en uno de esos gorilas que llevan un abrigo Burberry.

Cuando, hace media eternidad, empecé a interesarme por el procesamiento de datos, jamás se me ocurrió que de ello pudiera derivarse una innovación tan cuestionable. Mi entusiasmo sufrió el primer golpe cuando esa técnica empezó a prestar servicios terribles a dictadores y asesinos. Mientras escribo esto, afloran en el horizonte, como un frente de bajas presiones, nuevas dictaduras, y estas surgen especialmente en lugares donde predomina la miseria. Esta procura las dictaduras, y estas generan una miseria aún mayor.

Veo todo eso con tristeza. Hace setenta u ochenta años, cuando era un joven electricista e inventor, debí marcharme al tercer mundo y construir algo allí. Pero ¿qué le vamos a hacer? Había guerra, yo tenía una familia y, sobre todo, existía Emma.

La verdad es que siempre he estado transformándome. ¡Y me refiero al aspecto humano, no a los trucos mágicos! Mi vida fue lo suficientemente larga como para experimentar muchas veces alguna transformación. Pero, en general, espero haberme mantenido fiel a mí mismo. Otros lo habrán conseguido mejor que yo, por supuesto. Sin esa lealtad estamos perdidos. Durante mucho tiempo, debido al régimen criminal que padecimos, fue una virtud considerada peligrosa. Yo mismo no comprendí la lealtad, como concepto, sino poco a poco.

Una vez, cuando navegaba, bajé a tierra en Asdod, Israel, y aprendí un poco de hebreo. En ese idioma se emplea la misma palabra para verdad y lealtad, y eso me llevó a pensar que tal vez sean efectivamente lo mismo. Un filósofo, sin duda, no lo diría de un modo tan simple, pero yo soy ingeniero, puedo permitirme hacerlo. Si ahora no tienes ánimo para leer teorizaciones, puedes pasar la página, en algún momento tú misma reflexionarás sobre todo esto.

No me estoy refiriendo a una verdad absoluta, sino a la verdad de la vida diaria, que surge cuando tomamos un camino y lo recorremos juntos. No importa que alguna vez nos desviemos de esa senda. El camino siempre puede corregirse. Pero es preciso emprenderlo, y, sin un poco de lealtad, eso no ocurre: permanecemos fieles a la idea de recorrerlo junto a determinadas personas, y de ello solo nos damos cuenta con la perseverancia. Esta es una verdad sencilla acerca del camino, pero hay una cosa, por desgracia, que no sabemos: que no es una verdad eterna. En algún momento es reemplazada, aparecen nuevos caminos y nuevos compañeros de viaje.

Nuestro cerebro está dispuesto de tal modo que, a pesar de su capacidad infinita para generar objeciones, uno puede tomar decisiones valientes en favor de una idea y permanecer fiel a ella. Para eso se crea lo que llamamos «la verdad»: sacamos a relucir lo que habla en favor de una idea y escribimos con letras muy pequeñas, casi ilegibles, lo que habla en contra. De no hacerlo así, nos mostraríamos siempre indecisos, las dudas no nos permitirían dar ni un paso y nos sentiríamos muy pero que muy desdichados. Del mismo modo que la impaciencia, cuando es un impedimento, se ocupa de que el reloj camine lo suficientemente despacio aunque le hayamos dado cuerda a su hora, la lealtad a una idea se ocupa de que algo eche a andar y continúe haciéndolo. Con ello queda expuesto, para ti, mi modelo de la lealtad, el modelo de un ingeniero.

Todo puede ser una idea, cualquier cosa: un camino, un invento, el argumento de una película, una teoría, una hipótesis. Necesitamos sobre todo la lealtad a esas ideas que han acudido a nosotros. Y lo mismo vale para el amor. Aquella velada de baile en el Bürgerpark de Pankow me encontré con Emma. Eso estuvo bien, pero no tuvo, por sí mismo, nada de particular. De ese encuentro surgió la «idea Emma», y fue a esa idea a la que permanecí fiel; de lo contrario, no habríamos llegado a nada especial. Casi puedo decir

que yo inventé a mi Emma, y ella me inventó a mí. Lo único que no hicimos fue llevarnos hasta la oficina de patentes para registrar nuestro invento.

No han sido pocas las personas que he conocido y que han sido felices mientras se mantuvieron fieles a una idea, no importa que tuvieran éxito con ella o no: Waldemar III, por ejemplo, a los temas de sus novelas; Schlosseck, a su idea de Alemania; Blüthner, a la de las misiones de la magia en favor de la humanidad; Gnadl, a la idea de una vida salvaje, y un amigo mío del que aún no te he hablado, Eberhard, a su idea del control.

Eberhard era de Pankow, nos conocimos en una mala época, en 1918, durante uno de nuestros viajes para rastrear comida. Ya cuando tenía quince años le hablaba de su idea a todo el que no huyera al verlo: la de que el mundo era controlado desde alguna parte, de que todo era cuestión de control. Decía que en tal concepto residía la clave para el orden del universo entero. Parecía creer ciegamente en la existencia de un aparato gigantesco al que hoy llamaríamos un ordenador general que lo controlaba todo, solo que el suyo no estaba hecho por los hombres. A mí, por entonces, me interesaban únicamente los aparatos que yo mismo pudiera concebir y construir. Y lo del «control» existía por todas partes, le decía yo, desde el interruptor de la luz hasta el surgimiento de las especies en el planeta, de modo que, de esa conclusión, por sí sola, no se derivaba absolutamente nada. Él sonreía.

—¡No me has entendido!

Eso llamaba mucho la atención en Eberhard: él era la ecuanimidad personificada, y esa tranquilidad le venía de su convencimiento de que estaba tras la pista de un principio fundamental. No se dejaba provocar por nada, ni siquiera por la sospecha de que fuera un hombre extremadamente devoto y que hablaba todo el tiempo de Dios, solo que todavía no lo sabía. Más tarde mi amigo se enteró de que existían desde hacía mucho tiempo la cibernética,

la teoría de sistemas y muchas más cosas. Entonces lo vi asentir: sí, todo eso estaba un poco en la línea de lo que él pensaba, pero él iba más allá. Este amigo pasó toda su vida pendiente de cada noticia, de cada vivencia, siempre observándolo todo desde el punto de vista de su teoría del control, tomaba notas, llenaba archivadores y estanterías.

Lo maravilloso de Eberhard fue que nunca se volvió un fanático doctrinario. La tranquila lealtad a su ideal universal lo convertía en un coetáneo curioso y sabio, y en un amigo. Nunca tuvo miedo, siempre se mostró benévolo, también con gente que mentía, robaba, engañaba, asesinaba o iniciaba guerras: gente, según él, que no había entendido el principio del control. A eso lo llamo yo ser fiel a una idea. Y así llegó a convertirse, como quien no quiere la cosa, en una mente erudita, un típico profesor no numerario alemán, pobre pero feliz, aunque luego encontró una amorosa mujer que era feliz, pero no pobre.

La vida mantiene siempre al alcance una dicha que nadie puede obtener con magia, ni siquiera leyendo todos los libros de cocina de San Policarpo. Es preciso esperar a que llegue hasta nuestra orilla, como si avanzase por un río junto al cual estamos sentados. Entonces debería uno invitarla a que se quede un poco más. El tronco de mis antepasados lleva el nombre de Pahrnagat, lo cual quiere decir algo así como: «El que mantiene un pie en el agua». Es un nombre magnífico, porque, para estar receptivo para la dicha, debes sentarte a orillas del río y mantener un pie dentro para que sigas fresco y despierto. No necesitas nada más: no hace falta tener miedo, ni usar la violencia, no son necesarios los privilegios, y mucho menos la ambiciosa meta de hacer florecer a otras personas con éxito. Basta con que enseñes a esas personas muchas cosas útiles, porque para florecer se bastarán ellas mismas; debes

estar ahí, sentirte dichoso y esperar con tranquilidad a que te pregunten cómo lo haces.

La dicha puede durar mucho tiempo, pero en algún momento también se desvanece, sigue su rumbo flotando por las aguas o levanta el vuelo como una bandada de aves. Pero no por ello puede decirse que se haya marchado. Uno puede seguirla con la vista y no debe reprocharle que se aposente en otra parte: piensa que a ella no le gusta aburrirse.

Mathilda, a más tardar con las últimas consideraciones de esta carta ya lo habrás adivinado: ¡yo nunca he podido hacer magia! ¡Y mucho menos he sido maestro de magos! Esa es mi verdad de ahora, mi verdad de esta mañana. Pero todo lo que has leído sobre mí es también mi historia. Algo en ella ha de ser cierto, de lo contrario, no habría sido capaz de contarla. Tal vez te incomodes un poco por tener un abuelo tan fabulador, pero piensa en la niña que has sido mientras él escribía estas cartas. A los niños no solo les gusta escuchar historias, ellos mismos inventan algunas, y a veces las prefieren muy descabelladas. Yo entiendo ahora mucho mejor a mi amigo Kusenberg: él es un niño que juega, uno que ha conseguido resistir con humor al poder de los adultos, y todo sin despertar su ira, sin ser humillado por ellos, pero tampoco sin tener que permanecer oculto en su infancia. Fue un adulto independiente.

Resulta asombroso ver cuánta gente joven hace hoy exactamente lo mismo, y lo hace bien, sin complejos de culpa ni coacciones para justificarse, viviendo lúdicamente, como en un juego, inventándose las cosas más increíbles. Empezaron a hacerlo cuando eran niños –cosa que hacemos todos– y luego no fueron cruelmente obligados a meterse en el papel de adultos. Han sido, sencillamente, afortunados. Tal vez tuvieran buenos padres y buenos maestros, pero se enteraron a tiempo de lo que podía hacerlos

inmunes al miedo y al agarrotamiento. En mi caso ocurrió también así, pero tuvo que pasar algo de tiempo para que dejara toda la libertad necesaria al niño que había dentro de mí.

En la cama situada al lado de la mía ha estado ingresado hasta esta mañana un hombre de Hamburgo, un práctico de las aguas del Elba que había sido operado por unas lesiones en los discos intervertebrales. Con los terribles dolores de espalda que esa enfermedad provoca, no había podido seguir haciendo con tanta facilidad lo que su oficio requiere: saltar al bote desde el último peldaño de la escalerilla de un buque cuando este ya ha alcanzado el mar abierto. Esa simple operación habría supuesto para él un tormento. Ahora, en cambio, se siente feliz, pues puede ejercer su profesión otra vez con alegría, podrá dar ese salto de nuevo cuantas veces sea necesario. De todos modos, hubiese seguido haciéndolo a pesar de los dolores, de eso estoy seguro. «Fiel como el oro» es el dicho de gente como él (¡como si el oro tuviera la virtud de la fidelidad!). Pero aquel hombre, sobre todo, me contó unas historias maravillosas sobre barcos y marineros.

Hoy a mediodía le dieron el alta. Su saludo de despedida fue: «Nos vemos». Así suelen decir en Hamburgo. Y cuando le agradecí la agradable compañía y sus magníficas historias, dijo: «¿De qué?». Yo me despedí con un «Hasta la vista». Pero lo cierto es que, tras una estancia en el hospital, una raras veces vuelve a verse, a pesar de haberse contado tantas cosas mientras duró el ingreso. Más correcto sería un saludo como «*Adieu*», porque, en primer lugar, es francés, y, en segundo lugar, no establece nada que no vaya a suceder después. Otra variante muy usada, *Servus*, es, en el fondo, un ofrecimiento de servicio, y eso siempre me ha molestado un poco. También estaría bien el bávaro *Pfüat di*, que viene a ser algo así como «Ve con Dios», a lo que los demás responderían: «¡Tú también!». Por su parte, «Chao» se

oye a menudo en los hospitales, pero viene a decir lo mismo que *Adieu*, así que mejor decir *Adieu*, adiós.

Mañana iba a visitarme Waldemar III, pero, aunque me gusta hablar con él, le he pedido que no venga. Por el momento no necesito la presencia de un pesimista con buenas intenciones. Aun cuando no diga absolutamente nada, sé que ve las cosas negras para mí. Solo estaré aquí este fin de semana, el lunes podré irme a casa: por lo visto, aquí a nadie se le ocurre nada más que hacer en relación conmigo, así que pronto podré sentarme delante de mi querido escritorio. Escribir en la cama resulta demasiado incómodo. Es probable que a partir del martes puedas venir a visitarme a casa. A lo mejor hace calorcito y podemos salir a tomar un helado.

Estas fueron las últimas líneas de puño y letra de Pahroc, que murió en el hospital la noche del 10 al 11 de mayo de 2017: su deseo había sido poder morir en su casa, pero no tuvo esa suerte. Hacía meses que conocía su estado.

Epílogo de Waldemar III

Reikiavik, 25 de julio de 2032

Se me ha pedido que escriba un epílogo a este libro, y lo hago con gusto, ya que tengo buenos motivos para desearle muchos lectores no solo en el presente, sino también en el futuro, pero sobre todo en el pasado. Sé que esto último suena un poco raro, pero intentaré argumentarlo. Ante todo, permítanme decir algo sobre mí: solo unas pocas personas saben que de 1973 a 1983 fui el ayudante de Pahroc: electricista, inventor, pirotécnico, psicoterapeuta y mago. Dentro de unos pocos días celebraré mi nonagésimo cumpleaños, y lo celebraré, como todos los cumpleaños importantes, en la ciudad de Reikiavik. Soy un escritor pensionista y, por lo general, escribo únicamente prólogos o epílogos a las obras de otros. Hasta aquí lo que quería decir sobre mi persona.

Rejlander, la segunda esposa de Pahroc, me ha dado a leer, tras la muerte de su marido en 2017, unas cartas que Pahroc escribió a su nieta Mathilda (nacida en 2011). La idea era que la destinataria leyera estas misivas cuando fuera adulta. Como el último ayudante de Pahroc (Waldemar IV) murió un año después de su maestro, fue Rejlander quien, hace dos años y medio, el Día de Reyes de 2030, le entregó las cartas a Mathilda en una carpeta, y la

joven, tras la lectura, no tuvo nada en contra de que se publicaran en forma de libro. Esto, sin embargo, parecía al principio totalmente descartado. La magia es perseguida hoy de un modo mucho más implacable que nunca. Cualquiera que haya tenido que ver con una publicación de esta índole se ha visto amenazado con penas de cárcel o con la aplicación de cadenas cerebrales electromagnéticas, como le ocurrió hace unos meses a la pobre Rejlander. Ella sigue con vida, en efecto, pero apenas tiene una actividad cerebral digna de mención ni posibilidad alguna de dedicarse a la magia.

Hace un año visitó la biblioteca secreta para magos del Tirol en compañía de Mathilda, que tenía entonces diecinueve años, y su nuevo amigo, un árabe llamado Ibn Ruschd, todo con el propósito de consultar las obras de los maestros y aprender cómo cambiar el curso de la historia. De lo que se trataba era de una eventual publicación de la obra en algún periodo anterior, diez o quince años atrás, una época en la que el mundo todavía podía ser ganado para la causa de los magos. Una intervención de esta índole tendría sobre todo una ventaja: ¡salvar a Rejlander de su situación actual!

Tal vez debería contar aquí cómo se ha llegado a esa situación. Y no porque esta gran maga haya ido demasiado lejos en su lucha contra una política obsesionada con la normalidad ni porque estuviera involucrada en un atentado contra el dictador. Nada de eso. Esta desgracia llegó por caminos mucho más banales: la costumbre de Rejlander de llevar cada dos minutos un nuevo bolso durante sus paseos por la ciudad, un hábito que no pasó inadvertido para las cámaras de vigilancia y que un buen día se convirtió en algo fatal. Fue identificada, gracias a ello, como «sujeto practicante de la magia» y la hicieron caer en una trampa de acero y cristal blindado, tras lo cual, de inmediato, se dedicaron a escanearle la memoria y a manipulársela. El procedimiento no puede revocarse y, de hecho, solo existe una manera de salvarla: la época en la que el futuro todavía era un territorio abierto. Allí se

podrían alterar las agujas y desviar el rumbo de los hechos. Hacer publicar las cartas de Pahroc en el año 2017 sería una de las muchas medidas con las que sería posible revocar la represión actual, que no llegaría siquiera a tener efecto.

A fin de escribir el epílogo a este libro, que tal vez –mejor dicho, ojalá– pueda publicarse, he vuelto a sacar y a estudiar minuciosamente las copias que poseo de las cartas de Pahroc.

Cuando las leí por primera vez me llamó la atención que en su última misiva el autor confesara que nunca había sido mago, que lo había imaginado todo.

Dado que, como iniciado y ayudante, fui testigo del talentoso mago que fue Pahroc, no puedo explicarme esa rara confesión sino de la siguiente manera: Pahroc vislumbró los peligros que nos deparaba el futuro y quiso proteger a su nieta. Creyó que era preciso engañar de ese modo a lectores no autorizados, chivatos y posibles traidores. Es muy probable que, en su condición de electricista e inventor, consiguiera prever cuál sería el desarrollo de la tecnología del cerebro con mucha mayor precisión de lo que dejan entrever sus cartas. No obstante, se mostraría espantado y muy afligido si viera lo que acontece hoy en el mundo. O, más exactamente, en el mundo occidental.

Europa se ha vuelto un acontecimiento, eso es cierto, pero un acontecimiento aterrador. Las democracias no han sobrevivido a la lucha contra el terrorismo. Este tampoco ha sobrevivido, pero eso no sirve de consuelo. Son las dictaduras las que fijan el tono, ya que ellas poseen el potencial de chantaje para hacerlo. Revelaciones vergonzosas se suceden unas tras otras, pero sin consecuencias. El verdadero poder está en manos de los consorcios de internet, para los que hace tiempo la democracia es un

sistema molesto, razón por la cual se las arreglan mucho mejor con las dictaduras modernas. Mientras tanto, nuestros sueños, los sueños de los que no somos magos, se atienen al cuidado de la corrección política y la publicidad comercial. Pahroc ya previó todo esto.

En la década de 1970 deambulaba por Berlín un hombre que escribía en cualquier superficie que encontrase que estaba siendo vigilado y torturado por unos radares. Era un adelantado a su época. En la actualidad, intentamos proteger nuestras mentes con jaulas hechas de alambre de cobre para que nuestros cerebros no sean «hackeados». Y para que no llamen la atención, algunas mujeres llevan burkas, también algunos hombres. Estas personas alegan motivos religiosos, pero los burkas han sido prohibidos desde hace tiempo, ya que impiden escanear los rostros. Por eso, muchos llevan vendajes en la cabeza. El número de supuestas lesiones craneales ha aumentado considerablemente, y muchos médicos acaban con sus huesos en la cárcel cuando emiten certificados falsos que atestiguan tales heridas. Sobre todo esto, además, se extiende un cielo que permanece todo el tiempo cubierto: no es más que una superficie para anuncios publicitarios, de un extremo al otro del horizonte.

En cambio, los países y las ciudades árabes, antes destruidos por las crisis y las guerras, han sido reconstruidos, sus universidades contienen programas de estudios universales y las sociedades florecen bajo la guía del matriarcado. Mathilda, que estudia paralelamente Matemáticas y Medicina, puede imaginarse viviendo en Damasco, uno de los lugares con mayor libertad en el mundo hoy en día. Es cierto que resulta difícil llegar hasta allí, ya que las cifras de solicitudes de asilo han crecido enormemente. Por otra parte, a Mathilda le encantaría quedarse aquí, sobre todo después de haber heredado la granja alpina de su tío Titus en el Wilder Kaiser. Pero sabe que la vida

espiritual no solo necesita soledad, sino también la cercanía de personas libres.

Partiendo de lo que sucede en el presente, puedo entender la última carta de Pahroc. A fin de cuentas, el bienestar de su nieta (¡y el de Rejlander!) le resultó, en su condición de autor epistolar, más importante que la verdad. En varios mensajes enviados a Rejlander, y también a mí y a algunos amigos – todo por correo electrónico, para que los órganos de control no se enterasen –, Mathilda ha calificado las cartas de su abuelo como un curioso producto de su imaginación que a lo sumo podría tener un interés literario. Porque, según ella, nadie puede hacer magia, tampoco la propia Mathilda, cosa de lo que se alegra. Gracias a eso, ha entendido y tomado en serio la advertencia de Pahroc mejor que su querida maestra.

Cuando en 2017 celebré mi septuagésimo cumpleaños en Reikiavik, Rejlander estaba entre mis invitados, aunque acababa de perder a Pahroc y vivía completamente retirada. Fue entonces cuando me trajo una copia de las cartas que Pahroc le había escrito a Mathilda. Aparte de a mí, solo se las había mostrado a dos personas que también habían sido amigos de su marido: Iris y Stephan, que en aquella ocasión no pudieron acudir a la capital islandesa porque tenían un contrato para rodar una película. Mathilda les había preguntado si estaban de acuerdo en incluir la carta de Rejlander con fecha del 28 de julio de 2017, y ellos le habían dicho que la encontraban muy apropiada como introducción a la colección de cartas.

En aquella ocasión, en Reikiavik, hablé largo y tendido con Rejlander acerca de la película que ella quería hacer algún día sobre Pahroc. No había manera de que se olvidara de ese medio artístico, cosa que tal vez le sucede a todo aquel que se ha sentido como en casa en un set de filmación. En su caso puede que lo lleve incluso en los genes, porque está emparentada con Oscar

Gustave Rejlander, un pionero de la fotografía escénica, mucho antes de que se inventara el género dependiente de la rueda ginebrina, el mecanismo fílmico con el movimiento de *stop-and-go* sin el cual no existirían los filmes.

En fin: una película sobre Pahroc solo podrá concretarse si se consigue aplicar con éxito la ya mencionada magia del pasado.

Pero, aparte de eso, aquella vez en Reikiavik también planeamos colocar una placa conmemorativa con su nombre en la casa natal de Pahroc en Pankow, cosa que ocurrió en el año 2020. En la casa situada enfrente hay desde esa fecha otra placa dedicada a su maestro Schlosseck y que ahora es legible para todos. Yo mismo diseñé ambas placas.

Sería estupendo que los magos pudieran contribuir de nuevo a enriquecer nuestras vidas. Ellos existen sobre todo para insuflar vida a nuestro mundo de sueños. Si fuesen completamente exterminados del planeta, ocurriría lo mismo con los cuentos de hadas: los adultos perderían todo rasgo infantil de su carácter, y con ello desaparecerían también todas las bellas historias descabelladas (incluidas las que giran en torno a la salvación), además de la dimensión del «qué pasaría si», que es lo mejor que puede ofrecernos el subjuntivo. Todo hechizo tiene un comienzo, una breve partida hacia el mejor de los mundos posibles. La dicha de un buen mago no solo le incumbe a él, sino que es siempre la dicha de otros.

Si en 2018 o 2019 todos los magos de Europa y el mundo se unieran en una liga –o, mejor dicho, si para entonces se hubieran unido–, tal vez en logias como las de los masones o abiertamente, en clubes y *lobbies* con otras personas «normales» de actitud abierta, hoy no tendrían el papel de víctimas que se les ha endilgado. Pero, tras dos intentos fallidos, en los cuales también participó Pahroc, les faltó el valor para intentarlo de nuevo, y les ha faltado hasta hoy.

El amigo de Rejlander se parece mucho a Dustin Hoffman, y escojo conscientemente, para mi comparación, a un actor que era bastante conocido hacia el año 2017. Ibn Ruschd tiene una biografía que también merecería ser escrita, ya que puede mostrar los siguientes hitos: un bote de goma en medio del Mediterráneo, un alojamiento para solicitantes de asilo en la Alta Franconia más rural, una pequeña tienda de ordenadores en Bamberg, luego un contrato como empleado en una firma de tecnología de emisión en Múnich. ¡Y eso es solo un fragmento! Porque, como mago, Ibn Ruschd se ha especializado en los viajes en el tiempo, y le viene, al parecer, de mucho tiempo atrás. Existen elocuentes indicios de que en 1885, siendo el dulcero Hamzeh, participó en la redacción de *Instrucciones completas sobre el arte de la cocina...*, de Bachstelz, para luego catapultarse al año 2015 y mezclarse, convertido en un joven, entre las personas que viajaban en un bote de refugiados. ¿Por qué lo hizo así y no voló sobre todo eso convertido en el califa Cigüeña? Pues creo que porque en 2015 le atrajo la idea de conducir hasta puerto seguro, a través del mar, un medio de transporte tan peligroso. Sin embargo, es probable que su pasado se remonte mucho más atrás y que haya sido uno de los que promovieron la carrera del filósofo Aristóteles. En ocasiones le he preguntado si pretende quedarse en Alemania o regresar. Y se queda. No quiere abandonar a Rejlander, a pesar de que esta ya no lo reconoce. Lo llama Pahroc, de modo que, al parecer, todavía se acuerda de este último.

Pero bien, Ibn Ruschd ha encontrado en los escritos del maestro Bachstelz algunos indicios sobre la posibilidad de establecer los llamados «agujeros de épocas», a fin de desligar los acontecimientos de sus respectivos contextos temporales y situarlos en una época distinta. Es cierto que los grandes magos no deben intervenir en el curso de la historia, y eso es una ley no escrita, del mismo modo que se dice que nadie debe matar mediante la magia. Pero, por

lo visto, existe una instancia que permite ciertas excepciones cuando estas parecen justificadas. De lo contrario, Babenzeller no hubiera podido hundir aquel pelotón de fusilamiento en el Báltico mediante la magia de la descongelación. Él sí sabía que existían esas excepciones. Bachstelz también lo sabía, y albergó la esperanza de tener éxito con un proyecto especialmente honorable.

¿Y qué planeaba Bachstelz? ¡Pues nada menos que impedir la guerra de los Treinta Años! Creía que era posible si se relegaba la publicación de la primera Biblia de 1534 al año 1400. Que me perdone de antemano el amable lector, pero yo, como antiguo historiador, debo, en este punto, extenderme algo más: cabe por lo menos imaginar que con esa publicación anterior de la Biblia, la Reforma también hubiese tenido lugar antes, o tal vez no habría tenido lugar, ya que esta fue en esencia la reacción al estado lamentable del catolicismo en aquella época, y este –según pensaba Bachstelz– habría sido otro muy diferente si por entonces hubiesen existido Biblias legibles impresas.

Si esto era cierto, lo importante era hallar hacia 1400 a algún editor en condiciones de imprimir esa primera Biblia. Para ello Bachstelz parece haber escogido un camino poco habitual: dado que desconfiaba de las instituciones de la Iglesia y de los monasterios –que por entonces podrían ser considerados como posibles «editoriales»–, eligió a los *Likedeeler*, sí, ¡a los piratas! Y todo porque estos estaban orgullosos de ser «amigos de Dios y enemigos del mundo entero». Solo ellos podían figurar en aquella época como patrocinadores independientes de tal proyecto. Bachstelz pensaba hilar la trama con inteligencia: Klaus Störtebeker, quien hacia el año 1400 gozaba de la protección del duque Alberto I de Baviera y Straubing, conde de Holanda, Zelanda y Henao, y que, además, causó decididamente muchos disgustos a

los magnates eclesiásticos y hanseáticos, era el hombre ideal para la tarea. También se había encontrado un traductor para la Biblia, un conocedor de las lenguas antiguas natural de Zwolle, en Holanda, y a un temprano inventor de la impresión de libros, que, siguiendo los planes de Bachstelz, hacia 1390 imprimió en Gouda primero varios cantorales y, más tarde, Biblias. Que de ese modo la primera Biblia impresa fuera holandesa no le molestaba al maestro; tampoco la perspectiva de que con ese desplazamiento cronológico se perdieran un par de historias célebres, como la del final de Störtebeker: porque en ese caso no lo hubieran atrapado poco antes de llegar a Heligoland (donde a los editores no se les ha perdido nada). Tampoco lo habrían decapitado en Grasbrook ni lo habrían paseado sin cabeza por delante de todos sus compañeros. Más bien habría proporcionado a los practicantes de la piratería, con la ayuda de la llamada Biblia de Gouda, una gran consideración en toda Europa. Bachstelz había incluso previsto que las personas de Störtebeker y Jacobea, de la dinastía de los Wittelsbach, reina de Straubing y Holanda, se aproximaran más, y que la susodicha Jacobea, en lugar de tomar por esposo a Jean de Valois (futuro rey de Francia, pero que murió demasiado pronto para llegar a serlo), se decidiese por Klaus Störtebeker. Con él, ella se hubiese convertido en la gran figura simbólica para la renovación de la Iglesia, y también de la vida social, ya que esa evolución de las cosas habría proporcionado a las mujeres, en contra de toda reticencia, una posición muy diferente. Tras la labor de Jacobea, Lutero, Zuinglio y Calvino no habrían tenido que llamar tanto la atención, porque el trabajo ya habría estado hecho desde mucho antes. Y si la Iglesia cristiana se hubiese mantenido siendo una sola, nos habríamos ahorrado la guerra de los Treinta Años. Algo así debe de haberse imaginado el Gran Bachstelz. Pero, como sabemos, murió demasiado joven para llevar a cabo sus ideas.

La semana pasada, Mathilda reunió en la biblioteca secreta a todos los magos de la actualidad que no han caído en manos de las autoridades, ya que, para llevar a cabo una corrección tan radical de los tiempos históricos, es preciso la colaboración de un grupo mayor. Ibn Ruschd les explicó a todos, una vez más, el modo de proceder. Al principio no consiguieron ponerse de acuerdo. Predominó el temor, ya que, en el fondo, se trataba de salvar a toda Europa. Pero entonces Mathilda improvisó un discurso que les hizo zumbar las orejas a todos los presentes. Dicen que las ideas decisivas fueron más o menos las siguientes:

–Hubo generaciones de magos a las que les fue deparado el destino de ser grandes. Vosotros podríais ser esa generación. ¡Tenéis incluso que serlo; de lo contrario, seréis la última!

Al menos ahora los magos muestran una buena disposición, la voluntad común existe. Por otro lado, he oído decir que ese desplazamiento temporal es sumamente difícil desde el punto de vista mágico. Pero, si fracasa, no será por mí: aquí está mi epílogo. También he aportado un título para el libro, el cual quizá pueda despertar el interés de algunas personas visionarias en el año 2017.

Pero llevo noventa años siendo un pesimista, no me sorprendería que un libro pueda ser editado, pero no anticipada su edición.

Notas

1. El autor emplea en este pasaje dos expresiones típicamente alemanas y localizadas en periodos históricos concretos: *Kohlenrübenwinter* («invierno de nabos») se refiere al invierno de 1916/1917, cuando la combinación de unas malas cosechas y el embargo comercial impuesto por Inglaterra contra Alemania paralizaron las importaciones de productos agrícolas, por lo que hubo que racionar incluso los nabos, usualmente empleados como comida para los cerdos. Con *Hamsterfahrten*, el autor alude a los masivos viajes de la población de las grandes ciudades hacia las zonas rurales aledañas con el fin de canjear objetos y ropa por alimentos o para rastrear los campos recién cultivados en busca de restos de comida. [*N. del T.*]

Índice

La carta adjunta de Rejlander

Primera carta. El brazo largo

Segunda carta. Hacerse más bello, ser otro

Tercera carta. Flotar y volar

Cuarta carta. Encontrar el amor

Quinta carta. Hacerse invisible

Sexta carta. Atravesar paredes

Séptima carta. Ser de acero por unos segundos

Octava carta. Leer los pensamientos

Novena carta. Hacer dinero

Décima carta. Hacer florecer a las personas

Undécima carta. Alcanzar la sabiduría

Duodécima carta. Decir adiós al mundo

Epílogo de Waldemar III

Su opinión es importante.
Estaremos encantados de recibir sus comentarios en:

www.plataformaeditorial.com

Vaya a su librería de confianza.
Tener un librero de cabecera es tan recomendable como tener un
buen médico de cabecera.

«*I cannot live without books.*»

«No puedo vivir sin libros.»

THOMAS JEFFERSON

Plataforma Editorial planta un árbol
por cada título publicado.

